

A romantic couple is shown in profile, about to kiss. The man has a beard and is wearing a white shirt and a dark tie. The woman has long dark hair. The background is a city street at sunset, with buildings and a canal. The text "CON AMOR, DE" is overlaid on the image.

CON
AMOR,
DE

Valentina

BECKA BLACK

Becka black

CON
AMOR,
DE
Valentina

Este libro no podrá ser reproducido, distribuido o realizar cualquier transformación de la obra ni total ni parcialmente, sin el previo permiso del autor. Todos los derechos reservados.

Esta es una obra de ficción. Los nombres, personajes, lugares y sucesos que aparecen en ella, son fruto de la imaginación de la autora o se usan ficticiamente. Cualquier parecido con personas reales, vivas o muertas, lugares o acontecimientos es mera coincidencia.

Algunos fragmentos de canciones incluidos en este libro, se han utilizado única y exclusivamente como intención de darle más realismo a la historia, sin intención alguna de plagio.

Título original: Con amor, de Valentina.

©Becka Black, 2.018.

Diseño de portada: Marien F. Sabariego.

Maquetación: Marien F. Sabariego.

Esta novela fue autopublicada en Amazon en julio de 2.018.

*Te amo como se aman ciertas cosas oscuras,
entre la sombra y el alma.
(Pablo Neruda)*

Índice

- [1. Ahí te quedas, amor](#)
- [2. Un rato de adultos](#)
- [3. Ella viste de rojo](#)
- [4. Interludio](#)
- [5. Negarlo no lo hace desaparecer](#)
- [7. Lo de siempre](#)
- [8. El honor, la armadura que frena](#)
- [9. Fantasmas que revolotean](#)
- [10. Mi hogar, mi infierno](#)
- [11. Adolescente de nuevo](#)
- [12. La que lo cambiará todo](#)
- [13. El cielo que vuelve a encapotarse](#)
- [14. La textura de su piel](#)
- [15. Oscuras revelaciones](#)
- [16. Mil caras](#)
- [17. Entre retratos en blanco y negro](#)
- [18. Val no es solo una mujer](#)
- [19. Contra la pared](#)
- [20. ¿Nos sumamos?](#)
- [21. Lo que me das](#)
- [22. Algo que no quiero creer](#)
- [23. Llévame contigo](#)

- [24. Más de lo mismo](#)
- [25. No me olvides](#)
- [26. En la cueva del dragón](#)
- [27. Viendo amanecer](#)
- [28. Planes temerarios](#)
- [29. No era suficiente](#)
- [30. Un beso se come el mundo](#)
- [31. Para ser un ángel](#)
- [32. Fruto diabólico](#)
- [33. Las sorpresas siempre son inesperadas](#)
- [34. Por primera vez](#)
- [35. Los celos muerden](#)
- [36. Miedo](#)
- [37. Amor, palabra diabólica](#)
- [38. Necesito saber](#)
- [39. Giros inesperados](#)
- [40. Mi lado oscuro y Valentina](#)
- [41. Mariposas todos los días](#)
- [42. La llamada que nunca quise recibir](#)
- [43. Bienvenido a la familia](#)
- [44. A veces salía el sol](#)
- [45. Regreso](#)
- [46. Un punto final a algo](#)
- [47. Solo pido paz](#)
- [48. Volviendo la vista a atrás](#)
- [49. Lo que no te conté](#)
- [50. Te lo prometo](#)
- [51. Con amor, de Valentina](#)
- [52. Vernos de nuevo](#)
- [53. Sola toda la vida](#)

- [54. Vuelve conmigo](#)
- [55. Carne de cañón](#)
- [56. No voy a cambiar el pasado](#)
- [57. Pasar página](#)
- [58. La dueña de una voz](#)
- [59. Se cierra la puerta](#)
- [60. Secretos oscuros](#)
- [61. Planeando salvarnos](#)
- [62. Canta tu canción](#)
- [63. Empiezan los cambios](#)
- [64. El beneficio de la duda](#)
- [65. Intercambios](#)
- [66. Amenazas cristalizando](#)
- [67. El último giro de tuerca](#)
- [68. La justicia por mi mano](#)
- [69. Un mes más tarde, en Sevilla](#)
- [Agradecimientos](#)

1. Ahí te quedas, amor

(Mario)

El tiempo no siempre da la razón. A veces mata promesas que un día hiciste y te arroja a la cara lo peor de ti. Si el amor anda de por medio, te deja en los huesos. Recién llegado a Milán, recogiendo mis cenizas, tratando de recomponer una vida gastada para que suene a nueva, pero aún muy tocado por el sufrimiento. Ver a esta chica es como recibir un golpe seco en la boca del estómago. Brutal, asfixiante, letal.

Parece una bailarina esbelta, envuelta en un vestido de terciopelo rojo, las piernas largas, los pies en botines de cuero con detalles dorados, igual que el brazalete en su muñeca y el colgante al extremo de una fina cadena al cuello. El pelo liso y oscuro, llegaría casi a su cintura de llevarlo suelto, pero lo recoge en una coleta alta, desaliñada. Y los ojos... grises. De esos que te traspasan si te miran.

Se parece a Sofía. Demasiado. La deseo al instante.

Y me doy cuenta que no he superado una mierda, toda la rueda de recuerdos me remueve dolorosamente por dentro. Meses difíciles de borrar sin quedar marcado. Sentimientos tan míos y tan profundos que arañan las entrañas donde quisieron echar raíces, emociones desconocidas hasta que me encontré con ella. Y mira que supe que era un error nada más decidirlo. Sofía, mi Sofía, permitió que ciertos lazos que nos vinculaban se fortalecieran pero estaba enamorada de otro. Rendida y perdidamente enamorada de otro. Ese tipo de amor en términos absolutos que barre todo lo demás, ciega y bloquea. Pertenece a un hombre que no era yo, en cuerpo y alma. Negarlo no me valió de mucho. Colarme en su apartamento, instalar un aparato de música, mi

último y desesperado intento por retenerla, sí. La tuve entre mis brazos durante un baile y el dulce aroma que desprendía su piel, me lo traje conmigo como un tesoro preciado. Pero desde que cerré a mis espaldas la puerta de su casa, bañado por su desprecio, supe con certeza que debía huir de Málaga. A Italia, al trópico, donde fuera, cuanto antes. Los kilómetros no me garantizaban la curación pero sí distracciones para las punzadas del alma. Hice las maletas, un abultado equipaje con miras prolongadas y al día siguiente me dirigí a las oficinas de la universidad a tramitar una excedencia de mayor duración. La excusa, asuntos familiares graves en Sicilia.

Y en parte no mentía.

Acababa de firmar la interminable pila de documentos inclinado sobre la mesa, cuando una voz femenina conocida y cortante, me dio los buenos días sin disfrazar un toque de sorpresa. Paula. Tan rubia y espigada como siempre, tan correcta en el vestir, tan comedida dentro de sus rígidas faldas lápiz y sus blusas de seda.

—Vaya, no esperaba volver a verte pisar estas vetustas salas en muchos meses —saludó aproximándose. La sonrisa, que pretendía ser cordial, no casaba del todo con su postura estirada y sus brazos cruzados sobre el pecho.

—Bueno, en cuanto den curso al papeleo no te toparás conmigo en mucho más tiempo. —Apunté con el mentón a los folios firmados.

El rostro de ella se nubló. Desapareció incluso la tirante sonrisa.

—Mario, ¿qué has hecho?

—Nada grave, ampliar el período de excedencia.

—¿Más allá de dos años?

—A cinco. No sabía que estuvieses al tanto.

—No soy la única, nos importas a mucha gente. Tu ausencia de los pasillos afecta a más de una mujer, andan todas desesperadas. —Trató de reír sin conseguirlo apenas. Su tono volvió a endurecerse—. El cómo esa niña insulsa logra mantenerte apartado de todo lo que amas, es lo que nos preguntamos.

La miré con todo el descaro del que era capaz, sin ocultar mi repentina indignación.

—Dejad de preguntároslo, mejor aún, dejad de plantearos si mi vida privada puede ser objeto de discusión.

—Vaya si te ha dado fuerte —silbó a medias.

—Me dio —zanjé afilado—. En cualquier caso, no es asunto tuyo, Paula.

—¿Habéis terminado?

—No es asunto tuyo, repito. Hablemos del sol, de la lluvia, del tiempo, pero por lo que más quieras, no de ella.

—Te marchas —observó tristonamente.

—A Italia. Cuestiones de familia.

—¿Muy pronto?

—En tres o cuatro días, cinco a lo sumo, quiero pasar por Madrid y dejar arregladas algunas cosas.

Paula ladeó la cabeza acompañándose de una mueca dramática que denotaba interés.

—Siempre tan misterioso, en eso no has cambiado.

—En lo esencial trataré de no cambiar nunca por muchas “niñitas” que me rondan.

Reuní el montón de folios en una montaña y con una sonrisa cortés se los alargué a la chica de secretaría. Los recogió roja como una amapola sin sostenerme la mirada, balbuceando un parpadeante “*gracias, doctor Vallés*”. El brevísimo intervalo calmó mi irritación y me permitió girarme hacia Paula que seguía allí esperando algo, de mejor humor.

—¿Un café? —propuse con la intención de limar asperezas. No quería dejar en su memoria el recuerdo de un bárbaro sin ser necesario. Yo arrastraría conmigo un sinfín de cosas que olían a fracaso. Bastaba.

—Mejor un almuerzo de despedida. Invito yo.

—Ni lo sueñes —bromeé de mala gana—, no lo permitiré.

—¿El qué? ¿Comer conmigo o descender de tu altísimo pedestal de caballero decimonónico aceptando que una mujer abra el monedero? Conformes, si tanta importancia le das, paga tú. Lo importante es pasar juntos un par de horas.

No me gustó en absoluto el tono con el que pronunció la última frase. Demasiado empalagoso.

—Paula, sabes de sobras lo que hay, ¿verdad?

—Por los viejos tiempos —insistió ella sin amilanarse.

Me encogí de hombros, de todas formas tenía que almorzar, mejor hacerlo con una rubia guapa coqueteando enfrente, que solo, torturándome con el sabor ácido de mis recuerdos, lo que pudo ser y no fue. Acepté haciéndome un poco el remolón, a sabiendas de que el concepto de Paula de una despedida amistosa, raramente coincidiría con el mío. Pero a este alma oscura en que me iba convirtiendo, poco le importaba, no desaprovecharía la oportunidad de echar un polvo si se terciaba.

Los previos ya se hicieron evidentes. Paula se empeñó en elegir un restaurante cercano a su apartamento, con una colección de pretextos absurdos acerca de cosas que debía hacer a continuación; le seguí la corriente. ¿Por qué no? No tenía nada que perder. Entre plato y plato, su actitud provocadora rozó la osadía más absoluta. Se mordía los labios, los humedecía en gestos ensayados, torcía el cuello y jugueteaba con los mechones de su melena. Procuré contentarla no perdiéndome un segundo de espectáculo.

—¿He entendido bien, entonces? —musitó— ¿Has dejado a Sofía?

Hice un gesto de dolor involuntario que no le pasó desapercibido. Supongo que aceptar un almuerzo juntos implicaba tener que abrirme en canal con un tema que prefería evitar.

—Digamos más bien que ella me dejó a mí. Un abandono clásico en toda regla.

—Cosas que pasan cuando uno elige mal, supongo.

—O por encima de sus posibilidades reales.

Se crispó. Ya llevaba rato notando su mirada codiciosa recorrerme, como dedos nerviosos palpándome la entrepierna. No eran figuraciones mías, Paula quería muchas cosas además de la comida.

—¿Te pones por debajo de esa... aprendiz de adulta? No puede ser que caigas tan bajo, Mario, no tú.

—Nadie habla de valías personales. Ella era de otro, yo lo sabía y aún así quise intentarlo. A eso me refiero cuando digo “posibilidades reales”. Hice mal mis cálculos.

—Ya. El codiciado premio de cándidos ojos de plata —silabeó con desprecio. Apoyó la barbilla en las manos, dobladas de modo que las muñecas quedasen expuestas. Todo muy típico, muy tentador—. Mario, fue un error de tantos y ya la tenías en la cabeza cuando tú y yo... Quiero decir, que tal vez ella fuese la causa de que lo nuestro no funcionase. Si ahora Sofía ha quedado fuera del cuadro...

Arqueeé incrédulo una ceja.

—¿Podemos intentarlo de nuevo? ¿Es eso lo que sugieres?

—Reconoce que no estuvo tan mal —apuntó juguetona.

Me guardé de responder. Estuvo lo suficientemente mal como para no alargarlo.

La pausa fue exagerada. Cualquiera en su lugar se habría sentido

ofendida, sobre todo porque no hice lo más mínimo por suavizarlo. Pero no Paula.

—No creas que no sé recoger los pedazos de mi sueño roto y seguir adelante —aseguró con una mirada estática y húmeda.

—¿Qué me ofreces exactamente? —Decidí ir al grano. Ya había degustado el postre y no quedaba café.

—Un adiós conforme a las reglas del mundo adulto. Donde hubo fuego deberían quedar rescoldos.

—Un revolcón entre sábanas —traduje con frivolidad.

—Algo así. —Paula conservó la entereza, enlazó los dedos de las manos y me mantuvo sonriente la mirada.

Asentí con una sacudida de cabeza y pedí la cuenta al camarero. Cuanto antes, mejor. A esas alturas de su estrategia de seducción, el latido de mi entrepierna erecta había tomado las riendas de mis decisiones. A mi sangre inundada de testosterona le traía sin cuidado los desgarros de mi corazón, hacía rato que se había desligado, como si perteneciesen a entes diversos. Ocurría cada vez que las emociones amenazaban con fastidiar un buen polvo.

Y calculando el grado de interés de Paula, este iba a ser de campeonato.

2. Un rato de adultos

Solo tuvimos que cruzar tres calles para llegar a su apartamento. En el trayecto, ambos hicimos lo posible por conservar la naturalidad con una conversación trivial que no nos llevaba a ninguna parte pero aplacaba los nervios.

En cuanto la puerta del ascensor nos aisló del exterior, di un paso adelante, aferré su talle y su nuca y la atraje con un tirón que tuvo mucho de violento. Ella respondió con un gruñido entre sorpresa y satisfacción. La besé. La besé como si se acabase el mundo y los suyos fuesen los últimos labios por rozar. Asolé cada rincón de su boca luchando por no comparar su sabor sedoso con otro bien conocido, la suavidad de su labio inferior al pellizcarlo con los dientes, la línea perfecta de una piel que Sofía solía reseguir con la punta de la lengua. No. No se trataba de ella pero estaba poniéndome igual de cachondo por momentos. Una mano insolente viajó hasta mi bragueta y aferró lo que pudo abarcar, con un gesto de complacencia. Tomé su muñeca y la retiré sin prisa.

—No seas impaciente.

—Tengo muchas ganas de ti —susurró pegada a mi oreja, consiguiendo que el soplido de sus palabras erizase mi vello— y desde hace demasiado tiempo.

—Nunca es demasiado si la realidad suena más desoladora.

—Pues no quiero oírla. —Buscó con desesperación mi cuello, enredó los dedos en mi pelo y volvió a entregarme sus besos justo en el instante en que el ascensor se detenía. La contenté con una fugaz caricia en la comisura.

—Me temo que hemos llegado.

El apartamento de Paula era espacioso y austero, decorado en tonos blanco y avellana. Nada excesivo, poco personal pero cálido. Ya lo conocía de otras veces aunque esa tarde me recibió más oscuro. Eran mis brumas

internas, escapando de mí, impregnándolo todo. Qué triste y qué absurdo. Solo buscaba evadirme un rato para lamerme una herida terrible que me acompañaría allá donde fuera.

—¿Te apetece un café, una copa?

Me mantuve imperturbable, erguido junto a la puerta, observando sin emoción el modo en que Paula se movía en círculos en su propia casa.

—¿Es estrictamente necesario?

—No, claro que no —pareció avergonzarse—. Podemos pasar directos al dormitorio.

Qué predecible. Qué aburrido.

De un par de zancadas me puse delante de ella, enlacé su cintura y la hice girar. Mientras que una mano sujetaba su cuerpo a la altura del vientre, la otra reptó por su espalda hasta la base del cuello y la obligó a flexionarse. Paula encontró enseguida apoyo en la encimera de la cocina.

—O lo hacemos aquí mismo —sugerí ronco mientras los dedos desde la nuca, viajaban a levantar su falda, serpenteaban un segundo y le arrancaban de un tirón las bragas. El gemido que escapó de su garganta me excitó más que la visión de su redondo trasero.

—No te recordaba tan... salvaje —jadeó. Sonreí de lado aunque no pudiera verme. Liberar mi erección ya húmeda y colocarme un condón que ella me alargó, me llevó menos de seis segundos.

—Apenas me conoces, Paula —repliqué enigmático.

Puede que tuviese planeado rebatir la cuestión pero no le di tiempo. Separé las nalgas, busqué desde atrás la entrada a la vagina y la encontré mojada. Muy mojada. Pequeña putita con aspecto de institutriz alemana. De un único empujón me colé hasta el fondo, sin apenas resistencia. Paula estaba abierta para mí, a mi entera disposición, con las piernas separadas para mantener mejor el equilibrio y soportar mis embestidas. Salí de ella casi por completo, hinchado y hambriento, volví a penetrarla hasta la raíz y sin liberar su vientre ni su cadera, la otra mano buscó el clítoris y lo estimuló con suaves pellizcos y giros circulares. Sus caderas se agitaron ente gemidos, dándome una idea aproximada de cuánto estaba disfrutando. Sin dejar de bombear a buen ritmo, dentro, fuera, dentro, fuera, retiré su pelo rubio hacia el hombro, desnudé su cuello y hundí los dientes en la carne suave. Justo en el instante sublime en que Paula se corría con un alarido y yo me dejaba ir también, liberando la presión acumulada. Creo que entre dientes grité su nombre.

—¿Sofía?

Apenas recuperada del soberbio orgasmo, Paula buscó mis ojos por encima del hombro. Los suyos brillaban húmedos y arrepentidos.

—Lo siento. —No lo sentía pero creí que debía decirlo.

Hostias, todavía estaba dentro de ella y ya la había traicionado.

Paula se retorció un poco y me aparté enseguida. En discreto silencio, se refugió en el cuarto de baño, supongo que para mirarse al espejo las pupilas dilatadas, las mejillas colmadas de rubor, y llamarse estúpida, es lo que hacemos todos en estas circunstancias. Yo también cumplí el ritual aquel día que le hice el amor a Sofía y ella se corrió pensando en otro.

De modo que preferí respetar su espacio, su necesaria intimidad, la vulnerabilidad que yo había propiciado. Que no tuviese que luchar consigo misma al regresar y encontrarme allí en su salón, esperando, para improvisar un par de frases ingeniosas que la hicieran quedar bien. Queríamos follar y habíamos follado, punto. De eso se trataba, sin romanticismos ni promesas. Casi mejor irse.

Eso fue lo que hice.

3. Ella viste de rojo

La chica del vestido rojo pasa dos veces cerca dejando su rastro floral, enloqueciéndome. No es Sofía, desde luego, pero me la recuerda por entero. Incluso sabiendo que el color de pelo natural de mi malagueña era el rubio, yo la amé morena, como esta desconocida, con ese frío y enigmático contraste al que juegan los ojos de plata.

Nos cruzamos sin mirarnos. En mitad de la primera planta de unos grandes almacenes de Milán no es el sitio más indicado para lanzar flechas de amor, aunque sí miradas interesadas. Tengo que reservarlas para después, cuando ella ya ha vuelto a confundirse entre la gente desquiciada por las compras y solo queda buscarla con un hálito de desesperanza. Doy un par de vueltas con Barón, mi Golden retriever pegado al costado, vagabundeo más de una hora, hago un alto en Starbucks y pido un café invirtiendo la pausa en revisar mi correo y telefonar a mi cuñada.

—Será mejor que vengas, Mario —me advierte su voz temblorosa, teñida de dolor—, está peor cada minuto que pasa.

Trago saliva. Se acerca el momento. Mi primera parada tras abandonar España, fue Sicilia. Mi hermano, al que hacía treinta y tres años que no veía, un completo desconocido al igual que su mujer y su hija, yacía en la cama de una costosa clínica privada, consumido y delgado como un sable, rodeado de médicos estúpidos, incapaces de plantear otra solución más que la morfina. Paradójico final para un capo de la mafia, ser drogado contra su voluntad.

Acordé con el asistente del conserje de mi edificio, un chico cumplidor y espabilado, que se ocuparía de Barón. No paró hasta conseguir que le permitiera trasladarlo a su casa, negándose a aceptar un solo euro como compensación. La euforia fruto de su papel de cuidador, pude leérsela en los ojos. Metí un par de trajes oscuros en una maleta y sin más trámite, tomé el avión que me llevaría al sur.

Sicilia. El clan Orlandi. Mi padre y mi hermano Antonio.

Durante esa visita celérica y protocolaria, Eleonora, su esposa y pronto viuda, había abrazado a mi sobrina Allegra de seis años, llorosa y desconcertada. Si alguien me hubiese preguntado, habría sugerido apartar a la niña de todo aquel horror, su padre ya no podía reconocerla y a ella, flaco favor le hacía guardar en la retina el recuerdo de un hombre decrepito que en nada recordaba al tipo robusto y sano que la había criado. Sin embargo, nadie me preguntó y allí estuvo ella, con su melena rubia y lacia y su rostro angelical, con los ojos verdosos inundados en lágrimas y la injusticia de perder a su padre cuando aún no has crecido.

Maldito cáncer, maldito un millón de veces. No lo siento por mi hermano, no lo siento por mí, ni siquiera por mi cuñada que quedará desamparada pero millonaria. Lo siento por mi sobrina, los niños no merecen esa suerte, los niños deberían quedar al margen de la miseria y los terrores, protegidos en una burbuja dorada indestructible.

Luego, dado que Antonio, moribundo, se había estancado en un estado comatoso que no variaba, huí a Milán. Sí. Huí. Es la palabra, no tengo que parecer valiente delante de nadie. Esto me viene grande. Aún roto en pedazos por mi desengaño de amor, afrontar este destrozo familiar preguntándome a cada paso qué se supone que esperan de mí sin conocerme, surgido de las profundidades del infierno como una aparición probablemente indeseada, me desarma.

La tregua ha durado apenas tres días. Empeora y toca volver.

Le digo que sí y cuelgo. La escasísima confianza que tengo con Eleonora no me permite avanzar, me asfixia. Dejo caer la mano sobre la suave cabeza de mi perro, reviso los correos buscando Dios sabe qué, dejo que se enfríe el café y me marchó. Es todo un regalo que de camino a la puerta tenga que cruzar la sección de zapatería.

Está sentada en un banco de terciopelo púrpura, en YSL. Preciosa, irradiando su encanto como un diamante sobre un paño negro. Uno de sus divinos pies viste una altísima sandalia en piel dorada y el contrario, la misma en plata. Da la impresión de no saber por cual decidirse.

Es un instante cotidiano, especial, mágico, inmenso. Alza la cara y se encuentra conmigo y con mi mejor sonrisa. Señalo sutilmente la sandalia dorada y ella me recompensa mostrándome unos dientes blancos y perfectos y dos adorables hoyuelos al reír. Pensándolo bien, no se parece tanto a Sofia. Tiene su propia e increíble luz.

Mucho más satisfecho, alcanzo la puerta. Imaginando que mi universo se llena de cosas bellas como esa chica, regalos para que olvide que mi hermano estuvo ausente, lo bastante como para no poder preguntarle por qué, pese a los desesperados intentos de nuestra madre, no quiso acompañarnos a España. Por qué después, todos aquellos años, había respondido a su insistencia colgándole el teléfono, despidiendo emisarios y devolviéndole las cartas. Por qué había preferido a nuestro padre y al sórdido mundo que lo rodeaba. Y olvidarnos de paso a nosotros.

4. Interludio

Que Dios me perdone, me alegro de no llegar a tiempo. Antonio no espera mi regreso y muere dos horas después de que yo me comuniqué con Eleonora. Querría haber sentido algo, una punzada aguda, un dolor sordo, un zumbido que lo volviera todo borroso pero no siento nada. Nada al perder a ese hombre, hijo del mismo Leonardo Orlandi, del que me separaron con solo dos años y que ya contaba con quince cuando decidió permanecer en Italia junto al cabeza de familia, repudiando a la madre que huía. Una vida entera, la mía, sin contacto, una infancia en soledad, sin afecto, con la sola referencia de una madre siempre aterrorizada por las posibles represalias, por haber burlado las reglas del sagrado matrimonio siciliano, escapando a España.

Muerto Leonardo, Antonio se hizo cargo de todos sus negocios, un nuevo padrino para la organización, salvo para las empresas legales que nuestro padre puso a mi nombre y que solo ante los ruegos de mi madre, acepté. Implicaba ser rico pero desgraciado, en parte confuso, en parte asqueado. El cabeza de familia también tuvo la desfachatez de construir un panteón familiar privado. Compró una finca, un antiguo palacete bien conservado, con una pequeña iglesia y una cripta. Mi madre pidió expresamente que trasladase aquí sus cenizas para reposar junto a mi padre llegado el momento, y eso hice. Viajé con la urna conteniendo las lágrimas, localicé al guarda y en completa soledad, acomodé el ánfora de cerámica azul en la hornacina central al amparo de un ángel con las alas abiertas en bajorrelieve, sin mirar el contenedor con los restos de Leonardo. Recé unas avemarías, le pedí a Dios un par de estupideces y salí de allí corriendo porque el suelo de mármol tan brillante y tan pulido, me achicharraba los pies. Ella nunca dejó de amar a mi padre, por encima de todo el sufrimiento que le causó su estilo de vida. La mafia. Maldita sea.

Asisto al funeral con cara de circunstancias y una rigidez corporal que

seguramente me hace parecer un pedazo de hielo. Solo recuerdo tanto populacho junto fingiendo sentirlo, lloriqueando y mostrando su pésame a la viuda y a mí como únicos familiares, en el entierro del último alcalde de Sevilla. Multitudinario, polimorfo y solemne. Así podría describir a los cientos de sicilianos y extranjeros ataviados de riguroso negro que acompañan el cortejo fúnebre, justo detrás de Eleonora, Allegra y yo mismo. Delante, el carruaje engalanado, casi imperial, que contiene el féretro arrastrado por seis caballos blancos con penachos. En vanguardia, la banda de música del cuerpo de policía en traje de gala haciendo tronar trompetas y tambores. Increíble. Mi hermano Antonio y antes que él mi padre, han sido los principales manejantes de una red empresarial basada en el contrabando, la extorsión y el crimen, y las autoridades y servidores de la ley les rinden pleitesía.

La diminuta mano derecha de Allegra reposa en la mía y con la izquierda se aferra a su madre. La noto temblorosa y helada. El vestido negro con cuello y puños de encaje blanco, cubierto por el abrigo también oscuro ribeteado en piel, le dan el aspecto de una pequeña emperatriz rusa. A nuestra espalda, el resto del cortejo. Hordas de personas circunspectas con rostros inexpresivos, cumpliendo su deber.

Ya en el cementerio, ante la lujosa cripta que contiene los restos de mis padres, mis abuelos y con certeza los de otras muchas generaciones atrás, la multitud se divide disciplinada en dos grandes hileras, flanqueando el acceso. El ánfora que yo mismo dejé aquí años atrás y que Antonio respetó, me hace un guiño macabro.

—Hola mamá —susurro para mis adentros—. Mucho tiempo sin verte, espero que puedas perdonarme la ausencia y que seas feliz aquí, donde quisiste reposar.

Tiene flores frescas, confío en que las que yo pago por anticipado cada enero para que jamás falten. Dudo que Antonio, con su complejo de hijo abandonado, se haya ocupado nunca de ella.

Nos toca un sacerdote pomposo, que con nueve monaguillos agitando incensarios, se adentra en el panteón y los seguimos. Noto que Allegra se encoge ante la tenebrosa oscuridad del agujero y trato de infundirle ánimos con un ligero apretón contra sus minúsculos dedos. Ella responde cerrando el nudo, insegura y asustada.

Soportamos el servicio completo, la sarta de hipócritas embustes acerca del hombre ejemplar que fue Antonio en vida y finalmente, encaraman el

fastuoso ataúd en el nicho destinado al efecto y se alza el silencio. Un silencio ominoso que yo empleo en evadirme de las lágrimas de Eleonora preguntándome qué pude hacer o decir que no dijera o hiciera, para impedir que Sofía me abandonase. Acarreo mi propio dolor, el que me traje de Málaga, que nada tiene que ver con mi hermano muerto. Ni siquiera soy consciente de sostener una rosa de tallo largo hasta que se la ofrezco a mi sobrina y sin palabras la insto a seguirme. Me observa con sus ojos enormes muy abiertos, en una muestra sorprendente de confianza se desliga de su madre, y accede a acompañarme hasta los pies del féretro, donde la aúpo para que deposite la flor.

—Se ha ido —musita con mayor entereza de la que cabe esperar—, papá se ha ido para siempre.

—Te equivocas. Solo ha cambiado de habitación, es a partir de ahora cuando no te dejará sola jamás, puedes estar segura.

—Tu papá era el abuelo y también se ha ido.

Asiento para tranquilizarla. Seguramente ella sabe de Leonardo todo lo que yo ignoro y mil veces más.

—Zio... ¿te quedarás con nosotras?

Malditos críos, siempre saben cómo pillarte con la guardia baja. Sus preguntas inesperadas vuelan como balazos directos a la frente. Me limito a sonreír tratando de parecer afectuoso. Desde luego, no tengo respuesta para esta espinosa cuestión.

Tampoco la tengo horas más tarde, cuando plañideras, subalternos, socios, conocidos y pelotas varios se dan por satisfechos en el cumplimiento del pésame, desapareciendo por fin, dándonos algo de aire para respirar. Un gancho invisible me saca a rastras del sopor donde me hallo sumido, sustituyéndolo una inquieta ansiedad y el acuciante deseo de escapar lejos de todo esto, despedirme con un “*he cumplido, hasta aquí he llegado*” y cobijarme en un nido que desde luego, aún tengo por construir.

Pero por favor, lejos de Sicilia.

La casa de mi hermano en la isla, asemeja un palacio veneciano, exageradamente grande, decorado con columnatas y faroles, un jardín versallesco y una escudería de automóviles de lujo que incluye algunos clásicos impensables, como un Rolls de los años treinta y un apabullante Phanton. Me trago las ganas de preguntarle a Eleonora qué demonios piensa hacer con todo esto.

Mi cuñada parece un fantasma enterrado en desolación. Entra a la biblioteca donde yo espero con una copa en la mano, frotándose los ojos agotados.

—Allegra estaba exhausta y aún así me ha costado dormirla.

—Demasiadas emociones e intensidad para alguien tan joven —repongo con un ramalazo de compasión por la pequeña.

—Hubiese sido mejor enviarla de avanzadilla a casa, con el chofer. —Se sirve una copa y se deja caer lánguida en un butacón cercano. Me mantengo lejos, a salvo, oteando a través del ventanal medio apoyado en las estanterías, el final de un día interminable—. Lo pensé, pero rara vez seguimos nuestros primeros impulsos.

—Los que guía el instinto —sonríó levemente—. Sí, debería haber vuelto en lugar de soportar el ceremonial completo, los funerales no son cosa de niños. ¿Qué pensáis hacer a continuación?

—Allegra y yo nos marchamos a Milán en una semana o menos, lo que tarde en disponer todo y cerrar la casa. —Mira en derredor con una nota de melancolía en las pupilas—. Ni imaginas lo que se queda atrás.

—¿Vivís allí habitualmente, o aquí en Sicilia? —Es al preguntar, que me percato de no saber en absoluto nada de sus vidas. Eleonora suspira.

—Mientras la enfermedad de Antonio fue llevadera, si es que puedo definirlo así, nos mantuvo en casa, allí en Milán, es donde Allegra asiste al colegio, tiene a sus amigas y... —Se tapa el rostro con las manos— Él empeoró y todo se volvió caos, quiso bajar a poner en orden sus asuntos, preferí no dejarlo solo, los médicos ya me habían advertido de la posibilidad de un colapso imprevisto y estaba tan débil...

—¿Cómo lo llevas? Me refiero a los negocios de mi hermano. —Sin querer remarco la temida palabra. La veo encogerse de hombros.

—Para las mujeres es fácil. No solemos meternos.

—Para mi madre no lo fue.

El ímpetu con que mi cuñada levanta la cara y me clava dos pupilas severas, me hace arrepentirme en el acto de haber mencionado a mi madre que al fin y al cabo, también lo era de Antonio.

—Desde luego, tanto como para abandonar a su hijo —espeta con amargo resentimiento.

—Antonio escogió quedarse.

—¿En serio? ¿Escogió? ¿Con la inmensa madurez de sus quince años? Seguramente no sufrió presión por parte de vuestro padre y eligió libremente.

Imposible pasar por alto la ironía en su tono y la parte de verdad que contiene. Maldita sea, tengo que contener con los dientes apretados las ganas de gritarle que mi madre huyó en mitad de la noche con lo puesto y un crío de la mano, como una vulgar ratera. Que no dispuso del tiempo necesario para convencer a Antonio, que no pudo obligarlo. Que lloró su ausencia cada minuto, de cada día, de cada año, hasta que murió. Que en nuestra mesa siempre hubo cuatro platos, incluyendo los de Antonio y papá. Que a pesar de los desprecios, jamás dejó de quererlo y de disculparlo. Puedo contárselo y arrancarle la venda de rencor que cubre sus ojos, pero no lo hago. No voy a abrirle a alguien a quien apenas conozco, las puertas de mi alma, mis secretos más sagrados. Eleonora coge una pitillera de oro con sus iniciales de encima de la mesa auxiliar y sin acordarse de mi presencia, prende un cigarro.

—El caso es que ella desapareció contigo de la noche a la mañana, dejándolo desamparado a merced de... —sacude la cabeza—. Es lo mismo, no te culpo, solo tenías dos putos años.

—Tampoco deberías culparla a ella, tuvo sus razones.

—No lo dudo pero cualquiera pensaría que sus dos hijos no le importaban lo mismo.

La miro con dureza.

—Eleonora... —Mi tono helado es toda una advertencia. Ella agita el cigarro en el aire.

—Entiendo, es tu tema tabú. Después de tantos años de no tratarnos, alguno teníamos que tener.

—Me pareces una mujer admirable, no lo estropeemos.

Mi cuñada arquea las cejas demostrando que mi opinión al respecto, le importa muy poco.

—¿Te quedarás?

Parpadeo perplejo.

—¿Yo? ¿Quedarme? ¿Para qué?

Suelta una carcajada seca y casi desagradable.

—¿Para qué iba a ser? Para hacerte cargo de los negocios de la familia, ahora te pertenecen.

5. Negarlo no lo hace desaparecer

No lo había pensado. No había querido pararme a pensarlo.

—Creí que a estas alturas quedaba claro que no estoy interesado.

—No es cuestión de estarlo o no, la organización precisa de una dirección, una cabeza que se coloque bien al frente.

—No será la mía —rebato con firmeza—, tendremos que buscar otra.

Eleonora se entretiene en apurar su pitillo con largas y cadenciosas caladas mientras yo la observo con disimulo. No puedo decir que nos tengamos demasiado afecto pero tampoco es odio lo que nos distancia, aunque desde luego, mi madre y sus motivos es un asunto del que no estoy dispuesto a discutir. Respeto su solidaridad en cuanto a Antonio y sus sentimentalismos de hijo repudiado, que no comparto. Muchos años, demasiados, pudo enviar una carta, un mail, una simple llamada telefónica por navidad. O responder a los desesperados intentos de mi madre por contactarlo. Puede que no a los quince, pero había cumplido veinte, veinticinco y treinta años, y el abismo entre nosotros no solo se mantuvo, llegó a hacerse inabarcable. No soy ningún hipócrita.

¿Para qué fingir?

Eleonora y sus largas piernas cruzadas me recuerdan a Paula: alta, elegante, sofisticada y rubia, con ese halo distante e inalcanzable de las divas del cine de los cuarenta. Que te miran pero no te ven. Más joven que mi hermano, sin duda, pero profundamente enamorada. ¿De él? ¿De lo que hacía? ¿De lo que representaba? ¿De la erótica de su poder? No voy a quedarme lo suficiente para descubrirlo.

—Mario, eres el único superviviente de la familia Orlandi —me reprocha en un murmullo.

—Soy un Vallés —la corto en cuanto puedo.

—Ese es el apellido de tu madre, no el tuyo.

—Por el que se me conoce en España, a donde pienso volver en breve —
miento.

—Solo porque tu madre tuviese la fortuna de poder invertir el orden de tus apellidos, no dejas de ser un Orlandi. El Consejo se tomará a mal tu renuncia.

Me revuelvo el pelo con gesto de hastío. Está empezando a dolerme la cabeza.

—¿Quién diablos es el Consejo?

—El grupo de hombres en quienes Antonio confiaba a la hora de asesorarse y tomar decisiones. Antes que ellos hubo otros y sirvieron a vuestro padre. Siempre ha habido un Consejo, es imprescindible para escalar y proteger al capo. Te los presentaré mañana.

—¿Tengo que ser yo quien nombre sucesor? —resoplo con impaciencia. Eleonora arquea las cejas en un gesto cansado y mudo— ¿Y encontraremos a alguien digno entre ellos? O indigno —me río de mi propio chiste—, para el caso me da igual.

Eleonora aplasta la colilla en el cenicero y se levanta como una muñeca manejada por hilos tensos. Avisa a una de las muchas doncellas que he visto por la casa y le ordena que me conduzca a una de las habitaciones de huéspedes. De nada sirve que me oponga alegando mi reserva en un hotel.

—Me lo debes, Mario, es lo menos que puedo pedirte después de este disfrute tan corto que nos dedicas. Acabamos de conocerte y ya nos quieres dejar. —Marca una pausa y repite pensativa—. Te los presentaré mañana.

Abro de par en par el balcón a recibir la brisa y me refugio en la luna. Tengo las mismas ganas de enfrentarme al jodido Consejo, que de que me pasen por encima dos tanques, pero Eleonora tiene razón, se lo debo, no voy a desentenderme de ellas con tanta facilidad, ni siquiera mi padre lo hizo cuando mi madre lo humilló huyendo a Sevilla conmigo, toda la vida se encargó de que nada nos faltara. Nombraremos a alguien leal, con la suficiente experiencia para que siga dirigiendo el cotarro y dejaré los intereses económicos de mi sobrina y cuñada a buen recaudo. Después de eso, podré ausentarme de sus vidas más tranquilo con mi conciencia, instalarme en Milán sin tener que dar explicaciones, dedicarme unos meses a vigilar mis empresas que ruedan solas y quien sabe, quizá conocer algo más a la pequeña Allegra y volverme a topar con la morena del vestido rojo en las Galerías Vittorio Emanuele. Divina criatura.

7. Lo de siempre

(Valentina)

Llego a casa canturreando de magnífico humor. No voy a darle las gracias a las *Tribute* doradas que traigo en una bolsa colgada del brazo, ir de compras ya me aburre bastante, sino al hombre que ha inspirado la decisión, ese derroche de belleza masculina, viril y sexy, que por un instante me noqueó. En todo lo que pude pensar mientras sus ojos negros terriblemente misteriosos chocaban con los míos, fue en sus largos dedos rodeando mis tobillos, calzándome, acariciando en un sutil roce mi piel, ascendiendo atrevidos por mis pantorrillas, buscando mis muslos, dejando a su paso un reguero nervioso, la curiosidad de querer mucho más, de gritarle “*¡continúa, no te pares!*” mientras separo las rodillas para él. Por un instante, todo alrededor se difuminó en bultos borrosos, las agobiantes dependientas desaparecidas, solos ese desconocido prometedor y yo. Un moreno caliente que bien podría pasar por príncipe árabe, lujurioso y salvaje.

El sueño murió en un pestañeo. Él pasó de largo y yo me quedé allí con las sandalias en la mano, un poco atontada con la potencia de la ensoñación. Pero al recordarlo se me encoge el vientre y la boca se me llena de humedad.

—¿De dónde vienes, cielo?

Aquí llega mi pesadilla.

—De clase, ¿de dónde quieres que venga? —respondo escabulléndome hacia la escalera, ofreciéndole solo una visual de mi espalda.

No va a ser tan sencillo que funcione la coartada.

—¿Con esa bolsa de YSL colgada del brazo?

Bufo fastidiada.

—Ya salió la hermana rubia de Sherlock Holmes. Hemos terminado antes, enfermedad imprevista del profesor, igual se muere. Decidí aprovechar el tiempo en vez de vagabundear por la biblioteca. ¿Tengo tu beneplácito, señora de la casa? —me burlo desde lo alto de la escalinata con una grotesca reverencia.

—No has ido, Valentina, te conozco, has vuelto a ausentarte, tus clases te importan lo que todo lo demás.

Desde donde estoy, me giro y la apunto amenazadora con el índice estirado.

—¡No se te ocurra perseguirme con tus monsergas!

—Hija...

—¡Ni lo intentes!

—¡Valentina!

—¡He dicho que me dejes en paz! —grito. Cruzo el umbral de mi habitación y cierro de un portazo. Aún la oigo lamentarse con sus trémulos y fastidiosos “*pero Valentina, hija...*”. Puedo doblarla en *playback* sin ninguna dificultad.

La detesto. Ni siquiera sé qué me impulsa a seguir llamándola madre. No me ha parido, esa mujer engreída y horrible no es mi madre sino su sustituta, una oportunista que acudió a consolar al pobre viudo rico después de que su esposa falleciera de un cáncer fulminante y él no supiera cómo gestionar la crianza de una niña pequeña.

Malditos hombres débiles. Cómo los odio a todos, no saben valerse por sí mismos.

Renata, mi madre postiza, ha desarrollado una obsesión enfermiza por mi persona. Lo que hago, lo que como, a dónde voy, con qué clase de gente trato, si fumo o de nuevo me drogo. Todo, supongo, en un patético intento por parecer amorosa a ojos de mi padre. Ella no ha tenido hijos propios ni ha mostrado el menor interés. O simplemente no pudo. Cuando me sermonea, una vez arranca y coge carrerilla, resulta difícil detenerla. Suerte que yo tengo patentado mi método infalible para superar la prueba sin alterarme: preguntarme dónde cojones me metí anoche para tener tan mal las uñas.

Renata pasa por encima de mis evidentes ganas de soledad. Se dice a sí misma que basta con un toque suave de nudillos en la puerta antes de abrirla y me sorprende tumbada boca arriba en la cama, mirando al techo y deseando morirme.

—¡Ah no! —Me incorporo de un salto brusco— ¡No te me cueles en el dormitorio a seguir con tu eterna cantinela! Ya me duele la cabeza...

—¿Has bebido?

Pongo los ojos en blanco y resoplo al tiempo que me dejo caer contra la almohada.

—No son horas.

—No por falta de ganas —adivina con retintín. No me digno a mirarla, ni a enviarle empaquetado mi desprecio. Mi atención sigue clavada en el techo.

—No por falta de motivos.

Renata adelanta unos pasos y se queda de pie en el lateral de mi cama. En otras circunstancias se habría sentado, pero soy un animal salvaje a punto de atacar en cualquier momento, no es sano arriesgarse y lo sabe.

—Valentina, ¿en qué puedo ayudarte?

¿Otra vez? Joder...

—¿Qué tal saliendo por esa puerta y respetando mi intimidad? Es todo lo que pido y nunca encuentro en esta maldita casa de locos.

—Estamos preocupados...

No la dejo seguir. Ya me sé de memoria la retahíla.

—¡Pues dejad de hacerlo! ¡Vivís preocupados todo el tiempo! Si no hay pretexto lo inventáis. Me habéis convertido en la víctima de vuestros desvelos y no hay nada que pueda hacer para librarme de esta puta vigilancia —escupo con resentimiento—. Acabará volviéndome loca. ¡Ah, no, perdona! Ya lo estoy.

—Nos inquieta que no seas consciente del poco control que tienes sobre tu vida. Si recaes...

—¡No, Renata, no! Ya lo hemos hablado un millón de veces. Si recaigo será problema mío porque probablemente sea una maldita adicta que prefiere vivir al límite, y lo peor es que no me importa. A vosotros sí, es todo un trauma —aleteo las manos en el aire—. La heredera De la Robbere es una vergüenza, ¿qué va a decir la gente?

—Ni siquiera vas a clase, has dejado y retomado los estudios hasta la saciedad, ¿no hay nada que te motive?

—Bailar y divertirme hasta ver salir el sol —replico con pereza. Cierro los ojos para clausurar mi propia burbuja, el lugar privado a donde ella no puede entrar.

—Es lo que haces casi cada noche.

—¿Y te importa?

—Querría ver que te diriges a alguna parte. Tu padre también. Das tumbos sin dirección.

—Con un poco de suerte acabaré en el fondo de un barranco —aventuro sarcástica— y muerto el perro se acabó la rabia.

—Qué poco te quieres, Valentina.

—No me quiero nada. Por eso trato de destruirme pero sin mucho éxito, la verdad.

—Sigues tomándotelo a broma.

Harta de oír sus reproches me tiro de la cama por el lado contrario. Tragar saliva es como tragar piedras, la irritación me abrasa la garganta, me falta el aire, así que abro de un golpe las ventanas y saco medio cuerpo fuera para llenarme de oxígeno el pecho. Apuesto que Renata piensa que saltaré al vacío. Pero no. No es el día... aún. Vuelvo a incorporarme y le pido que me recuerde cómo diablos ha empezado esta discusión tan manida.

—Con otra mentira de las tuyas —espeto queriendo parecer fría.

—Es la única forma que conozco para sobrevivir.

—Tu problema es el de siempre —prosigue a mi espalda—, no asumes responsabilidades y no sabes lo que quieres.

Giro brusca y apoyo la cadera en el quicio del ventanal, con las manos cruzadas sobre el pecho. Los dedos me duelen de crisparlos.

—¡De acuerdo! ¡No sé lo que quiero! Maldita sea, tengo un montón de puñeteros años y no sé qué hacer con mi vida, ¿debería pegarme un tiro?

—Lo tienes todo —me recuerda con tristeza.

—Evidentemente no. Algo me falta y lo que tengo me aburre. Tú me aburres, madre. ¿Por qué no te marchas de una jodida vez? Puedes registrar la habitación cuando no esté para cerciorarte de que no guardo drogas ni botellas de vodka —sugiero con una sonrisa torcida que debe de dar miedo.

—Todo eso lo encuentras de sobras en la calle.

Me encojo displicente de hombros.

—Siempre podéis volver a internarme.

Mi tono suena afilado como una guillotina. Con un estremecimiento visible, Renata niega con la cabeza y sale huyendo. Me quedo allí aún un buen rato, notando cómo el aire que choca contra la fachada de la casa me revuelve los mechones y seca mis lágrimas. Vuelan mis pupilas hasta una cajita de cerámica estampada azul pastel con tapa, sobre el velador blanco. Una de las pocas cosas en esta mansión aterradora, que de verdad amo.

—Abuela... Qué falta me haces.

8. El honor, la armadura que frena

(Mario)

Como ciudad, Milán siempre me atrajo. Su aspecto sombrío de ciudad del norte, sus cielos plomizos, su ciudadanía educada y distante, encajan bien conmigo. Buen lugar para que un tipo atormentado con una marcada tendencia a no socializar, se esconda. Como le dije en una ocasión a Sofia, odio esforzarme para caer bien, no me gusta la gente. Pero me gustó ella. Y también la pequeña Allegra. Y la chica morena de las sandalias de oro. Soy selectivo pero no imposible.

Bajo del taxi y permito que el conserje del edificio, tras alegrarse de verme y darme el pésame por lo de Antonio, se haga cargo del equipaje. Me indica que avisará ahora mismo al chico para que traiga a Barón, lo que sin duda le ocasionará un disgusto, está muy encariñado con mi perro. Lo dejo hablar mientras me pregunto cómo es posible que ya sepa lo de mi hermano. ¿Son los fallecimientos de los capos de la mafia en Italia, noticias de las que corren como la pólvora? Probablemente. Este edificio en el centro es, junto con otros cinco en puntos emblemáticos de la ciudad, parte de la herencia asignada por Leonardo a mi nombre. Uno a uno he ido convirtiéndolos en hoteles de lujo pero este lo he conservado para arrendar como viviendas, reservándome el ático completo para cuando visito Milán. Entre los beneficios de los hoteles, las rentas de los alquileres con lista de espera y la cadena de restaurantes que monté con los primeros beneficios, suman tantos euros que en la vida podré gastarlos. Yo no pertenezco a ese mundo fastuoso,

soy un humilde doctor en psicología anclado a una provincia en el sur de España. Y era feliz. Pero le hice dos promesas a mi madre en su lecho de muerte. Una, trasladar sus cenizas al panteón Orlandi junto a su marido. La otra, aceptar mi legado y gestionarlo con diligencia.

Mi ridículo sentido del honor me ata.

Giuseppe y su reluciente uniforme con gorra de plato colocan mis maletas dentro del dormitorio, pongo en su palma un billete de cien euros y respiro aliviado cuando la puerta se cierra con un chasquido elástico. Me sirvo una copa que no llego a probar y me acerco a admirar la plaza desde los ventanales y a meditar lo vivido. La reunión con el Consejo en Sicilia fue una pesadilla en la que mis conocimientos de psicología y el lenguaje no verbal, o quizá mi intuición pura y dura, me permitieron distinguir con claridad, dos bandos. El de los viejos conservadores, a la derecha de la mesa rectangular y el revolucionario frente de juventudes, a la izquierda. Tres y tres, con toda probabilidad, enfrentados.

Un camarero ceremonioso me había conducido a la sala del Casino donde generación tras generación, los Orlandi departían con su Consejo, entre copas de buen vino de la tierra. La templada acogida que me procuraron supuso una repetición de los ya manidos pésames por mi pérdida. Todos habían asistido al funeral de Antonio con su mejor cargamento de lamentos. Todos. Me reservaron el asiento de cabecera y traté de aceptarlo sin titubeos, fingiendo sentirme cómodo. Me avergoncé de que me sudaran las palmas de las manos aunque solo lo supiese yo. Aquella docena de ojos se repartía crueldad, hostilidad y curiosidad en perfecto equilibrio.

—Imagino que adivinarán el porqué de mi presencia hoy aquí. —Paseé la vista a lo largo y ancho de la mesa. Nadie habló—. Y que saben que no me quedaré en Sicilia para hacerme cargo de los negocios de la familia.

—¿Piensa controlarlos desde fuera? —preguntó un miembro del grupo más anciano. Se presentó como Tadeo, el tipo más enjuto que me había topado en la vida. Vestido de negro, con poco pelo ya blanco, cortado a lo militar. Mirada dura y penetrante, voz ronca.

—Puede hacerlo, Don Antonio vivía en Milán —adujo uno de los jóvenes, moreno, con un sofisticado tupé. Dijo llamarse Roberto.

Hice un esfuerzo por memorizar sus nombres mientras cortaba de cuajo sus elucubraciones.

—No es eso a lo que me refiero. La traducción exacta es que no formaré parte de este Consejo, ni como cabeza decisoria ni como simple miembro.

—¿Abandona?

La pregunta la hizo Romano Prisco, un tipo grueso de pelo cano, vestir impecable y voz rota como un millar de cristales. Un hombre afable que recordaba a Dani de Vito ligeramente más alto, unos tres palmos, lo justo para no dar risa. Sus ojos opacos miraban sin ver, a ninguna parte. Tras mi solemne declaración me habría gustado advertir algo de sorpresa pero la mayoría recibió la noticia sin inmutarse. Desde mi posición, la derecha la ocupaban Romano, Tadeo y Ciro. A mi izquierda se sentaban Roberto Testa, Fabio Giletti y el jovencísimo Massimo.

—Si quiere llamarlo así...

—No se trata de cómo queramos llamarlo —intervino el que se sentaba junto a Romano—, es lo que usted ha decidido hacer con respecto a algo que por derecho le pertenece.

—Mi hermano Antonio confiaba en ustedes. —Traté de sonar cercano. Estiré los brazos sobre la mesa y entrelacé los dedos de las manos—. Y antes que él, mi padre. Al menos en los más antiguos.

—Cauta forma de llamarnos viejos —bromeó Romano con un amago de carcajada, seca como la arena.

—Quiero decir que no hay razón para que yo, un recién llegado ajeno a todo, no lo haga también. Solo quiero dejar cerrada una asignación mensual que cubra con generosidad los gastos de mi cuñada y mi sobrina.

—¿Eso es todo?

—Todo. Una vez asegurada, me marcharé.

—¿A cuánto asciende esa... asignación, si puede saberse? —indagó Tadeo, flaco como un hilo de pescar. Y siniestro. Muy siniestro. Alguien incapaz de reflejar emociones o sentimientos en su rostro de caballo.

—Dos millones —respondí sin vacilar.

—Es mucho dinero —bufó Romano.

—A primeros de cada mes y con carácter vitalicio. Cuando mi cuñada falte o si cualquiera de ambas falleciera, el importe correspondiente pasaría a engrosar la renta de la superviviente. Será hereditaria a su elección. La de ellas —aclaré con sorna—, no la de ustedes.

—Cada palabra que añade, don Mario, nos sale más caro —bromeó Pío sin pizca de humor. Lo ignoré. Miraba a Romano Prisco fijamente.

—¿Les? ¿Hace falta recordar que no son sus negocios sino los nuestros? ¿Y que ustedes viven gracias a ellos?

Los consejeros corrieron a esconder las pupilas, hasta los más

beligerantes.

—Es todo lo que pido. El resto de los beneficios, la gestión... todo, les pertenece.

—¿No piensa reservarse...? —El joven Fabio fue incapaz de disimular su asombro. Al menos demostraba ser humano, cosa que me alivió.

—Dispongo de mi propia fortuna y desconozco los entresijos de estos negocios —atajé cortés—, no haría más que estorbar. Lo dejo en sus enteras manos aunque desde luego, no voy a permitir que la familia de mi hermano quede desprotegida, al margen de un imperio que fundaron los Orlandi.

—La familia de don Antonio, que también es la suya —me recordó Romano Prisco haciendo bailar una copa de vino entre sus manos. Asentí.

—Usted lo ha dicho. Entenderán, pues, mis condiciones.

—Sea —resolvió el hombretón con un suspiro—. ¿Y cómo se supone que se organizará este Consejo de ahora en adelante?

—Voy a nombrar apoderados. Usted, Romano, dirigirá los asuntos de la familia. —Vi la satisfacción llegar al galope e instalarse en su mofletuda cara redonda—. En mancomunidad con Roberto. —Giré la cabeza para apuntarlo.

—¿Mancomunidad? —rugió Romano. Su expresión viró de la complacencia al odio más absoluto. Esta vez fue mi boca la que se curvó burlona.

—Habrán de tomar las decisiones de mutuo acuerdo y cada documento irá firmado necesariamente por ambos. Creo que uno y otro representan dos enfoques muy distintos de cómo hay que proceder y sabrán equilibrar las balanzas. Con tal reparto de poderes, el asesoramiento del resto y una pizca de buena voluntad, sus fortunas y las empresas que las garantizan, no harán sino crecer.

Después de soltar mi granada sin anilla, me había escabullido como un vulgar ladrón. Sin probar el vino, sin estrechar manos, sin desearles lo mejor. Una escueta sonrisa y un “*enhorabuena*” bastaron. Ellos se quedaron discutiendo bastante exaltados.

Yo reprimí la repulsión que me daban y tomé el avión que me trajo de vuelta a Milán.

Aquí estoy. Solo y aferrado a los momentos de intenso amor que viví en España, una red de desengaños a la que debo enfrentarme cuanto antes y rasgarla. Sofía es el pasado y este, el momento perfecto para dar por terminada una etapa gris de mi vida y concentrarme en lo que venga. Los cabos que voy atando no me disgustan. Toca asegurarse de que Eleonora y

Allegra reciban su dinero cada mes y luego podré olvidarme de todo lo tocante a Sicilia y reanudar.

Suena el timbre coreado por dos ladridos capaces de tumbar la pared. Mi pequeño revoltoso de vuelta a casa. Saldremos al parque y correremos un rato los dos. Agotados, cenaremos. Después...

Será hora de salir a tomar una copa.

9. Fantasma que revolotean

Otra aparición inesperada, una bruma fantasma, verla y perderla en cuestión de segundos. A través de las barras de bar, se establecen contactos visuales francamente interesantes.

El club Fausto está de moda desde que alguna revista snob de “lugares donde perderse” la ha etiquetó como catedral de la diversión. Puede sonar bochornoso confesar que recurrí al conserje de mi edificio en busca de sugerencias para una buena juerga. Él me recomendó este club aunque no pueda costearse una copa dentro. Yo sí. Todas las del mundo. Ya llevo cuatro y sigo igual de apático y somnoliento. Me falta compañía.

Barajo la posibilidad de irme y dar de bruces contra mi cama, donde seré mucho mejor recibido que aquí, bebiendo solo como un desgraciado, cuando ella se me cruza por delante para cambiarlo todo. Nos separa una de las barras en forma de U, acodados en extremos opuestos y mientras yo doy pena sin compañía, a ella le sobra. No cabe duda, parece distinta pero es la misma chica de la galería Vittorio Emanuele, la de los ojos de plata, penetrantes como dardos en llamas. Cubre su cuerpo delgado con un vestido lánguido y blanco que podría pasar por nupcial, de no ser porque la delantera no cubre más allá de la mitad del muslo, según puedo ver luego. Pero lleva cola, la tela se frunce en unas delicadas flores de gasa y al límite de lo arriesgado, lo combina con unas botas moteras de piel negra. El maquillaje, marcado y oscuro, resalta sus ojos inigualables en una tez pálida inmaculada. Sus pupilas inquietas se detienen en mí un par de veces. La segunda, parece reconocerme.

Por si acaso, alzo mi copa en un sutil gesto de brindis. Ella salta de la curiosidad a la indiferencia más cruel, volcando su interés en el chico que tiene al lado, un tío guapote que lleva rato arrimado, mimoseando sin conseguir nada. Cuando esta belleza salvaje se le pega al cuello, sus

expectativas deben saltar de júbilo dentro de la bragueta. No digo nada del incendio que se habrá declarado cuando le muerde la boca.

Entiendo que el show es entre ella y yo. Cada pecado, cada pequeña perversión, me la dedica. Miro cómo su lengua rosada entra y sale de entre los labios de su acompañante, el modo en que ella se deja lamer. Luego, sin apartar de mí sus ojos, hace a un lado la melena y ofrece su cuello largo como quien rinde ofrenda a los dioses. Otro de esos tipos odiosos aprovecha el asalto para enterrar los dientes en su sedosa piel y succionar hasta marcarla.

De modo que la deliciosa morena es una chica mala... Viéndola comprar por los corredores de la galería, uno habría apostado justo por lo contrario, una niña rica loca por la moda, dulce y candorosa.

Quizás lo sea. Todas esas cosas juntas y más.

Dios... Cómo me gusta mirar... Me queman por dentro las ganas de su nombre.

En la sensual penumbra de la sala resuena *Days gone by*, de Bob Moses, el marco perfecto para la provocación que la morena parece dedicarme. Se restriega sin pudor contra el chico que sostiene su copa y dibuja en su cuello con la lengua, un recorrido visceral y sucio, provocándome una convulsión. Luego, se adosa a otro del numeroso grupo, todos hombres, a quien abre la camisa para besar lascivamente el torso.

El espectáculo se pone interesante aunque yo ya llevo rato duro como el hormigón armado, apoyando los labios contra el cristal de mi vaso, percibiendo su sedosa calidez, imaginando el sabor de los rincones prohibidos de esta apetitosa mantis religiosa. Aparento tranquilidad, pero la verdad es que soy incapaz de apartar los ojos de sus manos de largos dedos y uñas pintadas de negro, bailoteando nerviosas sobre la piel de estos memos que no dan crédito a su buena suerte. Lleva un aro ancho de acero en el pulgar izquierdo. El gesto no miente y ella me mira de reojo con los labios entreabiertos. Le gusto, está claro. Y la poca ropa que lleva puesta, le sobra. La horma de mi zapato. Toda mi maquinaria pesada se pone en marcha. Ver sexo, sentir sexo. Ser testigo de las prácticas sexuales de otros, aunque sean meros preliminares como estos, convierte mi conjunto cuerpo-mente en una caja de resonancia. Cada roce, cada rastro de saliva tiene su réplica inmediata en mi sistema nervioso. Todo cuanto mis ojos captan, yo lo siento como si lo hiciera, como si me lo hiciesen. Y tanto da si son dos o quince los que participan, yo tengo la capacidad de gozar el palpito de todos esos dedos al mismo tiempo.

Y lo que veo ahora, está poniéndome pero que muy cachondo.

Pido otra copa con el corazón al galope. Nada puede impedir que la busque de nuevo y me quede allí clavado observando el manoseo. Hay entornos que se alían para hacer de un encuentro algo perfecto. El jodido recuerdo perfecto que te corroe el alma y te destroza a dentelladas. Alcanzar las fronteras italianas escapando de un imposible y topártelo de frente cuando lo único que buscas es ahogar en alcohol tus penas, no deja de ser una broma macabra.

Esta chica no se parece a Sofía. O sí. Cualquiera sabe. Pero sus ojos, el color sobrenatural de sus ojos, es el mismo.

La repaso a toda velocidad, invadido por una furia desconocida y el terror de volver a hundirme en ese infierno donde se dan cita todos mis demonios con nombre de mujer. Después, aún en contra de mi voluntad, vuelvo a anclarme en el espacio que ocupa, obnubilado por el halo que desprende y que es casi tangible. Cuando ella me mira de nuevo, es como desnudarse a tirones, una experiencia febril, intensa, increíblemente excitante. En especial, cuando juega a retarme dedicándome sus escarceos. Todo cuanto puedo ver ahora es su espalda apenas cubierta y su larga melena lisa como un velo de seda recogida a un lado, dejando al descubierto un esbelto cuello de cisne en el que me gustaría hundir los dientes. Mi erección es ya un hecho incontestable, sin necesidad de activar demasiado la fantasía. Me pregunto por su olor mezclado con el mío, por la sensación de oírla jadear y el tacto de su ropa interior. Ella mantiene un férreo control sobre su postura y aunque no me mire, siento su interés fijo en mí.

Fascinante.

A veces se dice tanto con tan poco... Tan menuda, tan rodeada y sin embargo, tan poderosa.

Pero decide matarme, al acercar esa boca como una fresa madura al rostro de sus acompañantes, musitar algo entre carcajadas y dejarse arrastrar a las sombras del fondo, allí donde espiarla es imposible. No me muevo de mi sitio. Eso sí, noto el súbito vacío en el pecho, me cuento lo inexplicable que resulta, y aunque se ha ido, vuelvo a dedicarle mis tragos.

Cuando decido abandonar el club, el reloj pasa de las tres y yo, con mucho, de los niveles recomendables de alcohol en sangre. A ella no he vuelto a verla y solo la esperanza de que aparezca a deslumbrarme de nuevo, impide que salga huyendo antes a refugiarme en mi guarida. Paseo por las

salas comunicadas, visito los aseos, cruzo el vestíbulo semejante al de un viejo teatro, pero no hallo ni rastro. Desalentado, dirijo mis pasos lentos al guardarropa.

La antesala está casi desierta, rodeada de pesados cortinajes de terciopelo y ellos dos chillan como endemoniados, imposible no oírlos pese al estruendo de la música. Mi desconocida morena y un tipo alto trajeado que no recuerdo haber visto en su grupo, que la mantiene sujeta por un brazo.

—¡Que me sueltes, coño! —repite ella con desdén y lengua pastosa—
¡No pienso repetírtelo!

—Tienes que acompañarme —insiste él sin perder la compostura, el ceño fruncido y cierto aire profesional que me descoloca.

Ella trata de liberarse con un tirón violento pero se tambalea peligrosamente y él aprovecha para agarrarla de nuevo. Me muerdo el labio inferior dudando si intervenir.

Mi boca rebelde actúa por cuenta propia.

—Creo que la señorita te ha dicho que la dejes en paz. Yo la he entendido perfectamente, ¿tú no?

Me miran ambos como si acabara de bajarme de un platillo volante.

—¿Quién demonios eres? —masculla el tipo entornando los párpados.

—Eso, ¿quién eres y para qué te metes? —lo apalanca ella. Eso me duele más que ninguna otra cosa.

—Pensé que necesitabas ayuda...

—¿Con este fante? —Echa atrás la cabeza y suelta una estridente carcajada que sin embargo a mí me suena a cristal—. Para dominarlo me sobro y me basto, guaperas.

—No te atrevas a faltarme el respeto —le advierte él permitiéndole soltarse. La morena empuja aire con el pecho.

—¿O...? ¿Irás corriendo a contarlo?

—Estás peleona esta noche, por lo que veo.

—Para variar, querido —responde en un ronroneo.

Acaban de cerrar de nuevo un círculo de discusión privada del que claramente me excluyen. Donde no me invitan no me quedo. Doy media vuelta y aún tengo tiempo de oír la bofetada que ella propina a un hombre con mucho aguante. Me rezago pensando que después de todo pueda ser que me necesite.

—Bésame —la escucho ordenar.

—Por favor, vámonos ya...

—No seas idiota, bésame.

—Estás loca.

—¿A quién estás llamando loca, puto imbécil?

Los dejo matarse si es eso lo que quieren. Privado de la diversión y bastante desanimado, pido mi abrigo, regalo cincuenta euros al chico del guardarropa y vuelvo sobre mis pasos a fisgonear. Coño tres veces, parezco una jodida maruja cotilla. Solo encuentro un grupo de chicas vestidas de dorado como las burbujas de Freixenet que tanto gustaban a mi madre. Se acabó. Salgo a la calle a morir de frío con estas temperaturas infernales del diciembre milanés.

Buen mes para morirte, Antonio, musito, le has jodido la navidad a tu pobre hija.

El recuerdo de Allegra me calienta el corazón. Esa diminuta persona a la que hace un suspiro no conocía, visita mi memoria de forma recurrente, siempre para arrancarme una sonrisa bobalicona. Igual compro algún juguete que esté de moda y voy con Barón a verla. Mañana o al otro, sin prisa, pero iré, de eso estoy cada vez más seguro.

Entonces la veo. Y tengo que respirar mucho más hondo para no ahogarme.

De arriba cae una llovizna fina y helada que cala lo preciso. Ella permanece en la acera, como en trance, cubierta con un abrigo de piel sobre los hombros, la cara en dirección al cielo y los ojos cerrados. Recibiendo el impacto de la lluvia sobre el rostro. Hermosa y pálida como un reflejo de luna. Empapada, el rímel corrido, la novia fantasma o un pollito mojado, esta chica es un compendio de muchas cosas que a primera vista no casan. Suspiro, resignado a cumplir con mi destino y me acerco a ella.

—¿Te ayudo a buscar un taxi?

Tarda en descender de las alturas y mirarme como quien ve por primera vez a otro ser humano en mitad de un desierto. Su expresión cambia, se hace burlona.

—¿Otra vez tú, guaperas? ¡Anda! —Se cubre la boca con la mano y sofoca una risa traviesa— ¡Si eres el tipo de las sandalias!

Habla con torpeza, arrastrando las sílabas. No es lo que se dice el mejor momento para conversar, así que me ciño a lo práctico.

—¿Quieres un taxi?

—¿No tienes coche?

Parpadeo confuso.

—Sí, claro.

—Entonces te quiero a ti. Que me hagas de chófer y me lleves, no sueñes.

Es un instante extraño. Ella sonríe y me parece una niña desamparada pero la forma sinuosa en que me cerca, viajan sus manos por mi brazo hasta el hombro y me soba para sujetarse, tiene muy poco de infantil.

—De acuerdo —accedo dejándome conducir al peligroso abismo.

Hago un gesto al portero del club para que traigan mi coche. En menos de tres minutos tengo el Jeep delante de la puerta. La ayudo a subir y mientras lo hago, me deleito con la vista de sus piernas torneadas. Me las muestra sin pudor hasta la cadera, la braguita es diminuta, de encaje blanco. Luego se acomoda en el asiento de cuero y suspira.

—Estás empapada.

— Sufres por tu cochecito? —se burla sin apartar la mirada de la ventanilla. La lluvia forma veloces regueros que corren a desaparecer.

—Sufro por ti.

—Es agua, no mata a nadie —replica seca.

—Las pulmonías, a mucha gente.

—Saldr  de esta, no te apures.

—Si hay algo que no dudo es que sepas val rtelas por ti sola.

La chica mueve el culo y gira en mi dirección. Con el codo apoyado en el respaldo del asiento, deja caer la mejilla izquierda sobre la mano. Estudia mi perfil con desquiciante interés mientras yo finjo no darme cuenta.

—Mira que os mola a los tíos ir de galantes caballeros salvadores.

Le echo un vistazo a todo gas. Est  tan borracha que no me extrañaría que se me derrumbase encima. Aun así, no deja de emanar una fascinante luz propia que me ciega.

—Abr chate el cinturón.

—Y mandones. Os pone duros mandar... un taco. —Deja escapar un gruñido insatisfecho y a empellones encaja la hebilla en su lugar mientras yo consigo distraerme arrancando.

—Ese tipo...  era tu novio? —Me atrevo a indagar pasado un rato.

— Qui n, Boris?

Se echa a reír. Me encanta cómo suena.

—El que te zarandeaba en el pasillo. Al que le has calzado la hostia.

—S , Boris.  Mi novio? No me jodas, es el perro guardián que me ha colocado mi padre.

Dice eso y vuelve a enterrarse en el silencio. Aprovecho un semáforo para estudiar su perfil. Es muy joven, mucho más de lo que parece a simple vista con tanto maquillaje encima.

—No os lleváis lo que se dice bien.

—Nadie tiene que vigilarme, no soy idiota.

—¿Cómo te has librado de él? Supongo que se limitaba a cumplir...

—Se limita a fastidiarme la vida pero no es el primero que despacho. Le he metido la lengua hasta la campanilla y luego le he jurado que le diré a mi padre que se ha propasado —ríe con los labios apretados—. Siempre funciona. ¿Tienes un cigarro?

—No fumo. Y aunque fumara. Dentro del coche, ni lo sueñes.

—Joder, qué estricto.

De repente tengo su mano en mi muslo. Ejerciendo una suave presión. Subiendo. Y las malas intenciones se acompañan de una risita malévola y una mirada turbia entre pestañas mojadas.

—Retira de ahí esa mano —advierdo afilado. No me hace el menor caso, tampoco es que lo esperase.

—Estrecho —rezonga agitando los deditos, buscando mi entrepierna. Esto no puede culminar más que en desastre. Busco a tientas su muñeca y retiro el peligro de la circulación.

—En serio, compórtate.

Escucho una especie de bufido muy poco diplomático.

—¿Comportarme? ¿Qué es eso? En la escuela a la que fui solo me enseñaron a divertirme.

—No me has dado tu dirección, Claudia.

—Tampoco me llamo Claudia —repite molesta. Arqueo divertido las cejas.

—Ah, ¿y cómo te llamas? ¿Julia? ¿Andrea, Silvana, Cotta...?

No le da la gana sacarme de dudas. No insisto, empiezo a captar su juego. Pretende mandar por encima de todas las cosas vivas. Siento sus ojos adormecidos buscarme en la penumbra y aprieto los dedos en torno al volante. Ella extiende una mano y sus dedos de muñeca accionan la radio. La personal voz de Sia cantando su *Alive*, invade el reducido espacio.

—Valentina.

Vaya. Dulce nombre, a magia y champán me huele Valentina.

—¿No me preguntas el mío?

Se encoge de hombros. Una patada en toda regla.

—Si insistes...

—Oye, no voy a obligarte —espeto con resentimiento.

—No vamos a volver a vernos, así que...

—Esta ha sido nuestra segunda vez —le recuerdo con placer—, Milán no es tan grande.

—Oh, sí que lo es, te lo aseguro. Si te sabes esconder.

—Pues debe ser que no quieres o que no dominas ese arte.

—O que me persigues. ¿Eres un acosador, Paolo?

Suelto una risita tensa.

—Error. Prueba de nuevo.

—Tengo demasiadas ganas de vomitar y tú un coche demasiado limpio. Yo de ti no me arriesgaría, Enzo.

Touché.

—Mario —silabeo despacio.

—Me gustas, Mario.

—¿Aunque no vayamos a volver a vernos?

—En la vida. Para aquí.

Terminamos de cruzar la calle Montenapoleone y ante mí se abre un soberbio edificio en chaflán con una esplendorosa fachada bien conservada. A pesar de lo avanzado de la hora, en la puerta, un conserje uniformado pasea atento a la calle, con las manos recogidas a la espalda. En cuanto divisa a Valentina tratando de bajarse, me toma la delantera y corre a abrir la puerta del coche.

—Señorita...

Ella amaga una carcajada infantil y le acaricia la cara, susurrando algo que nadie entiende pero que suena atrevido y sexy. El conserje carraspea, le recoloca el abrigo sobre los hombros y tira con suavidad de su brazo.

—Cuide de que llegue sana y salva a su apartamento —indico. El hombre asiente con la cabeza. Luego la miro a ella, ya más pendiente de los escalones que de mi persona— ¿Te encuentras bien? ¿Necesitas algo?

—Dormir y quizá un par de copas para rematar la noche —informa por encima de su hombro. Aún ríe, la puñetera. Me pregunto si tendrá razón, si realmente no volveremos a vernos y se me forma un nudo en el estómago. No quiero que algo tan triste pase.

—Descansa —recomiendo aún a sabiendas de que mi consejo la hará mofarse.

Sin embargo, ya casi cruzando el umbral iluminado y yo en la acera junto

al Jeep, Valentina da media vuelta, viene corriendo y se detiene tan cerca que su aroma me envuelve entero. Me regala una mirada profunda e intensa que detiene el tic tac de los relojes. Sus manos viajan por las solapas de mi abrigo, una frente a la otra. Las deja allí, se iza de puntillas y suavemente, me besa la boca.

—Gracias.

10. Mi hogar, mi infierno

(Valentina)

—Aúllo en busca de auxilio pero me lo negáis, malos perros del infierno.

Eso tan poético voy desgranando mientras escalo los altísimos peldaños de mi casa, rumbo a mi dormitorio si los pies lo permiten. Aportando facilidades, los tacones los llevo en la mano pero puede que no sea suficiente, me he emborrachado con fervor suicida y malestar aparte, la cabeza la traigo rellena de goma espuma. La casa en completo silencio, oscura como boca de lobo y yo tanteando las paredes para no perderme ni tropezar. Empujo la puerta de mi cuarto y me arrojé en la cama como un náufrago a una balsa. Por la tarde he vuelto a discutir con Renata. Lo de siempre. Y para empeorar las cosas, mi padre entró en la biblioteca cazando el punto álgido de aquel destrozo. Menos de un minuto tardó en ponerse de su parte. Me atacó con toda la artillería pesada de un modo tan cruel que hasta su mujer le suplicó que parase. A gritos le eché en cara que me hubiera obligado a estudiar Empresa, algo que detestaba con toda el alma. Él contraatacó acusándome de no haber tenido en la vida intención de ejercerla, de remolonear entre estudio y estudio sin rematar nada en serio, se reprochó el haberme concedido todos los caprichos y aterrizó, como de costumbre, lamentando mi nulo interés por todo lo que concierne a la familia. Ser la hija menor es una jodida pesadilla, ojalá el todopoderoso Doménico de la Robbere hubiese concebido cinco hijos varones antes que a mí, aunque fuesen todos bastardos, a los que cargar con sus millones y sus boyantes negocios. Mi hermana mayor, correcta y

perfecta, cumple. Yo soy su mayor decepción, no valgo para ese futuro planeado. Crecí convirtiéndome en mi peor enemiga, asumiendo mi inutilidad, convencida de que las responsabilidades no están hechas para mí.

Debí hacer un trabajo excelente. Vivo llena de rabia, de un resentimiento infinito contra todos ellos, por la presión a que me someten. Y sé bien cómo castigarlos, un comportamiento indecente, una reputación atroz... Todo el que es alguien en Milán sabe de mis escándalos y mis adicciones. Con veintidós años ya he pasado por dos clínicas de desintoxicación.

Estiro las piernas y me cubro con el edredón hasta la barbilla. Toda la habitación da vueltas sin detenerse, ¿por qué no para? Dejo caer el pie y lo apoyo en el suelo. Es como un ancla que ayuda a centrar mi mareo. No tardo mucho en quedarme dormida, pero los últimos minutos de consciencia me los roba ese desconocido, insoportablemente hermoso. Barba de tres días e irresistibles sonrisas. Demasiado como para huir sin suspirar.

11. Adolescente de nuevo

(Mario)

Valentina vive en Via Montenapoleone y doce horas después de saberlo, me descubro cayendo como por casualidad, una y otra vez, delante de ese portal cerrado. Menuda estupidez, una niñata borracha e insoportable pretendiendo adueñarse de mi mente, me falta distracción, mantenerse ocioso es un jodido veneno. Al cabo de dos días decido que es buen momento para visitar a mi sobrina. Callejeo un poco hasta encontrar el perfecto osito de peluche y aunque mi insidiosa vocecita interior me avisa de que puede que Allegra sea grande para muñecos, lo escondo bajo mi brazo con la excitación de un adolescente que piensa declararse. Barón me acompaña feliz por paseo.

Eleonora espera en el salón de la chimenea, como pomposamente lo llama la doncella que me abre la puerta para escoltarme. Sentada en una butaca de terciopelo, entretenida con un libro, contemplando a su hija jugar sentada en el suelo. Tras Allegra, un enorme abeto artificial profusamente decorado llena la estancia de cierto espíritu navideño en constante batalla con la pena. Eleonora, su impecable melena rubia, su palidez y su vestido negro, me miran, resbalan hasta Barón, regresan a mí y sonrían.

—Allegra, saluda a *zio* Mario. —Estira lánguida el brazo y ya que estamos en el diecinueve, hago amago de besarle la mano con una leve inclinación de cabeza.

Me quedo observando a mi sobrina que no sabe bien cómo recibirme pero no le quita ojo al perro. Saco la bolsa con el osito dentro.

—Esto lo dejó Santa en casa para ti.

La pequeña sonrío a medias, avanza un par de pasos y me besa las mejillas antes de aceptar el regalo. No la culpo, yo soy por completo un extraño del que seguramente su padre no ha contado nada bueno, si es que alguna vez citó mi nombre.

—¿Te gusta?

La niña levanta la cara con el osito en las manos. Tiene los ojos húmedos y las mejillas arreboladas. Diría que sí, mucho.

—Siempre he querido uno...

—¿En serio? —oigo preguntar incrédula a Eleonora— Haberlo mencionado...

—Hay algo más, al fondo de la bolsa, creo —indico centrando toda mi atención en Allegra. Rebusca hasta sacar un paquete pequeño deliciosamente envuelto. Desgarra el papel y ahoga una exclamación al descubrir una edición especial de “*El principito*” con cubiertas de relieves dorados, como el libro de hechizos de un hada buena. Barón suelta un ruidito simpático de los suyos como si el regalo fuese para él.

—Es precioso, *zio, grazie*.

Le brillan los ojos como un par de estrellas. Vuelve a obsequiarme otro de sus besos tímidos y enseguida se retira junto al árbol con sus pequeños tesoros. Desde allí me dirige una mirada titubeante.

—¿Es tuyo el perro? ¿Cómo se llama?

Asiento y le digo que Barón. Está perfectamente adiestrado y como ignoraba si Eleonora y Allegra admiten peludos en casa, no le he permitido traspasar el umbral del saloncito. Ahí se ha quedado, sentado sobre sus patas traseras, con los ojos vivos y negros como dos escarabajos egipcios y media lengua fuera.

—¿Puedo acariciarlo? Mamá, ¿puedo?

—Claro que sí, cariño —decimos mi cuñada y yo al unísono.

En cuestión de segundos se están revolcando y riendo bajo el árbol de navidad. Creo que los niños y los perros están hechos de la misma buena pasta. Tomo asiento junto a Eleonora que ya sirve café en un juego de porcelana de muchos miles de euros.

—Nos alegra verte. ¿Leche y azúcar?

—Solo, por favor. Habría venido antes pero... —Dejo en el aire la frase. Lo cierto es que no tengo excusa, solo indecisión y la permanente duda acerca de si debía o no estrechar lazos con la que al fin y al cabo, es mi única

familia en el mundo.

—Llegaste en el momento preciso.

Es la forma de romper las últimas palabras lo que me alerta. Escruto sus pupilas al tenderme la taza y leo sin dificultad miedo, y una tensión de la que no había sido consciente hasta entonces. Eleonora guarda la compostura delante de su hija pero hay algo que hace temblar su mano.

—¿Va todo bien? —musito con discreción.

—Allegra, ¿le enseñas al *zio* Mario tu libro favorito?

—Es este, mamá. —Señala el ejemplar del principito que sostiene con reverencia. Se me escapa una sonrisa de complacencia.

—De acuerdo, tu segundo libro favorito, entonces.

El caso es que abandone la habitación el tiempo imprescindible para no escuchar lo que su madre tiene que contarme. Mi cuñada habla a borbotones en cuanto la niña sale por la puerta con Barón pisándole los talones.

—Tengo miedo, Mario.

—¿Miedo?

—Anteayer alguien arrojó una piedra contra el cristal de la ventanilla de mi coche —explica retorciéndose las manos. Pestañeo bastante perdido—. Fue en el centro, Allegra viajaba conmigo, estuvo a punto de resultar herida.

—¿Una gamberrada?

Lanza una mirada angustiada hacia la puerta, por si regresa su hija.

—Desde luego que no.

—¿Cómo lo sabes? ¿Insinúas que fue intencionado?

Mantiene la mirada sin responder con palabras.

—Eleonora, es navidad, muchos chicos salen y beben más de la cuenta...

—No en Milán, no en el centro, no a esas horas. No una piedra del tamaño de un balón pequeño.

—Sigo pensando que exageras.

—No proyectiles con mensaje.

El dato me deja fuera de combate. Coincidiendo con la vuelta de Allegra, Eleonora se pone en pie y llega hasta un bargueño, descerraja el cajón más diminuto y mientras yo alabo las ilustraciones de *“Alicia en el país de las maravillas”*, se hace con un papel de estraza arrugado y sucio que más tarde me enseña.

En trazos gruesos, alguien ha garabateado *“Infames Orlandi. Muerte a la mafia”*.

—Pensé que aquí estábamos a salvo —gime con desespero. Cojo su

antebrazo y lo aprieto con afecto.

—Y lo estás. Milán es neutral, siempre lo ha sido.

—Ya no estoy tan segura.

—Tienes que denunciarlo. Exigir protección si es necesario.

Ella esboza una sonrisa muy triste.

—¿Con la palabra mafia incluida en la amenaza?

—Después de tantos años, debes conocer a alguien de confianza entre las autoridades. Antonio...

—Antonio tenía sus cómplices, claro está. Gente a la que ayudaba cuando lo necesitaban y con la que tenía establecidas unas reglas muy claras de *quid pro quo*. El caso es si yo seré para ellos del mismo interés, ahora que estoy fuera de todo.

—Precisamente por eso, estás fuera, esto no debería estar pasando.

Mi cuñada desvía la mirada hacia su hija, que ajena a todo, le lee en susurros “El principito” a Barón y a su oso.

—Allegra es para mí lo más importante.

—Lo entiendo, también para mí. Por eso te agradezco el gesto de confianza al ponerme al corriente, cuenta conmigo, puedo acompañarte a formalizar la denuncia, no te sientas sola.

—Apenas nos conoces.

Suena como un disparo y yo acuso el tiro en mitad del pecho. No es que Eleonora mienta, pero me siento tan solo que jamás habría podido explicar lo que ellas dos significan de repente para mí. Despiertan un extraño e insensato instinto protector que solo puedo identificar con paternalismo y que de alguna manera, me conforta.

—Somos familia —me limito a afirmar. Ella asiente con la cabeza y esa cautivadora sonrisa suya de labios cerrados—. Haremos algo —prosigo al cabo de un rato—, tú me das un par de nombres, yo doy una vuelta por comisaría y mantengo alguna que otra pequeña charla. Luego te informo del resultado.

Eleonora esconde la cara entre los finos dedos de sus manos. La oigo suspirar.

—No sé si merece la pena, igual tienes razón y no es más que una gamberrada. Estoy tan agotada...

—¿Perdemos algo por intentarlo? Yo me ocupo.

Ceno en familia porque me invitan y es agradable. Más que eso. Es cálido, tierno, entrañable pese a las formalidades de Eleonora en la mesa y sus continuas correcciones a la vehemencia de mi sobrina que ya empieza a coger confianza y pretende contarme su vida y milagros. Cuando me despido, somos mucho más que a mi llegada, en un puñado de horas hemos conseguido trazar unos lazos que harán de mi vida algo muy complicado.

Evidentemente, en este momento lo ignoro, como ignoro todo lo que está por venir. Me las prometo felices, con una existencia de jubilado de treinta y pocos, sin sobresaltos, hasta tediosa, que ya me encargaré de salpimentar con los clubs y la compañía adecuada.

En el bolsillo llevo unas cuantas tarjetas de visita que Eleonora ha accedido a regañadientes a darme. Pertenece a ese tipo de mujer que odia parecer desvalida y odia mucho más verse obligada a pedir ayuda. Después de ceder a la tentación e implicarme, se arrepiente. Pero ya no va a dejarme fuera de sus asuntos si sus asuntos conciernen a mi sobrina, desde luego que no.

12. La que lo cambiará todo

Lo último que espero cuando acudo a comisaría al día siguiente a interesarme acerca de lo sucedido, simulando entrevistarme con el comisario jefe, es topármela de frente. A ella, a Valentina.

Joder, son las cinco de la tarde y viene de correrse una buena, probablemente desde la noche previa, su aspecto la delata. Puede que no sea solo alcohol lo que lleva en vena, no consigue mantener abiertos los ojos ni balbucear nada coherente. Su escueto vestido de fiesta, negro con aplicaciones de Swarovski y mucha carne al aire, tiene revolucionado el gallinero de la oficina de detenciones y fijos en ella, los ojos hambrientos de todos los policías. Yo salgo de la zona administrativa, acompañado del supervisor general que al mencionar mi apellido no dudó en atenderme. Alaba largo rato a mi hermano y me recuerda, como si yo lo supiera, que ocupa este cargo gracias a sus influencias.

—Milán, Italia entera le debe mucho a los Orlandi —afirma rotundo, sentando cátedra—. Eran desprendidos, generosos.

Manda cojones. Los Orlandi eran mafiosos hasta la médula de los putos huesos, nadie les debía nada más que un largo reguero de delitos y posiblemente, muchas muertes que podían haberse evitado. Pero le sigo el juego hasta donde él quiere, derrochando hipocresía y sonrisas porque busco la promesa de que vigilará de cerca la calle donde viven mi cuñada y mi sobrina.

—Siempre quedan viejas rencillas pendientes, ¿comprende? Jirones de un pasado que seguramente pudo ser mejor, empleados insatisfechos, quién sabe. Lo cierto es que la señora Orlandi no es responsable de nada de eso y yo personalmente me encargaré de que siga siendo así, se lo aseguro. ¿Se instalará en Sicilia, en Milán o regresa a España?

—Tengo algún que otro negocio aquí —explico modesto, a sabiendas de

que este tipo grueso y de aspecto bonachón está al tanto hasta de mis manías en el retrete—. De hecho llevo mucho instalado y sin dar ruido.

—Entiendo.

—Mis empresas tampoco deberían ser causa de ninguna agresión a mi cuñada —especifico por si no había quedado claro.

—Pierda cuidado, señor Orlandi...

—Vallés, Mario Vallés —lo corrijo cortante. El polizone frunce el ceño como si estuviese pisoteando la memoria de alguien valioso.

Si pensaba llamarme necio, no tiene ocasión. En cuanto salimos me doy de bruces con la escena dantesca donde una Valentina desmadejada pero siempre rebelde, se empeña en joder al redactor de la denuncia hablando inglés, fingiendo no entender el italiano. El policía lanza una mirada de desesperación a su superior y vuelve a la carga preguntando los datos de la chica. El gerifalte lee sin dificultad la expresión de mi rostro.

—¿La conoce?

—Es amiga de la familia. Si me lo permite, me haré cargo de ella.

—Está bajo arresto —interrumpe un agente de pie que la flanquea—. Por lo visto, la damita y algunos amigotes la han liado de campeonato en *Burlesque*. Los responsables del local han formalizado denuncia...

—Yo correré con los gastos —lo corto seco y prácticamente sin reflexionar. Valentina levanta con mucho esfuerzo la cara y trata de mirarme. Sería incapaz de decir si me ha olvidado.

—Pero señor....

Desde su altura imponente, el amigo de mi hermano hace bailar las cejas en una clara y terminante orden que el agente acata de malas ganas pero sin rechistar.

—Acabe con eso, Mazzini —es la indicación del jefe antes de girar hacia mí y estrecharme la mano con brío—. Espero volver a verlo, señor Orlandi —encajo las mandíbulas con furia, tentado de rectificarle el apellido que ha silabeado con tanta intención—, en mejores circunstancias.

—Si averigua algo...

—Se lo haré saber, no se preocupe.

Desaparece por entre las cristaleras y yo aguardo paciente a que rematen el llenado de formularios y la anulación de la denuncia. Abono una fianza astronómica, desproporcionada para lo que cualquier humano normal sería capaz de destruir en un club nocturno, y agarro a Valentina del brazo y la cubro de miradas lascivas con mi abrigo.

—¿No traes nada más puesto que ese calcetín? —Señalo su vestido. Ella no se molesta en contestar— ¿Qué cojones te has metido, niña?

La subo en mi coche casi en volandas. Seguramente en la vida la tendré tan dócil y manejable, Valentina se deja hacer y a mí, el olor de su piel desnuda me embriaga, pone a palpitar un deseo latente escondido en lo profundo, un instinto primitivo que no augura más que macabros desastres. Parece tan frágil, tan pequeña, tan a punto de romperse en pedazos si la toco... Sin embargo, todo su cuerpo me grita que lo haga, que alargue una mano y roce esa seda pálida y suave. Arranco despacio y conduzco muy despacio en dirección a su casa.

—¿En qué lío te has embarcado esta vez? —Espero echándole paciencia, hasta la que no tengo— ¿No piensas hablar?

Escucho una especie de gorgoteo salir de su garganta antes de dedicarse a contemplar el paisaje por la ventanilla. Me doy por vencido de momento, enciendo la radio y dejo que la melodía de jazz de mi equipo, anime las punteras de los zapatos. Pero en lugar de bailar con los pies, Valentina gira el cuello y me regala una mirada matadora.

—Odio el jazz.

—Pon lo que quieras —apunto con el mentón al salpicadero—, todo tuyo.

Se limita a apagarla. Por lo visto, no está de humor para florituras musicales. Se abraza agarrada a las mangas de mi abrigo, resbala en el asiento y se queda dormida. Para cuando abre un ojo, yo llevo casi hora y media contemplándola en silencio, con el Jeep aparcado en un extremo del parque Giardini, con un café hirviendo en un vaso térmico y un par de sándwiches que he comprado en un kiosco.

—¿Tienes hambre, Bella Durmiente?

—No lo sé. —Se aclara la voz para poder responderme. Suena débil, nada insolente.

—Come algo, te sentirás mejor.

—Tengo nauseas.

—Empieza con el café.

Saca dos manos blancas de debajo del nido de ropa y cierra los dedos en torno al vaso de cartón. Retira la tapa y aspira el delicioso aroma. Por la abertura que deja libre el abrigo, veo sus piernas y el encaje de su ropa interior. Me mojo los labios.

—¿Todo esto lo has comprado para mí?

—Hoy me has dado bastante trabajo, nena. —Le concedo intimidad dirigiendo las pupilas hacia el atardecer rosado y violeta. Ella prueba un sorbito con cautela.

—Otra en mi lugar empezaría a acojonarse. Estás en todas partes.

—Como Dios, no digas que no te alegras de verme.

Sonríe apenas. Empiezo a verla más despejada, la voz más clara y los increíbles ojos recuperan parte de su brillo.

—¿Qué diablos pasó en el *Burlesque*?

—Esperaba que tú me lo contases, te han detenido por escándalo, daños a la propiedad y otro ciento de cosas más.

—Malditos hijos de puta —masculla—. No fui yo.

—Díselo a la policía, en lugar de falsear tu idioma y aparentar ser inglesa.

Una carcajada la hace espurrar el café que tiene en la boca. Las solapas de mi abrigo no se salvan, las pone perdidas, al igual que sus muslos, salpicados de gotitas calientes. La prenda, la verdad, me da lo mismo. Mis manos vuelan sin querer a su piel y con la intención de limpiarla, la recorro lentamente hasta bien arriba. Noto cómo se eriza su vello. Nos quedamos mirando el uno al otro sin rastro de humor en el gesto.

—¿Coló?

Valentina acaba de cortar la magia por la mitad con un par de perversas tijeras afiladas.

—Ni idea, supongo que sí, los polis nunca destacan por inteligentes.

—Espero por tu bien que ninguno te oiga y que si te oye, no vaya armado. Alguno peca de sensible y podría ofenderse.

—Que les den.

Vuelvo a mirar el cielo que se pone oscuro a toda velocidad. Mis sentidos depredadores se desperezan ante la perspectiva de un espacio cerrado, una mujer atractiva y muy desinhibida, y la noche. La idea del sexo salvaje empieza a tomar forma, tira de mí. No voy a engañarme, esta chica me gusta a morir, pero no me dejaré arrastrar, tengo que demostrarme que no soy un bárbaro descastado incapaz de controlar sus calentones.

Valentina parece leerme el pensamiento.

—¿Quieres sexo?

—No es lo que llamaría la ocasión perfecta —replico tratando de disfrazar la sorpresa. Si algo detesto es ser transparente.

—Jamás es mal momento para el buen sexo.

—¿Aquí?

—¿Por qué no? Es bucólico, un buen paisaje.

Tengo la sensación de que lo ofrece en plan agradecimiento, y no. Esta chica hermosa comercia con su erotismo de alto voltaje, compra, vende y paga deudas abriendo las piernas. Siento asco.

—No hace falta.

Retira el vaso ya vacío, lo encaja en el hueco de la puerta y se mueve hacia mí. Todo cuanto puedo ver es un revuelo de tejido de alpaca revoloteando y el leve peso de una cadera, posarse en mi regazo. Abrir y cerrar los ojos, y tengo a Valentina sentada a horcajadas entre el volante y mi pecho.

—Para hacerlo bastan las ganas.

Le concedo las riendas bajo promesa silenciosa de que frenaré antes de que sea demasiado tarde. Un trato conmigo mismo que estoy seguro de poder cumplir. Pero la lengua de Valentina recorriendo mojada mi cuello, sus dientes mordisqueando el lóbulo de mi oreja, sus dedos anclados en mi nuca, abrazados a los mechones de mi pelo, castigándome con pequeños tirones letales, hacen que mi erección crezca de cero a doscientos en un nanosegundo. Ella ejerce una peligrosa presión con su propio pubis y una pérfida sonrisa en la boca.

—Esto promete —susurra. Desliza las manos al cuello de mi camisa y busca los botones mientras sigue lamiendo el lateral de mi cuello y la línea de la mandíbula. Curioso, aun no nos hemos besado en la boca a excepción del pico de la primera noche.

Voy a reventar si no paro. Atrapo sus muñecas y pongo distancia.

—Aquí no.

Debo ser tajante en el tono, porque ella se envara y me mira como me miraría mi sobrina si le arrebatase de entre las manos su juguete preferido.

—Llévame a tu casa.

—No voy a follar contigo, Valentina.

—No te gusto.

—Por supuesto que me gustas, no digas tonterías.

—¿Qué tal una mamada?

Miro al techo del Jeep y chasqueo la lengua. Soy un jodido imbécil rechazando semejante bombón, tengo que asumir mi propia incoherencia, el dolor de huevos se encargará de recordármelo.

—¿Qué es lo que te asusta tanto, guaperas? ¿Que nos vean? Las

aventuras son una mierda si no incluyen un poco de peligro.

—Tú tienes un problema, ¿lo sabes? —espeto.

Enfurrugada, se hace a un lado. Perder su calor alrededor es como perder un poco la vida. Sobre mi bragueta queda la huella de su humedad, el paraíso cuya entrada yo acabo de lanzar a una papelera.

—De acuerdo, soy joven, tomo la píldora y jodo a lo loco en cuanto escucho algo de música. ¡Oh, catástrofe! ¡Soy una inconsciente con suerte porque estoy sana!

—Será de cejas hacia abajo.

—¿Me estás llamando chiflada?

—Te llevo a tu casa. —Me recoloco en el asiento, aparto la erección dura y dolorosa y acciono el contacto.

—¿Me has llamado loca? —insiste, esta vez más agresiva.

—Bueno, tienes una manera de vivir... peligrosamente.

—Eso es problema mío.

—No lo niego. Pero si fueras mi hija...

Una estridente carcajada rota no me deja terminar.

—Tío, ¿de qué vas? ¿Yo tu hija? Qué me fabricaste, ¿con ocho años?

—Era una manera de hablar, tonta.

—¿Te han dicho alguna vez que pecas de serio y de insoportable? Aquí estás de nuevo, sacándome del barro, tú y todos tus maravillosos consejos paternos.

—No te confundas, no hay nada de paternal en lo que siento por ti.

—Vaya, así que sientes algo... —Ya no tuerce la boca burlona. Ahora se muerde el labio inferior. Un lado, otro—. Entonces, ¿por qué me rechazas?

Oh, Dios. De pronto el suyo es un ruego triste, un lamento de cachorro desvalido. No supuse que ella pudiera reaccionar, solo su orgullo herido, pero es un corazón sangrando el que habla.

Giro la llave hasta apagar el rugido del motor, con ganas de seducir, asesinar, abrazar, besar y maldecir, todo al mismo tiempo, a esta especie de Lolita cabrona y sexy que me está volviendo loco.

—Ven aquí, fierecilla. —Tiro de su hombro y la abrazo con fuerza. La siento apretujarse contra mi cuerpo buscando consuelo.

Así permanecemos al menos media hora más, enredados, vestidos, callados, oyendo música, escuchándonos respirar mientras la yema de mi dedo dibuja letras en su sien derecha, compartiendo algo que ni siquiera sabía que tuviésemos. Y es especial, distinto. Me calienta por dentro en esquinas

congeladas que el desamor, la soledad y el miedo habían momificado. Fibras vivas que jamás pensé recuperar.

Más tarde, arranco el Jeep sin soltarla y conduzco hasta la puerta de su casa sin despegar los labios. Valentina tampoco habla. Seguramente no tenemos cosas que contar, solo necesidades y las estamos cubriendo como podemos. Al abrir la portezuela, antes de que el portero se abalance, me dedica una larga e intensa mirada. Respondo acariciando su mejilla con el dorso de los dedos. Los caza en mitad de su recorrido, los lleva hasta su boca y con dulzura, los besa.

—Si tuviese quince años escribiría tu nombre por todas partes con rotulador rojo —me dice—. Y muchos corazones.

Luego, como siempre, la pierdo de vista. Un pedazo de la costra del viejo Mario huye con ella. Cuando llego a casa, aún llevo en la pupila la imagen de esa belleza atrayente, demasiado de vuelta de todo, descarada y poderosa. Puede que ella jamás adivine lo potentes que son las estrellas de su mirada si decide fijarlas en ti. Ese tipo de mujeres, intrépidas y una pizca ásperas, son mi ruina. Todo está hecho a su alrededor, ponen pocas trabas y defienden que lo primero es divertirse. Pero Valentina va más allá.

Podría convertir mi vida en un infierno, lo sé.

13. El cielo que vuelve a encapotarse

(Valentina)

Es sin duda el peor dolor de cabeza de todos los cochinos dolores de cabeza que me hayan asediado tras una noche de juerga. Joder con la gente del *Burlesque*. Algún cabrón me aliñó la copa con polvos mágicos, no consigo recordar nada, solo ruido, voces, sirenas de policía, caos y confusión, yo en medio de todo trochándome, y el abrazo helado de los grilletos en torno a mis muñecas. Luego, su tacto que borra todo lo malo. La presencia curativa de Mario me vuelve adicta, quiero más de eso, más de él, más de la libertad que respiro a su lado. Es serio, concienzudo y reservado. Entonces, ¿por qué tengo la impresión, a pesar de todo, de que no me juzga?

Me doy la vuelta y consulto la hora en el móvil. Tengo un ciento de llamadas perdidas que no me entretengo en revisar. Me basta con saber que rozan las cinco de la tarde. Una punzada aguda cala hasta el centro de mis neuronas y me tumba de nuevo en la almohada. Muevo con dificultad la lengua pastosa, entumecida. Anoche me tragué la pastilla para dormir, la que religiosamente no falta desde mi primer internamiento y química y agotamiento combinados, obraron el milagro de enterrar el deseo que me quemaba las entrañas. Mario ha sido mi primer muro, mi primera negativa, nunca antes un tío cachondo me había dejado para mejor ocasión. Y no es que no me deseara, se derretía de ganas, eso podía leerlo en sus ojos negros. La cosa iba de “instante”, quizá sea un romántico absurdo de los que exigen escenarios especiales y música de violines para abandonarse, quizá

simplemente no le cupieran las piernas dentro del coche, es muy alto.

Y tiene ese halo de misterio e inaccesibilidad que lo hace irresistible...

En cualquier caso, me gusta pensar en él, fantasearlo con las pupilas fijas en el techo de mi dormitorio. Por eso no oigo los nudillos de Magda repicar en la puerta y me tomo tan mal la interrupción cuando se atreve a empujarla.

—¿Señorita? ¿Está bien?

—¡Estoy durmiendo! ¡O estaba, hasta que llegaste molestando! ¿Qué quieres?

—Su madre la busca, señorita, pregunta por usted.

Me paso las manos por la cara. Mi melena debe ser una maraña imposible.

—No quiero ver a nadie —espeto con la esperanza de que esa cabeza desaparezca de una puta vez de la rendija de la puerta. Pero no, tiene que insistir y asegurarse la pena de muerte.

—Y tiene más de quince mensajes de varios amigos suyos que han llamado preguntando...

—¿Qué parte del jodido “a nadie” no entiendes, Magda? —rujo sentándome de golpe en el colchón.

—Pero su madre...

—¡He dicho que a nadie!

Ni siquiera lo pienso, mis manos se mueven solas de la cama a la mesita de noche. Agarro lo primero que encuentro y lo lanzo con furia por encima de mi cabeza contra la pared más cercana a la puerta. La pusilánime de Magda ahoga un gritito estúpido y escapa como alma que huye del diablo. No dispongo de tiempo para regocijarme, acabo de darme cuenta que lo que he arrojado y reducido a añicos, es la cajita de porcelana de mi abuela, lo único que conservaba de la mujer que marcó mis recuerdos infantiles. Aparto las mantas de un agresivo tirón y corro a arrodillarme llorando arrepentida, frente a aquel montón de trocitos deshechos que nunca más serán nada. Me fastidia gimotear, pero este objeto de porcelana tan poco valioso es lo máximo que tengo en mi patrimonio y ahora nadie puede verme.

Así me encuentra Renata. En camión, empapada en lágrimas y en horas bajas.

Por encima de mi cadáver.

—¡Valentina, cielo! ¿Qué ha pasado?

—Se ha roto. —Me seco los ojos con el canto de la mano y evito mirarla —. Dile a la inútil de Magda que venga a barrerlo.

—He oído gritos...

—Estarías borracha. —Le doy la espalda y sin más trámite me encamino de vuelta a la cama. He sido una idiota pensando que disfrutaría de unas horas más de intimidad para compadecerme a mí misma y sentirme miserable.

—No pensarás acostarte de nuevo, son casi de las seis de la tarde...

—¿Te importa?

—Valentina, no te pongas en el plan de siempre.

—Si es el de siempre, no te asombres, ya lo conoces. ¡Joder, madre, déjame en paz! ¡Me duele horrores la cabeza!

—Intenta no salir a emborracharte una noche, para variar.

Hago rodar los ojos hasta ponerlos en blanco. Hora de los sermones pero sé cómo bloquearla. Le clavo una mirada hostil y muy despacio, retiro de mis hombros los tirantes del camisón y lo dejo resbalar hasta el suelo quedándome completamente desnuda ante ella. Renata detesta estos arrebatos de exhibicionismo míos, la escandalizan, la ruborizan hasta las orejas. Desvía la mirada muy incómoda mientras yo, misión cumplida, caigo de bruces contra el mullido colchón. Me asalta un ramalazo de perfume que no me pertenece, algo del olor de Mario ha quedado enredado en mi pelo cuando me lo estuvo acariciando. Siento vértigo y una arrolladora angustia, necesidad de no estar allí sino en otra parte, con otro ser humano de voz grave susurrándome cosas sucias al oído.

—¡Lárgate ya! ¿A qué esperas? —gruño con la boca pegada a las sábanas.

—Valentina, ¿podemos hablar?

—Estoy durmiendo. ¡No!

—Tu padre está llegando al límite de su paciencia —me advierte. Seguramente pretende parecer enrollada pero no cuela.

—Te aseguro que yo colmé el mío hace mucho. —Me cubro la cabeza con la almohada.

—Valentina solo trato de ayudar...

Salgo de malas ganas del agujero y la enfrento.

—¿Acaso no sospechabas que también la tengo? ¡Sorpresa! ¡Valentina tenía paciencia!

—Hace días que no habla más que de ti, de tu comportamiento y de tu falta de futuro. Sé que va a llamarte en breve y el suyo será un sermón, hija, no estos míos. Un sermón con consecuencias.

—A lo mejor ha llegado el momento de avanzar un paso en alguna dirección.

—Tu padre exigirá compromisos, asunción de responsabilidades que debes plantearte si puedes asumir.

Suelto una carcajada de bruja malvada. Suena áspera y rota.

—De momento solo quiero beber hasta reventar, maldecir como un marinero de los muelles y practicar sexo hasta olvidar mis preocupaciones.

—¡Por el amor de Dios! ¡Tú no tienes preocupaciones! —aúlla. Separo un poco más la cara de los almohadones y me la encuentro sentada en el sillón tapizado de mi rincón favorito. Tanto drama empaña su encanto romántico.

—¿Eso creéis?

—¡No hay nada que creer, esto no es cuestión de fe, es un hecho!

Aprieto los dientes hasta hacerme daño. De no tener tan reciente la pérdida de mi joyero, inútilmente malgastado contra la absurda Magda, habría ahuyentado a Renata con el uso de la violencia. Pero me fallan las fuerzas, estoy lacia y medio grogui y esta discusión es la de siempre. Más mierda de la misma, el cuento de nunca acabar. Quién en su sano juicio no vendería su alma a Satán con tal de escapar de esta cárcel de dementes.

—Con nosotros... aquí estás protegida. —La voz de Renata es ahora suave y balsámica.

—Supongo que te refieres al peligro que represento para mí misma. Si lo que buscas es que te agradezca el detalle de venir en avanzadilla a advertirme, no te daré el gusto, puedes marcharte por donde has venido. No me da miedo mi padre.

—¡No pretendo que le temas!

—Me quiere, soy su pequeña consentida y todas esas cosas, ¿recuerdas?

—Valentina, si te marchas de casa... Si te fuerza a elegir...

¡Vaya! La perspectiva le causa verdadera angustia, la siento latir en sus palabras, probablemente movida por el terror al descrédito social. Valentina de la Robbere convertida en una yonki callejera, una sintecho buscafollones. Suena cojonudo.

—Si me marchó de casa, lo que no deja de ser una opción deseable, solo espero que el resto del mundo no sea también una puta mierda. Si lo es, no habrá dónde esconderse. —Entierro la cara entre los almohadones—. Por favor, cierra la puerta antes de irte.

14. La textura de su piel

(Mario)

No hemos quedado ni nada parecido, de Valentina solo conozco la textura de su piel y el portal de siempre, pero pienso que pasarme por el club donde la encontré la primera noche con la esperanza de volver a verla, no es descabellado. Los días se están volviendo monótonos, enterrado mi hermano, por mal que suene, zanjadas las reuniones vitales con los gerentes de los distintos negocios, auditada la contabilidad y escandalizado por los ceros de mis cuentas bancarias, muchos euros obtenidos sin merecerlo, sin casi esfuerzo, con unos hoteles y restaurantes que prácticamente funcionan por inercia, de cuando en cuando acompaño a Eleonora y recogemos juntos a Allegra del colegio, para pasar la tarde en familia, incluido el perro, haciendo mil tontadas. Hasta me he aficionado al cine de Disney y me dejo peinar con rulos.

Por Dios, que no se enteren mis compañeros de departamento en Málaga.

No vivo mal. Me cuido de vigilar la seguridad de mis chicas y la puntual llegada de su asignación mensual desde Sicilia. Nada parece fuera de lugar, de modo que me relajo. Mala cosa. El peligro no siempre avisa.

Mis pensamientos vuelan donde les apetece. Hasta los pies de alguien que me hace mucha, mucha falta. Por primera vez en meses, no es Sofía.

Se trata de Valentina. Lista como el demonio y dos veces más bonita. Un sutil veneno que sin pedir permiso va colándose en mis venas, forzándome a tenerla presente. Sus ojos grises, su velo de seda negra cayendo por la

espalda, sus labios pulposos al sonreír, su manera de moverse, su cuerpo espigado, esa elegancia natural, frágil como una niña encerrada en un cuerpo de mujer, de vuelta de todo..... ¿Cómo dejé pasar la oportunidad de poseerla? ¿Miramientos por ir borracha? Ya me he tirado antes a muchas otras que no recordaban ni su nombre. Con Valentina, los escrúpulos han frustrado la fiesta dos veces. ¡Dos! Algo que ocurre solo en raras ocasiones. Cuando la sangre se me calienta no atiendo a razones.

Decididamente, algo está pasando con ella.

Entrego mi abrigo a la encargada del guardarropa, que aletea las pestañas con coquetería y cero disimulo. Otro polvo gratis si quisiera. Pero no, he venido a buscarla a ella. Me acomodo en la barra de la zona vip, desde donde puedo controlar los reservados. Habría sido patético ocupar una mesa en soledad y no quiero compañías que estorben cuando ella llegue. Consumiendo combinados a pequeños sorbos, esperaré a que se obre el milagro. Puedo hacerlo.

Tarda una hora larga en aparecer, para variar, rodeada de gente tambaleante con las pupilas demasiado dilatadas y cara de fiesta límite, directos a una zona acordonada donde los reciben con botellas y opciones varias, donde derrochar el dinero. Arponeo los movimientos de cada componente del grupo, el modo osado en que se arriman a rodearla con los brazos, le hablan cerca del cuello y le lamen los labios. Ella ríe diciendo sí a todo, dejando poco a la imaginación con su precioso vestido de paillettes color bronce y sus vertiginosos tacones. La melena recogida en una coleta alta y planchada, como aquella primera vez en los grandes almacenes, me trae a la mente escenas tan perversas que mi vientre se encoge con un calambre voraz.

No puedo ir por las bravas a mezclarme con ellos. Si algo he aprendido en tan poco tiempo es la impredecibilidad de Valentina, no sé cómo podría recibirme, cabe incluso que no me recuerde tras los apenas veinte días transcurridos sin vernos. No me expondré a tal ridículo, uno tiene su orgullo después de todo, pero procuro no pasar desapercibido y atraer su mirada fijando en ella la mía.

De forma obsesiva. Eso no me cuesta nada.

Antes de lo previsto, en uno de sus giros, repara en mí. Sonríe levemente sin interrumpir el contoneo hasta que el tema que suena se agota, yo le dedico el placer del resto de whisky en mi copa, e iniciamos un juego de miradas incendiarias que excita mis ánimos y consigue que ropa y gente alrededor, me

sobren, máxime cuando enrosca sus largos brazos alrededor del cuello de uno de aquellos pardillos para marcarlo de por vida con un beso de tornillo casi pornográfico. El cambio de la música la trae sinuosa hasta donde yo aguardo, de pie y empalmado.

—Mi querido amigo... Qué bueno verte. Invítame a una copa —exige mimosa. Acaricia la solapa de mi blazer y de puntillas, besa la comisura de mis labios. Una caricia lenta adrede, húmeda y muy, muy caliente.

Me juro que esta noche no habrá proeza que la salve.

—¿Qué quieres tomar?

—Lo mismo que tú.

—¿No te han dicho que mezclar provoca malas resacas?

El comentario parece hacerle gracia.

—Te aseguro que estoy fabricada a prueba de bombas.

Mantiene el tipo, al hablar no se le enreda la lengua y respeta la línea recta pero sus mejillas encendidas y los ojos brillantes cuentan mucho acerca de sus vicios y de lo recorrido en las horas previas. Ordeno otros dos whiskeys, esta vez, cortos.

—¿Me has echado de menos, vaquero?

Se me escapa una sonrisa. Es justo lo que yo deseaba preguntarle y no me atrevía. Valentina siempre parece ir un poco por delante de todo el mundo, una arriesgada aventurera en el curso de la vida, capitaneando escaladas temerarias.

—Más de lo que sería capaz de contarte —le susurro procurando acercarme mucho a su oreja. El bailoteo de mi aliento sobre su piel eriza su vello.

—¿Has hecho cositas terribles con tu entrepierna pensando en mí?

—Tan terribles que no puedo confesarlas —repongo siguiendo sus reglas, con tono ronco.

Valentina ríe encantada.

—No me creo nada.

—¿Tengo pinta de mentiroso?

—Pero si eres un antiguo...

Recojo los vasos del mostrador y le entrego el suyo. Ella dedica un segundo a mirar el hielo y a humedecer sus labios rojos con la punta de la lengua. Quiero devorarla entera.

—Soy un romántico a la antigua —marco una pausa a propósito— con una mente muy sucia.

Alza sorprendida las cejas y bebe tranquila.

—Sigo sin creerte —suelta al terminar de paladear—, tendrás que demostrármelo.

—Tú tendrás que obligarme. Te advierto, no soy presa fácil.

—Entiendo, me tienes por una cazadora ciega de rabia.

—Sé que no me equivoco.

—A veces es divertido pero no siempre. Eso sí, detesto ser yo la que cae en la trampa. —Se me queda mirando con aquellos iris resplandecientes capaces de sacarme de mi jodida realidad—. ¿Cómo lo has sabido?

Me encojo de hombros tratando de ocultar la satisfacción que me produce haberla enredado en una conversación que al fin y al cabo, implica conocernos un poco más a fondo.

—Domino la psicología y el lenguaje no verbal.

—Hostias. ¿A qué te dedicas, caballero de rancia armadura?

—Negocios, pero en serio, soy doctor en psicología en excedencia.

Tuerce la boca. Hasta así, desfigurada, me parece bonita y radiante.

—Suenas a viejo. ¿Aquí, en Milán?

—España, universidad de Sevilla primero, Málaga después.

La expresión de Valentina adquiere un lustre especial.

—¡Andalucía! Mi abuela nos llevaba a mi hermana y a mí a Marbella todos los veranos, tenía allí una casa preciosa, junto al mar. Recogíamos conchas por la arena, contemplábamos la puesta de sol y las estrellas. — Observo su vuelo a través del tiempo, la ternura que adquiere su voz—. Cuando murió, mi padre vendió esa casa. No se lo perdonaré mientras viva.

—¿Te gustaría vivir en España?

—No lo dudaría un momento. —Me clava una mirada de nuevo dura y seca como la arena—. En cualquier parte lejos de aquí, en realidad.

—Valentina, ¿qué ocurre?

Parece salir de un trance. Sonríe exagerada, apura de un trago el whisky y gira hacia el barman reclamando más, al grito de “*¡vamos a romper en dos la noche!*”.

—Podría ayudarte —insisto con suavidad. Sé que no conviene forzarla o el endeble vínculo confidencial que acaba de crearse, saltará por los aires hecho trizas.

—No necesito ayuda, pero gracias por intentarlo.

No añade nada más y lo que hace a continuación corta mis ganas de psicoanalizarla: abalanzarse a mis brazos y encajar su boca en la mía. Puedo

oler su desesperación, sus ansias de huir. Pero dura poco. Me traiciona el deseo, mis manos envuelven su cintura, parte de su espalda, y la aprieto fuerte, olvidándome de dónde estoy. Esa lengua suave y hábil recorre mis rincones y yo los suyos, acelerados y pasionales al principio, cadenciosos y extremadamente sensuales después. ¿Cuánto dura este primer beso increíble? Es eterno, interminable, más candente a cada segundo acumulado.

Cuando se separa de mí, yo jadeo, es como si me arrebatasen la vida de un tirón violento. La miro anhelante antes de notar sus dedos trenzarse con los míos. Me insta a que la siga, cruzamos la pista donde la gente baila hasta un lejano pasillo acordonado, y medio a oscuras damos rienda suelta a la pasión.

Retomamos donde lo habíamos dejado, en el boca a boca. Ahora el jugueteo es más atrevido, incluye pequeños mordiscos casi dolorosos y ávidos lametones que pronto abandonan los labios para correr al cuello, a la línea de la mandíbula y a la curva de las clavículas. Levanto una mano y la llevo a su pecho. No lleva sujetador y la tela de fiesta, insuficiente para contener su excitación, marca los pezones endurecidos. Amaso con gusto esa carne tersa y deliciosa sin dejar de besarla por todas partes. Diviso un camarero que se acerca y giro para cubrirla con mi cuerpo. No debí preocuparme demasiado, el empleado cambia de dirección en cuanto nos ve y las penumbras nos engullen. Llegados a un punto, solo escucho ruidos de sexo y la música de telón de fondo.

—Dios, Valentina —rujo desesperado—, me estás volviendo loco.

—Dame a probar de esa locura —susurra con los ojos entrecerrados. Tira un poco del bajo de su vestido y eleva una pierna hasta apoyarla en mi hombro. Lo hace sin la menor dificultad—. Practico yoga, no encontrarás en el mercado nada tan flexible como yo.

Con la mano abierta recorro el muslo cubierto con una media de seda rematada en liga, y alcanzo la curva de sus nalgas. Sí, hay braguitas, pero van a durar muy poco. Busco el lateral de la cadera y se las arranco de un solo tirón. Me las llevo a la boca y las beso. Huelen a mujer, a ella. Me comen las ansias por arrancarle el resto de la ropa, tenerla desnuda, palparle la piel. No me basta con lo que tengo, lo quiero todo, marcarla con mi huella. De mi garganta brota un gruñido ronco de infernal deseo.

—Qué ganas te tengo... desde el primer momento en que te vi...

—Pues aquí me tienes. Soy un caso perdido, a ver si me enderezas un poco.

Sus manos ya están en mi bragueta, en mi cremallera, en mi erección. No puedo ni quiero pararla. No es el lugar más idóneo, eso es cierto, pero hace rato que he traspasado la línea de marcha atrás, voy abocado al precipicio y si junto al vértigo la encuentro a ella, nada va a importar demasiado. Giro llevándomela conmigo y apoyo su espalda contra la pared, bien segura. Cuando la punta de mi erección roza su abertura, cuando piel y piel friccionan húmedas, deseosas de más, se abre el abismo de mis sentidos, pierdo la cabeza.

Hago lo que todo hombre hace y no debería hacer, calzarme un condón a toda prisa y empujar y empujar sin cuestionarse si esta chica me miente, si es una brujita lanzando hechizos al aire, demasiado sexy como para resistirme. Con cada embestida, mi instinto guía un movimiento circular de cadera que aprieta mi pubis contra su clítoris, arrancándole gemidos de hondo placer. Es como beber sin hartarse. Imposible detenerse. Nos corremos gimiendo como si se terminase el oxígeno.

Después, solo un abrazo.

Valentina esconde la cara en mi pecho y deja ir un suspiro. Yo le correspondo sujetando su nuca, besándole el pelo. Nuestros corazones agitados rebotan el uno contra el otro. Alza la cara, las mejillas encendidas y los ojos casi negros por culpa de sus pupilas dilatadas, y me regala una sonrisa como una tarde de primavera.

—Qué bueno, profesor. No te imaginaba así de salvaje por los pasillos de la facultad.

—Aún no has visto nada. —Agarro su barbilla, tiro hacia arriba y le devoro la boca.

Por mí, habríamos vuelto a línea de salida. Por mí la habría arrastrado hasta un lugar oculto en las escaleras para enterrarme en sus entrañas una y mil veces. Para mí, tratándose de ella, un solo polvo de pie contra la pared, son migajas. Pero algo en su resolución, en la energía que pone al erguirse y alejarme después del beso, indica que el asalto ha acabado.

—Has aprobado con nota —se burla sinuosa—, habrá que repetir.

—Cuando quieras, tú solo llama. —No diré nada más hasta enfriarme. En estas condiciones soy capaz de soltar muchas tonterías de las que luego voy a arrepentirme. Cursiladas profundas que me nacen del alma, pero cursiladas al fin y al cabo, que no enternecerían el corazón de alguien como Valentina.

Val se muerde el labio inferior sin quitarme de encima los ojos y yo persigo el gesto como un maníaco excitado. Ladea la cabeza y me entran

ganas de comérmela a besos.

—Tendrás que darme tu número de teléfono.

—Vaya. No me has permitido cumplir con las reglas del caballero andante, debí anticiparme y pedírtelo primero.

—No soy de las que se quedan esperando, profesor. Los segundos de mi vida corren deprisa y no tengo suerte, qué le voy a hacer.

Sujeto con la liga de la pierna que siempre mantuvo en el suelo, lleva el móvil. Lo recupera toda naturalidad, registra mi nombre, mi número, y añade una llamada perdida para que también yo tenga el suyo. Temo que este protocolo de intercambio acerque el adiós final. No me pide que le devuelva las bragas aunque de poco le iban a servir.

—Tengo que irme —anuncia.

—¿No me acompañas con una copa?

—He dejado solo a mi grupo.

—Ellos se lo han buscado, por ser un montón de gente aburrida —matizo para animarla a cambiar de idea.

—¿Quién ha dicho que lo sean? —Sonríe sarcástica—. Es solo que tú, esta noche, has conseguido superarlos. Llámame. En unas semanas, unos amigos dan una fiesta que alguien como tú no se puede perder.

¿Alguien como yo? ¿Qué demonios significa?

—¿A qué te refieres?

Valentina deja que su larga coleta negra ondee a su espalda. Me despide con un aleteo de dedos.

—Tú, llámame.

15. Oscuras revelaciones

(Mario)

Cuando organicé la composición del Consejo en Sicilia y les dije “*ciao, muy buenas*”, también les facilité mis datos de contacto por si en alguna ocasión, esperaba que nunca, necesitaban de mí. A ver, yo soy el Orlandi menos Orlandi con que podían toparse; seguramente, un ratón de la calle manejaría aquellos negocios al borde de la legalidad con mayor soltura que yo, pero creí que haciéndolo, cumplía con mi deber. Al fin y al cabo, es el imperio de mis ascendientes por mucho que yo vomite al recordarlo. Transcurridos unos meses de absoluta calma, empiezo a creerme que no existen. Iluso. Encontrarme varias llamadas perdidas de Fabio Gilletti me sorprende sobremanera. No las atiendo, como tampoco contesto los mails recibidos desde su dirección. Van directos a la papelera sin leerlos.

De modo que Fabio se presenta en Milán y me aborda a la salida de uno de mis hoteles. Resulta inquietante entender que esta gente puede localizarte siempre que se les antoje y que además si te niegas, persisten. No hay modo de librarse de su látigo.

Por fortuna, Fabio es de los pocos que me caen medio bien. Lo invito a café y delante de un capuchino, con absoluta tranquilidad, me cuenta que han asesinado a Roberto Testa. Versión oficial, suicidio, aunque nadie se corta el cuello a sí mismo pudiendo cortarse las venas. La noticia me deja perplejo. Más que eso, me corta la respiración. Es como si de repente la cruda realidad de lo que se esconde en Sicilia, subiera al norte a golpearme en la cara. Sirve

de muy poco que corra a esconderme, están ahí, siempre van a estarlo.

Aguardo el resto de la historia disimulando el horror que me produce, pero Fabio calla. Después de desembarazarse de su peso, se ha hundido. Está más delgado que cuando lo conocí y sus grandes ojos se pierden en el centro de dos círculos negros. Me llevo la taza a los labios y hablo despacio.

—Imaginaba que estos ajustes de cuentas estaban la orden del día pero a ese nivel... Roberto era parte del Consejo.

—Roberto era más que parte del Consejo —silabea amargo. Entonces me mira—. ¿Le importa que fume?

—Si el camarero no te echa a la calle...

—Aquí está permitido, gracias. —Sus manos temblorosas palpan los bolsillos antes de sacar una pitillera de carey con sus iniciales grabadas en oro. Escoge un cigarro y lo enciende, envenenando sus pulmones hasta el fondo con una calada interminable—. Roberto era el freno que usted creó para Romano.

—Yo no creé... —empiezo con brío. Paro a mitad de frase. La mirada de Fabio lo dice todo, no estoy delante de ningún ingenuo.

—Señor, sé que se percató de la división entre nosotros. Si algo no es, con todo respeto, es tonto.

—Tenemos más o menos la misma edad, por Dios, Fabio, tutéame.

—Lo siento, no estoy acostumbrado y no lo estaré nunca. Los Orlandi siempre serán los Orlandi.

No puedo confesarle cuán poco Orlandi me siento yo. Son mis intimidades, mis cosas, y él un simple desconocido mafioso, aunque parezcamos amigos.

—Te equivocas, os equivocáis todos si veis segundas intenciones al nombrar un dúo, ya se lo expliqué en su momento a mi cuñada: de los sucesores, uno me gustaba, Roberto, el otro no, pero lo adornaba la templanza y la experiencia que da la edad. Pensé que se retroalimentarían mutuamente, que funcionarían bien.

—¿Qué opinó la señora Eleonora, si me permite preguntarlo?

—Que sería una catástrofe —respondo después de pensármelo mucho—. Pero solo porque seguía empeñada en que fuera yo el que se pusiera al frente de vuestro ejército. Y cuando le aconsejé que no fuese tan negativa, añadió “no sabes nada, John Nieve”.

El apelativo arranca una sonrisa del triste y demacrado rostro de Fabio.

—Al señor Antonio le encantaba “*Canción de hielo y fuego*”, al Consejo

lo llamaba sus lobos Stark.

Enternecedor.

—¿Entonces...?

Fabio capta a la perfección el sentido de mi pregunta. No estamos aquí para hablar de fantasía épica por muy apasionante que resulte.

—Todas las sospechas apuntan a Romano Prisco, se ha querido librar de su controlador. Siempre aspiró a ser heredero de *Il signore*. Estaba Antonio, desde luego, de modo que se convirtió en su sombra con el pretexto de adiestrarlo, como si el muchacho, atado al pantalón de su padre, lo necesitara. Antonio era joven e impulsivo cuando empezó a hacerse cargo de los negocios, nadie esperaba la desaparición de *Il signore*, tan repentina... Romano apadrinó al sucesor, influía todas sus decisiones. Fue entonces cuando el Consejo se dividió. Romano y sus dos perros de presa, dos descerebrados pomposos incapaces de pensar por sí mismos, y Roberto, Massimo y yo mismo. No afirmo que estemos en posesión de la verdad pero tampoco perjudicamos la estructura alterando el montaje que designó *Il signore*. No creemos indispensable trajinar con cierta mercancía como las drogas. Su abuelo las usó en un principio como motor generador de fondos rápidos, efectivo para montar los clubs y las cadenas de supermercados. Su padre los mantuvo por la misma razón, de ahí salió la compañía naviera, pero siempre dejó claro que no incorporaría esa trama con carácter permanente. Asignó la ruta de Sudamérica a Aldo Río porque...

Antes de que pueda seguir llenándome la cabeza de veneno y nombres que no voy a retener, levanto una mano en seco y lo detengo.

—Fabio. Ya. Hasta aquí llega mi cortesía y mi paciencia.

—Don Mario...

—Estoy fuera de todo, no sé qué parte de mi decisión no dejé clara.

—Hay muchas cosas que usted ignora, flecos que quedaron sueltos...

—Y así seguiremos —atajo—, ellos flotando libres y yo ignorante. Me di mi palabra y suelo ser honesto cuando convengo conmigo mismo.

—Romano se ha deshecho de Roberto y ahora que nadie pone límites a su poder, no se detendrá ahí.

Me encojo de hombros. No es que el evidente dolor de este chico me resbale, solo intento que no me afecte, va en juego mi salud mental. Toda esa parafernalia de negocios turbios y asambleas es lo que me importa poco o nada. Y si sale a colación el concepto “drogas”, mi repulsa es extrema.

—¿Decidís por mayoría en el Consejo? —indago. Fabio asiente con un

cabeceo—. Sustituidlo.

—¿Y seguir la misma suerte de Roberto? No somos suicidas, señor. A Romano hay que neutralizarlo.

Suspiro resignado y pido la cuenta con una seña al camarero. Ni siquiera puedo creer que esté manteniendo esta conversación que me queda tan lejana.

—Pensad cómo. No es problema mío.

—Puede que lo sea, don Mario, si me dejara explicarle...

Trato de resistirme echando mano de toda mi voluntad. Me pongo en pie, rígido, la afectuosidad perdida, el ceño fruncido. Fabio no me desagrade, hay algo limpio en sus pupilas a pesar de todo. Mira de frente y habla claro. Puedo imaginarlo como un hijo arrastrado a la mafia por el motor de la costumbre familiar, igual que mi hermano. Pero mi resolución de alejarme de todo esto es firme. No voy a bajar a Sicilia, en lo posible no voy a mezclarme con ellos y desde luego, no dispongo de una chistera con soluciones mágicas dentro.

—Creo que he sido claro, Fabio, no es una broma ni algo provisional. Es lo que quiero.

—Don Mario, se lo ruego...

—No insistas, o me veré obligado a no permitir un nuevo encuentro, sea el que sea el asunto que traigas... Yo también tengo mis recursos.

Aspira aire fuerte y deja caer la cabeza sobre el pecho. Luego vuelve a levantar la cara. Tiene enrojecidos los ojos.

—Les mintieron, señor. Don Antonio no murió de cáncer.

Dos jarros de agua fría contra la espalda en el curso de un par de horas. Demasiado para un tranquilo profesor de universidad como yo, que solo se altera durante el sexo animal. Pestañeo desconcertado, le hago una seña de aceptación y volvemos a sentarnos. Me digo a mí mismo que atenderé durante otros cinco minutos.

Ni uno más.

—Don Antonio fue envenenado lenta y metódicamente. Desde dentro, por Romano y su gente.

—¿Estás seguro de eso que dices? —Cabecea— Mira que es una acusación muy grave.

—Ojalá no fuera cierto, créame, ojalá no lo fuera. Significaría que no tenemos podrido el corazón.

—¿Mi cuñada lo sabe?

—La señora Eleonora no sospecha nada, aceptó sin recelos la versión de los médicos, pero las piezas encajaban demasiado bien.

—Los médicos... ¿estaban aleccionados por la organización?

—Romano sabe bien qué teclas presionar, siempre consigue lo que busca.

Entrelazo los dedos de las manos, repentinamente frías y sudorosas. Por la mente se me pasan miles de escenas sórdidas de amenazas y torturas de toda clase.

—Quiero el historial médico de mi hermano.

Ahoga un leve suspiro de impaciencia.

—No será sencillo, puede llevar su tiempo.

—Esperaré con calma.

Sacude la cabeza y hunde los ojos en el suelo.

—Sigue sin creermelo del todo, ¿verdad?

—No quiero creerte, Fabio, creerte me supone un gran problema porque si algún hijo de puta se cargó a Antonio, no me quedaré de brazos cruzados.

—Le conseguiré una copia cuanto antes.

—El auténtico historial de Antonio —remarco.

Su triste sonrisa me indica que me había entendido.

—Incluso podría facilitarle los datos del facultativo. Es posible que le interese entrevistarse con él personalmente.

Aquí me encuentro, indignado hasta la ofuscación por el posible asesinato de un hombre que pese a serme por completo desconocido, me resuena dentro con la fuerza de la sangre. Contengo el aliento y observo de refilón el perfil abrumado de Fabio.

También pudiera ser que me esté manipulando. Que la versión que ahora me vende fuera la falsa y no la otra. Claro que ¿con qué objeto? ¿Qué podían querer ellos de mí? Lo que me pertenecía, el control de los negocios, ya lo he cedido.

¿Me pierdo algo?

—Has conseguido contagiarme la curiosidad de la que escapaba. A nadie le es ajena mi falta absoluta de relación con mi padre y con mi hermano. No traté a Antonio, no lo quería ni lo siento como un hermano, lo reconozco sin avergonzarme, pero Eleonora y mi sobrina se merecen la verdad. Y desde luego, si Romano Prisco es el responsable de la muerte de mi hermano, te juro que lo vengaré con mis propias manos.

—Don Mario, lo necesitamos. —Late en las palabras de Fabio un ruego desesperado. Niego con suaves movimientos de cabeza.

—Exponiéndome a la luz no haría más que llamar su atención. No. Mario Vallés se mantendrá en las sombras.

16. Mil caras

Despacho a Fabio en cuanto puedo, pero vaya si me dejan jodido sus confidencias. Tocado hasta la médula de los huesos. Pueden o no ser ciertas, debo andarme con mucho ojo, pero maldita sea la necesidad que tenía yo de oírlas. Toda mi desidia de los días previos se extingue de golpe y porrazo. Mi parte Orlandi no tiene la suficiente potencia de arrastre, no va a cambiar mi mentalidad ni mis reacciones de la noche a la mañana, desde luego que no. Yo aún seguiré siendo por mucho tiempo ese taciturno profesor de psicología, andaluz pero poco amigo de socializar, reacio a mezclarme con la gente, atípico a la hora de escoger pareja. Sin embargo, reafirmarme en mi ser habitual no quita que un vértigo astral y demente me rodee y me confunda. Llegaré hasta el fondo de este asunto cuidándome de no mover ficha precipitadamente.

Aunque tenga que atornillarme las manos al suelo.

Igual que con Valentina. Joder, Valentina. Mi gran dolor de cabeza.

Hay muchas formas de conseguir lo que se desea. Y si dispones de tiempo libre que desperdiciar, la cosa aún mejora. Seré completamente sincero: me paseo delante de su portal como un completo cretino, calle arriba y calle abajo, fingiendo que paseo a mi perro, durante día y medio hasta que la veo salir. Digamos que coincidimos o eso es lo que le hago creer haciéndome el encontradizo, fingiendo sorpresa en la mejor actuación teatral de mi pecadora vida. Lleva deportivas, un pantalón cargo verde militar, una camiseta oscura con una serpiente enroscada en el frontal y una parka acolchada con capucha. El pelo recogido en una trenza y apenas maquillaje. Parece una adolescente saliendo al recreo.

—¿Un café, ahora que estamos sobrios?

Se queda dudando. Mete las manos en los bolsillos y agita los hombros, como un chico. En lugar de contestar, mira a Barón y sin pedir permiso

hunde la punta de los dedos entre el pelaje de su cabeza. El perro se estremece de gusto.

—No me lo desprecies, mujer, no me rompas el alma diciéndome que no.

Ella contiene una carcajada. En Milán la gente no suele expresarse con el mismo desparpajo que en Sevilla.

—Te diré que sí, entonces.

—¿Algún sitio favorito? Creo que estamos en tu barrio.

—Ahí más adelante ponen un pain au raisin de muerte. De camino podemos acompañarlo con uno de esos cafés tuyos.

Salimos caminando, los tres juntos acera adelante. Al moverse desprende un suave aroma que en parte no procede de ningún frasco. Es el perfume de su piel, el de su pelo. Mientras toco temas intrascendentes que la hagan sentir más a gusto, siento una efervescencia en la boca del estómago que me cuesta contener. Me gustaría mucho decirle cuánto me atrae, lo diferente que la veo a la luz del día. Y se me viene a la mente una frase que habré leído en alguna parte, supongo, *“ella era un huracán, a él le encantaban los desastres”*. Nos viene como anillo al dedo.

Tengo la impresión de que quedan cosas por decir, así que la animo con un gesto. Acabamos de llegar a una preciosa cafetería con decoración art-decó y vidrieras de colores. Nos sentamos en la terraza, en una mesa diminuta, frente a frente con Barón a mis pies. No sé cómo colocar las piernas que no me caben.

—No quiero convertirte en un engreído insoportable pero... —sonríe con una timidez añorada que se me antoja irresistible— estos días, la memoria me ha traído en bucle un polvo fabuloso, el rescate de un caballero andante y hasta unas sandalias Tribute en la galería Vittorio Emanuele. No paran de dar vueltas en mi cabeza.

Lo interpreto como que ha pensado en mí. Sí. Hago lo que puedo por contener la euforia. De hecho, simulo recolocar el collar alrededor del cuello de Barón para que ella no note el nerviosismo.

—¿Y? —la incito a seguir.

—¿Quieres más?

—Lo has adivinado. Quiero esas conclusiones a las que has debido llegar.

Pero no puede dárme las porque la camarera nos aborda y pedimos algo que recuerda a un desayuno francés. Lo que tarda la chica en regresar y llenarnos la mesa, lo emplea Valentina en contarme las bondades de la

bollería de lujo.

—Tus conclusiones —insisto en cuanto nos quedamos solos. No es por falta de temas de conversación, es que de verdad quiero penetrar su interior.

Y otras partes de su cuerpo igualmente penetrables. Pero eso tendrá que esperar, me temo.

Se encoge de hombros y se ocupa de su capuchino. Me siento absurdamente abandonado.

—Pues no sé una mierda, ni siquiera sé por qué te estoy contando este rollo, porque lo único importante de todo es lo que ocurrió contra la pared y que lo repetiría encantada.

¡Vaya! En algo estamos de acuerdo. Asiento sin poder despegar las pupilas dilatadas de sus labios carnosos. Valentina es muy intensa, eso es lo malo, alguien seguro dentro de su cuerpo para variar. Es intrépida y algo tirana, me pone a mil.

Y ya sé a lo que huele. A ella misma y a Nivea. Como mi madre.

Me pregunto cómo se regresa al punto en que ella cortó la frase sin parecer un obseso depravado. Repetir contra la pared... Incapaz soy, de imaginar algo mejor. Pero de repente, cuando menos lo espero, Valentina estalla en carcajadas.

—¡Te estoy tomando el pelo, joder! ¡Pero qué crédulo eres!

Creo que enrojeczo como una puta amapola en mitad de un campo verde. La miro de reajo con cierto resentimiento. Me lanza a la cara su servilleta arrugada y se sigue riendo. Se le han saltado las lágrimas.

—Idiota... Con todo lo vivido en tan pocos encuentros, ¿cómo no iba a acordarme más que del sexo?

—Digamos que tratándose de Valentina, la chica de las grandes juergas y los muchos vicios, nunca estoy seguro de que tengas las neuronas conectadas —resoplo con alivio. Ella no se da por aludida.

—¿Te gustaría asistir a una exposición de fotografía?

—Desde luego —Bajo de las nubes y echo mano de mi exquisita educación— ¿Quién es el artista?

—La tienes delante —se señala con mucha gracia. Parpadeo atónito.

—¿Tiras fotos?

—Tan jodidamente buenas que te sorprenderías. Retratos en blanco y negro, en su mayoría. Un poco macabros, dice mi padre. Pero claro —chasquea la lengua con desdén—, ¿qué cabe esperar del señor de la Robbere? Lo tengo frustrado perdido solo porque no dibujo gráficas financieras.

—El eterno conflicto entre nuestras aspiraciones y las de ellos. Viejo como el hilo negro. Si yo te contara lo que el mío pretendía que fuese yo...

No espero que se incline sobre la mesa y trece sus dedos con los míos. Da un pequeño tironcito.

—Déjame con la boca abierta.

—Bah, negocios aburridos, del tipo de los tuyos, supongo.

—Supones bien. —Me suelta y se recuesta contra el respaldo de su silla, como decepcionada. Se han apagado los cientos de estrellas que hace un segundo brillaban dentro de sus ojos—. Es difícil que yo colme las expectativas de nadie —afirma con tristeza—, ni siquiera las mías. Y hace tiempo que perdí la fe.

No quiero verla triste, no quiero. Ese centelleo tiene que volver, cuanto antes.

—¡No te desalientes! Mientras no olvidemos que nuestro camino es nuestro estaremos a salvo. No hemos venido aquí a contentar a nadie.

—¿No suena eso muy tópico?

—Ojalá todos los que han repetido la frase a lo largo de la historia la hubiesen aplicado. Seríamos mejores personas y más felices. Prométeme que lo harás.

—¿El qué?

—Decidir por ti misma sin sentirte frustrada.

—¿Por qué tendría yo que prometerte nada? —se rebela con una media sonrisa traviesa.

—Me lo debes, como ya te he salvado dos veces la vida...

—¡Serás exagerado!

—Una la vida, otra de la cárcel, no es poca cosa. En fin, como estás en deuda, abusaré un poco más de tu confianza: ¿sales con alguien?

Me mira como si mirase al diablo.

—¿Te refieres a relaciones... sentimentales? —deletrea casi con repugnancia.

—Llámalo como prefieras.

—No quiero a nadie, no tengo tiempo —replica demasiado pronto.

—Vaya, una original razón.

—La buena noticia es que tampoco tengo tiempo para odiar a nadie. Bueno, a la mujer de mi padre. Pero solo cuando se pone en plan madraza.

Compongo una mueca cómica.

—¿Qué persona más...

—¿Insoportable? —me ayuda Valentina echando mano de la penosa imagen que tiene de sí misma.

—Interesante. Yo tampoco busco ya cosas sublimes como el amor —confieso.

Ella contraataca con el consabido “*pienso lo mismo*” pero nuestros ojos, más sinceros que nuestras lenguas, se enredan sin remedio y se quedan allí, enganchados contándose cuánto se gustan. Por descontado, Valentina es la primera en reaccionar.

—Un hombre tan atractivo haciéndole ascos a enamorarse... No sé qué pensar.

—Igual que tú —me defiendo con brío.

—En mi descargo diré que soy joven.

—Yo también, no me ofendas.

Ella ríe y da el último mordisco a su pieza de bollería crujiente. Me hipnotiza el blanco de sus dientes, son perfectos.

—Menos que yo. A ti ya te han roto el corazón.

Ni imagina cuánto. Pero recurro a la broma para que la herida no se desborde y empiece de nuevo a sangrar.

—Voy a contártelo todo.

Se tapa las orejas con las manos, se sacude como bajo un terremoto.

—Me parece que no quiero oírlo.

—Vale, te cuento solo la mitad.

La risa se le escapa por la nariz.

—Serás imbécil...

—Todo por complacerte. Si veo que reúnes valor... ya si eso, te lo cuento entero.

—En serio, paso de amores y rollos por el estilo. El desengaño es un sentimiento que espero no conocer en mi vida. Reír, beber y bailar. —Se echa hacia adelante—. Y sexo del mejor, que el mundo se acaba.

—Buena filosofía.

—¿Puedo pedir otro *pain*? —Ni espera mi respuesta. Levanta el dedo y explica por señas a la camarera que quiere repetir—. Tengo un carácter endemoniado y vivo cada pequeña decepción como una tragedia griega. Mejor lo dejamos. —Me mira directamente, con los ojos color plata francos y abiertos—. La vida son dos cafés, profesor.

Apunto con el mentón a la mesa.

—Ya solo nos queda uno.

—Siempre lo digo, las sonrisas sin motivo y la Nutella a cucharadas. — Se muerde los labios. No pretende seducirme, ni siquiera es un gesto coqueto pero me roba la razón—. No suelo hacer esto.

—¿Te refieres a desayunar?

Frunce el ceño y me reprende en un claro “no te hagas el tonto que no te pega”, así que me relajo y dejo ir una carcajada a medias.

—De acuerdo, te refieres a conversar. Conversar con normalidad.

—En casa solo discuto. A veces las peleas se ponen candentes. Tanto como un polvo contra la pared. —Ahora sí, su sonrisa provoca y sus pupilas brillan dilatadas—. En cuanto a mis conocidos... Supongo que la música vibra demasiado alta como para juzgar lo divino y lo humano.

Me siento especial. No paso por alto el que no haya mencionado la palabra “amigos” sino “conocidos”, significa mucho. Un par de horas compartidas con ella me saben a gloria. El mejor capuchino de mi vida, creo. Entiendo que Valentina no tenga plena consciencia de su brutal magnetismo. Mi madre me aconsejaba “busca una chica que cante bajo la lluvia sin importarle si se despeina”. Esta llora mirando al cielo. “Busca una chica con la que pierdas la noción del tiempo”. Aquí estoy, aquí la tengo. Solo quiero encontrar un modo de alargar este momento perfecto, tal y como estamos, hasta la eternidad. Valentina puede tener mil caras pero estoy seguro de que sería capaz de enamorarme de todas ellas.

17. Entre retratos en blanco y negro

Decido aceptar su invitación y acudo a la exposición de fotografía con un nudo placentero en la garganta. Son nervios, joder, a mis años. Las malditas mariposas en el estómago de las que todo el mundo habla. Pues esas. Una excitación malsana con la que cruzo el umbral de la galería y la busco entre la multitud. Ha venido un montón de gente, teniendo en cuenta que no se dedica profesionalmente a esto, diría que el éxito ha sido rotundo. Y enseguida entiendo el porqué. Las instantáneas colgadas en las paredes son increíblemente buenas. Con un tamaño de metro por metro, cuadrículadas aunque en su perfección, redondas.

—Dime que te encantan y que piensas comprar hasta las alcayatas que las sujetan al muro.

Una voz sensual a mi espalda que me lleva a volverme. Sé que es ella, claro, pero no espero encontrármela tan cerca, ni tan impactante. Lleva suelto el pelo lacio, raya en medio, enmarcando su cara. Un maquillaje de estilo gótico con un delirante ahumado en los ojos, los labios con un brillo sutil y un diminuto septum en la nariz. Un vestido negro con flores multicolores bordadas, a lo largo de la manga y bordeando el escote que es en “uve”, escandalosamente profundo. No lleva sujetador, eso está claro, y la longitud de la abertura me permite deleitarme con un tatuaje bajo el esternón, que no sabía que tuviera. El símbolo egipcio del disco solar con las dos alas. Lo que me nace es hundir la nariz entre esos dos pechos gloriosos y besar la tinta hasta desgastarla.

Me está ofreciendo una copa de champán y yo en lugar de aceptarla, fantaseo cosas sucias. Ya me vale. Alargo la mano y me hago cargo con una sonrisa de agradecimiento. No nos besamos ni me dedica el menor mimo. Lanza ojeadas furtivas a la puerta, como si se muriera de impaciencia esperando a alguien. Noto un levísimo mordisco de celos, que ni entiendo

siquiera.

No obstante, hago chocar el cristal de nuestras copas para atraer su atención.

—Lo admito, has conseguido sorprenderme. No sabía que captases las emociones humanas de un modo tan arrollador.

Ella gira los ojos hacia el grueso de la exposición y se encoge de hombros. Está sonando *Drive you home* de The Donnies The Amys, a un volumen lo suficientemente discreto como para ambientar sin impedir las conversaciones. Diría que todo tiene chic y el sello especial Valentina de la Robbere.

—Me llenan. Me fascina la gente que atrapa el dolor y lo esconde muy dentro donde nadie pueda verlo, pero se les escapa por los ojos. Siempre es más grande que tú, algo que no puedes evitar. No hay estudio, ni focos, ni preparación, solo una esquina en la calle, un muro en un suburbio, un solitario banco en un paque y personas que sufren; humanidad en términos absolutos.

No me habla a mí, se dirige al vacío, sin mirar a nadie en particular. Se lo cuenta a su interior. La miro con fijeza y cuando regresa de su momentáneo vuelo, me reprende descarada.

—¡Es falso, *Madonna Santa!* —Se lleva la punta de los dedos al septum de oro y lo acaricia— ¡No me mires así!

—Sería una lástima agujerarse esa preciosa nariz —bromeo para calmar las tempestades—, pese a las modas estrafalarias y a tu manía de seguir las todas.

Tuerce la comisura de sus jugosos labios en una mueca burlona. Es como si pensara que los halagos esconden algo siniestro y hay que desconfiar de ellos.

—Señor Vallés, no soy ninguna *fashion victim* pero si me apetece agujerarme el cuerpo... ¿a quién tengo que pedir permiso?

—Siempre retando al mundo, ¿verdad, Valentina?

Por un instante se cruzan nuestras miradas con una intensidad tal que levanta un cosquilleo inquietante en mi vientre. Aflojo la tensión y sonrío. Ella me corresponde. Es la sonrisa de una chica vencida.

—Estos adornos se llevaban en la más remota antigüedad, profesor, parece mentira que no lo sepas.

Me acerco a ella y hundo la nariz en la curva de su cuello. Me recibe su perfume casi letal.

—Permite que te recuerde que soy un necio aprendiz en todo lo que gira alrededor de vosotras, las mujeres.

—Tengo tiempo que dedicarte —clava de nuevo en mí sus pupilas, que de inmediato se dilatan—, igual te alecciono.

—Será un placer.

Ando determinando qué tipo de placeres concretos, cuando vuelvo a cazarla mirando con angustia hacia la puerta.

—¿Esperas a alguien?

—No, no, qué va —responde precipitada y nerviosa—. Ya hay suficiente mundo aquí, ¿no te parece?

Separamos los ojos de las copas y se topan bruscamente. Imposible describir la intensidad de una mirada que te parte en dos. Literal. Podría resbalar por su piel hasta la cintura, perderme entre sus piernas y no encontrarme nunca.

—Qué, ¿has descubierto ya el modo de salvar al mundo, profesor? —ronronea sin desviar la mirada.

—He descubierto el modo de salvarte a ti.

Echa atrás la cabeza y suelta una carcajada que borra todo el ruido, el rumor de los grupos que conversan. Valentina es dueña hasta del aire que respiro.

—De mí misma, supongo.

—Supones bien, pequeña kamikaze.

—A ver, no nos confundamos, las cosas claras. Soy una chica buena que se porta mal. No todo es cuadriculado siempre, te consta, enseñas en la universidad.

—Te estás burlando.

—No, en serio, me da respeto hasta mirarte. Los profesores que conozco se cuidaban bien de no bajarse del pódium, marcando que ellos estaban aquí —señala un nivel con una mano extendida— y los alumnos a nivel del suelo...

Pero contiene la risa. Jodida niñata de los infiernos.

—Y no dejaré que me salves, porque entre los conceptos varios que me ponen los pelos de punta, incluyo lo de ser una chica decente. Suena escalofriante. Escalofriantemente aburrido.

Meneo la cabeza unas cuantas veces. Esto no tiene arreglo. Ella es demasiado auténtica dentro de todos sus errores como para cambiarla.

—Lo dicho. Kamikaze. Anda, atiende a tus invitados, no quiero que

digán que te acaparo.

—Por ahí aparece la estirada de mi hermana. Tarde, qué extraño en ella. Te dejo un minuto, no te marches.

Al pedírmelo, apoya la mano en mi antebrazo y presiona un poco. Apura su copa y al vuelo, coge otra de la bandeja que le pasa por el lado. Se mueve entre aquella gente como pez en el agua. En el fondo la envidio, yo y mis evidentes incapacidades sociales lo haríamos imposible, acabaría vomitando en el baño.

Más aliviado, me desentiendo de la masa humana y me sumerjo en la inigualable experiencia de sus retratos. La fuerza de Val, su pasión, están presentes. El torbellino de su personalidad extrema, esa mezcla infame de tantas cosas y todas tentadoras. La *femme fatale* que hace girar su alianza gruesa de acero en el pulgar, y ese aire entre aniñado y rebelde que será siempre su seña de identidad. Pero la distracción la pago caro, el nudo de invitados ansiosos se cierra y se aprieta cada vez más en torno a ella. No logro ver a su hermana y no consigo que Valentina vuelva a hacerme caso en toda la noche, de modo que al final, antes de convertirme en caricatura del todo, recojo mi dignidad y sin decir nada, ni adiós siquiera, me marchó. Recuerdo mis otras relaciones, a Sofía, mi afán de acaparar y cortar alas. De algo tienen que servir los errores, debo permitir que Valentina vuele libre sin sentirme totalmente destrozado.

Esta noche termino durmiendo con su recuerdo. Una dulce manera de despertar.

18. Val no es solo una mujer

Con los días, se acumulan elementos. Pequeños cientos de detalles en mi cabeza. Debería ordenarlos y sacar conclusiones pero hacerlo implicaría afrontar que Valentina me perturba y ese poder no quiero otorgárselo a ninguna mujer. Valentina. Ni el primero ni el mayor de mis problemas, pero sí el más recurrente. ¿Qué voy a hacer con ella?

Estoy tumbado en mi sofá de cuero, con una copa de vino en la mano, arrullado por los acordes de “*Only a woman*” de Angus Stone. Val no es solo una mujer. Ante una chica así, descarada, arrogante, caprichosa, irreverente e increíblemente sexy, que además lo sabe, hay que andarse con pies de plomo. Para no divertirla de modo equivocado, para impedir que te tome el pelo y te convierta en un pelele. Para no acabar abierto en canal con el corazón roto. El mío aún cierra heridas, yo puedo parecer insensible y frío, un hombre a prueba de desengaños, pero mi interior guarda una peligrosa capacidad de enamoramiento suicida, poco razonable. Mis sentimientos en torno a Sofía fueron brutales, sinceros, brotados del alma y como tal, me dejaron desnudo ante el sufrimiento. Me condenaron. El cambio de aires no funcionó, su voz y el olor que desprendía su piel al aletear las manos, su risa fresca, todavía poblaban mis pesadillas cuando llegaron los ojos de Valentina. Y arrasaron con todo.

¿Cura o enfermedad? Depende de mí. Si sé guardarme, lo pasaremos bien y sanaré. Si me entrego de verdad, acabaré hecho trizas. Ella es joven pero en ciertas cosas, acumula mil veces mi experiencia. Me matará a dentelladas.

Tras la exposición, decido no llamarla. Fortificarme en mi castillo y dejar que sea ella la que dé el paso. Amago las ganas de verla visitando burdeles finos donde me hacen de todo un poco, o paseando con mi sobrina, o aguardando noticias de Fabio. Pero por encima de todo, pensando en ella. En esa fiesta en casa de sus amigos a la que quiere que asista y a la que muero

por ir. Corren los días y se encaja el sábado por la mañana. Val no da señales de vida y yo me siento un imbécil de campeonato. Entiendo el mensaje, o cedo o me quedo sin verla.

Adivinad qué hago. Mi dedo marca solo.

—¡*Pronto!*

—¿Valentina?

—¿Quién llama?

Maldita chica... Seguramente mi voz no es de las más corrientes. No quiero creer que no me conozca. O quizá es mi orgullo de macho latino el que se niega. Barón se me queda mirando y con un gesto cómico, ladea la cabeza y gime.

—Soy Mario. Mario Vallés.

—¡Mario! Bienvenido al mundo de los vivos. Pensé que no llamarías.

—He estado bastante ocupado.

—Qué aburridos, siempre decís lo mismo.

Acaba de meterme de un plumazo en un saco de gente corriente con todos los demás tíos de la tierra.

—Igual porque es verdad. Esa fiesta tuya, ¿era esta noche?

—¿Qué fiesta?

Tengo la impresión de estar babeando. Babeando y quedando en ridículo.

—La de tus amigos. Me dijiste lo suficiente para picarme con el gusanillo de la curiosidad —explico con aire desentendido—. Pero si se ha cancelado...

—Ah, eso. Sí, sigue en pie... Eso creo.

Empiezo a ponerme nervioso. El maldito temor a estar mostrando demasiado interés, a ser demasiado obvio.

—Puede que te haya llamado en mal momento, mejor lo dejamos...

—No, recógeme a las nueve.

—¿Estás segura?

—Lo mismo bajo a las nueve y media —se burla desdeñosa—, nunca sé cuánto me va a llevar vestirme.

—Puedes olvidarte de la ropa interior —sugiero insinuante. Me arrepiento en el acto. Valentina y yo no compartimos esa confianza, solo nos devoramos a lo loco contra la pared de un pasillo en un club. Y porque el alcohol y otros menesteres tenían la llave.

—Deja que eso lo decida yo —repone cortante.

—Por descontado, era solo una broma fuera de lugar.

Recupera de repente el buen humor.

—Nada que tenga que ver con el sexo está fuera de lugar. Solo de hora. A las nueve, profesor. No te entretengas.

Bochornoso. Llego con quince minutos de antelación y escondo mi coche a dos calles de distancia para no ser visto. ¿Qué hago con este pellizco de necesidad? Disimular mis ansias es el lema. Parecer relajado y tranquilo. No perder la cabeza cuando la vea, ni perseguir su risa con mohines hambrientos. Todavía lo hago peor, me dedico a pasear acera arriba y abajo alrededor de su portal, con las manos en los bolsillos del abrigo, sintiendo en la piel del rostro las cuchillas del frío nocturno, para luego pensarlo mejor y salir disparado en busca del coche. Aparco justo enfrente y enciendo la radio mientras aspiro lo suficiente para llenar a tope de aire los pulmones.

Tanta preparación previa, y nada puede impedir que cuando la veo aparecer se me dibuje en la boca una sonrisa bobalicona.

19. Contra la pared

(Valentina)

Ni sé la de veces que he podido mirar el móvil a lo largo de unos días que se me han hecho eternos. Y la decepción detrás de cada vistazo era como un bofetón con la mano abierta. No estoy acostumbrada a los deseos suspendidos en el tiempo, vivo conforme a la regla de la satisfacción inmediata, si quiero algo lo consigo a la voz de ya. Especialmente sexo y hombres. ¿Qué me pasa con este tipo? ¿Es por culpa de ese par de ojos para perderse en ellos y el halo de misterio que lo convierte en inalcanzable?

Combato el desengaño con juergas matadoras. Cuatro, para ser exactos, bebiendo hasta caer en coma y dejándome sobar por cualquiera que me haga un mínimo de gracia. También tengo tiempo de pelearme a muerte con Renata y mandarla a la mierda en estéreo. Las horas que me sobran las invierto vagabundeando por las calles, armada con mi réflex, capturando lo que denomino “momentos oscuros”.

Aún así, nada basta; el hueco que deja este anhelo insatisfecho no hay nada que lo llene, sin llegar a ser vacío pero escociendo. Lo desconcertante es que en vez de enfadarme con Mario por no llamar, me ponga triste. Inexplicable. Yo con este tío imponente solo he echado un polvo. Y está bueno, desde luego, pero por mi vida han pasado muchos tipos con pinta de modelo, sin que ninguno me haga perder la cabeza. Esa sensación de perder el norte si lo tengo delante, me irrita. A ver, es muy típico en mí obsesionarme con las personas y las cosas, pero se me pasa en un abrir y

cerrar de ojos y lo de Mario no se me está pasando. Empiezo a ponerme histérica. Sus miradas me han calado hasta los tuétanos, nunca nadie antes me había mirado con esa intensidad destructora, nadie. Mario destila algo distinto que me vuelve adicta a su presencia. Es serio, enigmático y poco hablador. Pero también huele a protección y a permanencia, algo que yo, emperatriz de los líos de un rato, no he experimentado hasta ahora.

De ninguna manera iría a esa fiesta sin él, eso lo tengo clarísimo. Cuando amanece el sábado sin noticias tuyas, marco las seis de la tarde como hora límite. Si para entonces no ha llamado, cederé, creo que por primera vez en mi vida, y lo llamaré yo. Me justifico pensando que me mueve la pura curiosidad, que da igual, que tampoco tiene tanta importancia esta absurda guerra de egos, ya se lo haré pagar. Lo enredaré como a un mosquito una tela de araña, y lo devoraré lentamente. Luego, satisfecho el antojo, lo abandonaré como a todos, como siempre. Y de nuevo la libertad.

Tamborileo con los dedos sobre la mesa oyendo a Beyoncé cantar *Running* cien veces, identificándome con su letra. Porque yo me dedico a huir de mí misma. Llevo haciéndolo desde que tengo memoria, por eso no tengo nada. Colgarme de un seductor profe universitario, no entraba en mis planes.

Entonces, el teléfono suena y me otorga la victoria.

Dudo mucho delante de mi armario sobre qué ponerme. Me embuto en unos leggins negros, con rotos y aplicaciones de encaje por debajo. Un top de neopreno también negro con peplum y zapatos masculinos completamente planos. Dejo suelta la melena, a su aire, y los labios rojo cereza. Si miro mi reflejo, me gusta lo que veo. A él lo volverá loco. Luego, le hago esperar treinta y cinco minutos en la calle con esta temperatura infernal que atravesamos. Que se fastidie, es solo el principio de su calvario, no debió retarme, lo pondré en su lugar... por desatar a la bestia.

Sin embargo, la chulería me dura lo que tardo en entrar en el coche y caer bajo el hechizo de sus ojos, negros como la noche más negra. No abre la boca, el muy cabrón, no dice eso tan manido de “*qué guapa estás*” o “*estaba deseando verte*”. No lo dice para poder yo despreciarlo. Solo sonrío de medio lado, perezoso, y el instante me torpedea el corazón.

Consigue aturdirme. Lo odio intensamente.

—No vamos tarde —alego por decir algo. Seguramente me refiero a mi propio retraso, imposible saberlo.

—No te he preguntado —replica tan tranquilo—. Son tus amigos, tú sabrás. Dijiste a las nueve y a las nueve he venido. —Encara el volante

sujetándolo con ambas manos—. ¿La dirección?

—¿No piensas darme un beso? —Se me escapa. Juro que no quería parecer patética suplicando por algo que otros se mueren por darme. Pero hablan mis instintos antes de que pueda frenarlos. Como si le costase un mundo, Mario suspira y se inclina hacia mí. Le hago la madre de todas las cobras— ¡Ahora ya no!

Se encoge de hombros. ¡Se encoge de hombros!

—No sabes lo que quieres.

—¡Es tarde! ¡La fastidiaste!

—Eres una chica difícil, supongo que lo sabes.

—Y tú un grosero de primera, también te lo habrán dicho.

—La verdad es que suelo pasar más por caballero que por Casanova pero siempre hay una primera vez para todo.... ¿Vamos a pasar la noche discutiendo solo porque no te he saludado como esperabas?

—¿Qué menos que un beso al llegar? En España no conocéis la educación.

—La pregunta es, ¿tengo derecho a dártelo?

—Mario, hemos follado contra la pared.

—Exacto. Contra la pared. Piénsalo.

Rebufo, cruzo los brazos sobre el pecho y secamente, le doy la dirección que me pide. Pedazo de imbécil...

La mansión donde se celebra la fiesta pertenece a las urbanizaciones del extrarradio, esa zona cuidada y exclusiva, rodeada de árboles, que te hace pensar que vives en una isla privada. Junto a las verjas de entrada hay dos porteros de riguroso negro con pinganillos en la oreja y dentro, tres aparcacoches bien dispuestos. Mario baja del Jeep, lo rodea para abrir mi puerta y con mi cintura bien cogida, entrega la llave.

—¿Adelante?

—¡Suéltame! —espeto aún muy enfurruñada. La verdad, de la rabieta queda poco, con solo olerlo ya me hormiguea el vientre.

—Qué actitud tan chungu, mi querida Valentina, ¿así se viene a una fiesta?

¿Chungu? ¿Qué demonios significa?

—Te estás divirtiendo mucho, ¿verdad, Maquiavelo?

Simula sorpresa abriendo mucho esos ojos poderosos y luego suelta una carcajada descarada y fresca. Repaso su perfil de dios griego, su cuidada barba de tres días y su boca tersa y mullida. Va a resultar un reto, algo

diferente que me lo pondrá difícil. Bien. Casi puedo oír el pistoletazo de salida de nuestra personal batalla.

Entramos sin soltarnos. Fingiendo furia pero pegada a su costado, contagiada del calor que emana su cuerpo. Lleva un pantalón oscuro de vestir que hace aún más largas sus piernas, realzando un trasero en el que se fijan todas las mujeres. Hay muchísima gente por todas partes, bebiendo sin parar, riendo y charlando. Busco en vano alguna cara conocida. Mario se hace con dos copas de cóctel y me ofrece una.

—Grey Goose con tónica y limón natural exprimido.

—¿Cuándo te he dicho la marca de vodka que me gusta?

—A mí jamás, al camarero, la primera noche en el club. Estuve atento, ya sabes.

Me guiña un ojo. Poco a poco, mi enfado se aplaca. Me halaga interesarle tanto, no es el tipo de atención que suelen profesarme, la verdad. Mis relaciones sociales empiezan a destensarse con mucho alcohol encima y para entonces, no solo confundo realidad y ficción, sino que las reglas se ciñen a lo puramente físico y terrenal.

—¿Ves a tus amigos? —pregunta oteando por encima del mar de cabezas. Yo no tengo su altura y la feliz idea de venirme sin tacones me lo pone más difícil.

—Da igual, nos los toparemos tarde o temprano. Relájate y disfruta.

—Estoy disfrutando, nena. Contigo me sobra y me basta.

—Entonces no sé a qué viene tanto interés por gente que no conoces.

—Vamos a dejar aparcados un rato estos talantes belicosos nuestros, ¿de acuerdo? Brindemos por una amistad interminable y feliz.

No muevo un meñique.

—Tú has empezado —refunfuño recordando su frío recibimiento en el coche.

—¿Valentina? —insiste.

De mala gana, hago chocar mi copa con la suya y sorbo. El líquido ligeramente ácido bajando por mi garganta, mejora un tanto mi humor. La luz ambiente es tenue, la decoración sacada de las lujuriosas mil y una noches, y la música se cuele por todas partes. Suena *Faded* de Alan Walker. Con un par de copas más, daremos la bienvenida a la Valentina juguetona. Y entonces veremos.

—Me tratas como a una cría.

—Será porque te comportas como una cría. —Voy a protestar, no me lo

permite—. Mira esos morritos fruncidos, ¿aún no te han enseñado que cada cual es un mundo con todas sus manías y circunstancias? Sí, yo también tengo las mías. ¿Que hay que respetar la visión que los demás tienen de las relaciones y el modo en que las abordan?

Creo que me he perdido. Pestañeo ofendida.

—Guarda tus modales de profesor estirado, gracias. Maldita sea la falta que me hacen tus lecciones. Es una fiesta, hemos venido a beber y a desmadrarnos.

—Hecho.

¿Así, tan fácil? Solo conozco dos posiciones: mis padres se oponen por sistema a todo cuanto digo o hago mientras mis compañeros de correrías se sitúan en el extremo opuesto, lo aceptan todo sin rechistar. Pero Mario... Mario me desconcierta. Me agarra del codo y guía mis pasos salón adentro. Nos mezclamos con los invitados que al pasar, nos lanzan sonrisas codiciosas. Debemos resultar una pareja un tanto explosiva en todos los aspectos. Me esponjo de gusto prometiéndome llegar indemne al final de esta velada, sabiendo bien qué clase de fiesta nos espera. Mario no tiene ni idea.

—Háblame más de ti, Valentina —irrumpe mis turbulentos pensamientos—, empecemos por lo simple, ¿cuántos años tienes?

Sonrío tentadora.

—¿No eres capaz de calcularlos?

Mario ladea la cabeza y medita un segundo. Está realmente guapo.

—¿Veintisiete, veintiocho?

—Más o menos.

—Y ya en serio, ¿te dedicas a...?

—Todo y nada. Mi padre bailarían de felicidad si aceptara encargarme de sus negocios, como mi hermana mayor, la sumisa.

—Creo que ese adjetivo no te pega en absoluto —ríe.

Me hago con otras dos copas y las reparto.

—Apuesta por ello. Así que además de ser la oveja negra de mi familia, soy fotógrafa, eso ya lo sabes.

—Una artista... —musita complacido—. Eso sí me cuadra.

—Artista aficionada, a la caza y captura de momentos oscuros. Pero no es muy comercial, ya lo sabes. Lo que trato de fotografiar son emociones volcánicas, esos gestos de gente anónima en la calle que delatan un sufrimiento extremo, el dolor, la soledad...

—Lo comprobé en la galería. Interesante.

Abro la boca para protestar y vuelvo a cerrarla. Parezco un pez que se muere.

—Sé que te lo parece, compraste todas las fotos de la exposición la otra noche. No dejaste ni para mi hermana.

—Ya harás otras. Mejores, seguro.

—Y desapareciste de repente, sin decir nada...

—Andabas muy ocupada —replica sin mirarme. Suspiro.

—Detectar esas imágenes es el reto. Desde un niño que llora porque se ha caído hasta las lágrimas solapadas de una mujer abandonada. Un anciano en un banco con la mirada perdida recordando tiempos mejores... hay tanto, solo tienes que abrir los ojos y saber mirar.

20. ¿Nos sumamos?

Cuando salgo de mi momentánea ensoñación, siempre pasa si hablo de mis pasiones, Mario me estudia con interés recreado. Es tan potente la huella de su mirada que allá donde se posa deja surcos.

—¿Qué? ¿Suena macabro? ¿Compartes la opinión de mi padre de que lo que hago no va a ninguna parte?

No me responde. Solo se inclina sobre mí, rodea mi cintura con un brazo y siento su mano abrirse contra mi espalda. La presión del abrazo y a continuación, sus labios. Su boca rodeando la mía, succionando en la medida perfecta, y su lengua suave y mojada recorriéndome por dentro. Podemos dejar la charla para otro momento. Sí.

Con Calvin Harris y su *How deep is your love*, la cosa empieza a animarse. La gente va ya muy cargada y la ropa empieza a estorbar. Desaparecen tops y camisas por arte de magia y los tríos y parejas se calientan apoyados contra la pared y las mesas. Noto el sobresalto físico de Mario que no puede creer que esta juventud tan correcta y tan pija, desbarre de este modo. La iluminación rebaja su intensidad envolviéndonos en un erótico abrazo. Arrastro a un hombre perplejo hasta la pista de baile y me encargo de su timidez a base de restregones.

—¿Se lo pasan bien, no? —Apunta a un trío que directamente en pelotas, usan ansiosos manos y lengua para recorrerse, antes de apoyar a una de las chicas boca abajo en una mesa y ensartarla sin más preliminares. La parte libre del trípode muerde los glúteos del empotrador y va deslizándose hasta alcanzar la línea de los testículos, con los que se entretiene jugueteando.

A estas alturas ya no son los únicos, ni lo que hacen, nada extraordinario.

—De maravilla, igual que tu erección. —Echo mano a su dura entrepierna, algo imposible de disimular— Te pone, ¿eh?

Mario coloca su mano sobre la mía y controla el vaivén de mi muñeca.

—¿Esta es la fiesta que tanto me iba a gustar? ¿Por qué lo pensaste? ¿Y si fuese un vergonzoso de cojones incapaz de bajarme los pantalones en público?

—Lo dudo mucho.

—No me conoces de nada, preciosa —sonríe a lo canalla. Me muerdo el labio, con los pezones duros, loca de deseo.

—Bueno, un tío que te cepilla en el pasillo de un club sin ir puesto de nada ni borracho hasta las cejas, posee una sexualidad fuera de lo corriente.

—Acabas de disparar mi ego a las alturas, chica mala.

—No te haces una idea de cuánto. —Procuro que mis pechos bajo el top de neopreno se aprieten contra su torso. La rigidez de mis pezones empieza a ser dolorosa—. ¿Te lo demuestro?

El tema *Hundred miles* de Yall inicia sus acordes y me lo pone fácil.

—*Come here and visit my world* —susurro bajito pegada a su cuello. La piel perfumada se le eriza y mi lengua, más rápida que su pudor, lame con ganas su superficie. De ahí a la base de la clavícula trazando un camino bajo su camisa, todo placer. Creo que nos estremecemos a la par.

Ya es mío.

No hay vuelta atrás, con el telón del show alzado y el beneplácito del anfitrión, los invitados dan rienda suelta a sus instintos más primarios. De eso se trata, de recordar las carnales orgías de la antigüedad romana, algo tan innato a la naturaleza física del hombre como resguardarse del frío.

—No se me asuste, profesor, nadie va a mirarlo mal.

Procuro teñir mis palabras de la mayor burla. Mario levanta una sola ceja.

—¿Qué te hace pensar que algo aquí me asusta?

Tiro de la solapa de su chaqueta y lo acerco a mi cara. Debajo, solo una camisa negra me separa del suave vello de su pecho.

—¿Quizá tu corazón... que va a mil?

Amaga una carcajada.

—Nada que ver con el miedo, te lo aseguro.

—¡Bien, profesor, muy bien! Pues sácame de dudas...

A ritmo de *Sugar*, de Robin Schülzt, le indico el camino que conduce a las habitaciones. No conozco demasiado la casa, solo he venido un par de veces antes, pero tampoco hay que ser la mujer de Einstein, el reguero de personas semidesnudas va y viene en esa dirección, entre el murmullo, el bombardeo de las botellas de champán y el olor a sexo.

La primera habitación nos la encontramos colapsada, llena de brazos, piernas y carne en movimiento. Jadeos, gemidos y algunos que se corren entre alaridos a la velocidad del rayo. Envidio a los que pueden alinear el acto con un poco de éxtasis o de ácido que multiplica el poder de cada fibra sensible, pero yo ya he terminado con esa mierda. Solo alcohol, consciente de que tampoco me hace nada bueno, pero con algo tendré que amenizar las juergas. Mis derroches hasta altas horas de la madrugada son mi símbolo de protesta, si dejo de beber tendré que cambiar de amigos y de táctica para martirizar a mis padres. No se merecen tanto miramiento.

Hasta la cuarta intentona no damos con un cuarto relativamente acogedor, una cama redonda gigantesca en la que tres personas que retozan, nos reciben deshechas en sonrisas. Dos chicos jóvenes y una mujer, extremadamente bellos y sofisticados alargan sus manos abiertas sin interrumpir lo que tienen entre manos. Forman un bonito triángulo, uno encima y otro debajo de ella, ambos dentro.

—¿Nos sumamos? —No espero respuesta, conforme pregunto despacho el calzado y las leggins. Estoy caliente, muy caliente, el aroma a Dior de Mario tiene embotados mis sentidos, solo puedo pensar en clavarle las uñas y enterrarlo en el fondo de mis entrañas. Él retrocede un paso en dirección a la puerta.

Por un instante temo que huya. Tiene razón, no lo conozco. ¿Y si todo esto es demasiado... perverso para un mojigato profesor de universidad? Pero no, se limita a apoyarse contra el quicio y entrecerrar los párpados con un gesto de alto voltaje. Una sensación desconocida me abrasa por dentro. Tiro del top, lo lanzo al suelo a hacer compañía al resto de mi ropa, y con solo el encaje rosado, me arrojo en sus brazos, a torturarlo con un endiablado vaivén de caderas.

—Ven a la cama. Están esperándonos.

—Ve tú. Yo prefiero esperar.

Mis dedos corren a su cinturón, a desabrocharlo. Y como no opone resistencia, continúo hasta desmontar la bragueta. No le quito los pantalones pero sí zambullo las manos entre su bóxer y la piel. Arde y es sedosa y apetecible. Llego hasta el vértice de sus caderas y palpo el músculo prieto.

—Vamos, profesor, no me digas que no te matan las ganas.

—Anímame tú —me pide en un susurro casi inaudible. A mis espaldas, el trío ha reanudado su festín y mientras uno de los hombres trabaja los pezones de la chica con la punta húmeda de su pene y ella lame desde abajo

la base de sus testículos, el otro devora hambriento su entrepierna. El cuadro por sí solo, incita al desmadre.

Tiro de su chaqueta hacia atrás, venzo la resistencia de sus anchos hombros y la dejo caer. Luego, parsimoniosa y seductora, ventilo los botones de la camisa y dejo a la vista su hermoso pecho. Fibroso, trabajado, perfecto. Beso cada rincón de aquella carne deseable, mordisqueo sus pezones hasta hacerle daño. Una de mis manos acomodada sobre su pene erecto a punto de explosión, mide mis avances. No entiendo por qué no me empuja ya contra la cama, a buscar su lugar entre mis piernas, a regalarme esa colección de orgasmos por la que suspiro. De un tirón le bajo los pantalones. En igualdad de condiciones, los dos en ropa interior, me arrodillo y engancho la cinturilla del bóxer negro con las pupilas dilatadas, fijas en su enorme bulto. Para mi asombro, Mario me toma de los brazos y me obliga a incorporarme.

—Así no.

Mi mirada interrogante dura lo que tardo en entender lo que pide. El alcohol me tiene ligeramente embotada, lista para el sexo pero no, desde luego, para interpretaciones abstractas. Asiento con la cabeza y dispuesta a complacerlo, acudo a la cama. Sigo mirándolo, en realidad no puedo apartar de él mis ojos. Siento seis manos tocándome, una infinidad de dedos reptar, colarse por mis orificios, agitarse en mi interior, pellizcar mis pezones en una dulce tortura, y mi cuerpo reacciona por su cuenta. Se me escapa un gemido seco. Mario lleva las manos a su sexo y suavemente empieza a acariciarse.

Así que se trata de eso, el señor quiere un espectáculo privado para su solo disfrute, un show que yo puedo muy bien proporcionarle. Este no me conoce, pienso emplearme a fondo.

Brotada de no se sabe dónde, una chica desnuda trae una lujosa butaca tapizada en terciopelo brocado y se la ofrece a Mario. Sin hablar, él se sienta y continua con lo que hacía. Mirarnos. Mirarnos con evidente placer y tocarse. En ese momento álgido, yo tengo las piernas abiertas y la boca de uno de los chicos pegada al clítoris, succionando, castigándome con mordiscos de salvaje deseo. Busco a la chica y la agarro por el pelo sin cortar el contacto visual con Mario, causa del increíble morbo que dispara mi excitación a la estratosfera. Traigo hacia mí su boca y la beso mientras unos dedos inquietos se cuelan por entre mis nalgas y me hacen gemir.

Tras eso, de rodillas, a cuatro patas recibo las embestidas de uno de los desconocidos, con la mujer bajo mi cuerpo, lamiendo mis pechos desnudos, con el miembro del otro en mi garganta. Y todo se lo dedico a Mario.

Cabalgo fuerte y duro a la vista de un hombre con fuego en las pupilas. Permito que mi cuerpo se rompa en mil pedazos alrededor de sus deseos confiando en que después acudirá a recompensarme. Necesito sus manos alrededor de mi cintura y su enorme erección marcándome. Pero no lo hace. Cuando la juerga nos deja exhaustos y los componentes de la cama redonda se van marchando, procuro quedarme allí, insinuando cosas muy sucias con la mirada, acariciando las sábanas impregnadas de fluidos, humedeciendo mis labios en una clara invitación que lleva su nombre.

—Ahora esto queda entre nosotros —susurro sinuosa. Me duele todo el cuerpo pero aún vibro de pasión, de ganas. Esa carne hinchada que acaba de ocultar bajo el bóxer, tiene que ser mía.

Mario, sin embargo, se pone en pie con un leve suspiro, va hasta el montón de ropa y empieza a vestirse. A través del hilo musical, Weekend desgrana su *The Hill*.

—¡No! —casi grito.

—Es tarde, nena, debemos irnos.

Salto del colchón y corro hasta él. Acumulo en el vientre una carga eléctrica de tal calibre que con solo que me roce estallaré. Me abrazo a su pecho y paso las manos por su cintura. Me emborracha su olor delicioso.

—Esto no ha terminado —le advierto—. Quedo yo.

—Tú ya has tenido suficiente, he sido testigo.

—Te gusta mirar —afirmo. No lo niega, es evidente—. A mí me gusta actuar.

—Pues hazlo, yo estaré siempre que pueda para aplaudirte.

Noto cómo la puñalada de decepción se hunde en mi carne.

—Contigo —lo corrijo.

—Bueno, eso no será así todo el tiempo. También tengo mis preferencias.

Me aparto de él como si quemara.

—¿Mantenerte al margen? ¿Sin tocarme? ¿Qué mierda de preferencia es eso?

Lleva su mano hasta mi mejilla y la acaricia con el dorso.

—Tú eres la fuente máxima de mi placer. Todo esto tan especial que ha pasado ha sido gracias a ti y a mí juntos. A la conexión que nos une. Cada éxtasis que has vivido en esa cama nos pertenece a los dos.

Por un segundo dudo. Palabrería de psicólogo. Que no me líe. Tengo muchas ganas de lanzarle un par de dentelladas furiosas. Se las merece de

sobras.

—Aparca un rato la poesía, profesor, no hace ninguna falta. —Vuelvo a ponerle las manos sedientas encima—. Quiero sexo del de verdad.

Mario las atrapa, juguetea con mis dedos y a continuación me los besa. Entiendo que es una manera elegante de mantener firme su negativa.

—No lo encontrarás más de verdad que este.

—Pero...

—Vístete. Te llevo a tu casa. —Me atiza una palmada en el culo desnudo, lo suficientemente fuerte como para dar dos pasos hacia adelante.

Aprieto los labios, tan enfadada que apenas puedo pensar, tratando de no reparar en lo guapo que está a contraluz, cuando sus ojos negros se vuelven más negros y me hacen tiritar de puro deseo. El fuego que Mario ha desencadenado en mis entrañas sigue aquí sin extinguirse, no importan los tíos y tías que me tire, lo quiero a él, impetuoso y febril, como esa primera vez contra la pared.

Se niega.

—¡Que te jodan! —mascullo recogiendo de un puñado violento mi ropa, sin vestirme, empeñada en desaparecer de su vista cuanto antes. Mario me agarra por el brazo y tira hacia sí.

—Eh, no tan rápido, Valentina, hemos disfrutado, ¿no?

Mi respuesta es elocuente. Un tirón brusco que me libera, una mirada de intenso odio y el dedo corazón estirado en su honor. Para rematar, un portazo antológico. Ahí lo dejo, para buscar refugio en un baño que cierro por dentro. Esperaré las horas que hagan falta. Hasta que se marche aburrido, convencido de que me he largado sin él.

21. Lo que me das

(Mario)

La jodida niñita caprichosa ha conseguido que me den las siete de la mañana esperando como un imbécil en el salón de una casa que desconozco, rodeada de mamelucos drogados, ebrios de sexo y sensaciones extremas, incapaces de encontrar los calzoncillos y la puerta de la calle. Supongo que se ha encerrado en otra habitación a matar la impaciencia y las abro todas. Mis ojos recorren decenas de cuerpos desnudos buscándola sin hallarla. Al final me rindo. Lo más probable es que se haya marchado y aunque si de algo estoy seguro es de que Valentina se cuida sola, no puedo evitar la punzada aguda y dolorosa a la altura del corazón. De algún modo, entre tanta exhibición de chulería y poder, se esconde una cría indefensa colgada de cualquiera dispuesto a trasnochar, siempre a la caza de emociones fuertes, buscando cariño. Un ser especial que ha despertado mi yo sensible, protector.

No es lo que pretendía, bastante tengo con una sobrina recién estrenada y con curar los desgarros de mi corazón herido. Demasiado pronto, demasiado riesgo.

Salgo a la calle tan cansado que no puedo ni bostezar. Llovizna débilmente y hace mucho frío. Tan temprano, las calles de esta zona de la ciudad lucen desiertas. Me subo el cuello del abrigo y vuelvo a acordarme de ella, del cimbreo de su cuerpo al fornicar, del brillo malicioso de sus ojos provocadores, del baile de su melena negra contra la espalda. Del color canela de sus pezones, del rosado de su sexo, del sonido de su jadeo. Ella

puede no entenderlo pero todo eso ha sido mío, más mío que si hubiésemos estado solos en una cama practicando sexo convencional.

Acciono el mando a distancia del Jeep y me cobijo en su interior confortable y cálido. Vuelvo a preguntarme si Valentina estará ya a salvo en casa y si debo marcharme sin ella. Arranco y vuelvo a preguntármelo otras mil veces hasta que horas más tarde, tras una ducha, comer algo, pasear con Barón y contarle mi vergonzosa aventura, me quedo dormido.

(Valentina)

Sobre mi ropa extendida en el suelo, con la alfombra del baño debajo y a salvo de moscones incordiantes con el pestillo echado, duermo la mona. No es el mejor lugar pero sí la mejor opción para desequilibrar a Mario. Sé poco de él pero apuesto que ha acabado yéndose ahogado en remordimientos, preocupado por mi paradero. Ese es el juego, obligarlo a no sacarme de su mente. De manera que por entre la frustración y el cansancio, me pulula cierta dosis de satisfacción insana.

Salgo de mi escondrijo para toparme con un panorama desolador. Desorden, botellas y vasos vacíos por todas partes, colillas, poca gente y ninguna viva, tirados ellos y ellas, desmadejados en cualquier parte, desnudos con una mueca de placer bobalicón congelada en los rostros. Si no formo ya parte de este patético cuadro, es porque mis adicciones son de nivel superior y me han hecho desarrollar cierta resistencia al alcohol. Paso de puntillas por encima del desastre y huyo. Son más de las once de la mañana.

Aunque el plan es justo otro, que Mario se desvele por mi culpa, en el trayecto en taxi a casa rememoro la velada. Tengo que reconocer que verlo allí sentado como un rey majestuoso, con la increíble erección deslizándose entre sus propias manos, ha sido lo más morboso que he contemplado en años. Que efectivamente, ese lazo que nos conecta más allá de lo tangible ha sido la vía para que cada movimiento, cada pulsión de placer se lo dedicara. Y su estallido también fue mío, me lo dijeron sus ojos profundos clavados en mí, el gruñido ronco que dejó escapar al correrse, que vino a envolverme como un papel de crujiente celofán.

Ha sido... distinto.

Pero sigo furiosa con él. Después de regalarme una experiencia tan

mística no está a la altura. No se deja con las ganas a una mujer como yo, el profesor acumula deudas pendientes y voy a hacérselas pagar todas, una por una, sin aplazamientos.

Allí donde la escalera que lleva a mi dormitorio arranca, tengo la desgracia de chocar con Renata. Y todo vuela por los aires, como de costumbre.

—Te advierto que vengo pero que muy cabreada.

Mi mirada de hielo la traspasa pero no la desanima. Mierda.

—Si vas a reprocharme las horas y que haya salido a airearme un poco, necesitare una copa. —Desvió mi camino hacia la biblioteca. Ella me persigue insistente.

—Papá está en casa, Valentina. Procura que no te vea...

—¿Y qué si me ve? A estas alturas no irá a asustarse —rio sin poderme contener.—. Tranquila, mami, ha sido una fiestecita de nada.

—¿Qué es lo que no debería ver?

La voz potente se incrusta en mis tímpanos fatigados como un disparo. Tengo a mi padre, alto e intimidante, recortado en el umbral de la puerta, midiendo mi aspecto con cara de pocos amigos. Me atuso coqueta el pelo.

—Bienvenido, papá, mira qué bien, ya estamos todos. —Me sirvo whisky en un vaso chato con los ojos juzgadores de ambos, fijos en cada movimiento.

—¿No te parece un poco temprano para intoxicarte? —brama papá sin dejar de observarme.

—En realidad es bastante tarde teniendo en cuenta las horas que llevo bebiendo. ¿Tenemos para mucho? Porque la verdad, me gustaría acostarme.

—Valentina, esto no va a seguir así, te lo aseguro.

En lugar de responder, le dirijo una sonrisa cándida y enciendo un cigarrillo.

—A tu padre no le gusta que fumes dentro de casa —balbucea Renata. La ignoro.

Mostrando el cien por cien de mi rebeldía, con el vaso en una mano y el pitillo en la otra, camino despacio hasta el diván donde me dejo caer al tiempo que expulso el chorro de humo por la boca.

—¿Algún impedimento más? ¿Más reglas, más normas, algo de mi persona que os siga violentando? Porque puedo irme con mi música y mis vicios a otra parte y exponer mis requerimientos por mail o por telegrama, papá, para ir mejor con tus tiempos.

Reacciona a mi sorna frunciendo el ceño. Mira al techo como si soportarme le supusiera un esfuerzo inaudible. Me encanta cuando eso ocurre.

—Requerimientos. Suena mal, veamos.

—Lo resumiré cuanto pueda para no aburriros. Me marcho a vivir sola.

Dejo que sus exclamaciones de incredulidad floten por el aire. He soltado esto sin meditarlo, como si llevase tiempo palpitando en la punta de la lengua, quemando, loco por salir. Y se ha escapado.

—¿Sola? —me llega el gimoteo de Renata.

—¡Qué miedo! —me mofo haciendo como que tiemblo.

—¿A dónde? —brama mi padre.

—A un apartamento fuera de esta casona —miento. No dispongo ni siquiera de un triste puente bajo el que guarecerme. Voy de farol, no es la primera vez que medimos fuerzas papá y yo en un pulso así.

—¿A dónde, si puede saberse?

—Vamos, papi, tienes docenas de propiedades repartidas por la ciudad, asígname una cualquiera, con que esté en el centro y tenga más de dos dormitorios me vale.

—Oh, por supuesto —farfulla cínico—, la princesa es de gustos sencillos.

Paso por lo alto de su sarcasmo, aleteo las pestañas con un mohín inocente.

—¿Vas a apoyar mi decisión? Os garantiza tranquilidad y paz en esta santa casa...

—Ni lo sueñes. —La verdad, suena como un cañonazo.

—Pero si sería lo mejor para todos, dejaríais de verme, dejaríamos de discutir todo el puto día, ¿no queréis paz y tranquilidad en *happylandia*?

—No vas a salirte con la tuya, mejor que lo sepas desde ya.

Me envaró toda. Con franqueza, en los últimos meses me he portado lo suficientemente mal como para que arda en deseos de perderme de vista. No esperaba tanta posesividad. Mi padre ha entrado hasta el centro de la sala y ahora lo tengo enfrente, acomodado en el Chester, con los brazos abiertos.

—Bromeas, claro —tiento a la suerte. Miro a Renata, con su rostro de máscara inexpresiva que no ayuda en absoluto—. Entenderás que yo también quiera librarme de esta vigilancia que raya el acoso.

—¿Quién se fiaría de ti sin esa mínima atención?

Eso tiene gracia. Echo atrás la cabeza y lanzo una carcajada que me da

miedo hasta a mí.

—Por Dios, papá, no seas ridículo, ya mismo me caen veintitrés años, soy casi una anciana.

—Una adulta a medias que no sabe cuidarse. ¿Tengo acaso que recordarte tu triste y temerario pasado?

—Te advierto que intento que mi presente resulte más temerario aún. — Le guiño un ojo y sorbo un trago. Al bajar el vaso, los dos me miran estupefactos— ¡Es broma! Pero qué poco sentido del humor os queda... Voy a marcharme, papá, voy a hacerlo porque creo que ya es hora de que gocéis de vuestra independencia. Estoy perjudicando la relación, folláis poco o nada porque ando por todas partes —agrego con sorna.

—Esta casa es enorme, lo bastante para no molestarnos —rebate mi padre. Renata camina lánguida, y lánguida abre un ventanal y observa el jardín con aire ausente. Es como si me replicase el viento.

—Bien, centremos entonces el asunto en mi intimidad —recalco el “mi”—, que también me importa.

—¿Y cómo piensas pagar tu independencia? Si sales por esa puerta te retiraré la asignación. De hecho, no entiendo como la mantengo con este comportamiento inaceptable que no hace más que empeorar.

Abro la boca y la vuelvo a cerrar. Con eso no contaba. Acaba de amenazarme, tan frío, tan cruel, que no reconozco a mi padre en este hombre distante que al hablar no me mira. Me indigno. Hiervo por dentro. Suelto el vaso contra la mesa de un golpe brutal sin importarme si se rompe, dejo caer dentro la colilla y abandono el diván como impulsada por una catapulta.

—¿Así funcionamos ahora? ¿Coacciones y amenazas? ¿No te da vergüenza? Que piensas, ¿tener secuestrada a tu hija hasta que se muera de vieja? O mejor, espera, ¿hasta que llegue un príncipe del color que sea, lo suficientemente perfecto como para colmar tus expectativas y te pida mi mano? ¿Eso va a pasar? ¿Saltaré de tu tutela a la suya?

Ignoro el motivo por el que el apabullante perfil de Mario se me dibuja en el aire.

—Porque puedo convertir su vida en un infierno, lo mismo que las vuestras —agrego con maldad.

—Demuéstrame que puedes vivir tu vida sola.

—No tengo por qué demostrar nada a nadie.

—¡Demuéstramelo!

—¡Qué vida! ¿Qué vida? Tengo una gran mierda en lugar de una vida.

¡Me la habéis robado! No soy libre ni para tomar las decisiones más básicas, papá, ¿por qué no pude estudiar lo que me gustaba, por qué?

—¡Porque era una estupidez! —ruge a fuego lento. Y al decirlo se golpea la sien con el dedo.

—¡Según tu criterio! —chillo como una verdadera loca, hasta desgarrarme la garganta. Renata corre a encajar el ventanal, no vayan a oírnos — ¿Qué hay de malo en ser fotógrafa?

Mi padre levanta una mano con desidia y la deja caer con un bufido.

—No te dignaste a pasar la otra noche por la exposición, era mucho pedir, claro. ¡Me pasé todo el jodido tiempo mirando hacia la puerta, deseando verte aparecer! —Me concedo una pausa. La humedad de mis ojos está a punto de traicionarme— ¡Piensas que estás en posesión de la verdad absoluta! Quisiste que estudiara finanzas, ¿te digo por qué?

—Para convertirte en digna heredera de todos nuestros negocios —aclara con un deje de histeria. Dios, suena como de hace tres siglos.

—¡Ya tienes una esclava! ¡Ya tienes a mi hermana y a su maridito a tu completo servicio! Yo te lo diré, procuraste que estudiara algo que detestaba para asegurarte de que jamás ejercería. Soy una de la Robbere, ¡qué bochorno que vaya a trabajar cada mañana! Y entonces, queridísimo papá, yo te pregunto, ¿a qué se supone que debo dedicar mi tiempo? ¿A contemplar los cuadros de estas paredes? ¿Acompaño a Renata en sus festivales benéficos? ¿Aprendo a sonreír sin sentirlo? Oh no, lo siento, llegáis tarde, eso ya sé cómo hacerlo.

Cruzo la biblioteca como una exhalación. Renata trata en vano de detenerme, la aparto de un manotazo. Oigo a mi padre regañarme una vez más. Esa noria horrible, esa montaña rusa mareante, estas discusiones ya manidas y desgastadas por tanto uso, en las que cada palabra se afila a conciencia para que haga más daño.

—Me largo. Me dais dolor de cabeza.

Subo a mi cuarto dispuesta a encerrarme una vez más. Otra pelea acabada en saco roto, gritos que no llevan a ninguna parte, solo al resentimiento. Y por primera vez, la auténtica necesidad de evadirme, desligarme y desaparecer. La maldición de formar parte de una familia poderosa, el yugo del apellido que me retuerce las tripas. Parte de todo lo que soy o de lo que no soy, lo genera la rebeldía. No ser una señorita recatada vestida de muñeca, sonriendo complaciente. Ser una extremista temeraria en pos del riesgo, navegando entre el límite y la catástrofe total. Una

provocadora nata, posiblemente la mayor vergüenza de los de la Robbere.
Suena de escándalo. Va por vosotros, padres.

22. Algo que no quiero creer

(Mario)

Recibo noticias de Fabio cuando había invertido noches fantaseando con que no ocurriría. Mejor pensar que la historia sobre la muerte de mi hermano es una pesadilla o una broma pesada urdida por algún envidioso. Sin embargo, ahora tengo en mis manos una nota con la dirección en Venecia del médico que había tratado a Antonio en primera instancia y mis peores miedos toman forma. Mientras viajo, dentro me palpita la temible certeza: las acusaciones de Fabio no son fruto de ninguna invención, cuando oiga lo que ese hombre tenga que decirme, vientos de venganza contaminarán mis pulmones. Llamativo. Porque Mario Vallés no es un hombre vengativo, aunque tampoco ya el tímido y escurridizo profesor de universidad con el mentón rasurado, bien peinado e impecable. Mi pelo ha crecido salvaje y ya no me ve sin barba de varios días. Soy un canalla a medio hacer con pinta de castigador. De vuelta de muchas cosas, desencantado, endurecido. Apenas resucitado y aún con dudas acerca de si vivir merece la pena. Cierro los ojos y sustituyo el paisaje por las sonrisas blancas de Valentina y Allegra. Dos pequeños puntos luminosos en una eterna noche oscura.

Tomo aire. Llego cargado de perfumes. En este vagón no viaja gente corriente, solo poderosos charlando con sus móviles, moviendo el ruido. Opto por tomarme un capuchino y estirar las piernas. Pronto estaré en Venecia y mis cautelas saldrán por donde entran las góndolas.

El doctor Cassini es más bajo de lo que imaginé, pelo canoso y ralo, y unas gafas de pasta pesada que marcan una línea en su nariz. Pero es amable y después de que Fabio le avisara de mi llegada, está dispuesto a concederme unos minutos. Todo cortesía hasta que menciono a mi hermano.

—El señor Orlandi estaba aquejado de un cáncer virulento... —inicia su sermoneo aprendido. Lo corto con un gesto desabrido de la mano.

—Doctor, no pierda su tiempo que seguramente será valioso, con embustes. Tengo en mi poder el original del informe firmado por usted. El que luego se encargaron de hacer desaparecer.

El hombrecillo palidece y retira los ojos a donde yo no pueda verlos.

—Todo ha pasado ya —prosigo sereno—, no le hará daño contar la verdad.

—Precisamente porque ha pasado...

—Precisamente porque está usted metido hasta las cejas en un asunto que huele muy mal —Pruebo con las amenazas a ver si le sueltan la lengua. Parece agobiado.

—*Signore*, lo que me pide...

—Es lo que pediría usted mismo si se tratase de su único hermano. Tengo derecho a confirmar si lo que escribió en su informe es real.

Apesadumbrado, cabecea un par de veces. Ahí está. El sí que tanto pavor me provoca.

—De acuerdo. Es cierto. El cuadro que presentaba don Antonio se correspondía con un envenenamiento con pequeñas cantidades de arsénico por período prolongado. El diagnóstico de cáncer fue, evidentemente, falso. El señor Romano Presco lo sugirió para tranquilizar a la esposa y al propio enfermo. Por desgracia, cuando lo trajeron, no había tratamiento posible, todos sus tejidos, los órganos vitales estaban demasiado afectados y el señor Presco insinuó que si don Antonio se embarcaba en una vendetta buscando responsables en su estado de debilidad... En fin —se frota la frente abrumado—, mejor procurarle una muerte digna y serena.

—Sí, eso fue lo que tuvo, doctor —lo tranquilizo—, se lo agradezco.

Liberado de un peso terrible, el médico levanta la cara y por primera vez, me mira sin tapujos.

—¿En serio?

—Su colaboración y su discreción son loables. Mantenga su amnesia —le recomiendo.

—Me recuerda usted tanto a su padre, todo un Rodolfo Valentino. Me

alegro de verlo al frente de los negocios de la familia.

No lo saco de su error. Mejor que me tema que ser sinceros. Olvida decirme que visto lo visto, tenga cuidado, que escudriñe por las esquinas y vigile mi espalda antes de girar la calle.

—La familia —repito en un suspiro entrecortado—. Qué no haría uno por ella, ¿verdad, doctor?

El trayecto de vuelta a Milán es espantoso, batallando contra unos sentimientos que ni siquiera sabía que tuviera. Entre los pocos puntos claros, está callar frente a Eleonora. Saber que su marido ha sido asesinado a sangre fría no va a mejorar su calidad de vida, he visto el terror pintado en sus ojos después del episodio de la piedra, algo nimio comparado con esto, y recuerdo las razones de mi madre para huir a Sevilla conmigo y su miedo bajo el brazo. Esta no es vida para las damas. Y si están enamoradas o son madres, sufren más. Antonio ha muerto pero su mujer y su hija siguen en tierra, expuestas a la locura de cualquier ajuste de cuentas. El destino fatal de Roberto me cuenta a las claras que esta gente no se anda con melindrecos cuando quiere algo.

Y Romano Presco quiere el poder absoluto.

Engañó al médico con su falsa pose de socio preocupado pero detrás de la sutil eliminación de mi hermano, brillaba su sello. Fabio está en lo cierto, Romano mató a Antonio y las tripas me hierven con solo pensarlo.

Empiezo a urdir mi plan, ideas sueltas sin ningún sentido por moverme a ciegas, no conozco la dinámica del Consejo ni de los negocios paternos lo bastante como para orientarme. Pero llegará. El dato que necesito para que esa sabandija mofletuda pague por sus pecados llegará.

No esperaba que fuese tan pronto ni tan horrible.

Activo mi móvil conforme salgo de la estación. La razón de desconectarlo han sido las continuas fotografías que Valentina se ha dedicado a enviarme. La chiquilla consentida se despidió con un “que te jodan” y el dedo tieso, y ahora se desnuda y posa sugerente para volverme loco. Fue divertido, tentador y altamente erótico hasta que me entrevisté con Cassini. Después de eso, mi humor no está para sexo gráfico tórrido y explícito.

Entran en tropel unas veinticinco llamadas perdidas. ¿Valentina sufriendo un ataque de nervios? ¿Será posible? Pero el nombre que mi pantalla repite hasta la saciedad es el de Eleonora Orlandi. Devuelvo la

llamada a su número.

Tratar de entenderla entre tantas lágrimas es misión imposible. Tengo que pedirle dos veces que se tranquilice y trate de vocalizar. Solo capto sus “tienes que venir” desesperados.

—Mario, mi niña, ¡mi niña!

—¿Qué ocurre, Eleonora? Despacio...

—¡La han secuestrado, Mario! ¡Han secuestrado a Allegra!

Demasiada presión para un lapso tan corto de tiempo. Ese grito suyo, desgarrado y terrible, se me clava en las entrañas y me sume en un estado de shock del que no consigo salir. Lo pienso y lo descarto todo: una broma absurda, Eleonora no es de esas, desde luego; un error; que yo haya dejado de repente de entender el italiano... pero no. La casa de par en par, dos agentes de policía apostados en la puerta, los rostros abatidos del personal de servicio yendo y viniendo repartiendo cafés, las lágrimas, los nervios desquiciados de mi cuñada, el médico de la familia tratando de convencerla de que suministrarle un calmante ayudaría y el inspector tomando detalle escrito de lo sucedido, me traen a tirones de vuelta a la realidad.

No sé improvisar nada mejor que abrazarla fuerte y luego sentarme frente a ella en el saloncito, sujetando su mano congelada e inerte. Rodeados por un alboroto que tiene mucho de siniestro.

—Tranquila, Eleonora, tranquila —repite el doctor como un mantra automático.

—Acepta un calmante suave, te vendrá bien y te ayudará a analizar las cosas con mayor frialdad. —Apoyo el consejo del doctor con mucha cautela.

—¡No puedo permitir que me droguen mientras mi hija anda sabe Dios dónde y en poder de quién! —aúlla con una desesperación próxima a la locura. Se levanta de un salto, se restriega una mano con otra y se vuelve a sentar, hundida, enterrando la cara entre los dedos. Hago una seña silenciosa al médico para que no insista.

—Alguien abordó a la niña a la salida del colegio antes de que su madre llegara —informa el policía. Es alto y fornido, con un bigote pasado de moda que le confiere cierto aire de mariscal—. ¿Tiene alguna idea que pueda ayudarnos?

El rostro redondo y fofo de Romano Presco se adueña de mi pensamiento pero me muerdo la lengua. No tengo el menor indicio que apoye esa tesis

demencial. ¿También mi sobrina? ¿Por qué, para qué? Eleonora y ella ya están fuera de juego y la manutención que he negociado para ellas apenas suponen unas migajas dentro del enorme pastel que les hemos regalado.

Le arrancaré la vida con mis propias manos si está detrás de esto.

—¿Han llamado pidiendo un rescate? —inquiero ansioso. Eleonora niega con la cabeza muy despacio.

—Dejaremos agentes de guardia —retoma el inspector al frente de la investigación—, otra agente femenina dentro de casa para su mayor seguridad y un especialista en localización de llamadas por si se ponen en contacto, algo que sucederá tarde o temprano —afirma rotundo—, tenga usted la completa seguridad. Quieren dinero, siempre quieren dinero.

Mi cuñada deja ir un leve suspiro. Ojalá, pienso. Ojalá sea dinero el único móvil y no una absurda venganza que nos lleve a derramar más sangre inocente.

—Escucha, Eleonora, escúchame atenta. ¿Sospechas de alguien? —cuchicheo a espaldas del policía que imparte las últimas órdenes, finiquitado su trabajo en esta casa. Ella vuelve a negar con los ojos anegados—. De acuerdo. Solos no haremos gran cosa, no más que la policía, así que esta misma noche viajo a Sicilia. Voy a pedir la implicación del Consejo en este asunto tan grave, pondremos en marcha la maquinaria de todos nuestros recursos. Vamos a encontrarla, te lo juro por mi vida, voy a encontrar a nuestra niña y te la traeré de vuelta sana y salva.

Un acceso de llanto le impide responderme. Me clava con fuerza los dedos en los brazos, unas manos crispadas en continuo movimiento que lo dicen todo. Nunca imaginé que la hierática y correctísima mujer se descompondría de una forma tan humana. Siento por ella una pena terrible. Y por mi preciosa sobrina, un terror primitivo y voraz. Su vida está, de algún modo, en mis manos. Acabo de convertirme en el único custodio de una revelación divina. A ver cómo la manejo.

La miro desde la puerta un segundo antes de perderme.

—Cuando me marche dejaré a Barón acompañándote. Llámame enseguida si necesitas algo —repito con un nudo en la garganta.

23. Llévame contigo

Sin haber comido nada en todo el día, sobre la cama pongo una bolsa de viaje de Salvatore Ferragamo y empiezo a llenarla con lo básico, sin prestar demasiada atención. Embotado, confuso y más furioso de lo que recuerdo haber estado nunca. La frustración baila su danza macabra a mi alrededor, me siento impotente, débil, un muñeco cándido al que un tipo malvado se ha empeñado en destruir. Cada fibra de mi ser está alerta, en pie de guerra. Soy muy consciente de la existencia de un lado oscuro en mí, ese al que Sofía solía referirse casi con miedo, el que saco a relucir en mis juegos de cama. En el sexo no está mal pero se trata de que no interfiera en mi rutina habitual, no me gusta sentarme a comer con el Mario perverso que entorna los ojos y muta a peligro en mayúsculas. Hasta yo desconfío de lo que es capaz.

Barón me avisa antes de que suene el timbre de la puerta y mi cadena de pensamientos se rompe por la base. Puede ser de nuevo la policía con sus preguntas estúpidas, o Eleonora, incapaz de dormir sola en casa en estas circunstancias. También puede tratarse de Fabio, a interesarse por cuál será mi siguiente paso tras confirmar la verdad sobre la muerte de Antonio. O porque ya sepa de Allegra. Pueden ser mil opciones, excepto ella.

Me frotó la cara con ambas manos y voy a abrir. Recortada en el vano, apoyada con su aire retador de siempre, me encuentro a Valentina. Vestida de rojo con sus ojos plata centelleando.

—¿Puedo pasar? —Ante mi parálisis, toma la iniciativa—. Hola, precioso. —Se agacha y frota con brío el lomo de Barón. Yo diría que mi perro se restriega un pelín.

—¿No estabas enfadadísima conmigo? Creo que lo último tuyo que me mostraste fue un dedo para que me lo metiese por donde pudiera.

—Se me ha pasado —rezonga entrando por las buenas, analizando el espacio con un vistazo interesado—. Bonito apartamento.

—Qué pronto se te curan los berrinches —me admiro con una chispa de burla en el tono. Ella se encoge de hombros.

—Es la prueba viviente de que no se me puede joder. Soy injodible.

Arqueo las cejas. En este momento, solo puedo dedicar a Valentina y sus rarezas la mitad de mis neuronas. La preocupación por Allegra apenas me permite respirar. No obstante, basta para que me pregunte por qué una chica tan bonita se convence de que cualquier cosa que la humanidad lleve a cabo va en su contra, como una afrenta personal. Regreso al dormitorio con ella pisándome los talones y sigo con el equipaje al tiempo que cambio de tema.

—¿Cómo sabes dónde vivía?

—Yo también tengo mis métodos de averiguación —ríe socarrona—. Básico, te seguí.

—Maldita aventurera... —continúo con mi tarea. La presencia de Valentina, sugerente y deliciosa en casa, va a complicarlo todo un poco más. Me turba. Anda saltando y dando vueltas, inspeccionando todas las habitaciones. Su cara aparece por el marco de la puerta.

—¿Tienes un piano de cola! ¿Tocas?

—De vez en cuando —respondo distraído.

—¿A dónde te marchas?

—Bajo a Sicilia. Negocios.

—¿Puedo acompañarte?

—Ni por todo el oro del mundo. —No la miro. Me conozco y no quiero enredarme. Me limito a lanzar dos pantalones vaqueros dentro de la bolsa de viaje. Cuando levanto la cara, la tengo delante, repasándome con los labios fruncidos.

—Pídeme perdón, Mario.

—¿Perdón?

—Por rechazarme. La otra noche en la fiesta.

Con un jersey en las manos, me detengo y la miro desde arriba.

—Yo no te rechacé.

—Lo hiciste —se afianza apretando más los labios pintados de rojo. Entonces es cuando detecto algo nuevo entre tanta osadía. Un destello de miedo en sus ojos. Algo que Sofía nunca tuvo.

—Estás distorsionando la realidad.

—Así lo veo yo, te aguantas. Pídeme perdón —vuelve a repetir.

No doy crédito a su desfachatez. Lanzo la mirada a lo lejos, perdida y contrariada. Bufo un par de veces y luego la atraigo con fuerza hacia mí. La

abrazo y le beso el pelo.

—Pues te equivocas. En ningún momento hubo rechazo. Y te odio un poco, que lo sepas.

—Qué flexible al cambiar de opinión —susurra bajito, con la boca pegada a mi oreja. Su aliento en el cuello me estremece de cabeza a pies.

—Con la edad he aprendido a admitir que seguramente no tengo todas las respuestas.

—Mario...

Por primera vez Valentina me mira con ojos de cachorro suplicando protección. O al menos eso me parece. Sus grandes ojos grises suplican clemencia. Diosa y guerrera a un mismo tiempo. Encajo las mandíbulas para mantener el control. Mi erección se ha disparado con solo verla y yo empiezo a flotar en un universo paralelo donde el horror del secuestro se diluye y únicamente reina ella.

—¿Qué soy para ti?

La pregunta me pilla desprevenido. No quiero comprometerme con una respuesta que Valentina pueda poner del revés como un calcetín, así que le beso suavemente los labios y gano unos segundos.

—Una joven excitante... —Vuelvo a rozarle la boca—, provocativa — una nueva caricia, esta vez añado recorrido con la punta de la lengua mojada — y muy, muy desobediente.

—Suenan fabuloso. Me gusta verme en tus ojos, me hacen bonita. La mayoría de la gente piensa que estoy de psiquiátrico.

Deja un beso pequeño aquí, donde terminan los labios. No puedo resistirlo, la abrazo consumido de deseo y rompo el hielo que nos mantiene a salvo con un mordisco salvaje que nos conduce al límite de lo soportable. La piel empieza a arder reclamando su tributo, los sentidos se sensibilizan, antes de darme cuenta tendré sus manos en mi bragueta y no podré parar. Vamos a terminar en la cama en el peor de mis peores momentos.

El deseo carece de ética y de moral. Siempre lo digo.

Pero para mi sorpresa, tras el estallido emocional, Valentina se deshace de mi abrazo y se distancia abriendo las cristaleras que dan a la terraza.

—Hace frío —observo calculando lo poco que su vestido deja a la imaginación.

—Tú me darás calor si hace falta. ¡Me encanta esta azotea! Se ven todos los tejados de Milán.

—Y parte del extranjero —bromeo apoyado en el marco—. No te

acerques demasiado al borde, la barandilla está baja, tengo que mandar que la suban.

—¿Por qué? Está perfecta así, estropearás las vistas, ¿o es que no te gustan?

—No es eso ni mucho menos, padezco de un vértigo temible, apenas salgo aquí. Y como acabo de instalarme... ¡Valentina!

Esta loca inconsciente ha saltado sobre el muro y se dedica a reír y pasearse por un alero de menos de veinticinco centímetros de ancho, con una vertiginosa caída libre a su derecha, de más de nueve pisos.

—¡Joder, Valentina! ¡Baja de ahí ahora mismo!

Doy un paso al frente y la mera proximidad de las alturas, aún lejanas, me levanta el estómago. Mi reacción al vértigo es virulenta y muy física. Mi cerebro se agita dentro del cráneo. Pero no puedo dejarla allí jugando, tambaleándose entre la vida y la muerte. Corro hasta el murete y de un salto aferro su cintura y me la traigo al suelo. Mi cara sin color y el pulso acelerado cerca del ataque, le provocan la risa. Una carcajada malsana llena de inocencia infantil.

—¿Estás majara?

—Majara. Me encanta esa palabra, es tan... española. —Rodea mi cuello con los brazos y pega su nariz a la mía—. Gracias por venir a rescatarme, profesor de brillante armadura.

Yo sudo. Entretanto, nos he puesto a salvo en el interior del ático. Sin soltarla, con la mano libre, cierro la puerta.

—No ha tenido la menor gracia —mascullo más que irritado.

—Oh, vamos, vamos, sonrío, la noche es joven y...

—Has perdido el juicio. Una caída desde esta altura y tendrían que venir los bomberos a desincrustarte del suelo.

—Morirse no es tan terrible.

Seguro. Que se lo cuenten a mi hermano Antonio. O a Roberto. O a mi padre, que a saber de qué murió.

—Sí lo es, te lo aseguro, cuando hay tanto por lo que vivir.

No conozco palabras suficientes para describir la intensidad de sus miradas, es algo inmenso que Valentina maneja con aplastante naturalidad. Mantenemos en suspenso el tiempo, haciendo nada, salvo mirarnos.

—Dame un motivo, Mario, dame un motivo que me mantenga con vida hasta que regreses.

Imagino que no habla en sentido literal. Le dedico un beso distinto a

todos los anteriores. Un beso lleno de cosas hermosas, deseo, contención y ternura. Negar la química incendiaria entre los dos habría sido absurdo, han pasado las semanas y su imagen se afianza en mi memoria, incluso en contra de mi voluntad, la deseo con una pasión enfermiza. Imaginarla, sentirla de noche y de día, todo el rato, mientras respiro y malvivo.

Me bastan dos tirones para despachar su minúsculo vestido. Debajo descubro un conjunto de lencería de encaje negro, medias y ligero. Tacones para matar, un culo redondo y prieto y un pecho exuberante que se desborda pidiendo guerra. Dos, uno... Me pongo como el acero. Retiro su pelo a un lado y clavo los dientes en su cuello. El gemido que me dedica hace que mi miembro salte y se estrelle contra el pantalón.

Algo empieza a ser distinto.

Después de haberla poseído con la fiereza de un animal de pie en un pasillo, después de haber lamido su cuerpo desnudo, penetrado sus orificios, chupado y besado sus pliegues, después de haberla cubierto una y otra vez con mi peso, presionando su pubis depilado con mis caderas, disfrutándola, viendo cómo se retorció entre gemidos de placer... Luego de entregarla a otros hombres, de ser testigo de cómo se la follaban, del modo morboso en que su boca saciaba erecciones que no eran la mía, tras todo ese sexo a lo grande, ahora el simple roce de las yemas de mis dedos ascendiendo suave por la piel de su antebrazo, nos estremece y ata nuestras miradas incapaces de desenredarse. ¿Qué demonios me está pasando? ¿Después del vicio carnal llegan otras cosas a las que apenas me atrevo a poner nombre? Me pierdo en sus ojos de plata, en sus largas pestañas, en su amago tímido de sonrisa. Deseo bañarme con ella, tocarla a la luz de la luna como un verdadero amante.

—Me gustas cuando no llevas puesto nada más que esa sonrisa —jadeo. Valentina pega aún más su cuerpo al mío y desabrocha habilidosa mis pantalones.

Una recriminación fugaz cruza mi mente. Pervertido inconsciente... Mi misión es salir hacia Sicilia cuanto antes, la vida de una niña está en peligro y sin embargo, aquí estoy, privado de voluntad, enmarañado en una red imposible, absolutamente cegado por mis propias pasiones. Voy a hacerla mía, nada podrá impedirlo. Y viajaré llevándome su olor y su tacto. Porque solo cosas valiosas como estas, pueden enlucir la tenebrosa realidad y salvarme de la locura.

En un asalto nos desnudamos y caemos en la cama. Girando envueltos.

Necesito un parpadeo para perderme en su piel, en sus gemidos roncros, en el arqueado de su espalda cuando sus caderas me buscan. Hacerle el amor a Valentina ahuyenta mis remordimientos.

Doblo un brazo y lo coloco entre mi cabeza y la almohada. Con el otro sigo anclado a su cintura, al valle sedoso de su vientre. Paso un rato mirando hipnotizado el *piercing* de su ombligo, una pequeña gema tallada con toda la pinta de costar una fortuna. En mitad de mi sopor, ella se remueve.

—¿Te importa si fumo?

Tan segura de sí misma, ya sostiene el pitillo con los dientes y busca a tientas el encendedor. Con dos dedos y un tironcito, se lo birlo.

—Desde luego que sí. Ni lo intentes.

Abre desmesuradamente los ojos. Pienso que se abalanzará para arrancarme la cabeza pero no, se contenta con perseguir el movimiento de mis dedos quebrando el cigarro.

—Joder, que poco hospitalario, ya abro la ventana y ventilo.

—No se trata del apartamento, nena, desde aquí oigo a tus pulmones gritar dándome las gracias.

—Mandón controlador... —refunfuña. La compenso con un beso en la punta de la nariz respingona.

—Yo también te quiero.

—Pues hagámoslo otra vez. Házmelo hasta que te pida que pares.

—Me temo que tendremos que dejarlo para otro día, en un rato tengo un avión que no espera.

—Llévame contigo —ruega en un susurro sexy. Ya lo ha pedido antes y ya me he negado. Valentina es de las que logran las cosas por insistencia y aburrimiento.

Puede. Pero ni todo su perturbador encanto conseguirá que yo cometa un error tan burdo. No pienso mostrarle las miserias de mi vida, ni los horrores del mundo mafioso, no la meteré en la cueva del oso.

Vuelvo a acariciarla y saco las piernas de la cama.

—¿Te vas a ir sin mí?

—Creo que ya lo hemos hablado. —De espaldas a ella, empiezo a vestirme. Mierda, ni tiempo de darme una ducha tengo. Val ha resultado ser una distracción encantadora pero inoportuna—. Esta vez viajo solo.

—Yo podría ir de compras mientras tú atiendes tus aburridas reuniones de negocios. Te esperaré desnuda después de un masaje...

Giro apenas y le lanzo una mirada ceñuda por encima del hombro.

—Olvídalo. No es el mejor momento.

—Pero...

—¿En qué idioma tengo que repetir que no?

—¿A qué vas? —Sigue hurgando. Resoplo hartado de darle largas sin poder hablar.

—No es asunto tuyo.

—¿Te vas de vacaciones?

—¿Vacaciones en enero? —farfallo— Qué mal gusto. ¿A qué viene este repentino interés por mis actividades?

—¿Tienes un lío... con otra, maldito cabrón?

—Valentina, no tengo tiempo ni ganas de discutir. Quedémonos con lo bueno de esta noche, con un poco de suerte estaré de vuelta en tres o cuatro días.

Bufa como un dragón que prepara sus proyectiles y se tira de la cama.

—No te cansas de decepcionarme, ¿verdad?

Puede que sea una frase hecha pero pone en jaque mi peor humor. Ya tengo bastante con sentirme miserable por andar follando cuando no debo.

—¿Y tú de exigir cosas a las que no tienes derecho?

—Tú y yo tenemos algo —espetada apasionada.

—No te confundas y sobre todo, no corras —replico con firmeza—. Nos gusta el sexo más de lo recomendable y nuestra capacidad de autocontrol no ganaría ningún concurso.

Me observa con los ojos húmedos, muy abiertos.

—¿Vas a decir que no sientes algo especial cada vez que estamos juntos?

—Muy especial, Valentina. Mucho. Pero no vendrás conmigo a este viaje.

—¡Miénteme, joder! ¡Miente aunque solo sea para quedar bien!

Lleno de aire mis pulmones. Está poniendo mi contención a prueba.

—Hace mucho que quedar bien o no, me importa una mierda, Valentina. Lo único que quiero es no hacerte daño, por eso hablo claro, para evitar equívocos ni expectativas que no pienso cumplir.

Mi chica me mira con resentimiento. Si tan solo pudiera confesarle cuánto me está costando soltar esta demoníaca parrafada que para colmo es una puta mentira...

—Eres un cerdo.

—No, soy un hombre adulto y libre que no debe nada a nadie. Ya es hora de que entiendas que los humanos no bailamos al son que nos tocas, por muy irresistible que resultes. Unas veces te saldrás con la tuya y otras, como esta, no.

Ya se ha vestido y me clava unas pupilas ardientes, llenas de odio y desengaño desde la puerta.

—¿Ya te vas? ¿Huyendo, como de costumbre? ¿Te cargas un encuentro maravilloso solo porque no consigues tu capricho? Pues te falta despedirte con el dedo.

Me lo pone por delante, claro. No hay como picarla, para que el animalito herido reaccione sacudiendo las púas de la cola.

Suspiro cuando en el apartamento solo quedamos Barón, mi desgracia y yo. Tengo claro que los encuentros eróticos crean vínculos y que esta intimidad que a ratos compartimos, terminará generando emociones. Yo querré más todavía de ese olor suyo, femenino y pecaminoso que me hace enloquecer. Y el reto sentimental, la hecatombe que puede suponer abrir un resquicio por el que Valentina se cuele, solo puede conducirme al desastre.

No obstante, habría vendido mi alma al diablo por un último beso suyo.

24. Más de lo mismo

Mi impaciencia es la culpable de que el viaje en avión se me haga largo. Comunico de continuo con Eleonora. Mi cuñada parece al borde del suicidio, sin la menor noticia acerca de los secuestradores. Al final ha sido imprescindible suministrarle un calmante que temple sus nervios desquiciados. A Valentina no le da la gana cogerme el teléfono y aparcando la cuestión, con la ayuda de Fabio, cumplimiento los trámites de convocatoria al Consejo. No hay tiempo que perder y todos asistirán. Aunque solo sea movidos por la curiosidad. Quiero grabar en mi memoria cada reacción de Romano para luego poder analizarla y extraer conclusiones.

Sin demasiados rodeos, expongo la gravedad de la situación y mis pretensiones en cuanto a que la organización despliegue sus tentáculos y averigüe. Fabio, que viene a recogerme al aeropuerto prescindiendo de choferes, me adelanta que todo apunta a Aldo Río como responsable del secuestro. Yo no tengo ni puta idea de quién me habla.

—Quise hablarle de él durante mi estancia en Milán.

—Adivino que no te dejé.

Pestañea rápido, sonrío fugaz y mirando al suelo, alza las dos cejas. Me siento un imbécil.

—Fue asistente directo de su padre. Aldo proviene de Sudamérica, Brasil, concretamente. Y dispone de fuertes vínculos con los productores de coca colombianos. *Il signore* Leonardo era reacio al trapicheo con drogas mientras que Aldo se movía en esos pantanos como pez en el agua. Le gusta demasiado el dinero fácil. Así que llegaron a un acuerdo, Aldo se desvinculaba de la organización y de otro negocio que no fuese la entrada y distribución de la coca. Quedaba bajo la tutela del *Signore* Leonardo excepto en lo referente a la droga, a cambio de una buena tajada de los beneficios. Don Antonio no manifestó intención alguna de romper los acuerdos en un

principio pero con el tiempo...

—¿Han violado lo dispuesto por mi padre?

—Bueno, reduzcámoslo a que se han incluido matices. Romano Presco sabe ser persuasivo cuando desea algo y su hermano, don Mario, resultó ser muy permeable, si me lo permite.

—Te lo permito todo, quiero saber. ¿Expulsaron al tal Río del negocio?

—No, continua dirigiéndolo.

—¿Entonces? ¿A qué viene secuestrar a mi sobrina? —Me meso el pelo desesperado—. Si al menos Antonio siguiera vivo... Esto no tiene ningún sentido.

—Algo hay. Y lo averiguaremos —me calma sin conseguirlo—. Puede que le molesten las nuevas reglas introducidas, quién sabe.

—¿Las relaciones entre Aldo y Romano?

—Inexistentes. Se ignoran. Para Romano, Aldo es un trepa aprovechado y para Aldo, Romano es la reencarnación misma de la envidia. Son dos lobos hambrientos que de momento respetan el territorio.

—Dime de dónde vienen las sospechas y yo juzgaré si son fiables —gruño pasado un rato.

—Fiables al cien por cien. La policía de Milán.

—¿La policía? ¿Tiene una pista y no informa a la familia? —me indigno levantando las manos hasta casi tocar el techo del coche que nos traslada.

—Don Mario, con la mafia no se juega. Ni se anticipan éxitos que luego pueden no llegar. Estando Río implicado, se cuidarán de no filtrar absolutamente nada hasta que el asunto esté resuelto. —Hago un brusco gesto de impaciencia que acaba con una palmetada contra mis muslos. Fabio prosigue, pendiente de la carretera—. Por lo visto, un testigo identificó un monovolumen oscuro en la puerta del colegio de la señorita Allegra. Incluso recordaba parte de la matrícula. El coche pertenece a una de las empresas de Aldo Río, una que no desarrolla tarea alguna fuera del sur de Italia.

—¿Eso es todo?

—¿No le alegra?

—Demasiado fácil.

—Llevarse a un crío de la puerta del colegio es arriesgado. La hora, la afluencia de padres y personal docente...

Mi instinto me advierte de una pieza que no encaja. Me quedo dándole vueltas en la cabeza.

Repaso de memoria estos fragmentos de la conversación con Fabio,

mientras el Consejo asimila mis palabras. Nadie habla, ni siquiera los componentes de la banda joven donde brilla vacía la silla de Roberto. Desde que me incorporo a la sala, he soportado a Romano Presco presidiendo la mesa con aires de grandeza. Prefiero mantenerme de pie, paseando por el extremo opuesto, que sigue libre.

—¿Y bien? —los azuzo inclinándome sobre la mesa. Romano carraspea.

—Me temo que tendremos que negarle la ayuda que nos solicita.

—Repita eso —mascullo mordiéndolo cada letra. Nada cambia en la flemática expresión de bulldog de Romano.

—La estructura ya es ajena a la familia. No es lo que *Il Signore* Leonardo hubiera querido, tampoco don Antonio, pero es lo que decidió usted. El que se hace llamar Mario Vallés.

Rezuma maldad y un enfermizo placer. Restregarme por las narices mis propias incoherencias es una oportunidad de humillar al enemigo que no se plantea a diario. Sus inexpresivos ojos acuosos ahora brillan crueles y avispados, y yo a duras penas contengo mis ganas de acuchillarlo.

—Todo este desgraciado incidente... —deja en el aire su frase y las recoge con un floreo de sus manos—, son viejas deudas que deben ser saldadas.

Me echo encima de la mesa y gruño apoyando los puños cerrados. La espalda arqueada como un lobo a punto de atacar. Siseo.

—¿Quieres decir que piensas dejar que asesinen a mi sobrina sin mover un dedo?

—Don Mario... usted ignora los métodos, las normas... Lo ignora absolutamente todo.

—No hay nada que saber —me exaspero—, solo una niña en peligro y que no podemos contar con la policía.

—En realidad sí podemos.

—La tenéis comprada, claro —argumento con amarga ironía.

—Podríamos darle la apariencia de una investigación ordinaria... —empieza Fabio desde su silla sin terminar de apartar los ojos de la esquina de la mesa.

—¡Sería una investigación ordinaria! —exploto superado por la flema de esta habitación— ¡Pero son todos unos inútiles! ¡Joder! ¿Cómo se resuelve un secuestro? ¿Tenemos que hacerlo nosotros?

—Esa gente no pedirá un rescate —repite Romano con venenosa calma — ¿lo entiende? Esto no funciona así, no la canjearán, no la devolverán, lo

que yo ordene o haga carece de importancia, la niña está sentenciada.

Descargo tal puñetazo sobre la mesa, que a pesar de su tamaño, tres vasos caen. Luego recorro a zancadas de gigante los metros que me separan de la cabecera ocupada por Presco y le meto mi cara furiosa por las narices.

—¡Me niego! Y más te vale negarte tú también...

No parece demasiado intimidado.

—Ni siquiera la conoce, se ha mantenido al margen toda su vida, no trató a su padre ni a su hermano, creció repudiando todo esto y ahora...

—Ahora la hija de mi hermano me importa. No voy a dejar que la maten —recalco.

—Viene con esos aires de signore, exigiendo...

—Y tomando decisiones —completo.

—Ya no está dentro, don Mario, usted mismo lo decidió.

Me yergo cuan alto soy. Me muerdo fuerte los labios y lleno mis pulmones con este aire viciado.

—¿Y si regreso? ¿Y si regreso y me hago cargo de la jodida organización? —Se miran apabullados—. Es lo que buscáis, ¿no?

Paseo dos ojos enrojecidos a costa de contener la impotencia y la rabia. No hablan, no reaccionan, el tiempo parece haberse detenido.

—Me retracto. No he firmado nada, os apoderé sin renunciar —detengo y clavo la mirada en Romano Presco—, así que levanta el culo de ese asiento. Ya.

—Ese compromiso suyo de hoy...

—Es lo que necesitábamos cuando don Antonio nos dejó —prosigue Tadeo con su tono inerte de siempre—. La dirección de los negocios, el Consejo mismo, quedaba decapitado en mal momento, pero eso a usted le importó muy poco.

Los escruto uno a uno, con odio, deteniéndome en cada cara, en cada par de ojos vidriosos que me estudian.

—¿Cuántos de vosotros sabíais de mi existencia? ¿Cuántos sabíais que con Antonio no se acababan los Orlandi? No adornemos la basura, nadie contaba conmigo, este no es mi mundo, ni sé ni me importa el modo en que gobernáis esta organización al margen de la ley, ¿por qué tendría que cargar con ella sobre mis hombros?

—Porque es parte de la familia —sentencia Romano sombrío. Los demás asienten.

—Al igual que mi sobrina —lo acorralo. Le tiembla levemente el

párpado.

—Si ocupara su puesto, la posición que le corresponde, don Mario.

Romano baila con las frases y me encañona saltando por encima de la lógica. Un zorro viejo con sus jugadas bien estudiadas, este hombre apuesta a caballo ganador siempre. Ve venir las trampas, conserva la templanza, jamás pierde los nervios y preguntas los que preguntas, siempre inventa un ardid del que valerse para arrastrarte a su terreno. Podemos enzarzarnos en una batalla interminable, yo también sé jugar con la dialéctica, pero Allegra me importa demasiado. Renunciar a mis principios para salvar mi ego, no es una opción.

Así que me rindo.

—De acuerdo. Sea.

—¿Sea?

—Vuelvo.

Romano asiente lento con la cabeza y su mentón dibuja un círculo macabro. Imposible deducir si el resultado le complace o le horroriza. Ahora el muy cabrón se lo piensa. Decido ponérselo fácil.

—Son mis negocios, estás al frente del consejo por apoderamiento y delegación mía. —Me inclino sobre la mesa con ambas manos apoyadas en la madera—. Solventaré este terrible incidente y te devolveré el jodido mando, no temas.

Lo tuteo a propósito. Lo detesto, quiero verlo en el suelo, debajo de mis suelas. Tiro de la rienda de mi impaciencia y me juro que todo llegará.

—Tiene razón —claudica—, son sus negocios y se trata de su sobrina, tiene todo el derecho. —Se levanta ceremonioso y me ofrece su silla encabezando la reunión—. Bienvenido a casa, don Mario.

A casa. Esas palabras reverberarán como un eco en mi memoria. Asqueado, sonrío y me siento.

—Pensamos que vendría acompañado de su precioso perro —agrega.

¿Desde cuándo sabe que lo tengo? De inmediato se me encoge el corazón. Está aclarándome, por si me quedan dudas, que me vigilan, que saben de mis rutinas diarias, de con quién me muevo. Que puedo ponerme en peligro en cualquier momento con solo que a ellos se les antoje.

—Mi perro está a buen recaudo cada vez que viajo, muchas gracias por el interés.

Hago lo imposible por sonar gélido y seguro de mí. El ligero temblor que me recorre la columna no impedirá que exponga los planes como las cartas: boca arriba.

—Quiero hoy mismo una entrevista con Río. Iré solo.

Me temo que sea justo eso es lo que persigue Romano Presco. Que me suicide sin ayuda. Seguramente por eso sonrío, el muy cabronazo.

25. No me olvides

(Valentina)

Desde la noche de la fiesta, el cuerpo me pide Mario, Mario a voces. Tengo resaca de sus besos, mono de su tacto por todas partes. Desmadrarme con otros permitiéndole mirar fue divertido y muy morboso, pero en todo momento supuse que después seríamos él y yo, a solas en aquella gran cama. Repitiendo perversiones, gritando cosas sucias empujados por la calentura de los previos. Pero Mario es aún más impredecible que yo, he ido a dar con la horma de mi zapato. ¡Vestirse e irnos! ¿Cómo se le ocurre? Jamás un tío me había hecho a un lado tan groseramente. Ni tampoco mi reacción al desplante había sido replegarme y deprimirme como una tigresa herida. Por eso me presento en su apartamento. Hace tiempo que sé dónde vive, me muero de ganas de allanar su morada, desvelar parte del misterio que lo hace tan deseable, analizando su hogar. Dicen que las casas lo cuentan todo acerca de sus dueños. Pero este derroche de lujo y diseño apenas me saca de dudas. Reina la paz, hay música sugerente flotando en el aire, muchos libros, muchos. Y un hermosísimo piano. La cama es enorme y todo está limpio y ordenado hasta la locura. Pillarlo preparando una escapada me agría de inmediato el humor.

¿Cómo se atreve a viajar sin mí?

Lo intento, pero a Mario no puedo manipularlo como a los demás tíos que pasan por mi vida. El muy cabrón, no se deja. Así que visto que no me llevaré de aquí más que lo que robe, decido robar su cuerpo en un asalto erótico que no pueda olvidar.

Un simple beso desencadena la tormenta que ambos guardamos en nuestro interior. Una vez desnudos, desaceleramos. Ya hemos estado juntos antes, pero en otras circunstancias, digamos menos íntimas. Es otra primera vez que saborearé con empeño y los cinco sentidos. Cada abrazo de Mario me envuelve con una inusitada calidez. Desconcertante. Atrapa mi cintura, se deja caer en la cama y me atrae hacia sí, acomodándose entre sus piernas un poco separadas. Empujo mi cadera hasta que mi pubis hace contacto con la punta de su nariz. Nos regalamos una mirada rápida, sobrada de intenciones.

—Cómeme —silabeo. Creo que suena hasta pornográfico, nos gusta.

—Entera. Abre las piernas.

Obedezco todavía sobre mis tacones, apoyo el talón derecho en el colchón, y la boca de Mario se hunde allí mismo, en el vértice entre mis muslos. El primer lametón, acelerado y húmedo, me hace perder la cabeza. El segundo roza un punto que me retuerce de placer. Me abandono a aquel mundo de sensaciones, tan carnales y tan desconocidas al tiempo. Con sus dedos clavados en la carne de mis glúteos y mis caderas embistiendo su boca, generamos una tensión eléctrica que me recorre en sentido ascendente, desde el vientre al tórax y de ahí a los pechos. Entierro los dedos en su pelo y tiro fuerte para controlarlo. Qué infantil satisfacción. Y qué debilidad por primera vez frente a un hombre, menuda mierda. ¿Quién quiere sentirse vulnerable?

Yo.

Por extraño que parezca, la idea de cobijarme bajo su ala me estremece. Es algo deseado y temido a un tiempo. La química aterradora de su cercanía, mi incapacidad para pensar si me roza, mi falta de voluntad absoluta si clava en mí sus ardientes pupilas... Todo va de comienzos del amor verdadero, del no correspondido quizás. Del que te jode la existencia.

Tiro de sus mechones hasta oírlo gemir contra mi sexo. Su lengua reactiva un compás desquiciante alrededor de mi piel sensible y de mi clítoris. Estoy a punto de correrme cuando se detiene para torturarme.

—¡No! —casi grito. Lo veo sonreír malicioso, de medio lado, al tiempo que introduce un dedo, lo mueve en mi interior, y luego el otro. Arqueados dentro de mis entrañas.

Y a continuación... su bendita boca. Lamiendo, chupando. Todo junto es demasiado. En un par de segundos me deshago en un orgasmo delirante que me empuja a aullar de placer.

—No hemos terminado, princesa.

Puede. Desmadejada aún por la brutal pulsión, no opongo resistencia. Me

mueve a su antojo, girándome y tumbándome en la cama boca arriba y con un gruñido de satisfacción se estampa contra mi pecho y me besa a lo salvaje, devorándome, jadeando como un animal. Besa tan condenadamente bien, que en cuanto empieza estoy perdida. Se me nubla la mente y en lo único que puedo pensar es en entregarle todos y cada uno de los días de mi vida. Mientras se coloca el condón, levanto las caderas para que se clave en mí. Sí. Me penetra casi con rabia, empujando violentamente entre mis piernas hasta poseerme del todo. No hace falta introducir la mano entre los dos, no es necesario acariciarme, cada embestida de su pubis contra el mío, presiona el punto exacto y me retuerce de gusto. Encadenado dos largos orgasmos antes de sentir cómo explota entre rugidos roncros y se derrama en mi vientre. Deja escapar el aire de sus pulmones, apoya su frente en la mía y me regala un beso. Escueto, recatado y muy dulce.

—Maldita seas mil veces, bruja.

Su angustia me hace gracia.

—No es lo que suele decirse después de un polvo apoteósico, los de Sevilla sois muy raros.

Se deja caer medio desmayado a mi lado, mirando el techo con una expresión extraña y los ojos entrecerrados. Tengo la tentación de acurrucarme a su costado, dejarme arrastrar por la marea de una fragilidad mágica que haría las cosas más sencillas y de mí, una mujer más auténtica. Mario apoya la cabeza en su brazo doblado y con el otro, rodea mi cintura.

Habría podido quedarme aquí de por vida. En lugar de eso, le pregunto tontamente si puedo fumar. Es el principio del fin.

Después de discutir tengo la impresión de que se desentiende de mí, que me abandona, y un pánico del todo desconocido se me agarra a las entrañas. Tengo miedo más allá del miedo al darme cuenta de que por primera vez, desde la muerte de mi abuela, necesito a otra persona.

Me visto a tirones bruscos y emprendo la huida, como casi siempre. Ciega y volando a ninguna parte. Mario corre tras de mí y me alcanza en la puerta de la calle. Me abraza desde atrás, me besa suavemente los hombros, me ruega que lo espere porque volverá. Es el orgullo lo que me impide girarme y sellar una promesa en sus labios, tal y como deseo. Rabia que no me deja hablar, ni decirle que empiezo a quererlo, a necesitarlo por las noches en la soledad de mi cama inmensa. Siento su caricia sobre el hombro y su cálido aliento susurrarme. Pero digna como una emperatriz sin reino,

abro la puerta para marcharme.

—Vuelvo ya mismo, espérame, Valentina, no me olvides.

Es lo último que escucho. Eso y el gorgoteo sordo de mi propia sangre en los oídos.

26. En la cueva del dragón

(Mario)

De ser yo un tío más impresionable o con los nervios menos templados, me habría encadenado a la verja de entrada a los dominios de Aldo Río, con tal de no traspasarlos. Si le daba la gana, yo pagaría cara la osadía de presentarme solo. No saldría de allí en la vida. Me harían pedazos y Aldo se comería crudo mi corazón. Llevando como único respaldo un vehículo de la organización con chofer armado y un escolta en el asiento del copiloto, un ruso colosal de malas pulgas que me provoca más terror que confianza, asciendo por la suave pendiente flanqueada de arbolitos, con vistas al mar. Al fondo, el impresionante mausoleo de ladrillo rojo que Aldo Río ha convertido en fortaleza. Gente con metralletas, mala leche y ceños fruncidos por todas partes.

Respira, me digo, este tipo es capaz de oler el miedo.

Mi coche frena en la rotonda ante la puerta principal. No me bajo, ni siquiera hago el intento hasta que un mayordomo oriental sale a recibirme y ceremoniosamente, abre mi puerta. Solo entonces, ignorando sus reverencias, saco los pies y los apoyo en el suelo cubierto de piedrecitas blancas, que cruje como crujirían mis huesos si a cualquiera de estas moles le da por jugar conmigo a los bolos.

Me pregunto detrás de cual ventana, entre aquel ciento, se encuentra mi sobrina y se me forma un nudo espantoso en la boca del estómago. En estos días he rezado por su vida más que en todos los días de la mía. Y al calibrar

las altas probabilidades de no escapar con bien de esta, solo me descubro lamentándolo por Allegra y por no volver a tocar a Valentina.

Maldito obseso pervertido. Ni en los peores momentos me la puedo quitar de la cabeza. La culpa la tiene su piel, tocarla ha sido como acariciar terciopelo y quedar marcado.

—El señor Río le espera impaciente —indica el mayordomo con voz de rata a punto de morder. Hago un leve asentimiento de cabeza y aprieto aún más las mandíbulas. Algo le recuerda a cada paso a mi cuerpo, que no descuide el estado de alerta.

Lo sigo a través de las salas, con mi escolta pisándome los talones. Nuestro chofer permanece apostado junto al coche, una manera un tanto infantiloides de asegurarnos la huida, o al menos, que nadie manipule los frenos y nos mate luego. Menuda estupidez. Meterse en la madriguera del oso ya es bastante suicidio, ¿qué más da despeñarnos por el barranco? Seguro que Aldo conoce mil y una manera más desagradables de morir.

—El señor le espera en la biblioteca —anuncia el mayordomo apuntando a una puerta cerrada, bloqueada por dos gorilas-esfinge, comprados en la mismísima forja donde fabrican los orcos—. ¿Té o café?

Alzo una ceja indignado por la desfachatez y no respondo.

—Dispondré ambas cosas —resuelve el roedor tailandés, dejando muy claro que no precisa de mi colaboración para cumplir con sus obligaciones.

Trago saliva y humedezco mis labios repentinamente resacos. La puerta se ha abierto y en una sala espaciosa con las paredes forradas de estanterías de madera noble y libros, en un sofá de piel marrón, tranquilamente sentado leyendo, me espera el mayor capo de la coca de la zona de Sicilia. Feliz de verme, se levanta de un ágil salto y me aborda con la mano extendida.

Es elegante. Con la distinción de los terratenientes de los cafetales que dueños de terreno y esclavos, contemplaban su fortuna desde los porches de sus casonas. Alto y fibroso, en buena forma pese a sus casi setenta años, pelo abundante completamente blanco, bigote y refinada perilla, impecable traje oscuro con pañuelito de seda al bolsillo.

Y su sonrisa cautivadora y perfecta me recuerda enseguida a alguien que no sé identificar.

—Bienvenido a mi humilde hogar, Mario Orlandi —canturrea la frase hecha. Miro su mano con asco y me niego a estrechársela. Ladea la cabeza, suelta una risita en absoluto ofendida y la retira—. Dime al menos que te sentarás.

—No he venido a tomar el té, ni de visita de cortesía, don Aldo. Usted lo sabe y yo lo sé. Vayamos al grano.

—Desde luego, quiero tus huevos, muchacho. No para colgarlos de trofeo sino para clonarlos y hacer de algunos de estos, hombres de verdad. — Chupa pensativo su pipa, sin rebajar la sonrisa—. Me hablaron de ti a la muerte de tu hermano, tenía curiosidad por conocerte. ¿Te han dicho ya que te pareces a tu padre? Mucho más que Antonio, sí, señor. *Il signore* Leonardo, todo un dandi.

—No es ningún honor, si lo dice con intención de halagarme. Mi padre y yo carecíamos de relación alguna.

—*Il signore* gobernó estas calles con sabiduría y mano de hierro. Todo se fue al carajo cuando el necio de tu hermano lo sucedió. Ambición larga, intuición corta. Hasta yo me descarté y me convertí en rival. Eso es fracasar de pleno.

Resoplo. Tanto circunloquio está sacándome de mis casillas.

—¿Dónde está mi sobrina?

—Tranquilo, muchacho, has venido a hablar, hablemos.

—No pienso entretenerle ni estoy aquí para responder preguntas, señor Río, he venido a llevármela. Sin un rasguño —específico.

—Después de charlar —repite endureciendo un tanto el brillo de su mirada—. Mira, nos traen café.

—Antes. —Aprieto los puños.

Aldo se muerde el carrillo y a continuación suelta una carcajada que se queda colgada como un eco, de las paredes.

—De verdad que los tienes bien puestos, Orlandi. —Se dirige a los dos matones flanqueando la puerta—. Traed a nuestra invitada.

Consumo los minutos que tardan en aparecer, absorbiendo el aire de aquellas puertas, revisando con ojos ansiosos cualquier lugar por donde Allegra pudiera brotar. Y cuando lo hace, en compañía de una doncella mulata, se arroja corriendo a mis brazos. Nadie corta su impulso ni obstaculiza el contacto. Mi pobre sobrina tiembla como el día en que enterramos a su padre.

—¿Estás bien? Cariño, ¿estás bien? —Me distancio sujetándole los hombros y compruebo su aspecto. Parece bueno, lleva puesto un vestido y no el uniforme del colegio.

—¡Zio! ¡Has venido...! ¡Has venido! —Vuelve a acurrucarse contra mi pecho. Abarco su pequeña cabeza con mi mano y apoyo el mentón en ella,

dando gracias en silencio a los santos de mi madre.

La voz insidiosa y penetrante de Aldo mata el emotivo reencuentro.

—Ahora que has comprobado que la *signorina* se encuentra en perfecto estado, ¿qué tal si me aceptas el café y un rato de charla?

—Espérame cerca —le digo a Allegra animándola con un guiño—, nos vamos en un rato.

Veo nublarse su limpia mirada. El terror ante la idea de separarse de mí la paraliza.

—*Zio*...

—No temas, no voy a irme sin ti.

Impregno mi frase con una resolución a prueba de bombas nucleares. La doncella se la lleva a tirones y a mí es como si arrancasen el corazón de una violenta cuchillada.

—¡Ah, la familia! Qué cosa tan... ¿hermosa? Y qué efectiva cuando se trata de llamar la atención.

Opto por ocupar el asiento que Aldo me ofrece, sin la menor intención de comer o beber nada. Tengo el estómago atado con nudos.

—Acláreme eso —ordeno tajante.

—Traerme a tu sobrina nunca incluyó intención de dañarla, solo quise lanzarte un cebo lo bastante poderoso como para atraerte. Y aquí estás, he de decir que ha funcionado.

El estupor impide que me lance a estrangularlo con mis propias manos pero no, escupir sapos y culebras en su dirección.

—¡¡Maldito hijo de puta...!!

Ceremonioso y teatral, Aldo chasquea la lengua.

—Intentemos prescindir de los calificativos feos. Yo tengo muchos guardados para tu hermano.

—Mi hermano está muerto —masco con ira.

—Por eso. Me quedé con las ganas y quedarme con las ganas me genera ansiedad. Eso no es bueno. ¿Sabes de qué territorio me encargó tu padre antes de independizarme?

La insolencia de este tipo solo merece la horca. Me cuesta un mundo serenarme y responder sin tirarme a la yugular. Al fin y al cabo, Allegra y yo saldremos de aquí solo si él quiere, he sido lo suficientemente descerebrado como para meterme en la madriguera del dragón sin más protección que mi reluciente armadura y una espada corta. Mi escolta sigue en el recibidor de la mansión, aguardando. Fabio me había ofrecido una pistola y no sé en qué

momento de absurda lucidez, la rechacé. Hay que joderse.

—La zona norte de Sicilia y las demás islas —respondo despacio.

—*Ecco*. Las islas. Son de fácil acceso y difícil vigilancia, demasiados puntos de posible desembarco. Por ahí llegan nuestros cargamentos de coca. Una de las razones que impulsó a *Il signore* a tomarme a su servicio, fue mi red de contactos con los proveedores de Sudamérica. Porque sí, yo trabajé para tu padre y lo recuerdo con orgullo, no soy ningún renegado.

Me retuerzo en mi butaca porque me consume la impaciencia.

—Le ruego que vaya al grano, Aldo, mi sobrina y yo tenemos mucho que hacer, se nos derriten los helados.

—De acuerdo —gira contrariado—. Quiero de nuevo esos territorios, para mí y solo para mí. Sin interferencias, sin presencia de la organización. Dictaré las leyes, distribuiré la mercancía, regularé el mercado y cobraré las comisiones. Por descontado, también me ocuparé de los sobornos y de los agentes del orden. Dictaré a quién premiar y a quién castigar...

—¿Secuestrando niños? —me atrevo a atacar. Aldo enarca las cejas.

—Te lo ruego, no me ofendas. Esta pequeña maniobra fue más bien un teatro...

—Un teatro cruel e innecesario que ha destrozado a una madre y puesto en jaque a la policía de media Italia.

Levanta una mano aristocrática y la mueve en un gesto sutil.

—Por la policía no tienes que preocuparte, querido Mario. En cuanto a tu cuñada... bueno, he de decir que lo siento.

—Permítame dudarle.

—Es una buena mujer. Si simplemente te hubiera hecho llamar, ¿habrías venido a parlamentar de buena gana?

—Cuenta con que ni borracho.

El gesto que acompaña su sonrisa sarcástica, dice a las claras “¿Lo ves?”

—No pensarías que iba a hacerle daño a la niña, ¿verdad?

Su tono carece de compasión. Su atractivo rostro no trasluce el menor sentimiento. Este hombre es un asesino a sangre fría, despiadado, sarcástico y cruel. Pero me trago la rabia y el insulto que me quema en la boca, porque salir de aquí con mi sobrina ilesa es mi prioridad.

—Los territorios y el control del mercado —retomo adusto—. ¿Eso es todo?

—No soy ambicioso.

—Cualquiera lo diría.

—Ni más ni menos que lo que me prometió *Il Signore*. Una gratificación justa y merecida que tu hermano violentó por pura codicia.

Una idea cruza veloz mi cerebro.

—¿Ajustició usted a Roberto Testa?

No observo cambios en su expresión relajada y plácida.

—Puedo asegurarte que no. Aparte de ti, nadie me interesa en la organización, ya dejaron de ser mi gente. Y lo tuyo es malsana curiosidad. Ese Romano Presco que has colocado en cabeza de la procesión... Bueno, no es más que un fantoche avaricioso.

—Le daré lo que pide.

Aldo alza de nuevo sus pobladas cejas blancas.

—¿En serio? ¿Sin regateos?

—No me queda tiempo, tengo una cita. —Me pongo en pie y me abrocho los dos botones de la americana—. Ahora, si no le importa...

—Ah, sí, la niña.

Hace una seña a su sicario y el gorila desaparece de mi vista.

—Redactaremos los acuerdos y por si no te lo han explicado...

—Lo que firmemos se convierte en ley, puedo adivinarlo. Incluso sin firmarlo.

—Si faltas a tu palabra habrá consecuencias y esta vez, nada de circos inocentes.

—Una cosa quede clara, Aldo, no funciono a base de amenazas. Dicho lo cual, tampoco tengo intención alguna de faltar. Lo dicho, dicho está desde ahora mismo.

Allegra vuelve a entrar en la habitación a la carrera, con el pelo alborotado y viene a refugiarse entre mis piernas. Su olor infantil invade mis recuerdos. Me agacho y la cojo en brazos, permitiendo que esconda la cara contra mi hombro.

—Nos vamos a casa, tesoro.

Por toda contestación, ella aprieta el lazo de sus pequeñas manos alrededor de mi cuello. Aldo Río no aparta de nosotros sus ojos rasgados. Supongo que parecemos la tierna escena de reencuentro de una telenovela.

—Disfrutad de la vida —desea enigmático.

—Lo mismo le digo —mascullo camino de la puerta. Me tranquiliza ver que los armarios empotrados se apartan dejando a la vista el recibidor. Y que mi escolta sigue vivo para contarlo.

—No olvides nuestro acuerdo, Mario Orlandi. No lo olvides nunca.

Salgo corriendo como de un incendio. Con la niña en brazos, el pulso a galope tendido y sin mirar atrás. Deseando solo que los minutos corran a ponernos a salvo. Cómo demonios consigo bajar todas esas escaleras sin matarme, continua siendo un misterio.

27. Viendo amanecer

(Valentina)

Por primera vez en muchos años, esta mañana me levantan las ganas de hacer algo con mi vida. Un pinchazo agudo, extraño, en absoluto desagradable que me incita a salir de la jaula de oro, a oler el mundo alrededor, sobria, viva, libre de alcohol en vena. Desempolvo un jersey cuello cisne de cachemir beige y un pantalón masculino. Me maquillo de forma suave y recojo la melena en una coleta alta y tirante. Mi cuerpo actúa *motu proprio*, sin órdenes conscientes. Es evidente que él sí sabe dónde dirigirse. Yo no. Yo me limito a seguir sus dictados como una zombi obediente. Me cubro con un abrigo de alpaca color crema, me cuelgo el bolso de Bulgari al hombro y salgo de casa dejando estupefacto al personal de servicio que me voy encontrando.

Son las ocho y media de la mañana. Valentina de la Robbere hace siglos que no pone un pie fuera de la cama antes de las dos. Todo lo más, entra por la puerta, dando tumbos como un barco en mitad de una tempestad.

No tengo carné ni coche, ni interés por obtenerlo. Cuando no uso el chofer de la familia, que es casi siempre, pago un taxi. Mi padre insiste en que Lorenzo me lleve y traiga, pero una guarda en alguna parte un resto de pundonor que impide ofrecerle a un empleado el bochornoso espectáculo de mis fin de juerga, con el rímel corrido, y la lengua pastosa, convertida en un despojo que apenas si recuerda la chica de horas antes. Esta mañana, sin embargo, saludo al chofer levantando una mano por encima de la cabeza y

ante su asombro y el mío, mi boca ordena que me lleve a la empresa.

La empresa de mi padre. El edificio que nos pertenece. Donde trabajan él, mi hermana Chiara y mi cuñado Matteo. Un lugar fuera de mi interés desde hace más de cinco años. Y ahora... de repente... Debo estar volviéndome loca, no hay otra explicación.

Apoyo la espalda en el comfortable asiento y más relajada que nunca, suspiro. Lorenzo maniobra con soltura sorteando un tráfico infernal y yo descubro un Milán temprano de cielo encapotado, bañado por una luz completamente nueva. Se me escapa una tímida sonrisa.

Acuerdo con el chofer que me recogerá en un par de horas y atravieso el vestíbulo decorado por Armani. Unos años mayor, Giorgio y mi padre son íntimos desde los tiempos de la universidad y el fútbol, y a mí me regaló mi primera cámara fotográfica y parte de la pasión que mueve a captar momentos únicos. Supongo que el buen hombre jamás se figuró mi retorcida afición por coleccionar desgarros, no se la debo a nadie más que a mí. Las secretarias me dan la bienvenida, perplejas pero amables, con la hipocresía que suele presidir las situaciones educadas, y el ascensor me conduce a la séptima planta. La despampanante rubia sentada tras el mostrador de metacrilato, salta de su silla y viene a mi encuentro con las manos extendidas. Por un instante temo que me abrace.

—¡Señorita Valentina! ¡Pero qué alegría verla! Está...

—¿Está don Matteo? —la corto mostrando los dientes. Ella asiente precipitadamente con la cabeza.

—Enseguida la anuncio. —Corre hacia su mesa mientras yo aprovecho para bajar el picaporte de la puerta principal.

—No es necesario, con que no esté reunido y yo no interrumpa el girar del fin del mundo, me basta.

La dejo con la palabra en la boca y entro saludando como si esto lo hiciera a diario. Mi cuñado levanta la cara de sus papeles y abre la boca en un perfecto círculo bobo.

—¿Valentina?

—En carne y hueso —rio al comprobar su estupor—. ¿Me dejas que me sienta? —Atrapo el lomo del confidente de cuero y me acomodo —Un café estaría bien, no he desayunado.

Matteo revisa mi pulcra indumentaria.

—Pues de fiesta no vienes.

—Acertaste, cuñado, vengo directamente de casa. Anoche no salí y me

he portado como la niña buena que no he sido en mi vida.

—Señor... ¿Qué me he perdido?

Lo dice revolviéndose el pelo. Personalmente opino que la rancia de mi hermana ha ganado la lotería con este marido. A Matteo le costó integrarse en una familia altiva que medía las relaciones por su potencial en beneficios, cuando él no podía, a simple vista, ofrecer nada. Es un chico humilde de familia obrera, hecho a sí mismo, de mente brillante, *laureato cum laude* en la universidad y en todo aquello que se propone, mucho más útil al mundo que la pedante de su mujer.

Suelto una carcajada suave. También sé comportarme si lo exigen las circunstancias.

—Un capuchino doble y te cuento mi vida y milagros.

—Eso está hecho. —Levanta el auricular y encarga un par de desayunos continentales a su secretaria, esa rubia eternamente enamorada de su jefe, que viene a trabajar vestida como si acudiese a un certamen de misses. Pobrecilla.

Matteo bebe los vientos por Chiara.

—¿Has visto a tu hermana? ¿A tu padre?

—La verdad es que he venido a verte a ti, a los demás que les vayan dando. —Me inclino sobre la mesa—. Te echo de menos, cuñado, ya no pasas de madrugada a recogerme de las aceras.

Pone los ojos en blanco y silba fuerte.

—No me lo recuerdes, menuda etapa, casi me gano el divorcio.

—Porque mi hermana es una estúpida insegura y celosa que se encabronaba cada vez que yo perdía el norte y te enviaba un mensaje. Si necesitaba rescate ¿quién mejor que la familia para lanzar el salvavidas?

—Ya conoces a tu hermana. Chiara opina que mi apoyo indirecto fomentaba tus desbarres.

—Pero tú en cambio, opinabas...

—Que merecías que te ayudasen.

Me lo quedo mirando. Cuánta bondad encierra ese pecho. Puede que solo yo conozca su dimensión real, Matteo es un hombre hermoso por dentro y por fuera, que mi padre se limita a usar para el gobierno de sus negocios, y mi hermana para presumir de marido. Lo cierto es que trabaja duro para merecer el apellido y se gana con creces cada euro que le den. El tiempo que invierto en ponerlo nervioso con un análisis al detalle, lo emplea la secretaria en disponer una mesita auxiliar con todo el servicio de desayuno. Me abalanzo sobre el vaso de zumo de naranja.

—¿Vienes por algo concreto?

—A ti no puedo mentirte, cuñado. Me levanté esta mañana y... quería que me miraran unos ojos amables. En serio, no bromeo. Esta mañana necesité calor del que me falta.

La rubia no puede quedarse más aunque habría querido. Matteo se ruboriza levemente. Apuro el jugo y lo cambio por una taza de cremoso capuchino.

—Mis pies me trajeron solos. Creo que he venido al sitio correcto, ¿no?

—Valentina, tienes una familia increíble que se desvela por ti todo el tiempo...

—Tú nunca me fallas —concluyo como si no hubiese escuchado ninguna de sus protestas—. Eres también el único de quien me fío.

—Óyeme, pequeña. Siempre he admirado tu coraje, en serio, eras un poco la pieza discordante entre tanta perfección. No estabas a gusto con las normas de tu casa...

—Sigo sin estarlo. —Me retrepo en mi silla.

—Y no te molestabas en disimularlo. Desde ese punto de vista eras...

—Soy —lo vuelvo a interrumpir. Pero es que no soporto que use el tiempo pasado como si un triste jersey de cuello de cisne y unos zapatitos *MiuMiu* me hubiesen redimido. Yo sigo siendo yo, aunque hoy en otra faceta.

—Desde ese punto de vista eras un pelín suicida.

—Soy. Y cada vez peor, te lo advierto. He amenazado a tu sustituto con cortarles los huevos y metérselos de souvenir en el bolsillo de la americana. ¿A quién se le ocurre? —alzo la voz, presa de la indignación— ¿Qué crees que puede pensar la gente cuando ven que un guardaespaldas pagado por mi padre me recoge del suelo a las seis de la mañana?

—Imagino que poca cosa. A esa hora y con lo cargados que van todos, tanto da si te recoge un empleado o tu sufrido cuñado.

—Te prefiero a ti —frunzo los morritos en un mohín cariñoso. Matteo sonrío de nuevo.

—Y yo preferiría que dejases las malas compañías, el exceso de copas, que te comedieras, que encontrases una ocupación apasionante que te cambiara la vida...

—Ya la tengo, joder, el problema es que os negáis a admitirlo porque no hay exportaciones involucradas. ¿Me ayudarías a montar una exposición?

—¿Con tus fotografías?

Asiento con la cabeza. Matteo sorbe de su café americano.

—Ya hiciste una.

—Bah, apenas una muestra. Me refiero a una a lo grande. Algo digno de La Robbere.

—Entre tu padre y tu hermana me crucificarían.

—¿Por qué, diablos?

—Porque aunque callen y ya no insistan, siguen esperando que te incorpores al equipo Mira en derredor. Me entran ganas de vomitar, lo juro.

—Antes muerta. Y lo saben.

—Lo saben —confirma—. Pero no les da la gana reconocerlo.

—Y por eso se dedican a boicotearme. A boicotear cada minúscula cosa que pueda hacerme feliz.

—No te confundas, peque, tú te boicoteas sola. Expresas tu inconformismo como hacen los rebeldes, con discusiones a grandes voces, juergas y escándalos. —Voy a protestar enérgica pero no me deja. Con Matteo es siempre igual, sus modales lánguidos lo alzan por encima del bien y del mal y del tirón, te calla—. Y lo entiendo, eres aún muy joven. Pero nada de eso logrará que te respeten. Tienes que recuperarte a ti misma y si quieres fotografiar, fotografía. Pero sobria. Convencida. Respétate tú y tarde o temprano los obligarás a ellos a hacer lo mismo.

Pestañeo pulsando mi botón imaginario de “digestión de frases profundas”.

—Cuan sabio eres, cuñado. ¿Te has tirado ya a tu secretaria?

Abre los ojos escandalizado.

—¿Pero qué...? Sabes que sería incapaz de algo así.

—Lo sabía —chasqueo la lengua—. La insípida de mi hermana no te merece.

—No la odies.

—¿Por ser perfecta? No la odio, solo pertenecemos a universos perpendiculares condenados a no mirarse.

—La pobre, ha tenido tanta paciencia a veces... ¿Ya no te acuerdas de cuando le robaste el coche para estrellarlo contra un árbol?

—Rectifique, *signore*, no lo robé para estrellarlo, lo tomé prestado para salir a divertirme con unos monegascos que había conocido tres días antes. Bebimos más de la cuenta y el puto árbol se me cruzó por delante. —Encojo los hombros medio guiñando—. Un pequeño percance.

Matteo ríe por lo bajo. Si en el fondo, todo esto le parece gracioso.

—Si llamas pequeño percance a dejarle el *Jaguar* siniestro total...

—Mi hermana valora demasiado todo lo que puede comprarse con dinero.

Observo que se pone serio de repente.

—Por poco te matas, Valentina, eso también nos quitó el sueño.

—Te lo quitaría a ti —repongo con bastante sarcasmo.

—Tienes la impresión de que nadie te quiere, ¿verdad?

—Tú sí, tú sí me quieres. El único que no pertenece a la familia, sabe dar friegas en la espalda cuando se necesitan. —Dejo transcurrir una pausa que ambos dedicamos al desayuno—. Oye, he conocido a alguien.

—¿Otro melenudo macarra?

—No, nada que ver. Este... este es diferente.

—Por favor, Valentina —se ríe de mí—, siempre lo son. Hasta que les sacas el jugo y no queda más que la carcaza. Enseguida te aburres y los arrojas a la basura.

—De verdad, Matteo, Mario es diferente, no me hagas que lo defina, sería incapaz pero... ¡es profesor!

Eso sí que lo deja KO.

—¿Profesor?

—Un educado y comedido profesor universitario, medio español.

Mi cuñado se alborota la masa de pelo casi rubio y me mira de reojo, muerto de risa.

—Joder... Valentina.

—¿Qué?

—Vas a pervertirlo, pobrecillo. Son todos tan aburridos y predecibles...

Sí, eso mismo pensaba yo. Un hormigueo intenso me recorre el sexo. Aprieto fuerte los muslos.

—Igual me enmienda.

—Si antes no pierde la cabeza, puede. Dime que es abstemio y dedica sus noches locas al ajedrez.

Suelto una carcajada.

—Por poco, por poco.

—¿Te has enamorado?

—Es muy pronto para decirlo pero lo pasamos bien juntos, es... es interesante.

Sobre todo cuando me empotra contra la pared y me lanza directa al espacio sideral.

—Mira, no sé cómo será ese gran hombre —Matteo se pone en pie y

viene hacia mí. Llevo aquí ya mucho rato, entreteniéndolo y tanto ocio y relax para un cumplidor obsesivo como él, es sinónimo de tortura—, pero de momento, mírate. Estás preciosa, no veo ojeras en tu cara, has venido...

—¡Y he madrugado! Hacía siglos que no veía el mundo por la mañana si no era entre legañas. Y el desayuno tampoco ha sido una mala experiencia.

—Espero de corazón que te animes a seguir por este camino. Ya sabes que si quieres unirte al equipo...

—No sigas por ahí, cuñado, te lo advierto. —Levanto una mano amenazadora. Matteo ríe y me atrapa en su posesivo abrazo de oso.

Me dejo achuchar como lo que soy, una niña perdida en mitad de un bosque de pesadilla. Matteo frota mi espalda arriba y abajo con la palma abierta de la mano. Me encanta cuando hace eso.

—¿Por qué me abandonaste? —susurro débil. Él se separa lo indispensable para tomarme por los hombros y dirigirme una mirada abatida.

—No te abandoné, no te abandonaría en la vida, pero lo sabes, Chiara me prohibió que volviera a atender tus llamadas de socorro, se volvió loca de celos. Imagina qué cosa tan ridícula.

—Jodida paranoica... ¿Quién en sus cabales iba a tenerme celos?

—Cualquiera con ojos en la cara, pequeña. Eres tan bonita y estás tan llena de vida y de talento. —Me pellizca el moflete y me da la risa—. Valentina, sal de esa espiral de autodestrucción, no te llevará a ninguna parte.

—Las escaleras mecánicas de ahí fuera, son mucho menos atractivas, te lo aseguro.

—Entre las barras de club, los fumaderos de opio y estas oficinas, existen mil sitios cercanos al Paraíso. Búscalos. Y cuando los encuentres, métete en ellos.

Ladeo la cara y le sonrío con sincero afecto. Está a punto de escapárseme una lágrima vergonzosa.

—Vale, ya me voy. Gracias por atender mis neuras. Estaba a punto de combustión espontánea.

—Siempre que necesites desahogo... —Matteo se mete las manos en los bolsillos del pantalón, incómodo con los méritos que le otorgo—, ya sabes dónde encontrarme.

Asiento. En realidad, no quería solo esto. Con Matteo busco ternura, sí, su tono y sus modos dulces siempre me reconfortan. Pero también me muero por aclarar un poco toda esta confusión mía en torno a Mario, enredada en lo más hondo. Verbalizar su presencia delante de otra persona lo hace, de

repente, mucho más real y deseable.

Lo echo de menos. Nunca antes en mi vida había echado de menos a nadie. Quiero sus manos sobre mi cuerpo, tensándome. Quiero su sonrisa de canalla posada en la comisura de sus labios, dedicada a mí. Tropezar con Mario ha detenido mi alocada carrera al precipicio. Un frenazo seco e inesperado porque después de él, mi orden de prioridades se ha alterado.

Todavía ignoro hasta qué punto.

28. Planes temerarios

(Mario)

Eleonora toma el primer avión rumbo a Sicilia. Me consta que habría fletado uno privado de ser preciso. A las doce de la mañana, Allegra y yo abandonamos la mansión de Aldo Río y a las dos de la tarde, madre e hija se funden en un abrazo interminable que me pone los vellos de punta. Luego corren hacia mí, a atraparme en una piña apretada llena de lágrimas y emoción.

—No tengo con qué agradecértelo, Mario, no tengo con qué —repite una y otra vez, como un mantra.

De nada sirve pedirle que se calme. Ni asegurarle que lo he hecho por mí, por la familia, que estoy encantado y que lo repetiría mil veces. Eleonora sabe mejor que yo el peligro real que hemos corrido y su agradecimiento llega en consonancia. Yo solo soy un ignorante absurdo, temerario y demente, que ha jugado los dados con cierta suerte. Pudo salir mal y no habríamos vuelto a ver la luz del sol.

Las obligo a que tomen el siguiente avión de vuelta, con la intención de restituir a Allegra a la normalidad lo antes posible. Yo permaneceré en Sicilia un día más a fin de poner al Consejo al tanto de los nuevos acuerdos. No van a tomárselo demasiado bien.

Mis vaticinios más pesimistas se quedan cortos. Frente a mí tengo cinco lobos Stark contrariados en grado máximo. Tres de ellos echan chispas por

los ojos y los otros dos, los jóvenes, me observan mordiéndose el interior de los carrillos con preocupación. Me extraña que sea Tadeo y no Romano el que toma la iniciativa de mi reprimenda. Me atraviesa con dos ojos como un par de arpones.

—¿Se ha vuelto usted completamente loco? ¿Dice que le ha cedido el mercado de la cocaína desde las islas? ¿Por completo y sin condiciones?

—Creo que lo ha entendido perfectamente —replico con serenidad. De que mantenga templados mis nervios en esta reunión, dependen muchas cosas.

Romano se aclara la garganta. Lleva callado demasiado rato, su estómago debe ser como una olla en ebullición.

—Voy a serle franco, don Mario, estamos al tanto de su desconocimiento acerca de la estructura del negocio pero esto...

—Te equivocas, Romano —lo corto—, da la casualidad de que ahora conozco el planteamiento de principio a fin.

—Entonces no le sonará extraño si le digo que esos enclaves isleños son vitales para el movimiento de la mercancía...

—¿Qué mercancía? No habrá producto. Sin producto, disponer o no de rutas de movimiento, carece de importancia.

—...Y que la cocaína es la única droga ilegal que trabajamos.

—Y que vamos a dejar de vender —le aclaro rotundo—. Esa fue la decisión de mi padre.

—Su hermano...

—Fue la decisión de mi padre —repito contundente—. Me pregunto el motivo de que le hayáis dado la vuelta.

—¿Tiene idea del porcentaje de facturación total que implica? —aúlla Pío como si a partir de entonces tuviera que vivir de la caridad.

—No la necesitamos.

—No sea necio, don Mario, nadie desprecia una franja de negocio boyante de tal envergadura.

—Veo que no me he expresado con claridad, Romano —lo miro duro—. La familia dejará de comerciar con coca. No quiero tener que ver con la causa de tantas muertes. —Permanecen mudos—. ¿Acaso no eran esos los planes de mi padre? ¿No lo eran? ¡No os oigo! ¡Hablad, joder! ¿Tanto temor os infunde Romano?

Cuatro de ellos se repliegan contra sus asientos. El rostro mofletudo de Romano engulle sus ojitos hasta casi hacerlos desaparecer.

—No es temor, no se equivoque, es respeto.

—Sí, lo eran —nos interrumpe un taciturno Fabio—. Dejar la coca eran los planes de *Il signore*. Y los de don Antonio.

—Como mucho a medio plazo —matiza Ciro en un desagradable siseo.

—A corto plazo, antes de que Romano lo disuadiera —aclara Massimo.

Enarco las cejas pero Romano Presco no siente la necesidad de justificarse. Se queda ahí, con los dedos de las manos unidos en actitud de rezo, como un cura perdonando pecados. Los míos.

—Fuera pues, el mercado de la droga. No lo necesitamos —sentencio firme—. Hay muchas otras fuentes de ingreso.

Para mi sorpresa, Presco suelta una carcajada.

—¡Igualmente vinculadas al hampa y al crimen! ¿Acaso piensa limpiarnos paso a paso? ¿Reconducir la organización al mundo ordinario, ese en el que se trabaja honradamente y se pagan impuestos?

Le mantengo la mirada.

—No sería mala idea, lo iremos viendo. De momento, Aldo Río se encarga del mercado en las islas. Es suyo pero...

—Qué gran error, don Mario, me alegro de que *Il signore* no viva para tener que ver esto.

Hago caso omiso del patético comentario de Tadeo. Empieza a carcomerme la impaciencia por abandonar esta sala asfixiante y Sicilia. Cuanto antes.

—Estaría orgulloso, seguro.

—Las circunstancias han cambiado, si *Il Signore* viviese, en estos momentos, su decisión podría ser otra.

Me hago convenientemente el sordo y prosigo.

—En diez días exactos, a las doce en punto de la noche, volaremos todos los puntos de encuentro y la estructura: almacenes, oficinas, pisos francos... Todo.

—¿De qué habla? —Es Massimo quien pregunta. Los demás continúan paralizados por la sorpresa.

—De un desmantelamiento en toda regla. Fabio, quiero que te encargues de desalojar los inmuebles, no quiero allí ni un gato callejero. Cero bajas. Todo volará por los aires hasta los cimientos.

—¿Crees que Río permanecerá pasivo ante una agresión de ese calibre? ¿Se lo entregas y a continuación se lo arrebatas?

—¿Quién va a decirle que fuimos nosotros?

—Lo sospechará, no hay que ser muy listo.

—Pero no podrá probarlo. Quiero que el explosivo se compre sin dejar rastro. Me encargaré personalmente con Massimo y Fabio.

Romano masca entre dientes una retahíla de insultos entre los que destaco “demente” y “temerario”, antes de ponerse en pie como saliendo de un trance, y abandonar precipitadamente la mesa de reuniones. Contengo mis ojos para no perseguirlo y revelar mis intenciones.

—Es una jugada arriesgada, don Mario, ¿qué pretende?

Miro a Tadeo y sonrío maquiavélico.

—Iniciar un barrido a fondo de esta casa.

Para adquirir los explosivos recurro a gente de confianza de Romano. Dispone de una nutrida red de colaboradores dispersos por toda la ciudad, no ha perdido el tiempo, sus tentáculos abarcan el país completo. Fabio me ofrece los suyos, pero insisto en que los mantenga al margen. Tengo razón, tras su estallido inicial, Romano ha recapacitado, le basta digerir la idea de que ciertas cosas han cambiado pero tarde o temprano intentará recuperar la jefatura, un premio demasiado apetecible para alguien tan ambicioso. Trazo al detalle la secuencia de actuaciones, tengo claro a quién pringar y a quién no, en un movimiento de ajedrez que ciertamente, entraña un alto riesgo.

Pero va a salir bien, me digo. Va a salir redondo.

29. No era suficiente

(Valentina)

—Me han dicho que esta mañana has pasado por la empresa—. Solo mueve levemente una ceja. Quiere pasar por indiferente pero si no conozco yo a mi padre... Por dentro arde como un horno pizzero—. No has pasado a verme.

—Suena así como a reproche —repongo muy tranquila. Selecciono pan y me dedico a untarlo con grandes pegotes de mantequilla.

—Bastaba con llegarte y saludar.

—¿Saludar? Papá, no me rayes, vivimos en la misma casa, te veo todo el tiempo.

—¿Y a tu hermana? ¿A Chiara también la tienes muy vista?

—Es que no era una tournée de visitas de cortesía, fui a charlar un rato con Matteo, a desahogarme.

—Oh, claro. La eterna afligida.

Me detengo en seco con el cuchillo de untar en el aire.

—¿Podrías, para variar dejar de atacarme? Cualquier cosa que digo, cualquiera, la retuerces y me la tiras a la cara. Y si no hablo, lo haces igualmente.

—Valentina, vives bien, vives muy bien, no tienes ni idea de lo que es madrugar o esforzarte, te concedemos todos los caprichos y lo único que pedimos a cambio es una mínima implicación en la vida de esta familia. ¿Es mucha exigencia, princesa?

Aprieto las muelas y me trago el impropio que estaba a punto de soltar.

Porque cuando era pequeña, papá me llamaba así, princesa. Y me cogía en brazos y me llevaba por todo el jardín hasta los columpios. Y esos recuerdos me reblandecen por dentro. Solo que ahora no ha usado el nominativo con cariño, su “princesa” es un puñetazo cargado de ironía.

—Tú no estás enfadado porque no haya pasado a rendirte pleitesía, papá, sé sincero al menos por una vez. Tu rabia se debe a esa momentánea fantasía tuya, de que ir a la empresa implicaba dar mi brazo a torcer. Pensabas que entraría bailando por la puerta a anunciarte mi incorporación a los puestos ejecutivos. ¡Atrévete a decirme que no es verdad!

—Por favor, bajad la voz —suplica Renata muy pálida—. Por favor, Valentina.

—¡Llámale la atención a mi padre! Él es quien me busca, que luego no se queje si me encuentra. Además, ¡no sé esa manía tuya de intentar que el servicio no nos escuche! Si ya saben que estamos todos locos...

—Te puse condiciones muy claras. Exijo cambios, un mínimo esfuerzo por tu parte. —Resoplo dejando caer la cabeza sobre la palma de la mano—. Dame algo a lo que agarrarme, Valentina, ¡algo!

—Bien. Pienso montar una exposición de fotografía. En breve. —Veo rodar los ojos de mi padre. Hasta el techo.

—¿Otra?

—Otra. ¿Estás orgulloso de mí? Oh, no, claro. Si lo estuvieses habrías venido a la anterior. No viniste. —Pestañeo exageradamente y tuerzo la sonrisa.

—Guárdate las ironías.

—Lo tienes muy fácil, papá, ya te dije que quiero largarme y ojos que no ven, corazón que no sufre. No tienes que ser testigo de cómo vivo.

—Dirás de cómo te destruyes.

—Son formas de ver la vida. —Me encojo de hombros y con los dientes, le arranco la pata a un cruasán.

—Tu modo es bastante retorcido, perdona que te diga. Y egoísta, muy egoísta. Si algo en la realidad no te conviene, le das la vuelta como un calcetín y lo deformas hasta que encaja con tus intereses. Todo lo manipulas o lo rompes.

Encajo el golpe como algo físico. No es el contenido, mi padre me ha dicho cosas peores. Es el tono, la decepción, el desencanto que cubre sus palabras, probablemente le he fallado como hija pero ¿desde hace cuánto? Tenerlo delante y no querer verlo... Desconocía este talento mío para la

negación. Las palabras que papá me dirige ya no son cálidas ni amorosas, están llenas de rencor y de reproches. Probablemente ha tocado fondo y yo lleve ciega demasiado tiempo.

—Eso lo hacen los mentirosos —afirmo con brío. Formo una bola con la servilleta y la estampo de un golpe contra la mesa—, yo solo entiendo las cosas desde un prisma diferente. Pero claro, eso también está prohibido en esta puta familia donde todo es blanco o negro, o te condenas.

—Valentina...

—Se me ha quitado el hambre. Y a ti, Renata, gracias por haberlo convencido, una vez más, para que me retenga en casa. Nadie parece mostrar el menor respeto por mí, ni por mis circunstancias —farfullo de pie, mirándolos desde arriba—. Lo siento, sigo sin encontrarlo gracioso.

Corro hasta mi habitación, consciente de que mi padre me persigue. Puedo oír el ruido de sus zapatos machacando el suelo. Sin decir mi nombre. Resolviendo como se resuelven los negocios: a sangre fría.

Por eso no me molesto en encajar la puerta. Sé que entrará de todos modos.

—Ya está bien de sermones, papá —gruño dándole la espalda—, voy a correr, a oxigenarme, aquí me ahogo, resultáis bastante asfixiantes, ¿lo sabes? Hacer ejercicio no puede ser nada de lo que arrepentirse. Ya estás saliendo de mi habitación.

Mi orden vuelve a caer en el fango. No me hace ningún caso. Estar acostumbrada, no disminuye mi furia. Pero mi padre trae munición sin estrenar oculta bajo su batín de seda.

—Haz lo que quieras, en serio. No voy a avergonzarme por desear mantenerte a salvo, no voy a hacerlo.

Giro bruscamente sobre mis talones. Mi melena describe un arco perfecto.

—No te das cuenta de que crecí, soy una mujer, la pequeña que intentas sobreproteger quedó bien atrás.

—No me hagas reír, Valentina, eres una adicta a todo lo tóxico.

—Empezando por esta familia —rujo dominada por la cólera.

—Mira si no, cómo tratas a Renata. ¿Por qué detestas a la única mujer que se ha comportado contigo como una madre?

Vaya, este giro de la conversación, sí que no me lo esperaba. Entorno maliciosa los párpados.

—¿Puede que porque no es mi madre?

—¿Qué más da que no te haya parido? Te ha criado, te quiere como solo una madre puede querer, se preocupa por ti aunque no logro entender de dónde saca tanta paciencia. La desprecias, la maltratas, te comportas como una chiquilla estúpida y consentida, llegas borracha a casa Dios sabe de dónde y con quién, no das explicaciones, no asumes responsabilidades ni te implicas con ninguna tarea...

—Voy a la mierda esa de clases de contabilidad y empresa.

—Cuando te da la gana, Valentina. No somos tan necios. Llevas una vida inestable y disipada, eres una auténtica vergüenza.

Por fin lo ha soltado. Su desprecio convertido en letras que se juntan y me disparan directas al corazón. Necesitaba oírlo, escuchar de labios de alguien a quien amo, lo poco que soy, eso en lo que me he convertido. No es que no lo sospechara pero oírse lo decir a mi padre, con esa amargura, me parte en dos el alma.

—¿Eso opinas de mí? —reclamo altiva— Soy tu hija.

—Ojalá no lo fueras —sueno abrumado. Ya no me mira a los ojos, mira la alfombra del suelo y yo no puedo soportarlo, tengo un nudo en la garganta y una horrible necesidad de amor—. Tu comportamiento fuera de control me hace preguntarme una y otra vez en qué he fallado. De no ser por Renata, hace ya mucho que te habría arrojado a la calle, a vivir y a disfrutar de esa vida loca de la que por lo visto nunca tienes bastante.

Mi pecho sube y baja respirando con violencia. Si solo dejara de chillarme y me abrazara... *Papá, abrázame*. Me traicionan los nervios, la ira que se ha ido acumulando, ya sin sitio, solo es tristeza mal gestionada.

—¡Renata, Renata, siempre Renata! ¿Por qué tuviste que volver a casarte?

Mi grito suena desgarrado. También es la primera vez que me atrevo a hacerle esta pregunta. Está siendo nuestra primera jodida vez para muchas cosas tristes.

—¡Porque estaba solo! —Se le quiebra la voz en un sollozo— ¡Solo y roto!

—¡Me tenías a mí! ¿Acaso no era suficiente?

Mi padre camina de vuelta hacia la puerta y con la mano apoyada en el picaporte, con esa elegancia innata que lo caracteriza, silabea que tal vez... no.

Y yo siento que un hálito de vida se me escapa por la boca. Ni siquiera oigo el *bipbip* de un mensaje en el móvil, donde Mario me avisa:

“Val, he vuelto”.

30. Un beso se come el mundo

(Mario)

Decido que nos merecemos un premio. Los dos. Por nuestra paciencia infinita, por desearnos y mantener la calma. Por estar tantos días separados sin enloquecer. Al menos hablo por mí, que llevo cinco días sin ver a Valentina y ya me comporto como un pirado. Necesito quedarme con ella a solas en una habitación, tocarla y animarla a que me tiente hasta hacerme jadear. Volver a ver esa chispa osada en sus ojos de plata rebelde y abandonarme a sus caricias urgentes, sin pensar, sin reflexionar, sin adentrarme en nada complicado. La seda de lo sencillo. Por muchas cosas, estoy psicológicamente agotado.

He vuelto a Milán, directo a casa de Eleonora. Ambas están bien dentro de lo que cabe esperar. Un ejército de profesionales mentales aleccionan a mi cuñada acerca de la actitud que tomar en lo sucesivo, pero Allegra no parece demasiado traumatizada, o quizá lo está y lo oculta, o los mimos de Barón han sido su mejor medicina. Pobre chiquilla, apenas seis años y tanta desgracia vivida. El no poder evitarlo me frustra y me retuerce las entrañas. Eleonora me comunica su decisión de marcharse una temporada, probablemente a algún lugar cálido y amable de España, en cuanto la niña termine el curso. Me duele tremendamente perderlas pero entiendo que no es mala idea y les ofrezco mi casa en Málaga, la del Paseo Marítimo frente al mar. Levantarse saludando al Mediterráneo es siempre una buena terapia para el alma.

Barón me observa tumbado en la alfombra a los pies de la cama.

—¿Crees que hago bien, amigo? —hace como que sonrío, jadea un

poquito—. Ya sé que cuando se trata de Val no eres del todo objetivo, pero... ¿tomarme esto tan en serio? ¿No acabaré arrepintiéndome?

Lanza un ladrido contundente que interpreto como un no.

Mi última camisa va a parar a la maleta y mi mente vuela de nuevo a ella, pequeña diablesa, más bonita cada día. Lo nuestro arrancó de una manera tan salvaje, tan impersonal e inesperada. ¡Por Dios! Estábamos ebrios de copas y de deseo, solo apagamos la calentura en el pasillo de un club, contra la pared. Hasta entonces yo estaba seguro de que si me la tiraba una vez, Sofía acudiría a martillar mi memoria, yo me decepcionaría y por fin disfrutaría de algo de paz en lugar de pasearme por toda la ciudad buscándola con la bragueta dura como una piedra. Así la tenía desde que la vi en las galerías Víctor Manuel II y tuve que lidiar con aquella obsesión lo mejor que pude. La metí en mi cama, sí, pero también se coló en mi alma, lo único para lo que no estaba preparado, contra lo que no tenía armas ni defensa. Todos mis pronósticos han fallado, todo viró a peor y ya no consigo sacármela de la cabeza. Ahora me paso el día sediento de ella, de su cuerpo, de su risa, de su rebeldía, de su descarada manera de ser; no se da cuenta de que es una niña viviendo peligrosamente...

Bien. Llega la hora de calmar la sed.

En Sicilia he prendido la mecha de un gigantesco cartucho de dinamita y solo resta esperar. Pienso en lo que tiene que ocurrir y me estremezco con los ojos entornados. Funcionará, mi instinto me lo asegura.

Reviso la pantalla del móvil donde aún parpadean las letras de Valentina. *“Recógeme, llevo sorpresa”*. Como siempre, escueta, directa y muy mandona. La horma de mi zapato. Cierro la maleta y la coloco donde no estorba. Acabo de vestirme, dejo a Barón con el joven asistente de conserje que suda felicidad, y conduzco hasta Vía Montenapoleone con una emoción tonta saltándome en el estómago. Son aproximadamente las ocho y media, pienso llevarla a cenar fuera, disfrutaremos juntos de una noche interminable. Pero en el portal, quince minutos después, sigue sin haber nadie.

“Frío, frío” me llega un mensaje.

“¿Bajas, tardona? Te advierto que la impaciencia me come y me vuelvo depredador cuando se trata de verte”

”Mira detrás de ti”

Obedezco usando el espejo retrovisor. Un vestido de gasa roja bajo un abrigo negro de corte masculino, botas militares, el pelo suelto y una botella de champán en la mano que se agita en el aire. Una farola y la preciosa

Valentina bailando agarrada al fuste como una versión moderna y divina de Fred Staire. ¿Cuánto tiempo lleva ahí observando, riéndose de mí?

Maniobro marcha atrás hasta parar a su lado. Abro la portezuela del copiloto y me embriago con su expresión de intensa felicidad. Me enseña la botella.

—¡Se está calentando!

—Sube, loca —me río. Mi dulce Valentina, quién lo hubiera dicho, la segunda y sucesivas veces que la vi parecía una gata rabiosa.

No solo el frío nocturno se mete en el coche. Con ella entra esa oleada de energía arrolladora que la acompaña a todas partes. Entran sus ojos rasgados sonriéndome, sus mejillas arreboladas por la excitación y el frío. No se anda con vacilaciones. Encaja el champán entre sus piernas, se inclina hacia mí y rodea mi cuello con sus brazos.

—Dios, cómo te he echado de menos —exclama espontánea, sin pensárselo— ¿Y tú a mí?

Prefiero besarla a responder una pregunta que me pondría en un compromiso. Sí, la he echado terriblemente de menos cada nanosegundo que mis nervios no han estado al límite debido a las circunstancias. Y su imagen me acompañó en los momentos realmente difíciles, cuando pensé que no saldría vivo de los dominios de Aldo Río, cuando tuve que enfrentarme al Consejo, cuando la integridad física y la vida de mi sobrina me importaron más que la mía propia. En todos esos momentos, me acordé de ella.

Nuestro beso, tímido al principio, se envalentona enseguida. Crece y se hace grande sin que podamos evitarlo. Se come el mundo. Nos derrite el deseo acumulado, más vivo que nunca por la separación y la ausencia. Hasta que nuestras lenguas se rozan y un estremecimiento casi eléctrico me recorre la espalda, no soy del todo consciente de lo mucho que la necesito. El reducido espacio del interior del coche, se llena de muchas cosas a las que es imposible poner nombre. Es su olor, son mis ganas, son nuestros gemidos a pie de boca. La lujuria empieza a tirar de mí. Implacable.

—Vamos a un club que conozco. —Su mano se desliza sugerente por el cuello de mi camisa y con la punta de los dedos me acaricia la piel del cuello. Yo no puedo apartar los ojos de sus dulces labios, jugosos, rosados, entreabiertos y húmedos para mí—. Podrás mirar cuanto quieras.

—Prefiero algo más de intimidad esta noche —susurro ronco.

Gruñe complacida, algo que no entiendo, y salta de su asiento para venir a mi regazo. La botella rueda por el suelo, su boca me devora por completo.

El roce sensual del cuerpo a cuerpo, nos incendia.

—Entonces llévame a tu casa.

Cojo su mano y me la llevo a la mejilla. Froto en ella mi barba de tres días y luego paso la lengua, lento y libidinoso, por el espacio entre sus dedos. El intercambio de miradas es tan potente que me sacude como un zarandeo.

—Señorita, me has adivinado el pensamiento. Pero antes, cenemos. No quiero tener que morderte por necesidad.

31. Para ser un ángel

(Valentina)

Su enorme casa nos recibe con la temperatura perfecta y una luz ambiente anaranjada que brota de los LED instalados bajo las cornisas. En conjunto resulta un poco intimidante, un hombre latino y misterioso que nunca me deja adivinar lo que piensa, una fortuna al margen de los circuitos sociales de Milán... Pero jamás me he caracterizado por mi sensatez. No al menos, cuando el calor del placer anticipado se hace con el control de mi cuerpo y borra lo demás. Desde que Mario introduce la llave en la puerta, yo solo puedo pensar en arrancarme la ropa y servirle en bandeja mis pezones erectos. Pero simulo calma y hasta cierta arrogancia de la mía, la que empleo con los fiesteros semidesconocidos que compartían mis noches.

—¿He dicho “compartían”, en tiempo pasado?

—Ponte cómoda, ¿una copa?

—Desde luego que sí. —Repto hasta el precioso piano de cola lacado en negro, a deslizar hipnotizada la punta de los dedos por su superficie brillante —. ¡Vaya! He perdido el Moët Chandon...

—Estará en el coche. Aquí tengo de sobra. ¿Rosado?

Me giro a mirarlo con un guiño pícaro. Acabo de quitarme el abrigo y suelto el bolsito. Barón se acerca meneando la cola, saluda y a continuación, muy educado, se retira a su cama para no molestar.

—¿Por qué sabes que me gusta rosado?

—Lo llevas pintado en la cara.

—Imbécil...

—Psicólogo.—Se va hacia el bar riéndose con esa risa descarada y

envolvente que dosifica tan cuidadoso. Enseguida escucho el cañonazo del corcho al salir.

—¿Y qué cara se supone que tienen las chicas que beben Moët rosado?

—Una divina. —Me entrega una copa colmada y se queda con otra. Me insta a brindar sin apartar de mí sus negríssimos ojos. Me atraganto antes de beber. Va vestido con un traje color carbón, camisa blanca y corbata roja que se ha quitado nada más entrar. Ahora, dos botones sueltos dejan entrever su maravilloso cuello y el inicio del suave vello que le cubre el pecho.

Ese pecho increíble...

Recupero la humedad de mi boca seca con un buen sorbo de champán. Estoy acostumbrada a chicos más jóvenes, más impetuosos, a mucho ruido. Los silencios me incomodan, el estudio de que Mario me hace objeto me desquicia los nervios, jamás antes había alcanzado estas cotas de intimidad con nadie. La situación entera me vuelve frágil. Detesto la sensación de no gobierno y al tiempo, saberme protegida por alguien más maduro, resulta estimulante.

Siempre he sido de lanzarme a las nuevas experiencias sin pensar demasiado. Y Mario Vallés es un placer nuevo, disfrutable en todos los sentidos. Los acordes de *Here for you* de Kygo, se adueñan de la sala.

—Ponme otra —Le entrego mi copa vacía y lo obligo a salir de la especie de trance en que le ha sumido mirarme así, tan hacia adentro.

En cuanto se da la vuelta, bajo la cremallera de mi vestido de noche y lo dejo caer hasta el suelo. De un saltito lo salvo y de una patada lo hago desaparecer. Mi ropa interior de *Agent Provocateur* me pone cachonda hasta a mí si me miro en un espejo. Unas braguitas brasileñas negras completamente transparentes con un lazo justo en el punto donde termina la espalda y un sujetador a juego, en forma de top cogido al cuello, con la espalda descubierta y mucho encaje. En una palabra, pecaminoso.

La expresión del rostro de Mario al volverse y toparse con el espectáculo me confirma lo acertado de mi elección.

—Debiste esperar, nena, hay algo de perverso en el modo en que una mujer se desprende de su ropa. No me lo habría perdido por nada del mundo.

—Recuérdame que te haga un strip-tease... —Me aproximo sinuosa y pegando mi pecho al suyo, le arrebató la copa—, en otra ocasión.

—¿Cuándo?

Su pantalón se llena de golpe y su entrepierna dura me golpea el vientre a la altura del ombligo. Sus grandes manos cercan mis hombros.

—Pronto. Esas cosas hay que ganárselas, vaquero.

—¿Y si te llevo a Venecia? ¿Dirías que me lo merezco?

—¿A los carnavales? Ya han empezado.

—Lo que quede de ellos, nos lo beberemos.

—¿Y saldríamos...?

—Mañana mismo. Tengo preparada la maleta. —Se distancia un palmo, me dedica el brindis y apura su Moët. Yo aún medito la trascendencia de sus palabras.

Viajar... ¿a solas? ¿Desde cuándo tenemos tanta confianza?

—Vaya, ya estabas seguro de que aceptaría, no sé cómo tomármelo.

—Es una simple invitación, no pretendo ofenderte con ella. También sé que no te andas con rodeos, que eres sincera y natural como la vida misma, que si algo te apetece, alargas la mano y simplemente, lo coges. Eres una aventurera sin horarios dispuesta a no perderse un rato de diversión, de modo que, ¿por qué no ibas a aceptar? No tiene nada que ver con estar desesperada, ni sola.

—¿Ni loca por ti? —observo con desconfianza. Él me pasa los dedos por el pelo enervando mi imaginación y el vello de todo el cuerpo.

—Valentina, no me tengo en tan alta estima, ni tú eres tan inexperta. Te conocí rodeada de hombres ansiosos por rozarte. Todos siguen ahí fuera.

—Ah ellos —río—. Son... diferentes.

—¿Rubios y por lo tanto... tontos?

—Ingleses en su mayoría, jodido sexy hombre latino. —Aparto un mechón de su frente—. Sosos, pero los mejores compañeros de juerga, son como esponjas consumiendo combinados. No te confundas —añado al ver sus cejas arquearse—, esa fauna no son mis amigos.

—Pero sí tus amantes.

—Ocasionales. A diferencia de ti, que estás volviéndote repetitivo.

—Menudo honor.

—¿Estás siendo sarcástico? —Empujo mi cadera contra la suya. Una especie de toque de atención que Mario replica rodeando posesivo mi cintura, con ambas manos. Un segundo movimiento ágil de su cuerpo, me bloquea contra la pared.

—Nada más lejos de mi intención. —De un brusco tirón me quita el sujetador. Baja la vista a mis pechos desnudos—. Dios, eres tan... perfecta.

Los recoge entre sus manos y agacha la cara hasta hundirse en ellos. Mi carne hambrienta lo recibe erizada. Noto el avance de su lengua, el rastro de

saliva marcarme, y finalmente, el jugueteo atrevido sobre mis pezones, trabajando su cima con los dientes hasta hacerme gemir.

Arqueo la espalda y me ofrezco entera, aferrada a sus hombros.

—Entonces, ¿vendrás a Venecia conmigo?

—¿Para que puedas darme más de esto?

—Mucho más de esto. Y de otras cosas.

—Suenas atractivo —ronroneo abandonándome a sus caricias. En este instante, dibuja una línea con la lengua desde el valle de mi garganta al hombro.

—Esta inclinación insana tuya por el riesgo, acabará pasándote factura.

—La pagaré con gusto, no creas.

Enrosco una pierna en torno a su cadera. Me matan las ganas de él, de enroscarme a su cintura, sentirlo muy dentro, duro e hinchado, empujando hasta volverme loca. Eso quiero. Me remuevo para forzar el roce y suelto una vaharada de aliento que se reparte junto a su oreja, antes de morderle el lóbulo.

Entonces Mario me coge en brazos. Como los héroes de las leyendas toman a sus heroínas, como el protagonista de *Oficial y caballero* a su amada. Me alza como a una pluma y sin interrumpir el beso, me lleva a la cama. Mientras se desnuda, me dedica una de esas miradas ardientes que dicen tanto.

—Voy a hacer de esta noche algo interminable —advierte cayendo sobre mí, adosando su pecho caliente al mío, contagiándome ese inexplicable temblor de índole sexual. Sus dedos impacientes me bajan las bragas y su pene erecto busca mi entrada.

Le calzo el condón sin dejar de mirarlo un solo segundo. Quiero ponerme sobre él y cabalgarlo pero Mario tiene otros planes. De momento, inmovilizarme contra el colchón con los brazos por encima de la cabeza, ejerciendo presión sobre mis muñecas. La postura me excita tanto que cierro los ojos y gimo casi gritando. Vuelve a inclinar la cabeza, posa la nariz en mi cuello, aspira y me roba el perfume, consiguiendo que me estremezca de pies a cabeza.

Tampoco puedo impedir que se abra paso entre mis muslos y que su boca encuentre mi sexo mojado. Succiona con ferocidad hasta levantarme del colchón. Los giros en círculo de esa lengua diabólica bastan para correrme mil veces.

Y no quiero.

—Sube, sube —aprieto sus hombros con angustia. Un lametón más de esos, y estaré perdida—, métemela.

—¿Seguro?

—¡Mario!

Cambia de posición, sujeta el tronco de su pene y ya en mi entrada, sonrío pérfido antes de restregar la punta contra mis labios empapados. Me retuerzo de impaciencia.

—¿Seguro?

—Te odio.

—¿Y si te hago sufrir un poco?

—Te mataré. Te clavaré bien hondo mi anillo-machete.

Suelta una risita suave y se cuela hasta el fondo. Sin esfuerzo, llenándome por su tamaño con una molestia inicial soportable, mezclada con el placer de la penetración. Inicia un ritmo de embestidas que va variando a capricho. Estoy a punto de perder la cabeza, empotrada en la cama, palpando su trasero duro, contraído con cada empujón.

Uno, dos, cuatro envites más y hemos terminado. Largos gemidos que se enredan hasta perderse en el techo. Suspiramos juntos, el alivio es intenso, placentero y mutuo.

Mario se sujeta con los antebrazos para no aplastarme y se deja caer a un lado. Se libra del preservativo, pasa un brazo, me recupera y sin decir una palabra, me besa la boca con inusitada urgencia. Es más un mordisco de salvaje deseo, cuando el deseo ya se supone colmado. Este hombre no deja de acumular reacciones sorprendentes.

—Acabas de resucitar el mito romano —jadeo esperando una réplica ingeniosa.

Se frunce su ceño. De repente está muy serio, casi enfadado. Tengo miedo de haber dicho algo inconveniente.

—De eso nada. A la mierda los romanos, soy español.

Un suave resplandor rosado se cuela por todas partes. Amanece y yo he pasado la noche en vela. Acariciando el cuerpo de Mario, enredada en él, recontando su respiración. No es que esperara conciliar el sueño, llevo desde los diecisiete necesitando somníferos, me los suministraron durante mi segundo internamiento y ya no sé descansar si no es tomándolos. Despacito saco las piernas fuera de esta cama inmensa, y envuelta en su camisa blanca, llego a la sala principal, bañada de luz. Barón sale a recibirme con una

expresión de júbilo que es casi humana y de repente me apetece dar con él y con su amo, largos paseos por el parque.

Me duele todo el cuerpo y el piano parece llamarme como un objeto envuelto en magia. Lo rodeo para terminar sentada delante del teclado, con unas manos temblorosas que no se atreven a pulsar blancos ni negros. Bajo los párpados y suspiro alejando tensiones.

La música brota sola. Y con ella, la paz, conquistada desde el momento en que me dejo arrastrar. Mi habitual aversión a perder el control, bajo análisis. Da igual en qué circunstancia esté, rodeada de gente o sin ella, si mi palabra no es la última, si no puedo decidir o escapar, me agobio. No admito ninguna voluntad por encima de la mía, ni reglas, ni imposiciones. Sin embargo Mario, sin ser nada de eso, ha tejido una red invisible que me atrapa, la noto por todas partes, condicionando mis respuestas, atándome a él por puro deseo. Curiosidad, morbo, salvaje pasión, el compendio de un todo... En realidad, ¿qué es lo que me impide sacarlo de mi cabeza?

Barón se ha rendido a mis pies. Mis dedos vuelan y la música penetra en cada fibra de mi ser, sanándome como hace tiempo que no ocurría. Lo presiento detrás de mí antes de que hable o me toque. El aura de su energía se expande acariciándome.

—Para ser un ángel, solo te faltan las alas —me dedica en un susurro casi inaudible. Suelto una risita nerviosa.

—Unos días ángel, otros demonio, pero por desgracia, siempre yo.

Sus caricias arrancan a nivel de la nuca, luego le sigue el cuello, la línea de la barbilla, el arco de cupido, el labio inferior... La yema de su pulgar va sellando un camino difícil de olvidar. Por primera vez me siento orgullosa de los años invertidos aprendiendo a tocar el maldito instrumento. Echo atrás la cabeza hasta apoyarla en su pecho. En los hombros, la presión de sus manos sujetándome. El momento, imperfecto pero especial. ¿Qué falta? Falta “*el otro*” corazón de la música.

Acabo la pieza clásica que estaba tocando, desgrano sin pensar las notas de *Running* y mi garganta fluye con la letra de la canción de Beyoncé. Noto cómo el cuerpo de Mario se envara con la sorpresa.

No dice nada, no me interrumpe, deja que cante hasta el final y cuando acabo me hace girar sobre el taburete. Susurra un “increíble” tan sensual y tan ronco que me incinera el vientre. Me pongo en pie, me estampo contra su deseable pecho desnudo y asolo su boca. Recorro con furia sus rincones, impregnándome con su sabor delicioso. Somos dos barcos a la deriva, dos

seres impredecibles que a saber dónde estarán mañana. Si lo pierdo, me digo, si nos perdemos, al menos conservaré sus aromas. Mario es lo más auténtico que me ha rozado en mucho tiempo. No quiere nada, no pide nada, no busca ninguna cosa, no lo mueve el interés, solo la fiebre del deseo. Es mi perfecto compañero de juegos y yo la suya. Lo supimos con solo mirarnos.

Sus manos suben por mis muslos, amasan mi trasero y luego de una breve parada a la altura de mi cadera, se anclan en mi cintura. Tira de mí y me sienta sobre el teclado que protesta con una escala discordante. Separo las piernas para que se acomode en el espacio libre pero Mario, cómo no, se entretiene en mirar lo que no tapa ninguna ropa interior.

Mirando. Siempre mirando.

—¿Te gusta lo que ves? —lo provocho maligna.

—Mucho.

—Explicame qué sientes cuando miras, cuando miras a tu acompañante amar a otros...

—Eso no es amar, Valentina —me interrumpe—, es simple y llanamente sexo. Diversión.

Subo el pie desnudo y lo apoyo en la esquina final. Me retrepo apoyada sobre los codos, dejando mi entrepierna expuesta sin la menor vergüenza.

—Tocar a otras, cuando esa acompañante es tu pareja y otros tíos se la meten... —Bajo la mano, separo mis labios mayores y suavemente, me acaricio. Los ojos de Mario caen sobre la escena. Puedo apostar que la boca se le hace agua— ¿Qué sientes, Mario?

—Excitación en mayúsculas —jadea.

—¿Nada de celos?

Niega con la cabeza mientras engancha mi talle interrumpiendo el show, mordisquea mi labio inferior y pasa la lengua ahí donde termina la boca. A mí la humedad me mata y la dureza de los pezones bajo la camisa, resulta dolorosa. Jamás me había excitado tanto sexualmente sin ir colocada. Nunca. Caricias, tacto... era inmune a ellos, me pasaban por encima de la piel sin dejar apenas huella, mi cuerpo incapaz de sentir amor, se había enfriado y saltaba de orgasmo a orgasmo perdiéndose todo lo demás. Sus dulces besos recorren mis labios y la línea de la mandíbula. Sus manos permanecen a ambos lados de mi cuello, sus dedos detrás de las orejas, sus pulgares apoyados en las mejillas, todo intencionadamente lento y cadencioso y cuando deja de besarme, me mira como nadie me ha mirado en toda mi vida. Con fijeza. Absorbiéndome el alma. Tengo la impresión de que se la entrego

sin querer siquiera.

Pero rompo el encanto pasándome la lengua por los labios, repentinamente secos.

—Quieres que te haga el amor —afirma. Sí, claro que quiero, más que ninguna otra cosa en la tierra. Me aprieto contra él, pero Mario me separa colocando una mano sobre mis pechos, despachando botones con la otra.

En un abrir y cerrar de ojos, la camisa está abierta y mi espalda echada contra el piano. Completamente desnuda, excitada hasta límites prohibidos, con unas piernas abiertas que solo saben enroscarse en su cadera, clavar los talones en su trasero y atraerlo hacia mí.

—Me la vas a meter hasta el fondo, ahora —ronroneo viéndolo desgarrar la funda del preservativo con los dientes—. Porque de lo contrario soy capaz de asesinate.

—Siempre tan mandona.

—Y tú tan previsor... Te has traído un condón de la habitación...

Se baja el pantalón del pijama. Veo que la ropa interior tampoco es lo suyo. Esta erección supera todas mis expectativas, que eran bien altas. Diez dedos sobre la piel tersa de mi torso desnudo para él, pellizcándome los pezones, retorciéndolos con suave perversidad. Me arqueo y gimo impaciente.

Siento que me penetra y me llena en el acto. Que al mismo tiempo me chupa un pezón, succionando y apretando con los dientes, enloqueciéndome. Ardo en sentido literal. Al amparo de las sombras del amanecer, me devora como una fiera hambrienta. ¿Qué puedo darle yo? Todo parece poco para este amante perfecto. No quiero compartirlo, claro que no quiero. Poco a poco soy consciente de que no quiero entregarme a otros mientras él mira y sobre todo, soportaría mal el que otra mujer le pusiera las manos encima. Pero esa ha sido su vida mucho tiempo, antes de llegar yo, así es como Mario entendía el sexo y si no sigo su juego... temo decepcionarlo y perderlo.

Remuevo las caderas, avanzando, retrocediendo, forzando el roce, animando su bombeo cada vez más acelerado, más fiero. Lo siento palpar dentro de mí, ¡qué delicia, por Dios! ¡Qué mío en estos momentos! De mis labios brotan pequeños gemidos que crecen en intensidad y acaban en un grito con su nombre.

Dios... Acabo de correrme como se corren las mujeres enamoradas.

32. Fruto diabólico

(Mario)

Puedo negarlo, de hecho, a la menor oportunidad lo hago, pero los sucesos de Sicilia me han perturbado profundamente y ahora huyo. No como un cobarde, no hay otra cosa a qué enfrentarse más que al tiempo, aguardar a que las semillas plantadas germinen su fruto de diabólica autodestrucción. Estoy convencido de que no tardaré en tener noticias de Fabio y confío en que habrá avances en la dirección correcta, pero...

Puede que me haya portado como un auténtico criminal.

Aprieto los dedos alrededor del volante y aspiró aire. Una bocanada grande que me limpie por dentro. A estas alturas soy muy consciente de mi lado oscuro, ya lo era antes de que Sofía me lo echase en cara y resaltara mis dos yo enfrentados. Siempre a solas, asumir mis dobleces me da miedo, ser un diablo sin voluntad bailando con Satanás a la luz de la luna. Una cosa es el juego sexual, hasta la vida corriente. Otra muy distinta, lo que he desatado en Sicilia.

De momento pretendo olvidarlo aparcado en algún rincón indeseable de mi cerebro. Mejor concentrarme en el viaje. Venecia, carnavales y Valentina. ¿Qué más se puede pedir?

Ella se empeña en pasar por casa y recoger equipaje. Yo le habría comprado todo, desde zapatos a ropa interior pasando por cosméticos, con tal de salir de Milán lo antes posible pero en estos puntos delicados, a las mujeres no hay quién las convenza. Aprovecho su pausa para visitar a Eleonora y asegurarme de que tanto ella como Allegra se encuentran bien y entienden que volaré desde donde esté, si me necesitan. Solo tienen que avisar. De nuevo Barón queda a su cuidado, sospechosamente feliz.

En quince minutos, Valentina aparece en el portal, en vaqueros y deportivas, con un jersey azul marino de cuello vuelto, un abrigo de pelo sintético teñido de beige, un fedora y el pelo recogido en la coronilla, tirando de una maleta pequeña. El corazón me pega un vuelco. Su conserje se apresura a arrebatársela de las manos y ella apunta con un dedo hacia mi coche. El hombre la acompaña. Yo me bajo, abro el maletero y él introduce la maleta roja con la ilustración de un mini Cooper que me recuerda la película “*An italian job*”. No se priva de repasarme de arriba abajo y torcer el bigote con un mohín de disgusto. Seguramente conoce a Valentina desde cría, ha desarrollado una especie de instinto guardián con los chicos de la finca, y yo soy el macho indeseable que viene a raptarla. Cruzamos una solemne inclinación de cabeza por su parte y un esbozo de sonrisa por la mía, mientras que Valentina se engancha a mi cuello y sin ningún pudor ni protocolo, me besa.

—Páselo bien y cuídese, señorita Valentina —Cierra meticuloso la portezuela, echando un último vistazo evaluador.

—No des detalles si preguntan por mí, Conrado. Di simplemente que me fui.

Suficiente para dejar en jaque a sus padres. Ella tan en su línea. Levanta la mano para despedirse, en un saludo típicamente masculino que contrasta con su frágil aspecto de este mediodía. Si el empleado del edificio está o no de acuerdo con el escueto mensaje a transmitir, es algo que nos da igual a ambos. Valentina sube el volumen de la radio donde truena *Sugar* de Robin Schulz, menciona entre risas que nos escapamos al carnaval como los príncipes del XVIII, y espoleado por su alegría, acelero rumbo al aeropuerto.

Venecia en febrero es fría como el maldito Polo Norte. Húmeda y helada. Pero conserva ese aire de cuento de hadas enrarecido por los siglos y la magia de los canales. He reservado una suite en el *Danieli Venecia* y hasta cuatro trajes distintos para cada uno, originales rescatados del mil setecientos y pico, nos esperan en sus armarios, como recién salidos de un cuadro de Canaletto. Valentina corre de un lado a otro, movida por un entusiasmo infantil que me enternece hasta lo más hondo. No parece la misma chica rota de los clubs nocturnos. No la recuerda en nada. Mi Valentina de ahora, resplandece.

—¿Iremos de fiesta? —pregunta con estrellas en los ojos, de espaldas al balcón, apoyada en la baranda de hierro.

—De fiesta en fiesta, nena. Muchas privadas, una cena en *Il Ridotto* y no faltará el *Ballo de Tiepolo*...

—¿En el Pisani Moretta? —Abre mucho los ojos y luego se cubre la boca con las manos— ¿Cómo has conseguido invitación?

No respondo. Le guiño un ojo y ella se abalanza a mi boca y me besa con ansias. Luego me suelta dejándome vacío, para correr hasta el armario donde cuelgan sus trajes de época.

—¿Cuál? ¿Cuál es el mejor para cada ocasión?

—Todos van a quedarte de maravilla —aseguro entre risas. En estos momentos, la gata seductora se reduce a ratita presumida. Adorable.

—No, ese baile es muy especial, tiene que ser algo... fastuoso —manosea las pesadas telas—. ¡Qué bonitos todos...! ¿Este? —Tira de uno en seda salvaje blanco *panna* bordado con incontables cristallitos de Swarovsky. Me han contado al alquilarlo, que fue en su día un traje de novia.

Llego a su altura y la cojo por la muñeca para que se libere del vestido. La hago girar y la miro directamente a los ojos brillantes.

—Val, ya decidirás cuando llegue el momento. Vamos a comer algo y a descansar, esta noche empieza nuestra aventura.

Almorzamos en la terraza frente a la laguna, deshacemos las sábanas en un cuerpo a cuerpo rápido que Valentina gobierna cabalgando sobre mi pubis, y rematamos con un baño de espuma, juntos en la enorme bañera, con Beyoncé de fondo cantando “*Running*”. La fijación de mi chica por esa canción empieza a ponerme un poco nervioso. Luego la dejo elegir nuestra vestimenta rigurosamente coordinada, y uno al otro nos vestimos y de paso nos sobamos otro rato. Sin darnos cuenta, vamos entrando en la peligrosa espiral del no tener nunca suficiente.

—¿Da el señor su beneplácito? —Valentina da un paso atrás para que pueda admirarla— Dime que parezco una verdadera cortesana.

Lleva un vestido azul cielo cubierto de diminutos bordados en oro. El corsé y las mangas son una sucesión de apretados volantes cortos en gasa dorada y por encima del escote, sus voluminosos pechos me hacen insoportables guiños. Se ha pintado los labios de un rojo idéntico al de las rosas de tallo largo que adornan los rincones de nuestra suite. Mi acompañante es una tentación de los pies a la cabeza.

—¿Por qué cortesana y no princesa?

Deja ir una risa pícara, descarada.

—Las princesas no sabían divertirse. Mejor meretriz, conocían todos los trucos del buen vivir.

—Muchos de ellos, espero me dejes probar... —insinúo bajando la voz lo suficiente como para confundirla con gruñido. Val se echa la capa de terciopelo a la espalda y ladea el cuello para mortificarme con el centelleo de sus ojos mientras anuda los borlones.

—Si paga bien, caballero, será recompensado.

Compongo una trabajosa reverencia.

—Tengo todo el oro del mundo en mis bolsillos para vos, gentil dama.

—Esta dama no es gentil. Le gustan el morbo y las palabras sucias. —Se me coloca enfrente. Aferra las solapas de mi casaca azul bordada, y de puntillas, pega su nariz a la mía. De un lametón lascivo que me excita de inmediato, moja mis labios—. Le gusta su erección magnífica entre las piernas y la embestida de su dureza bien dentro. Liberarlo con presteza de sus ropajes, porque sería un placer tenerlo entre mis piernas toda la noche, señor.

Me quedo enganchado de esos rasgos, de lo que sin palabras, prometen; de su enfermiza espontaneidad.

—Le aseguro que de eso tendrá, hermosa Valentina..., todo cuanto desee.

Decido arrancar a lo grande, consumiendo nuestra reserva en *Il Ridotto*, un ala del fabuloso palacio de San Moisé, que ya en 1638 fue convertido en casa de juegos. Llegó a ser célebre como casino y el simple recordatorio de que durante mucho tiempo fue “estancia clandestina y privada” a la que solo podía accederse mediante invitación exclusiva, me hace arder y me empuja a imaginar morbosas orgías y fiestas donde la lujuria se desboca. En principio solo vamos a cenar, pero para ese tipo de planes libertinos, sé que llevo la compañía perfecta.

Nos fusionamos con el resto de los invitados. Esto realmente parece un salón de baile de hace tres siglos. La iluminación amortiguada y cálida que se confunde con las llamas de las velas, la arquitectura, rica y profusa, los frescos en los techos, las columnatas de piedra y esas enormes arañas de cristal coloreado suspendidas sobre los comensales. Desde el otro lado del banco de terciopelo que compartimos, Valentina me dedica una abierta sonrisa de agradecimiento.

—Ha sido una buena idea esta escapada. Las cosas en casa estaban feas. Como de costumbre —agrega encogiendo los hombros.

—¿Cómo es que a tu edad aún vives con tus padres? No es que te juzgue, no me malinterpretes, pero con casi treinta años uno suele angustiarse si lo vigilan muy de cerca...

No sé interpretar el súbito cambio en su expresión. Es fugaz, enseguida vuelve a la normalidad. No todo en Valentina es siempre acorde a la lógica.

—Nuestra casa es demasiado grande como para chocar. Pero sí, mataría por volar, algo complicado cuando no se tienen ingresos ni un trabajo a la vista.

—Dependes económicamente de ellos —deduzco sin dejar de comer. No quiero convertir esta conversación en un interrogatorio incómodo para Val.

—De mi padre. La sosa de su mujer no pinta nada, mi verdadera madre murió siendo yo muy pequeña. El señor de la casa ostenta el poder absoluto. Tienes dinero, mandas. Probablemente él lo contaría de otra forma pero esta es mi historia, así que te conformarás con mi versión.

—Imagino que te machacan con tus salidas y entradas.

Me lanza una pícaro mirada significativa.

—Imaginas bien. Me machacan. Todo el tiempo. Y empiezo a cansarme.

—No digo que no te lo merezcas. —Disimulo la risa—. Te he visto en acción a las cinco y media de la mañana, no tienes desperdicio, nena.

—Emborracharme me divierte. Ayuda a evadirse y a disipar pesadillas, ¿no? —levanta la copa y se encoge de hombros— Puedes chillar, hacer un montón de tonterías y portarte mal con la gente. Les fastidiará, claro, pero todos dirán que no estabas en tus cabales y por eso te perdonan. —Apura el contenido de un solo trago. Persigo embelesado el movimiento de su delicado cuello al tragar—. Luego se te pasa y... qué de vergüenza trae la lucidez, qué de reproches. Así que lo ideal es emborracharse de nuevo. Seguir bebiendo es la única salida, así no piensas. —Con el índice se da unos golpecitos en la sien—. Los de la Robbere son demasiado fríos para entenderlo. ¿Recuerdas la noche de la exposición? —Asiento con lentitud—. Me la pasé mirando a la puerta porque esperaba un milagro. Ver aparecer a mi padre habría sido una muestra de apoyo, de respeto por lo que me hace feliz, pero no. Ni siquiera permitió que Renata viniera, la dejó compuesta y en casa con el argumento de que no debía dar alas a mis excentricidades.

—Tu hermana sí fue...

—No te confundas, no como muestra de apoyo. Fue a la galería para espíarme. O porque mi cuñado la arrastró de los pelos. Chiara nunca mueve un dedo si no es con un objetivo concreto y generalmente, lucrativo.

—¿Te gustaría marcharte de allí? Me refiero a la casa familiar.

—Desde luego que me gustaría. —No me mira al decirlo. Se entretiene jugueteando con las bolitas de caviar y los dientes del tenedor de plata.

—Tengo un edificio completo que dedico al alquiler. Puedes disponer de uno de los apartamentos, el que quieras, sin ningún problema.

Entonces sí levanta los ojos. Y leo en ellos un velo de extraño resentimiento que me hace arrepentirme del ofrecimiento, en el acto.

—¿Y pasar a depender de ti?

—No he dicho eso.

—Sigo sin pasta, ¿recuerdas? ¿Vivir de de prestado o tener que pedirte hasta para unas malditas medias? Ni hablar.

—Fíjate que eso es lo que entendí que hacías hasta ahora con tu padre — fanfarroneo molesto. Se pone muy seria.

—Ahórrate los golpes bajos. Mi padre es mi padre y por muy recalcitrante que yo resulte ser, cumplirá con sus obligaciones.

—Hasta que decida estrangularte. Y no me refiero al concepto físico del término. Cerrar el grifo es una estrategia que siempre funciona.

Val mantiene su mirada demoníaca y enseguida empuja la mesa y retira la silla. Leo su intención de abalanzarse hacia la salida. Como ocurre casi siempre que las cosas se tuercen fuera de su plan, la nena huye. Así que me anticipo, la agarro por la muñeca y tiro de ella hasta pegarla a mi cuerpo. Nadie alrededor se percata del numerito.

—Espera, espera, no tan deprisa.

Batalla para soltarse. Con toda su rabia y los labios apretados. Empieza a gustarme el juego, sus rabietas me ponen.

—No te vayas, nena, cálmate. Es nuestra primera noche.

—Pues enhorabuena, acabas de destrozarla.

—No tiene porqué. Si te quedas, lo arreglamos, te lo prometo.

—Quieres que me quede para poder restregarme bien a gusto mi incapacidad para ganarme la vida. ¿Es eso?

—Lo has tergiversado todo, tienes edad para decidir cómo malgastas tu tiempo, no pienso inmiscuirme. En absoluto.

—Mira, soy consciente de que por mi forma de ser y actuar no le caigo bien a mucha gente...

Levanto las palmas en señal de paz pero no sirve de gran cosa, la verdad.

—También soy consciente de que todo eso me importa menos que nada.

—Queda claro. —Aguardo a que se le pase el arrebató— Oye, tampoco

yo soy un tipo fácil. Tengo la sensación de que nací viejo, demasiado ceñudo siempre, poco sociable, oscuro. Seguramente estaba predestinado a ser profesor porque cuando llegué al departamento con todo aquel polvo del tiempo en las estanterías... Bueno, sentí que había encontrado mi lugar, no tenía que sonreír demasiado ni caerle bien a nadie.

Consigo que sus labios se curven en una sonrisa. Refunfuñona y corta, pero un comienzo es un comienzo. Permanece erguida, con los brazos cruzados sobre el pecho arrastrando mi gancho aún cerrado. También me pongo en pie.

—¿Qué te gustaría hacer? —insisto en voz baja cerca de su oreja.

Deja de forcejear y me lanza una ojeada huraña y muy de soslayo.

—Venga, ¿qué te vuelve loca aparte de mi persona desnudándote lentamente... —retiro el pelo a un lado de su cuello y acerco los labios. La noto flaquear—, enterrándome entre tus piernas...? —Doy un largo, discreto y lento lametón que termina cerca de la nuca.

—Cantar —responde con precipitación. Me distancio lo suficiente para poder observarla.

—¿Cantar?

Vuelve a su silla en la mesa y asiente con las mejillas sonrosadas. ¿Son mis caricias o la excitación de una niña que cuenta lo que le apasiona?

—La verdad es que cantas muy bien —afirmo una vez resuelta la papeleta de su escapismo—. Mejor que bien.

—¿Lo dices por ayer en el piano? No has visto nada.

Me lo imaginaba. Con Valentina de la Robbere, siempre hay más, mucho más. Basta hurgar con el dedo. Y suele ser tan peligroso como atrayente ella. Se levanta por segunda vez, se pasa la servilleta por los labios antes de tirarla en la mesa, y sin titubeos se dirige al escenario desde donde el cuarteto de cámara nos deleita con piezas de Mozart y Vivaldi y se inclina para dejar unas cuantas palabras al oído de uno de los músicos. Este asiente, se ausenta medio minuto y regresa acompañado de tres colegas vestidos de frac. Uno ocupa posiciones ante el teclado del piano, los otros dos portan bajo y guitarra eléctrica respectivamente. Choca ver esos instrumentos tan modernos en esta atmósfera de clasicismo. En un abrir y cerrar de ojos una mano invisible amortigua la luz ambiente y no hay un solo comensal que no se gire interesado por lo que se cuece en el recodo.

33. Las sorpresas siempre son inesperadas

(Mario)

Con los ojos entrecerrados, Valentina empieza a cantar una pieza lírica. A *cappella*. Sin acompañamiento instrumental de ninguna clase, con esa voz mágica suya que yo ya conozco, pero desarrollando matices nuevos y un abrumador sentimiento, advertencia de que me sorprenderá aún muchas veces. Con la primera estrofa es capaz de hipnotizar a cien personas y transportarlas a un universo paralelo, plagado de ninfas y faunos. Cuando a partir del estribillo los instrumentos se unen y el aria pasa a rock duro para enseguida fundirse con las notas de *Smalltown boy*, el efecto es arrasador. La gente de pie, aplaudiendo enloquecida, sin que termine. Yo clavado en mi silla, preso de una turbación que tira de mis lágrimas, de mis recuerdos dulces, de los amargos, del abrazo de mi madre, de su miedo, de la despedida de Sofía, de mi corazón desgarrado.

También cuenta mucho de ella misma con esa letra dolorosa, teñida de desesperanza. “*Crying to your soul... run away*”

¿Cuánta alquimia es capaz de desplegar la voz de esta chica?

Se apaga tan de repente como nos ha asaltado. El público, que probablemente creía asistir a un concierto, deja sus sillas vacías pidiendo más. Pero ella con un gesto elegante de la mano abandona el micrófono, cruza la sala mirando al suelo y conteniendo la emoción, regresa a mi lado.

Me siento el hombre más afortunado de la tierra.

Acabada la cena, se retiran las mesas dejando diáfano el centro de la sala, y los congregados damos rienda suelta a nuestro rol de época, bailando *minuetto*s. Con Valentina agarrada por el talle y su sonrisa dándome aliento, cada vuelta al son de los violines me acerca más al olvido. Perder la memoria respecto a Sicilia y lo que con toda probabilidad, allí esté ocurriendo. ¡Qué bello sueño!

—Quiero jugar —me susurra de pronto a la oreja. Doy un respingo y la miro sin entender—. En el casino, hombre, no te figures cosas raras. Quiero apostar todo lo que tengo y volverme loca.

—Loca ya estás —ríe—, no corras.

La madre que la parió. Pierde todo cuanto llevábamos. Hasta el último céntimo en metálico. Agota el suyo, lo que supongo que trajo de Milán, y sin cortarse un pelo estira la mano abierta para que yo vacíe mi cartera. Dejo las tarjetas a buen recaudo y la contento entre carcajadas. No tiene la menor idea y se enfrenta al Basetta, un juego que mezcla el pócker, el blackjack y el gin rummy, con más voluntad que astucia. A la vista está que perder le importa un comino. Valentina solo busca diversión. Y en serio, se lo pasa en grande.

Entonces ocurre. Empiezo a ver claras sus intenciones.

—No tengo más dinero, señor, lo siento —ronronea de un modo casi misterioso. El *crupier* sonrío tenso.

—Bien, *signorina*, le ruego entonces, deje libre el puesto...

—Pero me tengo a mí. —Frunce los labios. Condenada bruja. Absolutamente todo el mundo clava en ella sus ojos.

—*Signorina*, lo siento, las normas...

—Yo soy la apuesta, quien me gane me tendrá esta noche.

Se levanta un súbito murmullo sorprendido que va creciendo y propagándose. No soy estúpido del todo, mucha gente me mira y se pregunta si tengo algo que oponer a esta estrafalaria oferta. Varios varones levantan exaltados sus manos, deseosos de participar. Cómo no, todos quieren a Valentina, cualquier hombre de este planeta con sangre en las venas querría desnudarla y poseerla hasta perder el sentido, no sé de qué me extraño. Un pellizco me muerde la boca del estómago antes de darme cuenta de que no es mía. Valentina no me pertenece, nunca lo ha hecho, ella es su propia dueña. Muevo los labios pero de ellos no brota una sola palabra. Articular sonidos parece algo fuera de mi alcance.

—¿Aceptaría mi apuesta? —se interesa un joven de fuerte acento inglés, facciones agradables y una peluca de época que le resta bastante atractivo. Valentina le dedica un vistazo distraído.

—¿Y la mía? —La voz pertenece a un tipo moreno y enorme, con manazas como palas.

—Acepte la mía, se lo ruego —dice ansioso otro.

Así se juntan cinco o seis. Le arrancan una voraz sonrisa. Coloca las manos sobre el tapete, trenza los largos dedos llenos de anillos y los mira de hito en hito.

—Las acepto todas. Vamos a jugar.

Sigo de cerca su travesura hasta descubrir que Valentina no es la novata que aparentaba. Gana con quien quiere y pierde con quien le da la gana. Ella misma selecciona a su antojo al tipo con el que se meterá en la cama, el que más le ha gustado, el moreno con pinta de *playboy* monegasco que se estira cuanto puede, sacando pecho, presumiendo de premio. Noto la llamarada encendérseme dentro. La percibo pero apenas si comprendo su presencia.

—Hay una condición —lo alerta ella en un murmullo al levantarse. El tipo entrecierra contrariado los ojos—. Una sola.

—Lo que quieras, preciosa —babea tragándose la protesta que seguramente le picará en la lengua.

—Mi chico mirará. No es negociable.

No cuesta encontrar habitación. En otra zona del palacio, nos asignan una con el lecho lo bastante grande como para cuatro. Valentina se desnuda con desparpajo, sin permitir que el ganador la ayude. Debajo de su vestido veneciano, eliminado el armazón del miriñaque, no lleva absolutamente nada y el hombre, paralizado ante semejante despliegue de belleza, disfruta hipnotizado, olvidándose de mí, que ocupo un cómodo sillón en una esquina, dominado por una extraña desazón. Desde allí, controlo los cuatro puntos cardinales de la cama. Val sirve dos copas de vino, solo dos, llega hasta mí sin despegar los labios y me ofrece una. Luego regresa y espera paciente a su amante, tumbada de costado con su copa apoyada sobre la cadera.

—Cuando gustes —lo azuza. Pero me mira a mí. La boca entreabierta, los ojos en llamas.

El ganador despacha el disfraz en un santiamén y salta al colchón. Creo que el pobre diablo se pregunta cómo ha podido tener tanta suerte. Esta mujer es una diosa. Se coloca a su lado y la ve apurar el vino. Luego él mismo retira la copa y se lanza sobre su piel de seda como un depredador famélico.

Primero recorre con la lengua el centro, desde el valle de la garganta al esternón, gozando con la briosa respuesta de los pezones. De ahí a su ombligo hasta llegar al monte de Venus. Valentina separa las rodillas y él pasa las manazas por debajo de su trasero, agarrando fuerte los cachetes, atrayéndola hacia su boca. La entierra en el sexo. Chupa, lame y succiona, permitiéndome ser testigo de cada movimiento de la lengua, del arqueado de la espalda de ella, excitada por tanto estímulo. Cuando la lleva al orgasmo, decide no perder el tiempo, la coloca boca abajo y asciende por su columna hasta la nuca. Allí clava unos dientes ansiosos mientras las manos tironean de los pezones. Valentina se las arregla para incorporarse y quedar de rodillas, de espaldas a su pecho pero de frente a mí, de modo que todos los puntos de su cuerpo al activarse, me rinden una especie de pleitesía que dispara mi libido.

Se separa de su amante ocasional y repta sobre las sábanas hasta caer de rodillas al suelo. Él sigue en el colchón a la expectativa. Val toma su pene con ambas manos y lo observa golosa.

Verla allí, dócil, sumisa, con la boca abierta para que se lo meta hasta el fondo, dedicándome su atención de reojo, me nubla la mente. Ardo literalmente bajo la ropa. Abro la bragueta, meto la mano y tras rodear y acariciar por encima mi erección a punto de explotar, la saco fuera. Valentina enfoca relamiéndose. El miembro del ganador de Basetta desaparece entre sus labios y cada chupetón, yo puedo sentirlo sobre la punta, mi tronco hinchado y en los testículos. Una especie de calambre devastador me recorre entero.

En cuanto su amante tiembla sacudido por el clímax que se avecina, ella saca de su boca el pene para dejar que se le corra encima, manchando su delicioso torso. Sin pausa se levanta, viene en mi busca, flexiona las rodillas, engulle mi erección y con una última y potente succión, me arranca del mundo de los vivos. Derramarme en su garganta con un alarido es una experiencia desconocida.

De repente lo entiendo todo. Sus apuestas a lo loco, su falta de precaución. Tenía muy claro dónde quería llegar, era todo una argucia para encerrarnos en este cuarto y provocarme. Cuesta admitir que lo ha conseguido. Y odio el poder que está desarrollando sobre mí, no controlarlo empieza a darme miedo. Porque yo no soy bueno para casi nadie, mucho menos para una kamikaze como Valentina que se lanza de cabeza a las hogueras sin pensárselo un segundo. No quiero necesitarla y desde luego, que

ella me necesite a mí, queda fuera de todo plan. De repente siento como un violento puñetazo en la conciencia. Porque todo eso lo sé, pero en vez de parar el ritmo de las cosas me voy convirtiendo en un puto yonki adicto y ansioso, siempre a la espera de la siguiente dosis.

Cualquiera de ellas, con Valentina de por medio, puede resultar letal.

—¿Disfrutas, mi amor?

Soy incapaz de contestar nada que se entienda. La sangre me bombea en el pecho y en las sienes, como un aleteo de dragón. Adivino sus intenciones, acomodarse en mi regazo, animar mi excitación en cuanto pueda y empalarse. No. Ese no es el trato.

—Vuelve a la cama —consigo pronunciar en un gruñido ronco. Sus ojos se velan contrariados—. Vuelve con él si no has tenido suficiente.

Desde aquella especie de limbo en el que me encuentro gracias a ella, noto sus dedos correr por mi piel caliente, palpar mis bíceps, luego mi pecho, sus dientes jugueteando con mis pezones, su lengua resiguiendo mi mandíbula. Cojo sus muñecas y me distancio, haciendo lo posible por sonar rotundo.

—Vuelve a la cama.

Ya no leo súplica en sus ojos. Vibran de furia. No es que desee sus ruegos, pero tampoco pienso concederle todos los caprichos. Si no me mantengo firme, el huracán Valentina me destrozará. Eso, hasta un tío con toda la sangre acumulada en la entrepierna, podría entenderlo.

Le mantengo la mirada en un duelo de titanes que ya me es conocido. Ha sido así desde el principio, nuestros encuentros vienen teñidos de necesidad de lucha, demostrar quién está por encima de quién. Curioso, porque yo no he sido competitivo en toda mi vida.

—Hemos terminado, gracias. —Valentina se pone en pie y despacha al amante latino. El tipo pestañea atónito un par de veces, con ella enfrente, desnuda y poderosa, con las manos en jarra, apuntando a la puerta. Hace un leve asentimiento, recoge su ropa, y antes de desaparecer, besa cortésmente su mano y susurra “ha sido todo un placer”.

Desde luego que lo ha sido. Apenas si la había penetrado unos segundos, cuando Val se colocó a cuatro patas, pero imagino que bastó para tocar el cielo con la punta de la polla. Recordará esta apuesta hasta que se muera. La intensa mirada furiosa de Val me saca de mis pensamientos.

—¿A qué esperas? —espeta sin ningún cariño— Hora de irse.

No se me ocurre discutir. Nos vestimos en silencio, casi sin mirarnos.

—Todo esto lo has montado tú solita —le recuerdo.

—¿Y?

—Si no disfrutas, solo tienes que decirlo —adviento finalmente. Ella aprieta los jugosos labios.

—Esa es la cuestión. Me gusta el morbo.

—Entonces no sé a que viene enfurruñarte. Diría que has hecho exactamente lo que te apetecía.

—Lo paso bien siempre que después tú me demuestres que te importo.

—¿Rematando la faena?

—Por ejemplo.

Me encojo de hombros.

—Puedo complacerte si quieres —me rindo. Está demasiado bonita, a medio vestir, irresistible con su larga melena revuelta y las mejillas ardiendo —. Dame cinco minutos.

En lugar de agradecerme el intento, se pone hecha una fiera. Que me aspen si sé traducir a una mujer.

—Ya sé que se darás la talla sin problemas y que me la meterás porque acabo de pedírtelo. Pero quiero que salga de ti, ¿lo entiendes? Si no lo deseas no vale nada.

—Val, te deseo siempre, pero es que a mi manera, acabo de poseerte. ¿Es que no estás satisfecha?

—No de ti, desde luego.

Ahí zanjamos nuestra amable conversación. Abrimos la puerta y a grandes zancadas de gente enfadada, salimos.

34. Por primera vez

(Valentina)

Imagino que es la niña estúpida que a veces soy, la que esperaba abrazos, mimos y palabras de amor esta noche. Salirme con la mía, arrastrarlo a mi terreno, una recompensa a mis esfuerzos por complacerlo y, sembrar en él al mismo tiempo, un deseo insaciable que cegara el resto, desplazar sus antiguas prácticas sexuales a segundo plano, obligándolo a derrochar en cada uno de nuestros encuentros, pasión de esa que solo existe en las novelas. Nunca lo dije, pero confiaba en que Mario rechazase el juego. Apreciara mi sacrificio pero me confesara *“solo te quiero a ti. Contigo me basta”*. Va a ser más complicado de lo que imaginé en un principio, sus desplantes no me los tomo nada bien. Llego al hotel colérica pero muda. Una sorpresa hasta para mí, no hacer de esto un drama con gritos y lanzamiento de jarrones, aunque tampoco soporto que me ponga un dedo encima. Me encierro en el baño, pongo *Stressed Out* de Twenty one pilots a volumen insoportable, y mirando la bañera donde habíamos compartido mucho horas antes, me ducho sola. También me prometo a mí misma que las cosas no van a quedarse así, no me doy por vencida tan rápido, pero dejaré que lo crea y sus defensas aflojen. Luego derrumbaré esas barreras y bailaré sobre sus escombros. Tarde o temprano, Mario será mío del todo. Ya tengo una tarea en la que ocupar los cinco sentidos.

Así y todo, me meto en la cama y mantengo las distancias. Pero en cuanto empiezo a relajarme y sus brazos me envuelven en un cálido nido, mis

músculos se destensan, mi cerebro se despeja y sintiendo una riada de pequeños besos en la nuca, por primera vez desde los diecisiete años, esa noche la duermo del tirón, sin necesidad de somníferos.

Amanece y con el tibio sol de febrero, todo vuelve a la normalidad. Después de desayunar nos vestimos como simples turistas y recorremos la isla para no perdernos casi ningún festejo. Durante los dos días que siguen aplaudimos como locos las regatas de góndolas y otras fiestas del agua, participamos en desfiles y pasacalles, asistimos a las actuaciones del teatro de la plaza de san Marcos, disfrutamos de la fiesta de las Marías y lamentamos no haber estado en la inauguración del carnaval, para haber visto el vuelo del ángel desde el *campanile*. Aquí y allá, cuando nos apetece, nos detenemos y probamos las exquisiteces venecianas en restaurantes pequeños llenos de encanto. Recorrer las calles cogida de su mano me llena de tonta emoción. Ni siquiera de adolescente viví yo momentos como estos. En realidad, desde los dieciséis me había dedicado a vagabundear por las calles de Milán, drogada o borracha, lamentando mi jodida suerte. Disfrutaba del sexo siempre que tenía ocasión pero ¿amor? No, *Madonna Santa*, amor no, ni siquiera sabía de qué color tiene la cara.

Cuando por la noche nos recogemos, Mario me dedica su atención por completo. Disfrutamos del sexo en nuestra cama, sin más compañía que los gemidos y el olor a lujuria. No se disculpa ni da explicaciones pero entiendo que a su manera me compensa. No tiene porqué, yo ya me he vuelto a convencer de que disfruto mucho cuando él mira, de que siempre he sido un poco exhibicionista y dedicarle mis prácticas resulta alucinante y morboso. Y en parte no es mentira, verlo allí, acariciándose mientras sus ojos escrutan mi piel, brillando oscuros como nunca, me excita. Pero luego quiero... lo que quiero. Básicamente, no sentirme su juguete sexual, algo que Mario utiliza sin ningún escrúpulo para divertirse sin reservarme nada. Estoy abierta a nuevas experiencias, con él incluso descubro el aliciente de la tentación, pero no me basta. Faltando su implicación todo se reduce a un pasatiempo hueco.

¿Por qué? ¿Por qué necesito más cada veinticuatro horas que paso a su lado?

En la mañana del último día, hemos alcanzado unas cotas de intimidad gloriosas. Sobre todo para mí, que lo máximo que llego a compartir con otro ser humano son fluidos corporales y algún que otro insulto. Me sirve café y atrapa mi mano que se pierde en la suya. Por una vez no se detiene en el aro

que adorna mi pulgar, sino en el enorme anillo en forma de flecha del dedo corazón.

—Así que este es tu temible anillo-machete. —Lo hace girar sobre mi dedo. Suelto una risita malévol.

—Si. Con este me he defendido en alguna que otra pelea de gatas rabiosas.

Libera mi dedo y se queda con mi palma abierta. Dibujando distraídos círculos con el pulgar.

—No será verdad. ¿Tú participando en luchas callejeras?

—El alcohol es mal consejero. Llegaron a gustarme mucho las broncas.

Mario suelta una carcajada. Fresca y espontánea. Enseguida se tapa la boca con la servilleta y me dedica un guiño pacífico. Me gusta porque jamás me juzga, sea lo que sea lo que le cuento.

—Lo siento. Me cuesta imaginarte desgredada en peleas de barro. No das esa imagen.

—Será ahora, igual me estás apaciguando. Cuidado, puedo acostumbrarme.

—¿A la civilización?

—A ti.

Quizá esperaba una frase bonita por parte de Mario, un indicativo de algo más, no sé. Mantiene apretados los labios que yo muero por besar. A todas horas.

Decido romper el hielo que acaba de cristalizar.

—Hay una cosa que no me has preguntado.

—¿Y es...?

—Por qué fotografío gente que sufre.

De nuevo se toma su tiempo antes de responder. Llega a ponerme nerviosa.

—No.

—¿Y...?

—Sé por qué lo haces.

—¡Vaya! Así que lo sabes...

—Para no sentirte tan sola.

Escucharlo es como recibir una puñalada en mitad del corazón. Nunca pensé ser tan transparente, aún tengo que decidir si me gusta o me hace sentir vulnerable y frágil. Retiro la mano fuera de su alcance.

—Olvidaba que eres psicólogo. —Tuerzo la cara en otra dirección. ¿Para

qué demonios he preguntado yo nada?

Mario estira el brazo y vuelve a atraparme. Esta vez por la muñeca.

—Oye, nena, no pasa nada, cada cual tiene sus cadáveres en el armario. Los míos son grotescos, te lo aseguro. No te entiendo porque tenga unos ridículos conocimientos sacados de los libros, te entiendo porque somos iguales.

Somos iguales. Iguales.

Me retumba en las sienes algo que he leído en alguna parte. “*A veces, cuando dos seres son muy similares, intuyen que están abocados a destruirse ya que uno de los dos, sobra*”. Una angustia terrible me pellizca el estómago.

—¿También sientes que eres el único que sufre?

—Soy una jodida anomalía, un insociable que sufre de ansiedad y hasta nauseas rodeado de gente, si tengo que sonreír y contarles algo. A estas alturas sé que mi pretendido gusto por la soledad no es más que la racionalización de todo mi pánico. Pero, la buena noticia es que no implica el fin del mundo, mi manera de ser es solo una elección entre miles.

—¿Nuestra elección nos hará libres? —canturreo irónica. Mario mira al vacío sin expresión en su rostro perfecto. No me canso de mirarlo, ¡*Dio mío*, qué guapo es!

—No sé si nos hará libres, de momento, para mí es la única salida.

Volvemos a hundirnos en uno de esos silencios que al principio temía tanto. A costa de soportarlos, he llegado a entenderlos, a sentirme cómoda en su centro. Yo, una chica que se refugiaba en el ruido y en las conversaciones absurdas para tapar la desesperación, mis carencias y todo lo demás, ahora simplemente respiro hondo y abro el alma, sin atormentarme pensando “¡No calles! *Corres peligro y comprometes tu posición, di algo, lo que sea, ¡habla!*”. Con Mario se han vuelto cómodas las pausas.

—Esta noche es nuestra despedida de Venecia, la ciudad de las hadas —murmuro observando el vaivén casi invisible del agua en la laguna—. ¿La gastaremos haciéndonos arrumacos a escondidas al amparo de la solitaria luna?

Mario posa en mí una mirada ardiente que me calcina.

—Esta noche, diremos adiós a Venecia, con todos los honores.

Ninguno de los dos imagina siquiera por encima, cómo cambiarán las cosas a partir de esta noche.

El baile de *Tiépolo* es el evento más exclusivo del carnaval. En un

decorado digno del más principesco Versalles, cenamos de mano de Corrado Fasolato, chef con estrella Michelin y nos embriagamos con los vapores del vino de a quinientos euros la botella. Hemos reservado nuestros mejores trajes para esta ocasión. Ya a nivel personal, también un concentrado de ganas. Desde que Mario insiste en que llevemos nuestras máscaras, yo ya sé que aguardan diversiones peculiares que harán de la velada un broche inolvidable. No me equivoco.

Tras la cena y el baile, nos fundimos con un grupo de extranjeros eufóricos gracias al champán y otros licores, que cubren sus rostros con máscaras decoradas con plumas y lentejuelas. Con un burbujeo excitante en el vientre, entiendo que es hora de estrenar las nuestras. La comitiva se dirige a un área específica del palacio, cruzando el colosal zaguán, los corredores llenos de arcadas, para llegar finalmente a una sala ricamente ataviada, con múltiples camas listas para deshacer, cuyo final no llego a ver. Conforme entran, se desnudan sin descubrir el rostro. Discretísimos jóvenes vestidos a la usanza, ordenan los trajes en el guardarropa. Un cuarteto de cuerda nos recibe con *Música nocturna en las calles de Madrid*, de Boccherini, lo que contribuye a relajar el ambiente y darle aires de cordialidad.

Mario toma mi mano entre las suyas y avanza sorteando gente. No puedo evitar un estremecimiento.

Vamos a participar en una orgía muy picante. No es la primera, pero mi máscara de leona, crema y dorada, rodeada de plumas azules, suma un algo altamente erótico a lo que no sé poner nombre. Algo más que excitación de la corriente me fluye por las venas. Mario. La interrogante siempre en el aire de cuál será su papel esta vez, si se contentará con mirar o lograré que participe. Debe ser que confío demasiado en el poder de mis encantos. Nada más agruparnos en torno a una cama infinita y redonda, Mario pide su silla y se sienta tranquilamente a observar, entregándome a los lobos.

¿Decepcionada? Creo que he bebido demasiado como para preguntarme cosas profundas.

Echo una última mirada de deseo a su magnífico cuerpo desnudo y me zambullo hasta la raíz del pelo, en el pecado de la lujuria. La música acaba de virar a un sorprendente *Here for you* de Kygo que me envenena por completo. Dejarse llevar es tan atrayente y tan sencillo...

El juego avanza dinámico. Los participantes se observan con velado interés y a continuación, llegan con la mano extendida como sacándote a bailar. Pueden ser hombres o mujeres, pueden ser dos o cuatro, incluso más.

Cinco me abordan a mí, tres hombres y dos mujeres, arrastrándome con sinuosos toques hasta el lecho vestido de satén. Mandan los acordes de esa canción que yo canto muchas veces. No me cuesta tumbarme y abrir las piernas para que muchos dedos curiosos separen mis labios y besen lo que guardan dentro.

Alrededor, olas y la voz sensual de Lana del Rey con su *High by The Beach*. Grandioso. Temas creados para gozar sin límite. Sin remordimientos. Creo que hasta levito olvidando que Mario mira. O sin olvidarlo ni por un segundo.

Tengo un pene en la boca y otro dentro, bombeando al ritmo endiablado de la música. Agito las caderas para facilitar la entrada, mantengo cerrados los ojos, saboreando la punta salada, imaginando que es él a quien acaricio. Apoyada sobre las rodillas y las palmas de las manos, con una mujer bajo mi cuerpo mordisqueando mis pezones, dibujando líneas imaginarias sobre mis pechos. Alguien pasa una y otra vez su lengua mojada alrededor de mi clítoris. Es mejor así, a ciegas, centrada solo en la avalancha de estímulos. Pronto mis gemidos suenan tan fuerte que el resto de las camas empieza a mirarnos con envidia. Me corro tres veces casi seguidas.

Apenas separo los párpados un instante. El techo lejano y artesonado me recuerda al de una catedral. Tengo una chica rubia muy guapa casi encima, mostrándome un consolador con un mohín travieso. ¿Es un ofrecimiento? Me muerdo el labio inferior en una evidente invitación a continuar. Parecen todos muy acostumbrados a esta suerte de juegos, mientras que yo, la mayor parte de las veces de mi vida adulta, me he entregado completamente colocada. De modo que soy pasiva, abro la boca, los brazos y las piernas, y me dejo hacer. La rubia presiona el tronco de suave látex y enseguida siento la vibración recorrer mi interior. Esto va a ser rápido, no puedo más, que los orgasmos se encadenen unos con otros no supone impedimento, la piel sigue incendiada, pero sí ha disparado al espacio mi sensibilidad. Cada vez llegan antes, son más intensos.

En el mejor rincón, glorioso y desnudo, Mario mira con una sonrisa de canalla colgada ahí donde acaban los labios. Yo quiero que se una, que me entregue toda esa pasión sexual desenfrenada que sé que guarda. Compartir con él el vicio, satisfacer los apetitos físicos, saber que guarda el sentimiento para cuando estemos solos. Pero no se mueve. Y yo mantengo abiertos los ojos lo indispensable para distinguir, en la esquina contraria, otra butaca ocupada por una mujer de rasgos asiáticos, insultantemente hermosa, que al

igual que él, observa. Su pierna derecha apoyada sobre el brazo del sillón y las manos frotando su sexo en briosos círculos.

Arqueo la espalda, asciende mi pecho, tiemblo de pies a cabeza. Acabo de correrme de nuevo.

No sé lo que tarda en suceder. La bella oriental se cansa de mirar o ya había fichado a Mario antes. Posiblemente desde que llegó, por eso se finge *voyeur*, la muy zorra. Se reserva el tiempo suficiente para atacar, deslizándose como una serpiente hasta él, ofreciéndose con una mirada libidinosa, como fruta madura en una bandeja. La odio desde el instante cero. En cuanto noto que se mueve, mi reacción se propaga violenta a mis dedos, crispados sobre el pelo del hombre que me embiste. Tiro de sus mechones como tiraba de los de Mario al hacer el amor, pero con mucha más rabia.

No puede ser casualidad nuestro cruce de miradas. Nos buscamos y luego nos hablamos con los ojos y todas las consecuencias. Esa furcia extranjera tiene su erección entre los dientes, la habría matado. Lo inadmisibile es que él lo permita. Cuando Mario ejerce de observador, no soporta que nadie, ni siquiera yo, lo toque. ¿Por qué ella sí? ¿Por qué?

Lo veo todo rojo, soporto mal el fuego que me sube desde el vientre al pecho, consumiéndolo todo. Me tensó con una sensación de asfixia que me quema los pulmones, y con tal de no mirar cómo sus manos de largos dedos ascienden por los brazos de ella, no ver cómo sobrepasan los pezones y cómo la invita a empalarse sobre su miembro, solo con tal de no sufrir más, aprieto los ojos de nuevo y me dejo someter.

35. Los celos muerden

(Mario)

Apaleado.

Jamás en toda mi vida me habían mordido los celos, jamás. Mirar ha sido un disfrute, entregar mi pareja al placer, una opción como otra cualquiera, que siempre supe separar del amor. Sin confusiones. Así ha sido desde que participé en el primer acto sexual compartido, con consentimiento de los protagonistas, de modo que... ¿qué coño es esto? Miles de agujas clavándoseme en el alma, trayéndome un dolor desconocido. La furia de ver cómo otros labios viajan por su piel arrancando gemidos. Me entran ganas de levantarme de allí y asesinarlos a todos por haberla tocado, antes de salir corriendo y perderme.

Ya no es cuestionarme si Valentina disfruta o no, soy yo, yo el que sufre lo indecible al verla en brazos de otros. Y esta emoción nueva y brutal me desconcierta. A partir de ella descubro otra vida más intensa. Cada pequeña incursión en el universo de mis emociones es una batalla ganada a la estupefacción. O no me conocía del todo, o no me conozco en absoluto, o Valentina es el aire que arrastra mi cambio. Estoy dejando de ser el hombre que un día me presenté.

Dentro de mi cabeza se enciende una bengala. Tengo que alejarme de ella, de lo que me hace, de lo que está provocando. Mario Vallés había ordenado su vida en torno a un dogma. No habría nadie, nunca habría nadie a quien llamar especial. Pero me fallé a mí mismo al enamorarme de Sofía y

sin curar la herida, me he enamorado de Valentina, la niña sin freno. Tanto tiempo sofocando mis instintos, manteniendo al margen los sentimientos, que cuando cedo todo se desborda con peligrosa ferocidad, sin apenas ser consciente del desastre. Acaba de romperse una estrella y desde el cielo me llueven sus pedazos.

El fallo, creer que era un pasatiempo sin consecuencias. Es hermosa, pero la tierra está llena de mujeres bellas, no iba a perder la cabeza por una pequeña alcohólica, caprichosa e inconstante. Lo pasaríamos bien durara lo que durase, y nadie quedaría marcado. El amor requiere sacrificios siempre y yo no pensaba enamorarme. Ahora empiezo a cerciorarme de mi gran error, de esa debilidad que hace pesados mis pies, torpes mis pasos. ¿En qué diablos estaba pensando cuando me la llevé a Venecia?

Esa pregunta lanzada al aire me enfurece. No puedo pararle los pies al reloj, suelto un bufido sarcástico. No tengo más que recordar cómo me han abrasado los celos, consumido literal, mientras en la habitación de la orgía, sonaba "*Fade to grade*" de Visage. No sé qué colmillo muerde más afilado, si el de la posesividad o la certeza de que esto ha dejado de ser un juego y virado a otra cosa mucho más arriesgada. Esa forma que tiene de mirarme y gritarme "cómeme". Esa lengua que se desliza casi inocente por la esquina del labio y me vuelve loco. Voy a empezar a hacer muchas tonterías, seguro, y conociendo a Val, solo el diablo sabe cuáles serán sus reacciones. Acción, reacción. Somos dos seres extremos probando sus límites. Esto no puede acabar más que en catástrofe.

Si no es por ganas, que te mueva la ira, que decía mi madre.

Vamos en el avión, de vuelta, ella dormita encerrada en la burbuja de sus auriculares, probablemente harta de soportar mis silencios y mi mal humor, y yo me levanto sin molestar y me refugio en el baño. Mojo con agua fresca mi cara y las muñecas. Luego me meso el cabello, cada día más rebelde.

No puedo más. Es que todo todo está cambiando a una velocidad inmanejable. Hasta el modo en que ella me mira. Aquella actitud desafiante que me hizo un día sentirme a salvo porque suponía una barrera al sentimiento, muere cada vez más a menudo en esos grandes ojos grises que suplican clemencia. Valentina es un ser atípico, con una necesidad de afecto tan desmedida que me aterroriza, yo jamás podré llenarla. Acecha una responsabilidad que pesa demasiado. Todo porque en el fondo odiaría defraudarla y el Mario que conozco no está a la altura. Mi coraza sobrevivirá si el dolor entra en mi vida arrasando como un tren de mercancías, pero ¿y

ella? ¿Sabrá defenderse?

Me miro al espejo. Pronto. Lo haré pronto.

Otra cuchillada de agudo dolor me atraviesa. No quiero separarme de ella, no quiero. El miedo a perderla es también el miedo a estar solo de nuevo, no tener a nadie de quien cuidar. Por Valentina dejé de ser dueño de mi comfortable soledad y ahora, ¿dónde van dos personas como nosotros, sin futuro y con un pasado como un baúl repleto de piedras?

Tengo un millón de jodidas preguntas sin respuesta martilleando en mi cabeza. Volviéndome loco. Por eso y solo por eso, entré en el juego de la mujer de la orgía que ni me interesaba lo más mínimo, yo sólo tengo ya ojos y vida para ella, pero lo hice para romper los sueños de mi dulce Valentina y demostrar lo que podía darle. Absolutamente nada.

Pero a mí me dolió más que a ella. Seguro.

36. Miedo

(Valentina)

Como de costumbre, no hablamos mucho pero los silencios que se suceden no son esos amables que yo ya conozco y a los que me había acostumbrado, son pausas entrecortadas llenas de tensión, el presagio de algo temible. Lo peor de todo, mi cerebro, las vueltas que soy capaz de darle a las cosas hasta desfigurarlas y hacerme daño. De pronto, estos días en Venecia empiezan a parecerme un regalo envenenado, el preludio de una despedida a la que me niego. No voy a quedarme sin Mario, si algo tengo claro es la falta que le hace a mi universo personal, por muy extraño y paralelo que a los demás les resulte. Mis ganas de luchar dan idea de lo lejos que estoy dispuesta a llegar por él, por procurarme su atención en exclusiva. ¿Su... amor?

¡Dios! ¡Qué complicado querer ponerle nombre! Tengo la necesidad mordiéndome aquí, muy dentro, lo suficiente para desangrarme.

Lo veo regresar y ocupar su asiento con el ceño fruncido y su olor de siempre, a Dior. Me muerdo los labios, aspiro fuerte y sostengo las lágrimas. Con alguien como Mario no sirve de nada llorar.

Qué paradoja. La Valentina de hace muy poco ni siquiera estaría planteándose delante de quién mostrar o esconder su debilidad. La Valentina que siempre he sido, sencillamente, era dura e invencible.

Aún ignoro que la catástrofe no se limita a mi montón desordenado de ideas delirantes. Cuando llega, nos cae encima, cien veces más devastadora de lo que me temía.

37. Amor, palabra diabólica

(Mario)

La primera noticia que recibo al pisar Milán es la muerte de Romano Presco. Corrijo. El espeluznante ajusticiamiento del capo de la organización a manos de los esbirros de Aldo Río, aunque cuentan los macabros rumores, que en el despellejamiento ha participado el propio Río, armado con un cúter.

Era de esperar.

Furioso con mi decisión de cederle a Aldo el trozo del succulento pastel de la coca, Romano se había vengado a su manera, con un montón de fuegos artificiales, destrozando el montaje comercial, las oficinas y los almacenes con toneladas de mercancía ya lista para vender, dentro. Y Río, que ni era tonto ni perdonaba las ofensas, se había tomado la justicia por su mano. Fin de la historia.

Solo que nada es lo que parece. Romano no había movido un dedo en contra de nadie, han sido mis perversos tejemanejes, el reguero de huellas que fui dejando para señalarlo como culpable. Lo peor de todo, no sentir el menor remordimiento. Lo mejor, que aunque el resto del Consejo sospeche, estarán demasiado acojonados como para tomar represalias. Mi hermano vengado descansando en su tumba, las cosas en su sitio. Ahora me mirarán con pavor y respeto, ahora conocen la crueldad implícita en mis genes, cualquiera de ellos, si estorba, puede ser el siguiente, no se expondrán. Lo que por un lado me provoca escalofríos, por otro es un salvoconducto que protege mi vida y la de la gente que quiero. Terror, el poder del miedo,

siempre tan útil.

Asunto finiquitado, hora de recomponer el desastre en que sin querer, he convertido mi vida.

Desde que dejé a Valentina y su maleta roja frente al portal de su casa, no he vuelto a verla. A menudo no atiendo sus llamadas, tardo una eternidad en responder sus mensajes, le doy largas con el consabido “estoy hasta arriba de trabajo”, incluso llego a inventarme dos viajes, uno a Sicilia, otro a París, que jamás existieron. Me estoy comportando de un modo vergonzoso, lo admito, el típico cabrón aprovechado. Sin embargo, tras solo cinco días sin tocarla ya empiezo a comportarme como un puto lunático. Convencerme de que todo es por su bien, es un endeble consuelo que apenas sirve.

Qué situación tan ridícula, debería ser capaz de enfrentarla y decirle por las bravas que lo que quiera que tuviésemos, no sé bien cómo llamarlo, se ha terminado. Pero es que no puedo, Valentina me duele demasiado y demasiado dentro. Esa manía suya de reventar e irse cuando las cosas se le tuercen, esas rabietas de niña a medio crecer y su capacidad para volver sin pedir perdón pero pidiéndolo, con una tímida sonrisa y el juramento de no acordarse del motivo del berrinche... Se me escapa un amago de risa, la hacen adorable a mis ojos y a los de cualquiera capaz de sentir amor.

Amor. Qué palabra tan diabólica, qué miedo da pronunciarla.

Esta carrera absurda contra mí mismo, dura hasta que Val se cansa de dar rodeos y teclea su ultimátum: “*¿Estás tratando de librarte de mí? ¿Qué te he hecho? Al menos podrías dar la cara y decir adiós como un hombre*”

Tiene razón. Sus frases pican mi estúpido orgullo masculino lo suficiente como para caer en la trampa. Quedamos en vernos por la noche en *Fausto* y yo me siento como un cordero camino del matadero. En lugar de decirle que mi sonrisa empieza a llevar su nombre cada mañana, que ha hecho real y posible algo que nunca imaginé que sucediera, que por ella tengo ganas de vivir otra vez, que protegerla se ha convertido en mi aliciente, voy a dejarla. No puedo creerlo. Inventaré alguna excusa tortuosa y grosera para desencantarla y que cruce de acera si me ve venir calle adelante.

Qué poco sentido empieza a tener mi vida, qué solitaria y qué maldita. Si no fuera por la cálida mirada de mi perro que se compadece de mí como si adivinase lo que se avecina, no tendría absolutamente nada. Nada con mayúsculas.

Pasamos por casa de mi cuñada a la hora del café, con un libro de cuentos ilustrados para Allegra e intención de saludar, pero ella se empeña en recortar

la brevedad de nuestra visita, ordenando té, café, un sinfín de bollitos dulces y tostadas con paté al champán que me atan como una auténtica cadena.

Cuando me dice lo que me dice, me pilla tragando y por poco me ahogo.

—¿Te importa repetir?

—Que esa chica con la que sales, Valentina, estuvo ayer aquí en casa — repite muy despacio, sin despegar de mí sus ojos.

Rezo para que mi rostro sea la máscara inexpresiva que en este momento necesito. Nunca nunca jamás he mencionado su nombre delante de Eleonora.

—No salgo con ella, somos buenos amigos. En realidad, no salgo con nadie —puntualizo. Eleonora sonrío un poquito irónica.

—Cuñado, como comprenderás —baja la voz para que la niña no escuche y la convierte en un susurro confidencial, pero Allegra juega con el que ya es “nuestro perro” y no atiende a nada más—, con quién te metas en la cama no es asunto mío. Pero es que esa niña...

—Sí, lo reconozco, está un poco loca —trato de desviar el asunto con una gracia aunque ni yo me río— ¿Cómo ha llegado hasta aquí? Si no te conoce.

—Es muy educada, la verdad, se deshizo en disculpas por molestarme. Vino porque somos tu única familia y ella necesitaba desesperadamente hablar con alguien que te conozca. Me temo que frustré sus altas expectativas.

—¿Qué le dijiste?

—La verdad. Que eres un misterioso caballero y que por desgracia, hace poco que tenemos trato.

Meneo incrédulo la cabeza. Todo acaba de embrollarse un poco más.

—Está ciega y absolutamente enamorada de ti, Mario. Pero ¿sabes la edad que tiene? ¿Lo sabes? —No me deja replicar— ¡Veintidós! ¡Acaba de cumplir veintidós años!

Pestaño confuso y me revuelvo con energía.

—Te equivocas, tiene casi veintinueve...

Eleonora enarca sus perfectas cejas.

—Te ha engañado, querido. Es la pequeña de los de la Robbere, todo el mundo en Milán conoce a la familia. Es una cría y tú un hombre conectado con la mafia. No deberías seguir adelante.

Ese no... ¿Cómo definirlo? Es rotundo, la losa que cae sobre la sepultura, el trueno que da inicio a la tempestad, es la guillotina al caer.

—Mario, ¿la quieres?

—Ojalá lo supiera —Me pierdo en mi angustioso murmullo.

—Mi consejo es que le pongas fin cuanto antes a la historia.

Miro los dibujos de la alfombra. Persa y carísima.

—Ojalá fuera tan sencillo.

—Deja de pensar en esa chica, no te conviene.

—Y yo a ella menos —completo con un deje lastimero—, podría destrozarla.

—Veo que entiendes la situación. Mira, mientras sigas en Italia los tentáculos de la organización te alcanzarán una y otra vez, si no es por una causa será por otra, y esta no es vida para una mujer.

—La organización está bajo control —me defiende con brío. Ella ladea la cabeza y me observa con interés.

—Puede. Hasta que deje de estarlo. Crees que no entendía a tu madre cuando huyó porque no podía soportarlo, pero sí, también soy mujer y madre y en su lugar habría hecho lo mismo.

Levanto los ojos con súbita curiosidad y una pizca de admiración.

—Aprendí a no defenderla delante de Antonio, el hijo abandonado. Para no empeorar sus heridas pero en estos años... Mil veces habría huido con Allegra bajo el brazo, te lo juro.

—No lo hiciste.

—Porque soy demasiado cobarde, vuestra madre fue mucho más valiente. Valentina sufrirá ahora, no te digo que no, pero es muy joven, con el tiempo te olvidará. Tú no serás más que un dulce recuerdo y estará a salvo. Y tú, libre para defenderte si llega el momento. No la impliques en algo que le viene grande.

Me froto la cara con las manos abiertas.

—¿Veintidós años? Maldita niñata mentirosa...

Refuerzo mi decisión porque lo veo claro. Haré bien en distanciarme, de esto no puede salir nada bueno. Val no merece que la arrastre al cataclismo que rodea mi vida, ella ya es suficiente caos en sí misma. Pero pensarlo y asumirlo es como clavarme una estaca afilada en el centro del corazón.

38. Necesito saber

(Valentina)

Ya he admitido que en ocasiones soy bastante infantil. Supongo que nunca seré adulta del todo. Mis tropiezos forman parte de mi aprendizaje. Por alguna razón he venido a este mundo a equivocarme muchas veces. Trato de tomármelo con filosofía, sin dramatismos. Mis padres no saben lo que es eso. De nuevo me comporto de forma equivocada, tratando de simular que no me importa compartir a Mario con quien sea, no tener de él más que su rabo y no siempre, que soy inalcanzable y estoy muy por encima de las emociones mundanas. Con este comportamiento demente solo logro quedar como una completa imbécil. A fin de cuentas, mi experiencia con los hombres se reduce a intercambios apresurados en los baños de algún club de lujo o en las habitaciones de hotel de algún desconocido que me pareciese exótico. Cuatro empujones y adiós. Cero conocimientos sobre las relaciones, que recuerde, nunca tuve ninguna porque no me interesan.

Mario.

Ha llegado como un soplo de aire fresco cuando tus pulmones gritan que salgas a respirar fuera, que ya no pueden soportarlo más. Así estaba yo, al límite de mi personal espiral de autodestrucción, ese abismo al que llegas cuando no te queda nada y las cosas te importan todavía menos. Sintiéndome como si tuviera cien años, al final de un camino sin nada delante, ni siquiera un barranco. Desorientada, a oscuras. Mojada bajo la lluvia. Desconectada de la vida.

Por él tengo un motor. Y sin embargo, algo marcha mal, lo presiento.

Me marché al cementerio a sacar fotos. Me llevo guardada la expresión increíble de un niño pequeño al que alguien ha tenido el desacierto de vestir de negro. Con el resto de la familia, contempla una tumba reciente, como si el pobre no terminara de enterarse de lo que pasa. Luego, una chica joven, desconsolada ante una lápida cuya fecha me habla de un chico de apenas mis años. La vida es una mierda sutil, de esas cosas imprescindibles que se van gastando por el solo placer de torturarte. Me detengo delante del panteón de la Robbere y suspiro. Escondida dentro del abrigo llevo dos rosas blancas que minutos más tarde, reposan ahí donde descansan mi madre y mi abuela.

—Mamá, abuela, estoy sola. Más sola de lo que temí estar nunca. Sin nadie a quien contarle esto que estoy sintiendo. Quizá lo merezca, soy un ser horrible. —Me enjugo una lágrima—. ¿Que qué quiero decir con esto? He seducido a los novios de toda la que se me acercaba, por pura diversión, sin que me importasen siquiera. Me comporto como una sociópata con la gente y ellos me demuestran el asco que les doy. Me utilizan, me usan y luego nos olvidamos. Era el pacto. Pero él, él es diferente. Se llama Mario. Un nombre elegante, abuela, de los que te gustan. Me cuida, me protege de mí misma, mamá, me hace falta, quiero tenerlo en mi vida y veo que lo pierdo, lo estoy perdiendo... No sé qué he hecho mal, en qué he fallado. Respeté sus preferencias, con Mario al lado soy mejor persona, abuela, mamá. Es... mi ángel de la guarda. Mi único amor.

Sorbo mi nariz repentinamente líquida y con un vacío desesperado en el estómago, me despido de las que fueron mis madres y vuelvo a casa.

No sé analizar y sacar conclusiones de esto que está pasando. No sé gestionar mi necesidad de Mario a todas horas y después de algunos días volviéndome loca, mirando al techo, entiendo que necesito ayuda. ¿Pero quién? No tengo ni un alma gemela, ni una sola, soy la chica más solitaria de la ciudad. Y no iré a abrirle mi corazón al gilipollas de mi psiquiatra, desde luego que no. En Venecia fui capaz de dormir sin la ayuda de somníferos. Cada noche, enredada en él, protegida por su abrazo. Y de vuelta a Milán, quise mantenerme firme. Apoyada en la esperanza de recuperarlo, insomne hasta las seis de la mañana, pero aguantando. Al final me dormí, la primera batalla fue mía y me siento vencedora poderosa. El destino no me derrotará, solo tengo que poner especial cuidado en cada siguiente paso.

Cada siguiente paso...

Conocerlo más a fondo, por ejemplo. Alguien cercano que me ayude a

entender los entresijos de su misteriosa personalidad. En Milán es sencillo localizar a la gente de cierta clase social si sabes a quién dirigirte. Así llego hasta Eleonora. Me presento en su casa por sorpresa y sin invitación, arriesgándome a me que envíe por donde he venido pero con la esperanza de que su exquisita educación no se lo permita. Así es. Al palacete donde viven, mi padre le daría el visto bueno. En cuanto a Eleonora..., verla tan sofisticada y hermosa... Vale, me pican los celos hasta que conozco a Allegra e instintivamente sé con certeza que no hay más que cariño y un extraño agradecimiento entre todos ellos. Puede que Mario se encargue de cubrir sus necesidades en nombre de los lazos familiares... no sé.

Es muy amable dentro de lo que cabe. Ya que yo pregunto, ella me pregunta. Me somete al tercer grado, más bien. El caso es que llego sedienta de información y dejo allí más de mí de lo que me llevo. Pero al menos confirmo lo que ya sabía: Mario es un hombre magnífico por el que vale la pena pelear.

39. Giros inesperados

(Mario)

En *Fausto* suena *Ordinary World* de Durán Durán. Yo parezco un adicto atravesando la última fase del mono, buscándola sin verla entre el bullicio. Pido una copa más que nada por sostener algo entre las manos, repitiendo mentalmente mi decisión, como un santo mantra. Tiene veintidós años, es una jodida cría. En el instante de la decisión, me siento inmensamente solo, echo de menos a mi madre, acurrucarme a su lado, dejar caer la cabeza en su regazo, aflojar sin vergüenza alguna que otra lágrima y confesar que en vez de una vida y una novia como ella quería, tengo un descomunal desastre y un sinfín de errores.

Para mi sorpresa, al cabo de un rato descubro a Valentina delante del micrófono, aparentemente feliz y en su salsa, versionando “*All that she wants*”. Nada más acabar el tema, rompe con otro cruzando la selva de aplausos y silbidos entusiastas. “*Buenas noches, desolación*” de Julieta Venegas, en un adorable español con marcado acento italiano. Remata su actuación a lo grande, con “*Diamonds*” de Rihanna. Tres temas. Tres intérpretes diferentes, magia en su voz y esa infinita capacidad de modularla a su antojo. Terciopelo, puro fuego o la voz quebradiza y frágil de una niña.

¿*Quién de todas ellas eres tú, Val?* Me pregunto.

Viene directa hacia la barra donde estoy apoyado, chula y bien cargadita. Los ojos brillantes y las mejillas ardiendo. Con un mono militar de raso negro abierto en el escote, bajo el que despunta el encaje azul acero de su sujetador.

Me cuesta centrarme en mi detestable misión.

—Aleluya —se burla depositando un beso en mi comisura. Dejarme con las ganas, buena estrategia. Me hormiguea todo, hasta me replanteo la locura que tengo proyectado llevar a cabo—. Hubiese apostado porque no vendrías.

Sonrío con tristeza. Yo también.

—Cuando te vuelves de vacaciones, el trabajo se acumula. Han sido unos días perros... —Me froto el puente de la nariz. Otra vez mintiendo, tirando balones fuera. Ella podrá ser muy ingenua pero no se está tragando mi teatro. Apunto al escenario con la sola intención de que deje de arponearme con los ojos— ¿Te has buscado un empleo?

—No fastidies —casi se ríe—. Conozco al gerente y si me pongo muy pesada, me cede el micrófono un rato.

—Muy pesada o muy sugerente.

Le cambia la expresión de la cara. Se hace sombría y dura.

—Oye, Mario, no dejes que te devore el ansia.

La miro sin comprender.

—Me refiero a que el viajecito a los carnavales y todo eso ha estado genial, nos hemos divertido un montón pero... aquí estamos de nuevo, atados a la triste realidad. Y la nuestra es que seguiremos liándonos de vez en cuando si nos apetece, pero nada más.

Parpadeo. Por la razón que sea, ha adivinado lo que pretendo y me lo está poniendo fácil, así que me siento como un mierda de marca mayor.

—Has salido corriendo, tío —suelta una carcajada amarga por más que quiera disfrazarla—, como huyen los hombres del compromiso. Pero yo no pienso pedirte nada, no espero nada, nunca busqué nada —marca cada sílaba con rotundidad, mientras sus manos apoyadas sobre mi pecho, juegan con los botones de mi camisa y las solapas de mi chaqueta. Esos labios brillantes por la humedad parecen llamarme—. Relájate, no hace falta que inventes excusas todo el tiempo, yo no soy una chica de esas que conoces.

—¿Qué clase de chicas conozco?

—Las que quieren casarse —remarca a través de su triste sonrisa de borracha.

Me da la risa. En realidad, a un asocial como yo que admite detestar a la gente y sentir náuseas si tiene que caerle bien a alguien, no se han acercado muchas chicas con esa intención. Sofía y Paula, medio en broma, mencionaban la revolución de los pasillos en la universidad a mi paso, las alumnas descocadas, locas por ese tipo serio que tenían de profesor. Siempre

respondí que era casi normal a esa edad, enamorarte de quien te da clase subido en un púlpito y te descubre el mundo. La penosa verdad es que yo no tengo mucho que descubrirle a nadie, vivo mi vida hacia dentro, sin deseos de compartir. Y la idea de unirme a alguien de modo permanente y fundar una familia, casi me da alergia.

Yo no sé lo que es tener una familia, solo conozco la nostalgia, el miedo y lo que queda por hacer.

—Frena. No me veo casado ni aunque de ello dependiera mi vida.

—Por eso mismo. —La punta de su lengua moja los labios hipnotizándome con su movimiento—. Puedes estar tranquilo. Solo diversión, sin promesas.

La miro atentamente.

—Si no fuese porque te he visto desnuda, he estado dentro, fuera y alrededor de ti... diría que eres un hombre.

—Exacto profesor. ¿Quieres que vayamos a algún sitio más tranquilo?

La miro con resentimiento. Casi puedo oír, y es literal, el estallido de mi resolución haciéndose pedazos. Necesito distancia para no herirla, para no dañarme, pero nunca dije nada acerca de perderla de vista. Hay que encontrar una manera de vigilar su bienestar, evitar que otros o ella misma, se destruya. Sé que estoy siendo contradictorio pero ¿qué enamorado no lo es? Ella también se comporta de un modo retorcido, no entiendo es este repentino desinterés... No.

Me revuelvo.

—Ah, ya lo entiendo. Un revolcón, te vistes y te vas.

—Seguramente después tendré cosas que hacer —sigue la broma. Yo no bromeo. En absoluto.

—Eso es sucio, hace que la gente se sienta usada.

Me debería dar vergüenza. ¡Hablo de mí mismo! ¡Soy yo quien se sentiría utilizado si le hago el amor y a continuación ella se marcha! Con Valentina no valen las medias tintas, no puedo quedarme a mitad de camino o no me desengancharé. No verla nunca más es la única vía. Lo sé de sobras y sin embargo, aquí estoy, discutiendo para que no huya, cabreado porque es ella la que parece querer cortar conmigo.

Val da un paso atrás, la mano apoyada en la cadera, esos gloriosos pechos que yo adoro reventando los botones, y lanza al aire una carcajada de sorpresa.

—Venga ya, Mario, los hombres no sentís esas cosas.

—No, los hombres la metemos y nos largamos antes de que nos pidan algo —rujo—. ¿Sigues tratando de comportarte como uno de nosotros?

—Lo que sigo es pensando que no estaría mal. —Localiza su copa sobre la barra y bebe. Sé que la conversación quedará aquí si no lo impido y el modo nervioso en que ella esquivo mi mirada, dice mucho y todo importante. De una zancada me coloco a su lado y aprieto los dedos de la mano en torno a su muñeca.

—Mírame —le exijo sin lograr el menor resultado. Doy un ligero tirón hacia mí— ¡Mírame, Val! ¡¡¡Que me mires!!!

—He dicho que sí, que me iré cuando termine —repito obstinada, el ceño fruncido, los labios apretados en una fina línea de resolución—. Abriré las piernas, gemiré de gusto y luego desapareceré como el humo. Así no tendrás motivos de agobio. O si lo prefieres, puedo montármelo con todo un equipo de fútbol para distraerte. Eso sí, si te complace tienes que aplaudir —remacha con insolencia. Yo sigo ciego de ira. Que me trate como a un juguete del que empieza a cansarse, no entraba en el plan. Y tampoco me gusta que se humille hablándome así.

—Te pasas la vida intentando ser alguien que no eres. ¿Para joder a quién?

—¡Suéltame! —sisea entre dientes.

No lo hago, claro, al contrario, la agarro más fuerte y aprovechando uno de sus zarandeos, le atrapo la otra muñeca.

—Basta de fingir. Eres tú, Val, con tus talentos y tus carencias y eres vital y maravillosa. ¿Por qué pareces empeñada en romperte? Sabes que hay gente que puede hacerte mucho bien...

—Entre las cuales supongo que no te cuentas.

Hago como si no la hubiese oído.

—Deja que te cuiden, déjalos acercarse.

—Ya tengo padre, gracias. Y no es que me sirva de mucho, dicho sea de paso.

No hay nada de paternal en lo que yo siento por ella. Lástima no poder confesárselo aquí mismo, postrado de rodillas si hiciera falta. Noto que el mentón me tiembla sin soltar su antebrazo, que una humedad inusitada acude a mis ojos y doy gracias al cielo por esta oscuridad protectora. Y por la música que lo enturbia todo.

—No hay nada que sentir por nadie —prosigue amarga—. Por ti tampoco.

De repente hablamos entre líneas, decimos cosas y bajo ellas flota un subtexto que es como una declaración de amor. Son nuestros ojos, incapaces de despegarse, los que realmente comunican.

—Sentir... —musito medio en trance.

—Es simple atracción —me corta seca.

—No veo nada de simple en la atracción.

—De acuerdo, di entonces que solo nos divertimos —afirma con maldad.

Su frase deja un reguero sangriento alrededor de mi corazón. Puede que fuera así al principio pero las cosas, para descalabre mío, han cambiado.

Mi momento de debilidad basta para que ella, de un violento tirón, se libere. No hago nada por recuperarla. Nos quedamos frente a frente, espíándonos como dos animales heridos luchando por su vida. Me invade un frío intenso y terrible, el miedo antiguo a perder lo que más quieres. Sostengo su abrasadora mirada.

—Entonces, ¿qué? —De un trago vacía el vaso— ¿Hay o no hay esta noche encuentro cuerpo a cuerpo?

Niego muy despacio con la cabeza. Ella da un respingo, mezcla entre indignación y decepción. Me abraza toscamente. Luego gira y se pone de espaldas.

Es su forma de decirme “olvídate de mí”.

—Ahí te quedas, profesor, se me va la noche.

Envuelta en los acordes de “*Lovefool*” de The Cardigans, muy apropiado, la veo esfumarse. Como el humo, tal y como ha predicho. Pienso en el montón de palabras tristes atrapadas detrás de mis labios, que nunca verán la luz y quiero convencerme de que he hecho lo correcto. Por más que el desgarramiento duela. Por más que haya sido Valentina quien moviera la batuta.

Veintidós años y tan poca vergüenza... hay que joderse...

Seguramente lo oculta, pero busca algo que yo no le puedo dar. Este es el resumen de nuestra muerte anunciada. O quizá soy yo el que espera algo que ella jamás me ofrecerá. Es una chica especial y yo el peor hombre para ella. Juntos, dos bombas nucleares con el temporizador en marcha. Uno desestabilizará la vida del otro, si no la destruye por completo.

Ahora solo tengo que aguantar sin verla.

40. Mi lado oscuro y Valentina

Pienso en pasar por un club de intercambio donde los *voyeurs* son muy bienvenidos, y matar un par de horas. Volver a casa tan borracho como Valentina, derrumbarme sobre la cama y sufrir hasta ver amanecer. Luego, con un poco de suerte, podré dormirme. Pero no hago nada de eso. Vagabundeo cerca de tres horas por las calles mojadas de lluvia, aplastado por la culpa y la pena. Bien que me habría gustado ser bueno, generoso y valiente para ella pero la cruda realidad es otra mucho más monstruosa. Termino por ir a casa con el corazón en un puño y un nudo nauseabundo en la boca del estómago.

Salgo del ascensor y freno mis pasos. La puerta de mi apartamento no está cerrada, solo entreabierta. Todo mi cuerpo se envara por la tensión. Alguien ha entrado. ¿Y si he sido demasiado optimista? ¿Y si lo de Sicilia no es todavía asunto finiquitado? ¿Y si esta intromisión son los flecos por venir? Mi primer pensamiento es para Barón. Por segunda vez en poco tiempo, me arrepiento de no haber aceptado el arma que Fabio me ofreció. No obstante, me quito el cinturón, lo enrolló en torno a mi brazo y acomodo la hebilla abierta a modo de puño americano. Podrán asesinarme, no te digo que no, pero juro que me llevaré un par de ojos por delante.

Empujo la puerta con la punta de los dedos, sin casi respirar. Está oscuro, sin ruidos. No veo a mi perro, no viene a recibirme. La muerte puede acechar en cualquier esquina pero son mis esquinas, las conozco bien, mejor que cualquier intruso que se haya colado con sabe Dios qué intenciones. Recorro una a una todas las salas, escrutando el silencio primero, accionando de golpe las luces después. Me mantengo cerca de la salida con la espalda pegada a la pared, conteniendo el aliento. Nada en ninguna parte.

Hasta que llego al dormitorio. Barón dormita a los pies del lecho, sobre la alfombra y solo entonces, abre perezoso un ojo y sin levantarse siquiera,

menea el rabo. ¿Qué coño pasa?

Tardo en darme cuenta de que el conjunto de curvas entre las sábanas, es Valentina. En mi cama. Dormida y hermosa, como una niña desamparada buscando cobijo. Abrazada a sí misma. Dejo salir todo el aire retenido en los pulmones, aliviado, contrariado, todo a un tiempo. Pequeña Lolita testaruda. ¿Cómo se las ha apañado para entrar? Suelto el cinturón y me siento cuidadoso al borde de mi propia cama. A contemplar lo que nunca tendré. Estiro una mano y acaricio los mechones sueltos de su melena. Se me embala el corazón. Sería tan fácil dejarme llevar, tumbarme sobre ella y amarla hasta que se me terminaran las fuerzas y las excusas. Pero no. Mi lado oscuro. Mi lado oscuro y Valentina. Menudo proyectil. La ecuación destructora por excelencia.

Con un suave ronroneo, se remueve. Ver el color de sus ojos centelleando y el blanco de su sonrisa, me devuelve la vida que poco a poco se me escapaba. Ni enfadarme puedo.

—¿Se puede saber qué haces aquí?

—Hace mucho que te robé las llaves —confiesa tan campante. Eso sí, arrastra la lengua y su hablar es lento. Barón parece dar por terminada su labor guardiana y lo tengo pegado, dándome topetazos con la cabeza para que lo toque.

—¿Qué...?

Ella estira los brazos por encima de su cabeza y perezosamente, bosteza.

—No te emociones, saqué una copia y las devolví a su sitio. Nunca te habrías dado cuenta. Podría haberte desvalijado la casa si me interesara algo que lo que tienes aquí.

A saber dónde se guarda lo que le interesa a ella.

—Valentina, tienes que irte.

Me clava una mirada inmisericorde. Aparta la sábana sin pudor ninguno y me muestra su espléndido cuerpo desnudo. Lleva los pezones tintados de carmín. Mi entrepierna reacciona tan a lo bestia, que el choque contra el pantalón es duro, hasta doloroso.

—¿Estás seguro?

Trato de no mostrarme impresionado.

—Ya te he visto desnuda otras veces.

—No me negarás que es un espectáculo cada vez que sucede.

¿Se está riendo de mí? Me muerdo el labio inferior y contengo una carcajada histérica. Demonio de chica, tiene razón, joder, lo es, cada

milímetro de su exuberante cuerpo es un regalo y una pecaminosa tentación.

—Sal de la cama —ordeno—. Vístete y vuelve a casa, en serio, es tarde y estoy cansado. Quiero dormir.

—Pues yo quiero otras cosas —gime removiéndose entre las sábanas, sacando sus largas piernas morenas, apoyando los pies en mis tibias—. Y apuesto a que en un puñado sorprendentemente corto de minutos, tú querrás exactamente lo mismo.

—Val, no bromeo. Sal de mi apartamento y no vuelvas a colarte sin mi permiso.

No tengo muy clara cual pueda ser su reacción. Lo cierto es que se retuerce como una fiera enjaulada, el rostro congestionado y los ojos inyectados en lágrimas. Bruscamente se pone en pie.

—¡No sueñes, no he venido a seducirte, maldito gilipollas! ¡Vengo a por esa explicación que no has tenido huevos de darme antes! El miedo te la ha dejado atragantada en la nuez —grita con todo el desprecio imaginable.

Aprieto las mandíbulas hasta sentir dolor. Ahora es cuando yo me retrato y la planto. Pero me fallan las fuerzas como me fallaron en Fausto. Elijo el atajo de los cobardes.

—Valentina, no sé bien cómo hacer esto...

—¡Dilo, simplemente dilo! Que ya no te intereso, que te has aburrido, lo que toque que digas, pero ¡dilo, quiero oírlo!

—...Pero no soy tu entretenimiento —reanudo tras su interrupción—, conmigo te has equivocado de parte a parte.

—Seguramente no soy ni de lejos, la única que se equivoca.

—Me pareció entender que me despreciabas, que no esperabas nada de esta relación, que flotabas por encima del bien y del mal...

Sé que estoy siendo cruel, que ella no lo merece. Es como apedrear a tu fiel perro para que se aleje de ti, sabiendo que así le salvas la vida.

—Solo quiero estar a tu lado... —Sus alaridos se reducen a un débil hilo de voz.

—¡No, no quieres! Lo tuyo son falsos espejismos. Me quieres porque no me tienes y a la *bambina* no puede fallarle ningún capricho, ¿verdad?

Valentina se tapa los oídos con las manos y cierra fuerte los ojos.

—No hables como mi padre, por favor, no hables como él.

—Quiero que entiendas de una vez por todas que este juego no va a continuar...

—Te echo de menos.

Hago lo imposible por no mirarla. Si enfrento sus ojos me traicionaré a mí mismo.

—No digas tonterías, apenas nos conocemos, nos hemos divertido juntos y ya está, tú misma lo dijiste. No puedes echar de menos algo que no conoces.

—Sí puedo —repite testaruda—. Te tengo aquí dentro —lleva la mano al pecho— todos los días, a todas las horas, todo el maldito tiempo.

—Solo por tu temperamento compulsivo que se obsesiona con lo que se le escurre, por eso, porque basta que no te salgas con la tuya para que explote el drama. Todo ese desgarró que dices sentir —trago saliva con dificultad—, no existe.

—Sí que existe —replica llorosa— y no me deja dormir por las noches.

—No existe, Valentina, te lo aseguro, se lo está inventando tu cabeza. Está ahí dentro y tú le das forma.

Es solo un instante, pero me observa como si por primera vez se planteara que pueda ser cierto. Luego, como si lo que con sangre en el alma le estoy chillando no le importase un comino, da media vuelta, abre de par en par las cristaleras y sale. Una ráfaga de aire helado entra y lo mata casi todo, empezando por mí. Ella no lleva nada cubriendo su piel. Y la altura del ático... ¡El ático!

Salto al exterior como empujado por una catapulta y cuando la veo haciendo equilibrios en el borde de la cornisa, me quiero morir. ¿Cómo ha sido tan rápida? Se me levanta el estómago, se me nubla la vista, siento unas nauseas espantosas.

—¡Baja de ahí ahora mismo!

Como es de esperar, no se mueve. Se mantiene paralizada, con la espalda rígida y los brazos cayendo a lo largo del cuerpo, mira al vacío con una expresión impenetrable que me pone la carne de gallina.

—¿Qué quieres, Mario? ¿Qué es lo que buscas que no te doy?

—Val, no te humilles, no merece la pena.

—Por favor... Por favor...

—Nena, vuelve aquí.

—¿Y si saltara? —me dice. Maldita Valentina, siempre sobrada de munición. Obligo a mis pies a avanzar otro tramo. Cielos, voy a vomitar.

—¡Déjate de estupideces! ¡Baja de ahí, joder, no me obligues a acercarme más al borde!

Me mira por encima del hombro y yo temo que pierda el equilibrio. Está

bebida, por el amor de Dios.

—Ya lo hiciste una vez, cuando yo te importaba. Te arriesgaste hasta el límite de tu vértigo... por mí.

Hiperventilo y llego hasta ella. Estiro una mano abierta rogando que me dé la suya.

—Me sigues importando, nena, no lo entiendes, todo esto es por tu bien... —No, este no es el camino correcto, tengo que empezar aplicando los principios más elementales de la psicología de primer curso—. Mira, Val, tienes razón, te debo una explicación, baja y entra. Nos serviremos una copa y encenderemos la chimenea. Hablaremos de lo que quieras, todo el tiempo que te apetezca...

—Me das mucha pena, profesor, tu vida sin mí no es nada emocionante.

Se tambalea adelante y atrás. Los pies aún siguen firmes pero yo ya la imagino volando desde el décimo piso como un ángel con las alas rotas. Un veneno irracional se apodera de mí, me quema de abajo arriba dejando solo tejido muerto. Envuelvo su cintura con ambos brazos y tiro. Tiro con desesperación, agresivo y brutal, sin pensar que podríamos caer los dos.

Ya no está furiosa. Ahora llora acurrucada contra mi pecho, temblando de miedo y de frío. Tardo en recuperar el ritmo de mi respiración pero en todo el proceso no dejo de acunarla, de acariciarla ni de besarle el pelo.

—Lo siento, lo siento, lo siento —murmuro hacia dentro—. Esto no tenía que haber pasado.

Se libra de mí a manotazos. Entra en el apartamento y yo la sigo aliviado. Cierro las puertas y me apoyo en ellas, jurándome que estas fauces de este Averno no volverán a abrirse.

—Lo siento es una frase hecha sin demasiado mérito, ¿no te parece?

—¿Qué esperas que diga? ¡Estás loca! ¡Te columpias sobre una baranda a treinta metros del suelo y te planteas saltar! —Me froto la cara con las manos. Ella empieza a remover su ropa en el suelo con una calma desesperante—. Oye, en serio, mantener esta conversación me está resultando de lo más incómodo. Especialmente en tus condiciones.

Nada puede detener su salvaje estallido de rabia.

—¿Cuáles son mis putas condiciones?

Estás desnuda, joder, gloriosamente desnuda.

—Estás borracha como una cuba —me escabullo—. Hasta te tambaleas.

—Vaya. Todo lo malo te pasa a ti —se burla con un mohín— ¿Qué podemos hacer para que tu existencia no sea tan terrible, querido profesor?

¿Y la mía?

—Deja mi existencia en mis manos. En cuanto a la tuya, depende de ti, niña, yo ya he madurado.

—¡De acuerdo! ¡Estoy chiflada!—Empieza a reír de repente, escandalosa, fuera de sí, mezclando lágrimas con carcajadas. Quizá no es alcohol lo único que corre por sus venas— ¡Échame de tu lado de una vez! Espera —se cruza los labios con el índice—, olvidaba que es justo eso lo que estás intentando.

No voy a quedarme aquí en mitad de la destrucción esperando que otra ráfaga de aire llegue y la disuelva como ceniza. ¿Me estoy equivocando? ¿Qué se hace cuando el sexo deja de ser el desahogo físico que siempre ha sido y empieza a dominar tus decisiones? Me siento extraño, solo ella es capaz de despojar a un hombre de su dignidad de esta forma. Me estiro, levanto los ojos.

—En serio, vete a casa, duerme la mona y ya hablaremos.

—Me iré cuando me hayas dicho a la cara que no me quieres.

—No pongas condiciones, Val, no las pongas.

—¡Quiero que me lo digas mirándome a la cara! —se señala con los dos índices— Claro y sin rodeos. ¡Demuestra que tienes cojones!

—Yo ya no.... —aspiro hondo—, yo ya no te quiero a mi lado.

La oigo respirar. Trabajosamente. Perdida entre la risa y el llanto.

—Te has cansado de mí, ¿es eso? Te aburro, no merezco la pena.

—Ponle freno a tus inventos, nena. —Trato de acariciarla pero no me deja—. Es que puede que me marche de Milán.

—¿Por qué? —aúlla. La intensidad de siempre en Valentina.

—¡Porque la vida sigue! ¡Porque tengo obligaciones y tú también!

—Di la verdad, no quieres perderme de vista, estás demasiado caliente.

—De pronto saca morbosa la lengua y la pasea de comisura a comisura.

—¡No estoy cachondo! ¡Estoy jodido! —rujo fuera de mí. Ella avanza y me cerca. Sus manos llevan el camino de mi entrepierna.

—Deja que te toque en el lugar adecuado...

Doy un doble salto mortal con la única intención de ponerme a cubierto. Que conozca el punto exacto de mi dolor, meta el dedo y lo retuerza, me resulta sangrante.

—Más vale que lo dejes —la desanimo.

De repente tengo sus puños contra mi cara y su rostro congestionado bajo una tromba de reproches.

—¡Hijo de puta! ¡No eres más que un grandísimo hijo de puta!

Para detener su ataque, no hace falta mucho. La explosión de ira la ha desinflado, Valentina pierde la fuerza agresiva. Ahora llora y a mí se me parte el alma. Si pudiera hacer algo, si solo pudiera cambiar quienes somos...

—Te he querido con toda mi alma, más que a mi vida... ¡Te quiero!

—Val, no ha pasado tanto tiempo, es imposible que tú...

—¡Prefiero estar muerta que sin ti! —me grita. Me rodea el miedo. Y de qué forma.

—¡Putita tarada! ¡De acuerdo, tú ganas! ¡Quiero que te vayas, que te vayas y no vuelvas jamás!

Me cuele por los ojos el dedo corazón estirado. Su marca de la casa. El modo grosero como zanja las discusiones más feas, diciendo “ *tú te lo pierdes*”.

—Que te jodan —gruñe por si me queda alguna duda.

—Vale, que me jodan, que me jodan bien —compruebo que ya está completamente vestida, así que la agarro del codo sin ningún miramiento y la arrastro en dirección a la puerta— pero voy a meterte de cabeza en el primer taxi que pase por la calle.

Forcejea y me dedica un par de manotazos.

—Soy muy capaz de salir yo solita, gracias.

—Por la terraza del ático —ironizo—, ya lo he visto. Te vas a tu casa.

—Me iré donde me dé la gana, no vas a darme instrucciones...

En este punto de la alucinante noche, tengo muy claro que no la dejaré sin vigilancia. Solo que no voy a informarla.

—Te irás derechita con tus padres, te juro que voy a asegurarme aunque tenga que llevarte yo mismo.

—¿Me vas a escoltar? —Otro guantazo. Sigue furiosa como una leona. Ya no llora más que de rabia. Y yo, ¿qué queréis que os diga? Lo prefiero. Su ira sumada con la mía hacen equipo. Su llanto, en cambio, me destroza—
¿Pero tú cuántos años te crees que tengo, imbécil?

—Algunos menos de los que me dijiste —la amonesto con una mirada taladro. No se amilana. La veo abalanzarse sobre el sillón de la entrada donde había dejado su cazadora y cogerla de un violento tirón.

—Me marchó yo. Y no se te ocurra seguirme.

—Valentina, entiende... Lo que no quiero es hacerte sufrir...

—He dicho ni se te ocurra. O llamo a la policía y te denuncio por lo primero que se me antoje —silabea muy despacio y con desprecio. No dudo

que sea capaz.

Reculo pidiendo paz y ella abre con brusquedad la puerta.

Se me retuerce el corazón. ¿Algo de arrepentimiento quizá? No sé. El zumbido constante del orgullo apaleado me nubla la conciencia. La dejo escapar y pienso: *“ahí va lo que más quieres; menudo gilipollas estás hecho”*.

Pasados unos segundos, salgo como una exhalación, me monto en el coche y sigo el camino del taxi que la lleva a Montenapoleone. No saco el aire de mis pulmones hasta que su conserje la toma del brazo y la acompaña portal adentro. Valentina está encogida sobre sí misma, derrotada, como si esa postura contuviese su sufrimiento. Dios. Tengo que acostumbrarme a la idea de que no volveré a tocarla. Ni a besarla.

Me quiero morir.

Aferro el volante con las manos, tan fuerte que mis nudillos se vuelven blancos. Soy un canalla. Por tirar de ella, por empujarla a creer, por dar a entender cosas más allá de mis capacidades. Un embaucador sin conciencia que no merece el perdón.

A veces se ve venir. La ira, el pesar, las equivocaciones, un veneno irracional que entra y quema. Se multiplica en tu interior y te hace verlo todo oscuro. A veces no tienes ni puñetera idea de lo que estás haciendo, cortando a jirones tu vida. Miras al horizonte y presientes que llega. El error. Es algo físico y te golpea la cabeza con tanta fuerza que todo tu cuerpo se estremece.

41. Mariposas todos los días

(Valentina)

Habría vuelto a su casa mil veces porque no sé cómo irme.

Todo estalla cuando me veo sola. Es más una invasión que una disposición emocional, porque llega y arrasa con todo. Por una vez en mi vida obedezco a lo que mandan, detengo el primer taxi que veo libre y facilito la dirección de casa. Pero no porque me haya vuelto sumisa y buena, no. Es que voy ciega, la cólera desencadenada no me permite pensar, de modo que repetir en plan autómatas lo que llevo en mente es lo más fácil. Me hundo en el asiento trasero del coche, me tapo la cara con las manos y me dejo ir, directa a la desesperación. Nunca me imaginé mendigando amor. Me muerdo con fuerza el labio inferior que tiembla, y mando a la mierda al conductor en cuanto empieza a fisgonear por el retrovisor. Le lanzo un billete de cincuenta sin pararme a esperar el cambio y cruzo a la carrera el vestíbulo del edificio para que nadie me vea llorar. Para mi desgracia, ahí está el conserje, solícito y discreto, pero presente. Hago lo mismo en cuanto mi llave gira en la cerradura de casa. En mi habitación, mi madriguera, tengo alcohol y tabaco para reventar.

Bebo, bebo, bebo hasta que soy incapaz de percibir el sabor del vodka sobre la lengua.

Comienza la noche más larga de mi vida. La primera en que soy plenamente consciente de lo sola que estoy, de que la dura Valentina, la que despreciaba el amor porque te hace débil, la que se mofaba de sus amigas

(cuando las tenía) con un “¿qué tal si entiendes que muchas veces ese amor que tanto pregonas no es suficiente?”, se ha perdido en una maraña de sentimientos por explorar que le vienen muy grandes.

Suena a enamorarse.

Queda poco de la chica que atrofiaba los sentidos para que las emociones resbalasen y se fueran por falta de espacio. La mujer que soy hoy, exige sentir cosas. Buenas, malas o regulares, pero a sacudidas. Un día sin emociones es un día perdido y ahora que me lo has enseñado... Mario, quiero mariposas todos los días.

Lloro y bebo. Bebo y vomito. Me arrodillo y sigo llorando, manchando con lágrimas la seda del camisón. De verdad, ya no es rabia, no es coraje, es un vacío terrible que me perfora el pecho. Ahí donde seguramente otras chicas tienen el corazón y yo pensaba que alojaba una piedra. Borracha de decepción y promesas incumplidas, voy hacia el baño y me echo agua fría en la cara. Antes de desmaquillarme. La catástrofe es inmediata.

“*Hemos nacido para morir, querida*” le digo al espejo del baño “*disfrutemos entretanto. Estos son los escombros que deja el amor cuando se marcha, nadie te habló nunca de ellos, ¿verdad? Mucho mejor no amar. Diviértete, idiota*”.

Ese fue mi lema demasiado tiempo. ¿Toda la vida destruyéndome para caer en esto? Cuando Mario me preguntó las razones de mi absurda forma de vivir no supe responder nada coherente. De hecho, en ese momento no me parecía que fuese tan absurda, necesitaba vivir experiencias que me arrancaran de la desidia, así de simple. De modo que solté una chulería para quedar por encima, como de costumbre. Hoy veo claro que fui cobarde y no me hice cargo de mi propia existencia, que me alejé de lo que me traería la felicidad por no luchar, y la única manera que había encontrado de enfrentarme a quien me lo prohibía, mi padre y su mujer, era mortificándolos. Joder, ya ni siquiera me quedan ganas de ser rebelde. Me duele tanto, tanto, todo...

Cojo las tijeras, jugueteo con ellas. Las abro, las cierro, no puedo fijar la atención más allá de mis ojos enrojecidos en la luna del espejo. Atrapo el primer mechón y corto. No siento nada. Otro. Otro más. Mi pelo va cayendo a mis pies como una manta sedosa.

Soy un ser maldito y frágil, una incapaz. Mario ha sabido ver que ahí donde me acerco no vuelve a crecer la hierba, que soy tóxica. Por eso se marcha. Así lo he ido perdiendo, sin querer yo, sin querer él, pero

sucediendo. Da pavor cómo alguien tan querido se vuelve de repente un extraño. Que sin querer herirte pero sin detener ni un segundo la terrible decisión, se deja arrastrar mar adentro y no dice adiós.

Aterrizo un segundo. Me devuelve la mirada una chica parecida a la protagonista de *Underworld*. No me reconozco con una melena desordenada que apenas supera la línea de mi mandíbula. No sé si me disgusta, no puedo pensar. Salgo al dormitorio y apuro las botellas que ruedan por el suelo hasta los rincones.

Pude haberle chillado más, pedido explicaciones, cubierto de responsabilidad y amenazas. Pude repetirle que sin él me moriría y que tendría que vivir con la culpa. Pero no soy de esas. Las escenitas que me gusta montar tienen otro color, no sé manipular a la gente. Soy tan visceral, me sale todo tan de las tripas, por las buenas o las malas, pero a lo bestia. Soy una jodida cáscara transparente, se me ven hasta las ideas. Por Mario me habría arrastrado, en serio, no me habría importado suplicar, pero no soy yo, es él, si lo hago dejará de respetarme. No se enamorará, ni loco perdería la cabeza por una chica que se siente basura hasta ese punto. ¿Por qué ya no me quiere? ¿Por qué antes sí pero ya no? Porque me quería, ¿no? Yo sí, ahora lo sé... No hay respuesta, se trata de Mario, la gran incógnita, el hombre deseable y oscuro, un interrogante en sí mismo que me ha robado la calma porque nunca lo llegué a conquistar del todo.

Quiero desaparecer de la vida de los que he herido y mi prisa por irme no nace de los problemas con Mario. Al menos, no solo de ellos. Hay una sensación de fracaso absoluto asentada muchas capas por debajo de la piel, formando cimientos que no sé cómo anular. Aburrida, siempre triste salvo que vaya colocada, vacía del todo.

Por todas las veces que caigo en el mismo hoyo, el que yo tan cuidadosamente he cavado. Valentina, inestable maga de la autodestrucción. Mario no puede pedirme que quiera vivir sin él, sin su luz, que no me lo pida porque no lo haré. Puede que sonría, que me lata el corazón, pero será sin querer. Este dolor palpita sordo e insoportable. Constante. Tan potente que no me deja respirar. Necesito desviar la atención, que me duela otra cosa, no Mario.

A estas alturas de mis reflexiones voy más borracha que nunca. En el infierno, lastimada y rota por dentro porque el hombre de quien me he enamorado me ha echado de su vida. Literal. Regreso al baño, a tientas tapono la bañera y abro los grifos del agua caliente. A tientas busco lo que

necesito. Sin respirar, sin razonar. Una locura más, da lo mismo. De
Valentina de la Robbere con sus antecedentes... ¿quién espera nada bueno?
Para mí significa ser valiente por una vez en mi inútil vida.

42. La llamada que nunca quise recibir

(Mario)

—¿Mario Vallés?

—Soy yo. ¿Quién habla?

—Renata de la Robbere. Disculpe que lo moleste, ¿tiene un minuto?

—Sí, desde luego, ¿en qué puedo ayudarla?

—No sé como empezar, es un tema francamente delicado.

Así arranca este día de pesadilla. Un ciento de nubes negras cubren el cielo sin decidirse a descargar su lluvia, haciendo del ambiente algo pesado, irrespirable, más gris que nunca. No hay luz que reflejar en las fachadas de los edificios del centro, no hay luz en la voz temblorosa de esta mujer. Su llamada corta el final de una reunión con los gerentes de mis hoteles. Me levanto de la mesa, les hago un aspaviento con la mano que viene a significar “*es todo por hoy, pueden irse*” y recibo la noticia mientras van despejando la sala.

Estoy a punto de caerme redondo al suelo.

—Voy enseguida. —Cierro los ojos.

En el trayecto, el nudo que ha empezado a formarse en mi garganta crece cuanto quiere y de repente, baja y me presiona el estómago sin dejarme respirar. Todo este cataclismo lo he provocado yo. Yo con mis ridículos temores, con mi inexperiencia al amar, con mi absurdo sentido del deber. Yo.

Por no haber querido empeorar su universo ya de por sí caótico. Yo, joder. Sobrepasado.

Aparco o mejor, abandono el Jeep ni sé dónde, y de dos zancadas salvo la escalinata de acceso. Pregunto aturdido, con el rostro crispado, y tengo que volver y preguntar por segunda vez, a asegurarme. En el pasillo, junto a la puerta cerrada, un hombre maduro y elegante mira obsesivamente las baldosas del suelo. Mis pisadas arrancan sus pupilas de la invisible preocupación y me enfrentan.

—¿Mario? —Asiento. Vengo tan aturdido que tardo en percatarme de que me ofrece la mano abierta. Se la estrecho nervioso—. Le agradezco que se haya molestado en venir.

—Por favor...

—No, en serio, mi familia se lo agradece. Esto no ha sido un accidente. No sé qué nombre poner a algo tan vergonzoso...

Vale, ya me conozco la historia. Pienso que es preferible cortar la retahíla de disculpas antes de que este señor diga cosas de las que más tarde se arrepentirá. Mucho y muy fuerte. Al fin y al cabo, se refiere a su hija.

—¿Puedo pasar? —Señalo la puerta.

—Sí, claro. Le diré a mi mujer que salga.

—No hace falta...

—Seguro que tienen asuntos pendientes, algo de que hablar. Ella querrá algo de... intimidad.

Me desentiendo de sus razones. Con la mano en el picaporte empujo y me zambullo en las penumbras de una habitación con las persianas bajadas y la luz apagada. En las mesitas de noche, a ambos lados de la cama, titilan dos velas dentro de tarros blancos, parecidos a los botes de mermelada antigua. Desprenden un aroma suave a azucenas que me recuerda a la ropa interior de Valentina moviéndose camino del suelo. Es evidente que las han traído para que se sienta mejor, como en casa, pese al deprimente entorno de la clínica. Por más privada y lujosa que sea.

Una mujer de media melena rubia, vestida de mohair beige, se incorpora en cuanto yo aparezco. Debe de ser Renata. Se me abalanza emocionada, con las manos por delante. No me queda otra que cogérselas. Escucho sus agradecimientos pero no la veo. Mis ojos están atados a la cama donde yace Valentina con los ojos cerrados, las largas pestañas dibujando sombras sobre sus pómulos, las muñecas fuertemente vendadas.

Una punzada de culpa me atraviesa los pulmones.

Sin articular más frases que las imprescindibles y sin que su marido le indique nada, Renata nos deja a solas. Cierra la puerta a su espalda y yo ocupo demudado la butaca libre junto al cabecero. Le toco la frente. Su piel pálida lo es más que nunca. La veo pequeña, temerosa, como si hubiese extraviado por el camino todo lo que la anima a luchar. Tengo ganas de llorar a gritos. Poco a poco, Valentina despega los párpados.

Verme es un poco como subir al cielo. Hasta sonrío. Acercó las manos y nuestros dedos se trenzan con fuerza.

—¿Te ha llamado mi padre?

—Renata. Y solo para decirme lo que había pasado.

—Has venido —añade casi sin poder.

—He venido. Y no volveré a marcharme nunca.

—Dime que me quieres.

Esbozo una triste mueca de incredulidad. Solo ella en estas condiciones, es capaz de pedirme lo que más trabajo me cuesta. Exteriorizar mis sentimientos. Cualquier chica en su lugar se preguntaría si no son compasión y remordimientos, los justificantes de mi presencia aquí, mirándola con cara de perro apaleado, cogiéndole la mano con ternura. Val no. Val es capaz de penetrarme con tanta audacia que no le caben las dudas. Sabe muy bien lo que siento por ella, lo sabe mejor que yo. Cosa distinta es que entienda mis motivos para dejarla.

—Te quiero —confieso. La oigo suspirar—. Pero que no se entere tu padre —susurro enseguida para relajar el momento—. Tiene cara de asesino de pretendientes.

—Así nos aseguraremos de que no haya otro. Solo tú.

Dejamos transcurrir unos minutos preciosos, invertidos en mirarnos con una energía demoledora. En concentrar en la yema de los dedos que se tocan, el núcleo de nuestros sentidos. En acariciar un futuro incierto que puede abrirse en canal o caer derrumbado. Lo que me admira de ella es su capacidad para serse fiel. Me quiere aquí a su lado, no va a perder el tiempo fingiendo lo contrario, ni echándome. Valentina no responde a los tópicos, gracias a Dios.

—¿Dónde te has dejado a mi perro favorito?

—Está en casa, esperándote, lloriqueando en la puerta. Dice que me retira el saludo hasta que no vuelvas.

Con mucho esfuerzo, sonrío. La ansiedad llega y arrasa como un aire viciado cargado de polvo.

—Nena, te juro por mi vida que no quería hacerte daño.

Supongo que en toda mi existencia dispondré de las palabras exactas para describir la intensidad de la mirada que me dedica.

—Sabes que te mereces una paliza, ¿verdad? —añado para quitar hierro al torbellino emocional.

—Atrévete a dármele.

—Debería, pero solo tengo ganas de besarte, *malamujer*. ¿Cómo se te ocurrió hacer algo tan... tan...? —Dura tarea, la de encontrar un calificativo. No lo consigo.

—Marcharme con un poco de dignidad y dejaros tranquilos, era lo único que no había intentado en toda mi vida. —Retira de mí los ojos y los lleva a la pared—. Ojalá estuviera muerta.

—No digas eso ni en broma.

—Muerta, pero muerta de verdad. Es infinitamente mejor que estar muerta de mentira como hasta ahora. Muerta no sufres, no sientes nada, estás en paz.

—También podemos buscar la paz estando vivos. Juntos, Valentina.

Con esa ambigua promesa me rompo. Ella estira muy despacio la mano libre y retira las lágrimas que me ruedan mejillas abajo.

—Ya ves —le digo azorado—, los hombres también lloran.

—Lloras porque te importo —adivina.

—Perdóname. Tienes que perdonarme por haber querido alejarte a la fuerza, por haberte gritado cosas horribles que no sentía. Perdona a este necio que te quiere tanto que pensó que manteniéndote al margen de su caos, te protegía. Por eso y por todo lo que se te ocurra, perdóname.

Sus ojos me cuentan la herida que mi huida ha abierto. Sangro con ella.

—Nena..., seguramente no entiendes en lo que sin querer te has convertido. Si estás lejos, hasta si respiras te siento. Renunciar a ti ha sido lo más difícil que he hecho en mi maldita vida.

—¿Entonces por qué...?

—Porque no soy lo que mereces. —Me preparo para confesar algo que nos hará distintos a partir de ahora, seguro—. Conmigo cerca todo sería un poco más complicado, soy...

—Soy invisible —me corta—. Siempre lo he sido, un fantasma. Necesitaba ser amada para volverme real. Lo que buscaba lo encontré contigo pero si tú ya no me querías... Nada tenía demasiado sentido.

Trago saliva con dificultad y reculo arrepentido del arrebató de

sinceridad. ¿Qué hago tratando de fingir desinterés?

—Mario, no intenté esto para atraerte, no quiero que vayas a pensarlo.

—Sigo teniendo ganas de matarte con mis propias manos. Por tonta. Has cometido muchos errores, sí, pero yo también. Esta no era, desde luego, la salida.

—Estoy tan cansada...

Igual que yo. Todo lo que soy capaz de sentir se reduce a arrepentimiento y cansancio. Le cojo las manos, le acaricio el pelo, la huelo. Me temo que ya no podré dejar de tocarla.

—Duerme un poco. Me quedaré aquí, vigilando.

—Cansada de fallar —especifica—. Hay que ser muy estúpida para que también esto me salga mal.

Le retiro el flequillo de la frente. Reparo ahora en que sus mechones son cortos y están revueltos. Me la comería a besos aquí mismo.

—Estás guapa —le digo. Se pone colorada.

—Embustero, parezco una seta.

—Has estado a punto de matarme del disgusto. Mientras vivimos hay que equivocarse muchas veces y no pasa nada, cielo, nadie nos lo tendrá en cuenta, solo nosotros que somos más benévolos con el resto de la humanidad que con nuestro reflejo.

—Me van a regañar. Dirán que esto ha pasado por no tomarme las pastillas.

—¿Tenías antidepresivos recetados?

—Todos los de la farmacopea mundial —repone con agotamiento—. Pero nunca he sido constante al tomarlos. Se me olvidan con demasiada facilidad.

—Y los mezclas con alcohol —la reprendo severo—. Eso es lo peor de todo. A partir de ahora, nada de copas.

—Me moriré de aburrimiento —protesta con una media sonrisa. Le pellizco la nariz.

—Conseguiré que te aficiones a otras actividades mucho menos perjudiciales para tu salud.

—¿Sexo hasta que me canse?

La madre que la parió.

Pienso en la Valentina de Venecia, una chica radiante, llena de vida, que reía por nada. Ahora soy yo el que se muere por oír esos gorjeos desenfadados suyos, que logran arrancarme sonrisas por muy triste que mi

alma esté.

—Sexo hasta que te canses —claudico—. ¿Confías en mí?

—¿Podrás tú ser fuerte por los dos?

Le beso el dorso de la mano. Doy en diana, en el centro de una herida antigua que jamás se cierra. El dolor de Valentina es el de una cría que suplica amor por desamparo.

—Seré lo que haga falta. Sabes que te lo daré todo.

La beso de nuevo. Una vez, otra. Me quedaría allí, pegado a ella el resto de mi vida. Si pudiera hacer magia y liberarla de la carga de su pena, me la llevaría conmigo. A través de la caricia larga y paciente le transmito, contenidos, un millón de sentimientos: nuestra confusión, el miedo compartido, el arrepentimiento por tantos errores, hasta esperanza. Esperanza de que nuestro mañana exista de alguna forma, que juntos consigamos salvarlo.

Cierra los ojos y con un suspiro se entrega al sueño. Yo permanezco aquí un buen rato aún, sin atreverme a respirar, solo contemplándola. Qué terrible es descubrir que no eres dueño de tus actos, que tu razón envía desesperados mensajes de alerta que tú ignoras, mientras que tu corazón sigue su propio guión sin contar con nadie, adentrándose en el riesgo. Esto puede salir bien o todo lo contrario. Es posible que cuidar de Val mantenga a raya mi lado tenebroso. Ella no sabe dosificar sus pasiones, yo tampoco, pero no sé si arrinconar lo que empiezo a sentir, por peligroso, es lo más inteligente. También saca lo mejor de mí, hasta los celos. De pronto, todos los argumentos que antes me conté para abandonarla, me parecen flojos, faltos de base.

Antes. Cuando ya la quería y no lo sabía, cuando no estaba seguro de querer quererla.

43. Bienvenido a la familia

Al cabo de un cuarto de hora, dejo a Valentina sumida en un profundo sueño y salgo al pasillo. Los ojos angustiados de Renata me buscan. Los tiene azul claro, casi transparentes. No parece, en absoluto, una mala persona.

—Gracias por venir sin hacer preguntas. —Doménico de la Robbere vuelve a dedicarme sus cumplidos. Me acomodo en un sillón frente a ellos porque esfumarme por las bravas me parece descortés. Pero sería bueno analizar este huracán a solas.

—¿Cómo la ha encontrado? ¿Cree que volverá a intentarlo? —me interroga ella. Su marido sale al ruedo a defenderme.

—Renata, no hagas preguntas que ni Dios sabría responder. Valentina está desquiciada. Ni siquiera ella sabe qué le rondará por la cabeza en las próximas horas.

Renata hunde la barbilla en el esternón y calla.

—De todos modos, gracias otra vez. —Nos mira a los dos—. Disculpadme.

Regresa al interior de la habitación, con su niña, y Doménico y yo volvemos a estar solos. Rezuma autoridad y decisión por cada poro.

—Supongo que usted tiene una especie de aventura romántica con mi hija —arranca sin preámbulos. Bien por un hombre directo, acostumbrado a negociar—. No es uno de esos mozalbetes greñudos con los que sale a emborracharse, pero... un poco mayor para ella ¿no?

Arqueo las cejas. ¿Qué puedo decir? Las fechas son las que son.

—Bah, ni me conteste. ¿Pelearon?

—Pensé que estaría mejor sin mí —respondo escueto. Él tamborilea con los dedos en su rodilla.

—¿Y va a plegarse a semejante chantaje? Solo a una quinceañera se le ocurre suicidarse por amor. Si la cocinera no hubiese preparado su desayuno

favorito y Renata hubiera renunciado a avisarla... —entrecierra pesaroso los párpados—, si hubiésemos tardado una hora más, una sola hora más...

Se interrumpe con un evidente gesto de dolor que contrae sus facciones y lleva su mano al pecho.

—¿Se encuentra bien?

—Demasiadas emociones para alguien que empieza a ser viejo. Mire, no sé si es usted la persona adecuada para este comentario pero me encuentro en ese punto de la exasperación, del que no hay retorno. Quizá no me comprende, no creo que sea padre aún.

Debo llevarlo pintado en la cara. Esbozo una tonta sonrisa de disculpa.

—Voy a tener que internarla.

Algo salta desde mi estómago y se me coge fuerte a la garganta. Una pinza que es una garra.

—No lo haga, se lo ruego, yo me haré cargo.

—Usted.

—Deje que cuide de ella.

—¿Ha perdido la cabeza? No puede estar vigilándola día y noche, ya ha visto de lo que es capaz. Mi hija solo sabe abrir las puertas a patadas, ocurre desde que falleció su abuela.

Por fin entramos en materia. En un campo donde además, me siento a mis anchas. Recuesto la espalda en el asiento.

—¿Ningún psicólogo ha podido ayudarla?

—Los volvía locos a todos antes de la cuarta sesión. Pensé que reunir una nueva familia resolvería sus traumas pero tengo la impresión de que odia más a Renata cada día que pasa.

—Sin embargo, es quien está ahí dentro, velando el cabecero de su cama.

—Mi mujer la adora. Haría lo que fuese por esa cría desagradecida.

—¿Y usted?

Gira el cuello con brusquedad y me mira como si acabase de llegar.

—¿A qué se refiere?

—A que si usted la quiere también hasta ese punto.

—¿Lo pone en duda? —se indigna.

—Acaba de decir que piensa internarla.

—¡Por su propio bien! —Abre mucho los ojos y eleva la voz.

—Su bien pasa por sentirse querida, en eso deberían estar todos de acuerdo. Tal vez el peor trabajo de Valentina sea aprender a pedir ayuda. No sabe hacerlo sin destruirse a sí misma.

Doménico no replica. Une sus manos en actitud de rezo y se entretiene jugueteando con los dedos.

—Oiga, ¿trata de psicoanalizarme? —Callo—. No lo haga. Parece usted un tipo sensato, habla con una serenidad cautivadora y no ha salido corriendo despavorido a pesar del lamentable espectáculo. Es posible que la quiera y que alguien así le haga mucho bien a mi hija. Sin embargo... —corta con una mano mis intentos de réplica—, olvide la idea de que yo le permita irse a vivir con usted.

—Pero tampoco la ingrese. Valentina es mayor de edad, podría oponerse.

—Valentina es lo peor para ella misma. —Suspira frotándose las sienes.

—Deje que siga en casa. Yo me ocuparé de su bienestar —prometo lleno de pasión.

—Ese objetivo suyo no deja muy bien parado al resto de la familia, ¿no le parece?

—Yo no he dicho que ustedes la perjudiquen. Solo que ya lo han intentado.

Doménico sacude repetidamente la cabeza.

—Sin ningún éxito, para qué nos vamos a engañar. —Deja transcurrir una larguísima pausa. Medita, lo sé, de modo que no interrumpo—. Coja su turno, Mario. Y que Dios le asista.

Le dirijo una mirada tranquilizadora. A bote pronto no tengo nada planificado. Confío en que mi amor y mi esfuerzo basten para hacer feliz a esta niña perdida. La he humillado, insultado y faltado el respeto, le he dicho cosas horribles con tal de alejarla. Siento asco de mí mismo y unas insoportables ansias por redimirme. Pienso que de todos los implicados, quizá yo, el que más miedos baraja, sea también el más optimista.

Me temo que al padre de Valentina y a mí se nos han acabado los temas de interés común. Me ha dado su bendición y por lo visto, saber cómo me gano la vida lo trae sin cuidado. Está ofreciéndome un capuchino, cuando el sonido de unos tacones apresurados irrumpe en nuestro pasillo. Una mujer bella, rubia, alta y extremadamente delgada, más o menos de mi edad, seguida por un hombre bien parecido de pelo claro y facciones bonachonas, con quien enseguida simpatizo. Besan a Doménico y nos presentan. Chiara y Matteo, hermana y cuñado de Val, respectivamente. En el rostro amable de Matteo flota consternación por lo ocurrido pero tengo la impresión de que en algún momento, Valentina le ha hablado bien de mí. En los iris aguamarina

de Chiara, no detecto más que curiosidad. Estoy seguro de que la señorita de la Robbere me ignora desde su pedestal cuanto puede, pero no logra evitar que de reojo, sus pupilas inquietas me busquen cuando piensa que no la veo.

—A ver, qué demonios ha hecho ahora la *cabezahueca* de mi hermana...

—Chiara, por favor...

—¿Qué Matteo? ¿Miento? Papá, he faltado a dos juntas y he perdido un avión a Tokio. Todo porque a Valentina se le ha ocurrido... —Sacude agobiada la cabeza— ¿Y usted, Mario, es...?

—Un amigo de tu hermana.

—Mario Vallés —me presento estrechando la mano de Matteo que ya encuentro dispuesta. Chiara se hace de rogar mucho más. Hasta se permite mirarme con desconfianza.

—¿Su novio?

Creo que me ruborizo hasta la raíz del pelo. Seis pares de ojos expectantes, en espera de mi contestación.

—Bueno, no sé si llega a ser tan formal...

—Habría que preguntarle a Valentina —interrumpe Doménico de la Robbere—, ya sabes cómo se las gasta.

—En cualquier caso, bienvenido a la familia —saluda Matteo con su ancha sonrisa honesta.

—Refiriéndonos a mi hermanita, diría que te precipitas, querido —sisea Chiara entre dientes. En dos palabras, esta chica es tan hiriente como hermosa —. Vaya forma de demostrar amor, la suya. ¿Es un nuevo nivel de rabieta o se ha atrevido usted a llevarle la contraria?

Sus ojos son dos rendijas que me analizan al milímetro. Me siento diseccionado. El cabeza de familia acude de nuevo al rescate. No viviré lo suficiente como para agradecerse.

—Mario se ha pasado a preguntar por tu hermana, no a responder a un interrogatorio, Chiara, ya basta.

Ella hace un aspaviento repentinamente alegre. Hasta deja ir una carcajada corta.

—No pasa nada, lo lamento. Nos conocemos en unas circunstancias ciertamente peculiares, Mario, disculpe mi torpeza.

—Entiendo que estemos todos un poco histéricos —afirmo cordial para salir del paso. Ella sacude nerviosa las manos y cruza con su marido una mirada de visible angustia.

—Valentina está fuera de peligro, eso es lo importante. —Doménico

rodea con el brazo los hombros de su hija y le besa la sien con ligereza. Yo me preparo para despedirme.

—Si ella pregunta por mí, o me necesitan para algo, cualquier cosa, lo que sea, por favor... —Entrego un par de tarjetas de visita. Una al padre de mi chica, otra a su cuñado. Chiara y su melena con ondas estilo diva del cine de los cincuenta, se ha separado del grupo y por el modo como mira la puerta, creo que reúne valor para traspasar el umbral de la habitación.

Les deseo buenas noches a todos y me marcho mucho más contento de lo que llegué. Peco de confiado al no reparar en la mirada de Doménico. Habría puesto mis alertas a trabajar en lugar de dejarme arrastrar por la ingenua euforia del amor.

44. A veces salía el sol

(Valentina)

Veo aparecer a mi hermana y me carcome el mismo sentimiento de vergüenza que he sentido con Mario. Algo por debajo en intensidad, pero aquí está, reconocible y burlón. La miro y con un gesto de agotamiento la invito a acercarse. Resulta extraño ver a la resuelta Chiara titubeando.

—¿Puedo coger esta silla?

—Claro. —Hago lo imposible por sonreír. Me duelen todos los músculos de la cara y tengo cero energía—. Gracias por... bueno, por estar.

—No sé qué decirte, hermana —se mira las manos—. Por un lado te clavaría un bisturí en la yugular. Por otro querría abrazarte y como papá, me pregunto qué he hecho mal.

—¿Ser pluscuamperfecta?

—Idiota...

Me cuesta respirar. Y mira que pongo empeño.

—Solo bromeaba. Ya en serio, lo de los impulsos suicidas es cierto y yo he tratado de irme de este mundo siguiendo uno. A lo loco y sin pensar en lo egoísta que podía pareceros. Me merezco todo lo que quieras decirme. Y lo malo que pienses, pero no me lo digas.

—Que te quedaste en adolescente eternamente cabreada, Britney Spears.

Pongo en blanco los ojos.

—Pronto llegaron los insultos —protesto sin que de verdad me importe. Estoy demasiado a ras del suelo como para ofenderme.

—Sabes que le quito hierro a esto porque no sé cómo tomármelo, ¿verdad?

Eso sí me deja atónita. Asiento despacio.

—Venga. Échame la bronca. Por una vez no pienso decir que no me la merezco.

Chiara aprieta los labios. Tiene la boca de nuestro padre, labios finos y autoritarios. Yo, en cambio, he heredado la flor carnosa de mamá, causante de que no me tomen demasiado en serio en una Asamblea General de accionistas. La miro de reojo. Creo que está pensando cómo explotar, escogiendo la frase más hiriente como preámbulo de su disgusto, pero contra todo pronóstico, mi hermana tira de mí y de mis sueros, y me enjaula en un abrazo interminable.

—Ven aquí, pequeña descerebrada.

Me rompo un poquito entre sus brazos. Aprieto fuerte los párpados controlando el llanto.

—Lo siento, lo siento, Chiara, no sé cuántas veces lo he dicho ya.

—Has hecho algo muy grave. Solo dime que no eres de esos... que no lo intentarás de nuevo.

Nos separamos y cada cual estudia la expresión de la otra con sincera preocupación. Desde que se nos cayeron los dientes no habíamos compartido un momento tan íntimo. Me llena de calor el corazón.

—Te lo estoy preguntando en serio —insiste.

—Lo sé. Y no quiero que dudes pensando... bueno, sí, quiero vivir.

—¿Estás segura?

—Al cien por cien.

—¿Es por él? ¿Te había dejado pero ahora ha vuelto con el rabo entre las piernas?

Adiós Chiara adorable, hola, cínica de siempre.

Aún así, en lugar de atacar de frente, me ruborizo y escondo los ojos.

—Influye, no voy a negarlo. Pero lo que he hecho ha sido una solemne tontería.

—En eso estamos de acuerdo. —Con la punta de los dedos me retira un mechón rebelde y lo acomoda detrás de la oreja—. Llevas tanto tiempo gritando auxilio y nosotros alguno más llamándote energúmena insoportable, que me temo no tengamos nada claro el orden de prioridades.

—Yo sí. He visto la luz.

Chiara se tapa la boca con la mano.

—No te rías.

—Es que es una frase muy de cuento. No la imagino en ti.

—Porque soy una niña consentida, ya sabes.

—No, una niña deprimida que se ha descuidado. Todos nos hemos descuidado.

—Tú ganas —me rindo.

—¿Ese Mario...?

—Consiguió que al mirarlo me diera cuenta de que mi absurda manera de vivir, era eso, absurda. Y de que no era feliz en absoluto.

—Te escucho y no me pareces tú.

—Tengo mi encanto cuando se me conoce, hermana.

—No lo dudo, bruja.

—¿Me das otro abrazo?

Tres minutos de apretado calor humano son muchos minutos. Y disfruto cada microsegundo. Es un volver a empezar en todos los sentidos. Ahora toca demostrarles a ellos que la confianza que me otorgan, me la merezco. Que he crecido, que la juguista emocionalmente inmadura que chillaba, insultaba y faltaba al respeto a la mínima, se ha ahogado... en la última rabieta.

La cuestión es si seré capaz.

45. Regreso

(Mario)

Tres días más tarde, le dan el alta. Para Valentina es como recibir un salvoconducto a la libertad. Pide a su padre y al resto de la familia que no se ofendan pero que será yo el encargado de recogerla. Llevo conmigo a Barón y un enorme ramo de flores silvestres salvajes como ella, y al apartarlas del sillón del copiloto para sentarse, los ojos de plata centellean cegadores. Besuquea al perro, se abraza al ramo y se pasa oliéndolo todo el trayecto. Despega nuestra nueva era, la oportunidad que los dos nos hemos estado negando.

—¿Primera estación, *signore*? —bromea con el júbilo bailando en sus labios.

—Mi boca está sellada. El tour que he preparado es una sorpresa y no vas a anticiparte.

—Te crispa que vaya cinco pasos por delante, ¿eh, perfeccionista obsesivo?

Me aparto lo justo para contemplarla.

—Lo odio —río. Luego me pongo serio. Mis dedos se retuercen en torno a la palanca del cambio automático—. Eso y alguna que otra cosa más. Eres la única mujer capaz de hacerme un nudo en el estómago.

Ella da un respingo y suelta una alegre carcajada.

—¡No me mientas, que me lo creo!

—Va en serio, completamente en serio. —Le cojo la mano y me la traigo conmigo hasta la palanca. Allí nos apoyamos con los dedos enlazados.

—Hay algo que no pienso perdonarte —susurra con aire ausente.

Casi sin querer, me tenso.

—¿Y es...?

—Que te hayas hecho pasar por un tipo corriente cuando no lo eres. No lo eres en absoluto.

—Soy un tipo de lo más normal. Un poco siniestro, si quieres, pero nada extraordinario.

Me echa un vistazo entre incrédulo y sarcástico.

—Pecas de modesto, profesor. Eso es lo que creí, y me has hecho quedar como una idiota. Ya he sido una idiota demasiadas veces.

Arranco. “*Adiós, vieja vida*”, pienso mirando la clínica.

—Adiós, vieja vida —se despide Valentina agitando los deditos en la misma dirección.

Deja caer su cabeza en mi hombro con un suspiro suave. Ninguno considera necesario articular palabra hasta que aparco en mi edificio. Nos limitamos a contemplar el sol de la mañana a través de los cristales de las ventanillas. Recibimos la primavera juntos y enamorados. Porque yo, en este punto de la historia, ya sé que mi destino y el de Valentina, andan indisolublemente unidos.

Gracias al ladrido de Barón, supero la breve fase espiritual y vuelvo a ser carnal. Culpa de las malas influencias que me trae su cuerpo. Para cuando giro la llave en la cerradura, ya voy derretido por el deseo. Con ella tan cerca no puede ser de otro modo, Val lo cambia todo, altera mi mundo y lo hace más infinito, también más medible. La beso apasionadamente en la boca antes de poder cerrar la puerta. El apartamento nos recibe con sus espacios abiertos tenuemente iluminados por los rayos de medio día. Desabrochando botones, la empujo hasta el sofá.

—Sería más romántico esperar a la noche y llenarlo todo de velas, pero me temo que no puedo —gruño junto a su oreja.

—Y si decides esperar, te asesino —me provoca.

—¿Estás lo suficientemente fuerte?

—Soy un bloque de acero. —Estira el cuello, me lo ofrece en bandeja. Lo recorro a suaves lametones—. Ponme a prueba.

Por debajo de su blusa de seda, noto los pezones erectos. Paso los dedos por encima sin interrumpir el beso cada vez más profundo. Reconozco el surco del encaje que los cubre, la curva ondulada alrededor, la carne prieta y suave al mismo tiempo.

—Porque te deseo más allá de lo que soy capaz de explicar.

Las palabras arden en mi lengua cuando entierro los dedos entre su pelo, cazo una de sus horquillas, tiro y la hago deslizar. Un mechón desobediente cae sobre su rostro. Luego suelto otra, otra a continuación y contemplo hipnotizado cómo ese pelo sedoso que huele a vainilla, se despliega contra sus hombros, ya no sobre su espalda. Es preciosa. Preciosa e irrepetible. Mi niña traviesa siempre a la caza y captura de nuevas emociones fuertes. Me pregunto si más fuerte que lo que yo empiezo a sentir por ella. La cosa ya no va de morbo, ni de vicios perversos. Va de amor.

El suelo se llena con su falda, mis pantalones, su blusa, nuestros jerseys, con su encaje interior y con mis bóxer. Nuestros cuerpos se aprietan, nos retorremos, tirando el uno del otro para despejar de ropa nuestro personal campo de batalla. La tumbo sobre el sofá y me dejo ir sobre su piel pidiéndole perdón con mis labios, con mi lengua. Por todo lo que he provocado, por abandonarla sin justificación, por temerla. A ella y a lo que me hizo sentir. Puede que se llamase fascinación, puede que miedo.

A todos los niños les gustan las estrellas y sin embargo asumen que no pueden tenerlas.

Lo que viene después es imaginable: la sala se llena de sexo y de gemidos. De jadeos y suspiros. De manos que se buscan por pura necesidad. Creo que amándola soy consciente de que he estado a punto de perderla para siempre y de que superarlo sería poco más que una ilusión.

La hago gritar, me adentro en su dulce cuerpo hasta notar cómo cada fibra de su cuerpo se tensa, que el estremecimiento alcanza sus entrañas y me envuelve a mí, apretando mi erección sedienta. Marco un caminito de besos a lo largo de su vientre y cuando llego a su boca estoy tan loco por ella que pienso que perderé la cabeza. No puedo aguantar ni un segundo más, envuelto en la exquisita redondez de sus curvas. Tiembla entre mis brazos, cierra los ojos y relaja los labios y la garganta en un profundo suspiro. Y yo me derramo en su interior en una especie de rendición que tiene mucho de trance hipnótico.

Nos mantenemos acurrucados, saboreando la relajación después del clímax, las puntas de los dedos dibujando circulitos en su espalda, en mi pecho, mis piernas abiertas, ella acostada sobre mi cadera. Desde que se cortó el pelo, el tatuaje de su cuello es más visible. Activo el equipo de música y nuestro cansancio se diluye en las notas de "*High by the beach*" de Lana del Rey.

—Debí llegar aquí antes —musita con un hilo de voz—. Tuve siempre

demasiado miedo.

—¿Miedo a vivir?

—Ni siquiera sabía cómo hacer eso. A dejarme querer, supongo. Voy a pedirle perdón a mi padre demostrando cosas. Nada de promesas que luego me exploten en las manos. Poco a poco conseguiré que se sienta orgulloso de su hija.

La ciño un poco más a mí. Oigo a una Valentina distinta, mucho más madura. Me acuerdo de Chiara.

—¿Piensas incorporarte a la empresa?

Valentina se retuerce inquieta entre mis brazos.

—¿Qué dices? Ni repartiendo correspondencia. Eso implicaría ser infiel a mi propio yo, no voy a prostituirme. Él tendrá que entender que puedo ser alguien fiable fuera de su mundo, en el que yo amo, y acabarán aceptando.

—Estoy orgulloso de ti, nena.

—Genial. Nadie ha estado orgulloso de mí en la vida.

—Pues no entiendo el porqué, eres una criatura excepcional.

Me mira espantada.

—Un nido de problemas y dolores de cabeza, querrás decir.

—Haz el favor, métete esto en esa cabecita tuya —golpeo su sien con la punta del índice—. Tú no tienes nada por debajo de lo perfecto.

—¡Wooo! —se mofa— Lo que yo te diga, acabaré creyéndomelo. ¿Una ducha?

—Sí. Deprisa, empiezo a tener hambre.

—¿Salimos entonces a comer a alguna parte?

Le beso la coronilla.

—Eso también está bajo control, señorita impaciencia.

—¿Has hecho la compra? Dime que tienes llena la nevera.

Remoloneamos, nos desperezamos, desenredamos el nudo de piernas y brazos y nos incorporamos. La animo a correr al baño palmeándole el culo redondo y prieto.

Al entrar ya me la encuentro cantando bajo la ducha. La resonancia de su voz es algo difícil de explicar. Lo llena todo y se adueña de mí.

Se nos atasca el concepto ducha rápida porque no puedo resistirme a frotar esos pechos redondos con mis manos impregnadas en jabón. Alucino con el modo en que resbalan, piel con piel y la capa sedosa de por medio, el obstáculo de los pezones como guindas. Y de ahí, viajar a la zona de sus costillas, reseguir sus costados y encontrar el camino a la cintura. Mucho

antes de llegar a lo más breve ya estoy empalmado. Y Valentina, que se ha entretenido restregándose contra mi cuerpo como una biela engrasada, baja una mano y agarra mi miembro, bien firme por la base del tronco.

—No, nena, no —gimoteo mordiéndome el labio inferior—, que volvemos a empezar.

—¿A quién le importa?

—¿A nosotros que estamos famélicos?

—Las recompensas saben mucho mejor si se ha esperado. —Es increíble el modo en que sus dedos corren por mi erección, arriba y abajo, intensificándola, mientras el áspero terciopelo de su voz me acaricia el cuello. Cuando suma una sutil presión en los testículos, siento una brutal descarga en la zona baja del vientre que se propaga hasta la nuca. Se arrodilla y con esos ojos grises enormes clavados en mí, se la mete en la boca.

¡Dios! Habría caído muerto fulminado en este mismo instante.

El vaivén de sus labios chupando, me mantiene hipnotizado hasta que lo inevitable me obliga a despegar de ella los ojos. Echo atrás el cuello con los dedos hundidos en su pelo mojado. Noto que me hincho, que las venas me arden y que tras la explosión en su garganta, alcanzo el Paraíso. Valentina me mira curvando la comisura de sus labios en un gesto muy, muy provocador.

—¿Qué tal los aperitivos?

—De muerte súbita. —Tiro de sus antebrazos para que se incorpore. Le daría mi vida entera en este segundo.

Nos besamos como se besan los novios enamorados, con los ojos cerrados y el agua templada resbalando por la cara. Luego nos secamos el uno al otro y por fin, alcanzamos lo que parece imposible: llegar a la cocina. Yo me he calzado un viejo pantalón gris de deporte y una camiseta Adidas haciendo juego. A ella le presto una sudadera que le viene enorme sin conseguir tapar del todo la tersura carnosa de sus muslos.

Mejor no mirar, joder. Mi entrepierna se recupera a velocidad preocupante.

—Puedes poner la mesa si quieres —le indico dónde encontrar la vajilla—. Del resto me encargo yo.

—¡Pero si dispongo de chef privado! —se maravilla inclinada sobre el aparador, con el culo en popa. Debajo, unas minúsculas braguitas de encaje malva.

—Tanto como eso..., no esperes nada extraordinario. Pero me gusta cocinar. He vivido solo casi toda mi vida adulta. —Saco la olla de la pasta y

la lleno de agua. Añado sal y la pongo al fuego.

—Somos dos bichos raros.

No tengo nada que objetar a eso. Así es exactamente como yo me he sentido siempre entre la gente normal. Mirarme en Valentina es como observar a mi gemelo. En cierta medida, me deshice de parte de mis sombras la primera noche que la amé. Me concentro en la salsa.

—Tienes un cuñado que parece un buen tío.

—Lo es —responde con presteza—, no sabes cuánto compadezco que le toque soportar a la a veces insufrible Chiara.

—Vamos, se le ve inteligente, algo tendrá tu hermana para que esté tan enamorado de ella.

—Es una emperatriz entre sábanas que antes se dejaría guillotinar que aceptar sexo oral. Le concede placer con cuentagotas.

—No puede ser solo eso —rebato volcando el contenido de la fuente en una sartén. Delicioso el chisporroteo. Valentina me observa desde la mesa con una copa de agua con burbujas en la mano y aire pensativo. La alianza de acero de su pulgar, tintinea contra el cristal.

—A veces... cuando conseguía olvidar que estaba sola, que a mi familia no le importaba más que si cumplía sus planes, que mi verdadera madre se había ido, que después perdí a mi abuela... si conseguía olvidar todo eso, salía el sol. Pero eran momentos fugaces, antes o después pasaba algo que me lo devolvía todo. Y me llenaba de tanto odio que habría hecho estallar en pedazos el planeta si hubiese podido.

—Ven aquí, pequeño duende. —Abro un brazo y la recibo, acurrucada contra mi costado. Suspirando repentinamente triste.

—Me dije que no tenía que pensar, solo sentir, sentir hasta adentro. Pero llegó un momento en que ya no sentía nada.

—Vale, no reniegues, son etapas. Empezaremos desde cero. Nada de drogas, nada de copas, la medicación a rajatabla...

—Cualquier cosa con tal de que no me abandones.

—Val, no juegues. No olvides que esto va por ti, no por mí, no se trata de un capricho. Has hecho con los antidepresivos lo que te ha dado la gana, tienes un maremoto químico en la sangre, hay que regularla y depurar. Pronto podrás dejarlos del todo, pero poco a poco, no a lo drástico. Y sobre todo tienes que dejar de pensar así y de uererte tan poco —le digo mirándola con intensidad.

Le beso el pelo y la empujo hacia el extremo de la encimera. Necesito las

dos manos para rematar el guiso y desde luego, a ella lejos para poder concentrarme. Solo su olor exquisito ya me perturba.

—Prepara ensalada, pinche. Tienes brotes tiernos, cebolla y tomate en el frigo. Mozzarella, si te apetece...

—¿Vino?

Contesto con una mirada reprobadora. Ella alza ambas manos en son de paz.

—Agua mineral sin gas por aquello de la variedad —acepta sumisa—. Y mis pastillas.

46. Un punto final a algo

La experiencia de cocinar a dúo resulta divertida. Hablamos de cosas triviales mezcladas con auténticas solemnidades filosóficas. Somos dos novatos aprendiendo a vivir y si bien yo le saco unos años, me temo que mi experiencia a nivel socialización, no es muy superior a la suya. Solo confío en que mis previsiones no fallen, que lo que siento por Valentina y mi necesidad de protegerla mantengan a raya mis instintos tenebrosos.

—¿Te apetecería ir esta noche a alguna parte? Una de esas fiestas de gente que conozco... —agrega sugerente.

—De momento y al menos en dos semanas, nos conviene mantenernos apartados de toda tentación. Cambiaremos toxicidad, humo y alcohol, por largos paseos en bicicleta o a pie. Sesiones de gimnasio y...

Ella arruga el entrecejo y a mí, el terror de que acabe aburriéndose a mi lado, me atraviesa de parte a parte.

—No me refería precisamente a beber. —Enrosca un corto mechón negro en un dedo y lo retuerce expectante—. Ya sabes, juegos de cama.

Encajo las mandíbulas, me mantengo firme. El mero recordatorio de lo que sentí la última vez, es revulsivo bastante. Me levanta el estómago. Y desde luego, no se repetirá.

—No pienso permitir ni un roce, ni siquiera con un dedo, no te tocarán.

Val se mueve en su silla, me cerca con su proximidad.

—Entonces deja que mire a tu lado —susurra intensa—. Quiero sentir lo que tú sientes, entenderte.

Tomo aire hasta llenar mis pulmones. Nunca me han gustado las confesiones pero mi madre decía que si las palabras te ahogan es porque ha llegado el momento de pronunciarlas. Si voy a salir del cascarón habrá que ir dando pequeños pasos. Yo igual que ella. Esto es un proyecto común.

—Valentina... —dejo en suspenso la frase, buscando el mejor modo de

transmitir lo que me atormenta—, nena. No quiero sonar peliculero pero... ¿qué dirías si te cuento que he perdido el interés por mirar cuando se trata de ti?

Ella pestañea sorprendida. No me extraña. Yo mismo al oírme pienso que me han abducido.

—Que me tomas miserablemente el pelo.

—Ojalá —me aparto el flequillo de los ojos—, te lo juro, ojalá fuera cierto.

—¿Por qué?

—Porque significaría que no me has dado la vuelta como a un calcetín. Que sigo siendo en parte, el que era, el bicho raro que he sido siempre.

—Oye, yo no...

La callo tomándola por los antebrazos, besándole los labios con urgencia.

—Eso es lo increíble, nada ha sido premeditado, ni consciente, ha ocurrido de modo natural, seguramente porque así tenía que ser. Mira, Val, yo no sé lo que buscaba con ese comportamiento. ¿Distancia? ¿Evitar el cuerpo a cuerpo? Todo es posible, detestaba que me tocasen salvo que yo lo decidiera. Sin embargo...

—Sin embargo aparezco en tu vida y arraso con todo —completa burlona—. Demasiado bonito para ser verdad, no sé si creérmelo.

Ya tardaba en salir la Valentina desconfiada y escéptica.

—Es tu decisión. No puedo abrir esa cabeza dura tuya con cremallera y meterte dentro las ideas. Pero hay una vía infalible a la convicción.

—¿Y es...?

—La misma que tú has decidido usar con tu padre. Hechos consumados.

Abre la boca para replicar pero su queja muere en un bufido. Se echa a reír a carcajadas.

—*Touché*. Solo quiero...

Oculto de mí sus ojos. Le cojo la barbilla y le levanto la cara.

—No ser un lastre. Solo quiero que si lo echas de menos, me lo digas. No ser causa de tus renunciaciones.

Vuelvo a besarla tratando de contener mi euforia. Resulta que los dos tememos lo mismo, matar al otro de tedio y rutinas predecibles, cuando lo que tenemos que hacer es sentir, volver nuestros esfuerzos en conocernos y querernos juntos.

—Dijiste que me lo darías todo.

Sumerjo mi mirada en la suya. Tiene la barbilla apoyada sobre su puño

cerrado.

—Es una promesa que cumpliré cueste lo que cueste y que no incluye, necesariamente, prácticas *vouyeristas*. Eso sí, si te divierte, podemos mirar siempre que queramos —le guiño un ojo—. Juntos.

—¿Nos vamos de compras? —propone emocionada—. Si voy a sacar de la tumba una nueva Valentina habrá que vestirla de forma menos... ¿gótica?

Contengo una risita traviesa. Me encanta que ponga tanto de su parte.

—Sí, anda, menos piel a la vista y en consecuencia, menos accidentes de tráfico allá por donde camines.

Recorremos de la mano las calles, visitamos los mejores establecimientos, compramos un montón de cosas seguramente inútiles, y aprovechamos los momentos “probador” para manosearnos como adolescentes locos. Todo con la patina del descubrimiento, de lo hecho por primera vez en la vida. Merendamos a la española en un precioso cafetín y la deslumbro hablándole de la primavera en Sevilla, de que justo ahora, los capullos de azahar se preparan para nacer derramando al aire su incomparable aroma. Cedo a sus presiones y le prometo que la llevaré.

—Qué de tiempo desperdiciado —gime bajito—, qué estúpido es vivir cuando no tienes al lado la persona adecuada.

—Debería soltarte un sermón acerca de que hay que comerse la experiencia solos, de que compartir es únicamente parte de la historia y todo eso, pero la verdad es que me encanta que pienses así.

—Vaya, eres sincero. —Me mira directa a las pupilas. Las mías se dilatan al momento—. Y nunca creí que un hombre pudiera serlo.

—Claro que tampoco pensarías que podíamos llorar.

—Eso sí. Vi a mi padre llorar mucho, muchísimo, cuando se marchó mi madre. Por eso no pude entender sus prisas por sustituirla.

—Quizá solo buscaba rodearte de una familia.

—Daba la casualidad de que yo ya tenía una familia, tenía a mi abuela, lo tenía a él... —remarca el “ya” con fiereza. Relaja los músculos de la cara y sonrío—. Prefiero no hablar de eso.

—¿Tus buenos propósitos no incluyen a Renata?

—Todavía no lo tengo claro. Pero como calentamiento y sin que sirva de precedente, acompáñame a Hermés. Voy a comprarle un pañuelo.

Esa noche vemos una película enroscados en el sofá, hartos de palomitas

con mantequilla. Como una pareja normal. Y los días que siguen son también inolvidables. Lo mismo cenamos en un restaurante cinco tenedores, que nos zampamos un bocadillo y un refresco sentados en la muralla sobre el Olona, con los pies por fuera, compartiendo “*Sitting on the duck of the bay*” con doble auricular contra mi teléfono y Barón correteando alrededor. El remanso de paz que siempre ha sido mi apartamento, se llena de canciones como “*Easy love*” de Sigala a volumen insoportable, mientras mi chica intenta cocinar entre bamboleos de cadera. Me contagia, señor, con lo serio que soy... Desaprendemos mucho y aprendemos más, sobre la vida y sobre nosotros mismos. A sus espaldas, controlo su medicación con enfermizo rigor, anoto mentalmente cada rasgo de su carácter, cada salida de tono, cada cambio injustificado. La Valentina vulnerable y tierna que tan de vez en cuando asomaba los ojos, ahora es cada vez más visible y durante más tiempo. Camino por los días con la sensación de estar construyendo algo con cimientos bien firmes.

Nunca se es lo bastante ingenuo.

Hoy, después de que Valentina visite a su padre y a Renata como la animo a hacer al menos tres veces por semana, decido que es buen momento para dar un paso adelante. La invito al Príncipe di Savoia, a un baile de salón propio de dos siglos atrás, con cena. Reservo una suite con vistas indescriptibles, y me cuido de que dejen sobre su cama el vestido de noche, los zapatos y las joyas que he comprado para ella. Me produce una insana emoción imaginarla dentro de este tejido principesco, abandonada entre mis brazos a ritmo de violín. A las siete y media en punto, paso a recogerla de la casa familiar, con una rosa roja de tallo largo en la mano. Noto que se le humedecen los ojos.

—Qué bonita eres, *miarma*.

Creo que percibe que lo que digo me sale de dentro. Echa atrás la cabeza y se deja ir en una carcajada que suena a campanillas.

—*Caro mío*, no veo el momento de poner el pie en tu Sevilla.

Una vez más, Valentina está preciosa. La melena que se cortó en un momento de locura, ahora enmarca el óvalo de su cara, desordenada y un poco a lo salvaje. Da igual cómo se peine, lo que se ponga, siempre será ella, irrepetible y magnética. El vestido de lamé y corte lencero, largo hasta los pies, le sienta como un guante. Las sandalias de tiras resaltan sus pequeños pies de uñas pintadas de negro. Se pasa la cena riendo y provocándome por encima de la copa de *San Pellegrino*. Voy recogiendo los pasos que da hacia

el abismo y me prometo que se los devolveré antes de lo que cree. Rematamos la primera mitad de la velada con un combinado de frutas en el bar del hotel y enseguida le sugiero volver a la habitación.

—Mi vaquero tiene prisa, por lo que veo —se mofa susurrando junto a mi oreja. El solo soplo de su aliento logra ponerme el vello de punta.

—Cuando nos referimos a ti, toda la del mundo.

—Si fuese malvada como me pintas, te haría esperar, pero da la casualidad de que yo tengo las mismas ganas. —Se lleva la copa a los labios y en un pestañeo, la ha vaciado— ¿Vamos?

Salimos del bar entrelazados. Su cintura y mi mano, partes de una misma cosa. Ya en el ascensor se restriega indecorosa y me calienta. Como si lo necesitara. Le agarro la mano con brusquedad justo cuando piensa hundirla en mi bragueta, a terminar de enloquecerme.

—Para. Para o no respondo.

Se relame.

—Sexo en el ascensor, típico pero siempre funciona —cuchichea. A mí se me van los ojos al cogote del matrimonio octogenario que tenemos delante y que se gira a medias, intrigados por nuestras risas y murmullos.

—Tengo listo algo mucho menos típico —le adelanto.

—Dime qué es, dímelo ya.

—Tendrás que esperar —canturreo maligno—, primero el champán.

—¿Me has comprado champán infantil?

—Por supuesto que sí, pero rosado, que es el que te gusta.

Ya en la suite, sirvo burbujas inocuas en copas de cristal, la recuesto en el sofá y me coloco encima. Estamos acostumbrados a las caricias atrevidas y a hacerlo primero siempre fuera de la cama, como si se acabase el mundo. Sus sedosos mechones se mueven con libertad entre mis dedos. Ella contempla mi abdomen surcado por una fina línea de vello oscuro y me dice que conduce al pecado y a los mismísimos infiernos.

—Como premio por decirme cosas tan sugerentes, tengo una sorpresa —le recuerdo entre risas.

—¡Dámela ya! ¡Dios, me encantan las sorpresas! —Le falta palmotear como una cría.

Aún tenemos las copas en la mano tras el primer brindis, cuando en algún punto de la suite llaman a la puerta. Estoy demasiado absorto contemplando lo que amo como para centrarme. Valentina alza una ceja.

—¿Servicio de habitaciones? Si no falta de nada...

Sonrío para mis adentros y voy a abrir. Descubro a una pareja elegante vestida de fiesta. Ambos jóvenes y atractivos. Él parece un modelo de ropa interior, ella un ángel rubio de Victoria's Secret. Esto va a ser pero que muy divertido.

—Bienvenidos —me echo a un lado para que entren. Valentina nos espera en el centro del saloncito de la suite con mirada curiosa—, ¿os apetece champán?

—Nos apetece lo que vosotros decidáis que nos apetece —repone ella con suavidad.

—Os advierto, es sin alcohol. Puedo encargarme de otra botella...

Se encogen de hombros mostrando conformidad con lo que les ofrecemos.

—Somos vuestros el resto de la velada —agrega él con una tentadora media sonrisa.

Valentina salta del diván entusiasmada por la perspectiva de la diversión. Es una guerrillera que nunca se achica, fabricada a mi medida. Recibe a la pareja con un apretón de manos y corre a servirles bebida. En dos minutos, brindamos y reímos como viejos amigos. Es todo una farsa, de acuerdo, pero una farsa excitante y morbosa.

No creo que haya un momento clave en el que la acción comienza. ¿Es cuando escojo con cuidado la música ambiente? Puede. La rubia y Valentina se cruzan una mirada ardiente y la profesional del sexo toma la iniciativa, desliza los dedos por la punta de sus mechones, por su cuello y a continuación, deposita un húmedo beso en sus labios. Los pezones de Valentina se marcan de inmediato debajo de la ropa. El Adonis y yo, nos limitamos a observar. Las chicas se van calentando al arrullo de los acordes de *Don't be so shy* de Imany y sin mediar palabra, nos desplazamos al dormitorio. La cama es inabarcable. Algo así como mi erección. No tiene límites. Todo se ralentiza ante mis ojos. La rubia cubre parcialmente a Valentina y pasa la lengua desde la línea de su mandíbula a las clavículas antes de iniciar el suave descenso que la conducirá al borde de su vestido. Mi chica se ha rendido, acostada boca arriba con los brazos abiertos, cierra los ojos y gime envuelta en placer. Yo he encontrado mi lugar en una cómoda butaca en el rincón y observo. Adonis se desnuda sin dejar de mirarlas y aguarda a que ninguna prenda cubra la piel de las dos. Valentina abre las piernas y la rubia hunde la boca en el vértice entre sus muslos. Desde aquí puedo ver sus lametones subir y bajar por los pliegues rosados, jugueteando

con el clítoris, consiguiendo que Val se retuerza y criske las manos sobre las sábanas y tire. El primer orgasmo llega con un sonoro alarido que hincha mi miembro desde el fondo del vientre. No aguanto más, empiezo a acariciarme. Voy a implicarme, a compartir todo ese placer. Adonis debe de pensar lo mismo, porque se coloca detrás de la rubia, la agarra de las caderas y la penetra hasta el fondo obligándola a jadear ruidosa. Entra y sale a ritmo acelerado, empujando contra el trasero redondo. Ella sigue empleada a fondo con el sexo de Valentina que sin despegar los párpados, guía los movimientos de su lengua aferrada a la cabeza.

Chica lista.

Gemidos. Uno. Dos. Tres. Más. Huele a sexo. La luz cálida y amortiguada. La voz ronca de Imany adueñándose del ambiente. Aspiro todo el aire disponible. Abro la boca para soltarlo. Estoy a punto de correrme y será genial, intenso, devastador. Valentina se ha dado la vuelta, se apoya en el colchón con rodillas y manos y la rubia pasea la lengua y pequeños mordiscos desde su vulva al ano, provocándole auténticos escalofríos. Conozco el manto de piel de Val, está erizado, cubierto por una fina capa de sudor producto de la excitación. Podría cubrirla de besos. Lo pienso un segundo y... Mi cuerpo estalla en un orgasmo desgarrador. Envuelto en el eco de mi placer, escucho el suyo en simultáneo. Adonis acaba de vaciarse por completo en el interior de la rubia y todo ha sido silencioso y anónimo, apenas un gruñido que no interrumpe. Contamos nosotros, los clientes.

La modelo no concede treguas. Amablemente ha girado a Valentina que vuelve a estar apoyada sobre la espalda y le mordisquea los pezones. Son gruesos, color canela. Recuerdo su tacto en mi boca y el sabor ligeramente salado cuando le hago el amor. Val es mía en cuerpo y alma, como yo suyo. Nos pertenecemos hasta un punto que es imposible describir. Cada palmo del cuerpo de uno es terreno propio del otro. Mientras medito eso y me regodeo en la sensación, Adonis rept a la cabecera de la cama y se ocupa del otro pecho. Lo amasa con maestría y a continuación, se lo mete entre los labios.

Estallo. Y no en el sentido erótico del término.

He alquilado los servicios de esta pareja como prueba final a mi propia resistencia. Quiero comprobar si soy capaz de actuar como siempre, mirar, disfrutar, excitarme y entender que esta clase de sexo es un juego inocente sin consecuencias. Pero algo ha cambiado en mí desde que amo a Valentina. Algo a lo que no encuentro nombre pero que me incapacita para gozar si está en brazos de otro. No puedo, no puedo soportarlo. Me acerco a Adonis y le

murmuro que se mantenga al margen, que no la toque. El tipo es todo un profesional, reacciona ipso-facto y aleja de ella sus manos. Valentina me mira desde su posición, permite que lea su mente. Quiere que nos quedemos solos.

El caso es que yo también lo deseo. Desde lo más profundo de mi ser.

—Chicos, es suficiente por esta noche. —Aprovecho el sutil instante de relax postcoital para cortar toda iniciativa—. Ahora nos gustaría disfrutar de otros juegos más privados.

No ponen reparos, cobrarán igualmente. Sonríen con cortesía, besan a Valentina, abandonan el lecho y se visten en cuestión de minutos. Luego, cuando envuelto en mi albornoz los acompaño a la puerta, me estrechan las manos.

—Llámenos siempre que quiera, señor Vallés —me brinda Adonis. La rubia confirma la oferta con un cabeceo. Yo ladeo la cabeza con una extraña sonrisa en los labios.

Sé que eso no ocurrirá jamás.

Hemos hecho el amor pausado y lento. Percibiendo el efecto de cada murmullo, los roces con la punta de los dedos alimentan nuestra hambre. Los orgasmos no nos sacian, ni siquiera salgo de ella, la erección no disminuye, solo se relaja un poco sin llegar a ser dolorosa. Y entonces, la miro a los ojos, ella me devuelve el beso sin labios y me muevo un poco, froto mi pubis contra el suyo y vuelve a estallar su éxtasis. Así, sin prisa pero sin pausa, uno detrás del otro, torturándome con pequeños mordiscos de placer. Cuando se supone que es imposible volar más lejos, volvemos a ascender hasta lo alto para caer en picado. Literalmente ardiendo.

—Una mujer sabe bien cuándo los ojos de un hombre la miran pensando en otra. —Me acaricia dulcemente el pelo. Por el camino, sus dedos y mis mechones se enredan.

—¿Acaso algo tan horrible ha pasado alguna vez entre nosotros?

—Al principio —asegura rotunda.

—¿En serio?

—Sí. No temas, porque ya no ocurre.

Tiene razón. Todo empezó con y por Sofía, queriendo apartarla de mi memoria y ahora está tan lejos que se reduce a un precioso recuerdo inofensivo del pasado. Hoy y ayer, todo es Valentina. Mi valentina.

—Estaría besándote día y noche, nena, tocándote hasta que el mundo dejase de girar.

En lugar de responderme, me muerde la boca y el disparadero me lanza directo a la euforia. Estoy enamorado y soy feliz. Entiendo que todo hasta ahora fueron espejismos porque solo cuando cierras los ojos y no dejas de verla, la tienes dentro para siempre.

47. Solo pido paz

Después de varias intentonas por su parte que yo esquivo como puedo, me encuentro en *Boeucc* almorzando con Fabio. Ha sido insistente y yo altamente irrespetuoso al no atenderlo. Hoy mismo me planteé pasar de nuevo, inventarme alguna excusa y desanimarlo. Pero es Fabio, casi un amigo. Además, si tiene algo que comentarme insistirá hasta finiquitarlo. Así que lo cito. Cuando arranca la conversación, o debería decir cuando supera las fórmulas tradicionales de cortesía y entramos en materia, lo veo azorado y algo tímido.

—Esto es... don Mario, esto es una especie de despedida. Voy a dejar de incomodarle con mis visitas. Sé a ciencia cierta que definitivamente quiere cortar todos sus vínculos con la organización. De una vez por todas.

—No sé si alguna vez han existido —repongo con aspereza. No puedo permitirme ablandarme ante la organización. Ni ante uno de sus miembros, por bien que me caiga.

—Bueno, ya sabe. *Il signore*, don Antonio y todo eso. —Inclina la cabeza. Recoge su tenedor con una impensable delicadeza y lo hace bailar sobre sus dedos—. Sabemos lo que hizo.

Ahí lo tengo. De cara y sin velos. El tema que no quiero tratar. Siento un estremecimiento recorrerme entera la espalda.

—¿Lo que hice? Mis manos están limpias.

Menudo pretexto pueril. Mis manos, puede. ¿Qué tal si me pregunto por mi conciencia?

—Limpió en el más literal sentido del término; hacía falta pero nadie se atrevía. Todo giraba en torno al miedo. Presco era la maldad personificada, dueño de ese tipo de fealdad que llega hasta lo más profundo. A todos nos preocupaba mucho tardar demasiado. Al diablo, don Mario, hay que eliminarlo en cuanto se te cruza por delante. Pero ninguno de nosotros tuvo

agallas... hasta que llegó usted. Ahora, Río está agradecido por la ausencia de revancha y yo he sido elegido nueva cabeza de Consejo con tres votos a favor y una abstención.

—¿Tadeo?

—Tadeo. Romano y él se criaron juntos pero también lo humillaba y lo trataba como a un criado. No levantará un dedo en mi contra, no hará nada, solo cumplir setenta y siete años y seguir viviendo lo que le toca.

Suspiro aliviado y satisfecho, conteniendo mi regocijo interior para que no salte y me delate. Mi alivio porque todo se haya resuelto con tanta facilidad. Mi asombro no habría sido tanto, de estar más metido en el mundo de la mafia. Sabría que cuando se retira un elemento díscolo del tablón de juego, nadie remueve nada demasiado, si ya hay un sucesor dispuesto que además, se ha ganado las simpatías y el apoyo de la mayoría. Las cosas funcionan así, aunque yo no sepa de este sórdido mundo, más de lo que veo en las películas.

Expulso el aire que sin darme cuenta había retenido.

—Entonces, cada cosa parece ocupar por fin su lugar. Es un triunfo.

—Gracias, don Mario. Estamos en deuda con usted.

—No quiero créditos, Fabio, no quiero deberle nada a nadie ni que me lo deban. Cuando como yo se es un hombre sencillo, el universo se reduce a lo simple, solo quiero paz.

48. Volviendo la vista a atrás

(Valentina)

Ya han pasado muchas semanas, es hora de hacer recuento de emociones. Me siento fuerte, puedo enfrentarme a ellas.

Y es que cuando abrí los ojos y lo vi allí, junto a mi cama del hospital, quise que me tragara la tierra. Haber fallado en mi patético intento de suicidio no era lo peor. Era su compasión, forzarlo a simular que yo le importaba si no era cierto. Puede que fuera lo que necesitaba yo para seguir viva, pero no sé si era lo que buscaba él. Mario me había dejado, sus motivos tendría. Y el que yo no pudiera resistir el dolor de perderlo no era problema de nadie más que mío. Durante muchos años, cada vez que las cosas se torcieron, me abstraía, me iba de este mundo para retirarme a mi paraíso mental, un Edén inventado que me mantenía a salvo, resguardada de mi propia maldad. La vía eran las drogas, o el alcohol, o el simple desenfreno. Cero pensar, besar sin amar, encuentros sin sentido, vacíos como mi alma, con desconocidos, cuerpos de usar y tirar. Y creí que así podría sobrevivir siempre, que mi juego y mi escape era correcto, el justo castigo a mi familia, sin darme cuenta de que me estaba castigando a mí misma, privándome de mi juventud, de vivir de verdad, de sentir, sufrir y aprender, de levantarme tras las caídas, de encajar los golpes que da la vida. Me había vuelto impermeable también a las emociones buenas.

No hay nada criticable en las relaciones puramente sexuales pero precisamente de esas, tuve montones. Con Mario sentí querer otra cosa, algo muy distinto. Quería más. Sentimientos a flor de piel, confianza y el cortejo de rigor. Mi temor es el desgaste del tira y afloja. Soy inconstante, lo admito. Ni siquiera tengo demasiado claro lo que busco la mayor parte del tiempo. Y

no quiero que él me ame por corresponder, ni por necesidad. No quiero que cambie por mí sus gustos y apetencias. Quiero experimentar un amor libre y salvaje que ni siquiera sé si existe. ¿Es mucho pedir?

El escaso tiempo que pasamos separados no aplacó mis ganas. Al contrario, todo se hizo más grande, más doloroso y urgente. Tenerlo, besarlo, seducirlo, tocarlo. Demostrarle que podía ser adulta. Y que él me apartase del mundo y me hiciera suya. Algo así.

Salí de la clínica rodeada de mentiras. Mentí a los médicos, a los psicólogos, al psiquiatra. Le eché la culpa a la medicación que no había tomado regularmente, a las juergas y la mala vida, prometí enmendarme. ¿La verdad? Cuando apoyé la cuchilla sobre mis venas sabía perfectamente lo que hacía, ni estaba en trance ni bajo los efectos de ningún tóxico. En realidad quería marcharme. Y no lo consideré una cobardía, hay que tener muchos arreos para autolesionarse. A mí me empujó mi monstruoso vacío.

Ahora, todo queda muy atrás en el tiempo, oliendo a pasado, a superación. Tengo la mano de Mario rodeando la mía y el sol ha decidido celebrarlo con nosotros, luciendo furioso en este cielo de primavera. Nos sumergimos el uno en la mirada del otro y sonreímos como dos chiquillos ilusionados. Son casi dos meses maravillosos, mucho mejor vivirlos que contarlos. Incluso que imaginarlos. Empiezo a mirarlo con otros ojos, como creo que nunca antes me he permitido mirar a nadie. Su magnetismo casi exótico, inexplicable. Dos iris negríssimos que te absorben al mirar, su boca apabullante, el sonido ronco y terciopelo de su voz. Todos sus “algo” son desbordantes. Y es mío. Tengo que pellizcarme para convencerme. Es mío y me quiere.

O al menos eso me cuentan sus labios mullidos al besarme, sus largos dedos al tocarme... Todo él me deslumbra.

Mario no es hombre de muchas palabras. Suele mirarme y yo entiendo lo que sus ojos me gritan. En algún rincón de su personalidad continua siendo el *voyeur* que espía de lejos y se comunica con tenues sonrisas. Sutiles cambios en su rostro que yo voy aprendiendo a interpretar sin dificultad.

—Estamos hechos el uno para el otro —le digo cada vez que tengo oportunidad.

—Puede —responde su voz grave. Y a continuación, dulcemente, me besa.

Yo celebro cada pequeño logro con tarrinas de helado sabor “*All or nothing*” porque eso somos nosotros, un todo o nada. No mentiré ni juraré que no

echo de menos mis copas sin control, mis desbarres y mis juergas. Cosas, que no personas. Y que tiemblo al pensar que a Mario pueda ocurrirle otro tanto. Es imposible ganar algo sin perder otras cosas y nosotros hemos decidido sacrificar nuestros pasados, buenos, malos o regulares pero nuestros, en favor de un sueño. Ganemos o perdamos, lo fundamental es que en el camino no nos perdamos nosotros. Llega el mono, me rompe por dentro, y él se encarga de distraerme con mil pequeños detalles que incluyen atarme a la cama y enterrar la cara entre mis piernas, hasta que a gritos, juro que prefiero estar aquí a cualquier otro lugar en el mundo. No miento.

Aprendo el valor de las cosas simples y remoloneando y sin dejar de protestar voy, creo que por tercera vez en mi vida, a hacer la compra. No solo de grandes superficies vive el hombre, es el lema de Mario cuando decide enseñarme el mercado. Me enamoro de los colores de la fruta fresca, del penetrante olor de las verduras. Recuerdo que escogemos una lubina de dos kilos para cocinarla al horno con patatas doradas. De todo hacemos nuestro pequeño ritual japonés.

¿En serio es tan bonita la vida? Pues tonta de mí, me la estaba perdiendo.

La normalidad va abriéndose paso a codazos en lo que antes había sido un cataclismo tras otro. Mario viene a casa de mis padres a almorzar en un par de ocasiones y aunque papá mantiene elegante las distancias, pasamos la prueba con bastante dignidad. Renata siempre parece a punto de reventar de alegría con mi nuevo yo. En cambio mi padre, superada la primera fase de agradecimiento infinito, se ha acomodado en una desagradable suspicacia que lo devuelve a las caras rancias de siempre. Se lo achaco a que apenas paso por casa, prácticamente vivo instalada en el ático de Mario.

Miro para otro lado porque es más fácil. Sigue siendo más fácil. Las dos finas cicatrices recordatorio de mi suprema estupidez, ahora se ocultan bajo dos ristras de animadas pulseras.

El ejercicio siempre me mantuvo cuerda cuando el caos me dominaba, así que lo intensificamos. Mario me obliga a madrugar y trotamos durante horas por las calles desiertas. Luego nos refugiamos en alguna cafetería con encanto, una diferente cada día que a uno de nosotros le toca seleccionar y, consumimos los mejores capuchinos de toda Italia. No sé si lo son, a mí me lo parecen. En más de una ocasión, con la taza entre las manos, se me pasa por la mente pedirle disculpas a Renata.

Una nevada en mitad de la primavera, blanquea el suelo de Milán y deja boquiabiertos a sus ciudadanos. Mario enciende la chimenea y hacemos el

amor frente a la lumbre, mientras tras los ventanales resbalan los copos blancos. Pasamos allí muchas horas, acariciándonos sin hablar y cuando quiero darme cuenta, ha anochecido. Me pongo en pie envuelta en una manta de pelo largo y abro la corredera. Mario ya no tiene que tensarse, no voy a saltar ni a tirar por la borda mi inmensa y no sé si merecida felicidad. Pero poso un pie desnudo en la nieve, que cruje bajo mi peso, y lo retiro con un aullido.

—Loca, te quemarás la piel. —De repente lo tengo detrás con dos pares de zapatillas en las manos y otra manta aún más grande—. ¿Jugamos al observatorio?

Juego a lo que me pidas. Me dejo llevar. Mario, que se ha vestido de casa pero a una velocidad alucinante, extiende la manta sobre el suelo, directamente en la nieve. Me hace señas de que lo imite y terminamos abrazados, tumbados boca arriba, mirando un cielo limpio, atestado de puntos luminosos.

—Cada una de esas estrellas es un día que pasaremos juntos —me dice apuntando a lo alto.

—Son miles.

—Pues miles de días, mi amor.

—¿Seremos capaces?

—No lo dudes. Solo tropiezan los que están avanzando.

Y yo me lo creo.

Quizá porque estamos oyendo a Alan Walker cantando “*Faded*”, cogidos de la mano y sin hablar, sintiendo algo inexplicable correr por las venas. Quizá por tanto amor.

49. Lo que no te conté

La caída de nuestro imperio de papel y fantasía coincide con el final de mi medicación. Por fin, tras un sacrificio gradual fiscalizado al milímetro por Mario, me libero del todo de las pastillas de colores. Me vuelvo loca de alegría, pienso que mi padre lo interpretará como una prueba irrefutable de mi proceso de cambio, así que corro a contárselo como una niña que ha perdido su primer diente. Lo llamo tres veces al móvil pero está apagado o fuera de cobertura.

Extraño. Pruebo con su secretaria, ella siempre guarda el teléfono de papá si entra en una reunión. Responde amable como de costumbre, me conoce desde que llevaba pañales.

—Valentina, querida, tu padre no ha venido a la oficina, supongo que está en casa.

—¿En casa? ¿Haciendo qué? ¿Subiéndose por las paredes?

—Descansando. Hace dos o tres días que no se encuentra muy bien, se obstina en no tomarse las dificultades con tranquilidad y ya no es un chiquillo —narra la mujer con voz condescendiente. Desde luego, si espera que mi padre se jubile *motu proprio*, va pero que muy lista, Doménico de la Robbere no sabe hacer pausas en ningún sentido—. En fin, no le digas que te lo he contado, no lleva nada bien parecer humano, le fastidia.

La oigo y pienso que me habla como lo haría a un extraño, no a la hija de su jefe. Debería ser yo y no ella la que conoce sus debilidades, debería ser yo la que la alertara sobre sus manías. Pero las distancias con mi padre son tan abismales que dan pavor. Siento en el pecho una honda punzada de melancolía y arrepentimiento. Seguramente, ciertas cosas no voy a poder dárselas, no me convertiré en una empresaria de trajes ajustados y tacón de aguja, para eso tendrían que fundirme y volverme a fabricar, pero voy a intentar que mi padre se enorgullezca de su pequeño desastre. Como que me

llamo Valentina.

—Sí, en eso ha salido a mi hermana —bromeo—, vaya par de C3POs.

Me despido de Mario con muchos besos, camino un par de kilómetros para pensar, y en el último tramo a casa, cojo un taxi. El burbujeo de mi estómago es mucho más que mariposas, es la certeza de ser fuerte, de haber dado un giro absoluto a una vida disoluta sin rumbo ni sentido, es mi montaña particular de buenos propósitos, entender por fin no solo lo perdida que he estado, también lo horriblemente insoportable que ha sido mi comportamiento, ese egoísmo voraz que lo devoraba todo, mi falta de escrúpulos, el afán injustificado de herir a los que me quieren.

Mi querida Valentina, si no te quisiera tanto, yo misma te habría pegado un tiro, me digo.

En sentido irónico, claro, jamás me caractericé por quererme, ni mucho ni poco. Me harán falta diez vidas para agradecerle a Mario Vallés su obra, pienso mientras aprieto el timbre de casa. Amor con amor se paga.

Renata ha salido de compras y mi padre lee confortablemente instalado en la biblioteca, con la bandeja de un desayuno intacto sobre la mesita auxiliar. Me inclino sobre él y le beso la coronilla al tiempo que le robo un cruasán.

—¿Tan interesante es la novela que te ha anulado el hambre?

—No tengo demasiado apetito. Deja que te vea... —Sus gafas bajan hasta la punta de la nariz, me mira por encima de los cristales—. Estás... preciosa no es la palabra.

Me dejo caer en la butaca cercana. Cero protocolos.

—Papá, hoy oficialmente he acabado con la medicación.

Pienso que saltará de júbilo pero con mi padre nunca se sabe. Me observa con el ceño fruncido, como si la noticia lo fastidiara.

—¿Qué? —espeto algo molesta.

—¿No te estarás precipitando?

—Cualquiera diría que prefieres verme drogada por las esquinas, con los ojos vueltos y rostro de cera.

—Evita mencionar las drogas, te lo ruego...

—Las medicinas son también drogas, papá, hipócritas y legales, pero dro-gas —silabeo.

—Te estás dejando aconsejar y como siempre, llevas las cosas demasiado lejos.

Lo estudio contrariada. ¿Es que no puede relajarse por una vez? Joder,

está tranquilo en un Chester, sin estrés de ninguna clase. Su vida resuelta para varias decenas de generaciones, nada por lo que preocuparse, yo vengo con una buena noticia bajo el brazo pero le cuesta sonreír. En algunas cosas, mi padre es un poco... como yo.

—Mario es la mejor influencia que he tenido nunca. —“Y no te atrevas a ponerlo en duda” completo para mis adentros.

—Pero no es médico —rebate tozudo.

—¡Es doctor en psicología!

—Valentina, lo tuyo hace mucho que superó las capacidades de un simple psicólogo de provincias.

Me siento hondamente ofendida. ¿Por qué lo hace? ¿Por qué se mete con lo que más amo? ¿Desde cuándo está contra Mario y no me he dado cuenta?

—Lo mío hace mucho que está superado. Gracias al doctorcito provinciano, por cierto. No lo tragas, ¿verdad?

—Ese hombre no te conviene —sentencia con cruel gravedad, mirando su libro antes de cerrarlo con un suspiro. Retengo la respiración.

—Repite eso.

—No quiero que vuelva a pisar esta casa y por descontado, tampoco que vuelvas a verlo.

Abro la boca, formo un círculo perfecto y la vuelvo a cerrar como una estúpida que no sabe hablar. ¿Perdona? ¿A qué viene todo esto?

—Bromeas, claro.

—Creo que en toda mi vida he hablado más en serio.

Me pongo en pie de un salto.

—Mira, papá, no entiendo cómo no ves que nuestra relación es espinosa porque siempre estás cabreado conmigo. Tanto si he salido y vuelto borracha como si me quedo en casa haciendo Patchwork. Siempre tienes listo un reproche para tirármelo a la cara.

Su falta de expresión, de respuesta, su mirada perdida al fondo de los estantes, me alerta.

—Venga ya, ¿me explicas qué pasa? Si hasta hace tres días Mario era casi un héroe nacional...

Empiezo a salirme de mis casillas, cuando una de las doncellas asoma la nariz para preguntarme si quiero desayunar. La pobre conoce mis berrinches y con solo mirarme, huye despavorida. Yo sigo esperando una respuesta que a mi padre le cuesta vomitar.

—Te he hecho una pregunta, papá, te agradecería que me la contestaras

aunque solo sea por cortesía y quedar bien, que al fin y al cabo, es lo que siempre importa.

—Ese hombre —se resiste a nombrarlo— te está engañando.

Primero me arde el estómago. Me imagino a Mario montándose con dos rubias con los culos como dos melocotones maduros. Luego echo atrás la cabeza en una carcajada. Llevo un vestido de gasa con estampado primaveral bordado, manga corta, cuello Peter Pan, falda de vuelo y bailarinas. Hasta parezco una buena chica. Y todo es en parte su obra.

—Por favor, te aseguro que no ha tenido oportunidad, no nos separamos ni un segundo.

—No me refiero a infidelidades, eso son... niñerías en comparación con otros aspectos de su vida que al parecer no te ha contado. —Su lengua se agarra a ese “NO” para romperlo en dos y a mí, hacerme pedazos.

—Lo has... ¿investigado?

—Desde luego que sí —admite sin ruborizarse. Mi indignación llega al techo y roza la lámpara de araña. Será mi padre pero me entran ganas de cocerlo a fuego lento.

—¿Cómo te has atrevido?

—Es mi obligación como padre, ¿crees que puedo fiarme del primer desconocido que se os acerca sabe Dios con qué intenciones? Eres una de la Robbere, Valentina, parece que lo olvidas, hay muchos intereses en juego.

Siento nauseas.

—¿Crees que Mario viene... que viene por mi dinero?

—Es más complicado que eso.

—Papá, es el argumento más ridículo que he oído en toda mi vida, a Mario le sobra la pasta, prácticamente me mantiene. No es la situación ideal, desde luego, pero de momento y hasta...

—No deberías tener tantos remilgos, has sido una mantenida toda tu vida y nunca te has hecho preguntas.

Entrecierro los ojos acusando el golpe como una bofetada real. No soy lo que era, mi pasado inmediato no es para sentirse orgullosa pero me estoy esforzando, he visto la luz antes de ser demasiado tarde, ¿no merezco una pizca de ayuda?

—Gracias por retorcer el cuchillo dentro de la herida, papá —musito con un hilo de voz.

—¿De repente tienes conciencia?

—Empiezo a pensar que esta visita no ha sido la gran idea que imaginé

en un principio...

Desde que salté de la butaca, no he vuelto a sentarme y dado que la cosa solo puede virar a peor, me preparo para irme.

—Quiero que cortes con esa relación del infierno —me ordena categórico. Lo miro por encima del hombro.

—Me temo que no estás en disposición de exigir nada. A Mario le debo mi vida entera. Ah, un pequeño detalle, no es solo agradecimiento, no te confundas. Lo quiero con toda mi alma.

—Es un mentiroso mafioso.

Me quedo sin habla.

—¿Mafioso...? Anda ya... Tiene hoteles, restaurantes, alquiler de apartamentos... me lo ha contado todo...

—Simples tapaderas, todo muy bien montado. Me ha costado averiguarlo, no creas.

—No creo una sola palabra —me obstino.

—Ni siquiera te ha dicho su verdadero nombre.

—Mario, papá. Se llama Mario Vallés y en dos días me voy con él a Sevilla. Estaremos fuera un par de meses, a ver si para entonces se te ha pasado la paranoia.

—Se llama Mario Orlandi. Pregúntaselo, a ver si tiene el valor de negarlo.

—¿Quién diantre es Mario Orlandi?

—El hombre con el que te acuestas por las noches, un sucio embustero, siciliano, pringado de crimen y vergüenza hasta las cejas.

Sicilia. Los engranajes de mi cabeza dan un par de vueltas. Los viajes de Mario, los misteriosos silencios de Mario, su inmensa fortuna. No puede ser. Noto que las piernas me tiemblan.

—Pídele explicaciones, resuelve tus dudas y a continuación vuelve a casa —me indica mi padre con una tranquilidad rayana en el sadismo.

Vuelvo hasta su altura y lo enfrento con ojos furiosos, chispeando de cólera.

—¿Ya? ¿Ya te has salido con la tuya?

—Hija, esto no es ninguna competición.

—Oh, sí lo es, contigo alrededor, lo es siempre. Eres un ser despreciable. Ni me quieres ni me has querido en la vida. Ni siquiera te has molestado en aparentarlo. Para ti las personas valen según sirven, no tienes corazón, eres incapaz de dar un poquito de amor, es algo que no entiendes.

—Valentina...

Exasperada, agarro lo primero que encuentro y lo retuerzo entre las manos. Resulta ser una servilleta de hilo pulcramente planchada. Una pena.

—¡No, Valentina, no! No soportas que sea feliz, ¿verdad? ¡Tenías que venir con toda tu mierda a destruirlo, a despedazarme sin compasión! Hurgar entre la basura hasta dar con algo que lo haga todo pedazos. ¡Era mi oportunidad! ¡La única que me ha dado nadie!

—Hablas como si tu familia...

—¿No hubiese estado a la altura? ¡Aleluya, papi! Eso es exactamente lo que quería decir, si se trata de joder, siempre encuentras las palabras antes que yo. ¿Te has preguntado por qué criaste a una adolescente adicta y permanentemente deprimida?

—¡No trates de culparme de tus debilidades!

Me quiebro por todas partes. Un estremecimiento violento me recorre de arriba abajo.

—¿Mis debilidades? ¡No se tienen debilidades con trece años, papá! ¡A esa edad se está sola, triste y desesperada! Con trece años se necesita el calor de un padre, un abrazo, un consejo, algo que tú nunca supiste dar...

—¡Valentina!

—¡Eres un trozo de piedra, por dentro y por fuera! —chillo con los ojos anegados en lágrimas— ¡Frío, insensible y ausente! ¡Nunca debiste convertirte en padre de nadie, no tienes lo que hay que tener! ¿Te suena la sensación de sentirse atrapada? Así me he sentido desde que tengo memoria. Asfixiada, sin oxígeno con que llenar los pulmones.

Quiere replicar, claro, pero lo dejo con la palabra en la boca. Me llama, todavía llevo su voz pegada a los oídos al abandonar mi casa, con la certeza de que no volveré a pisarla.

Para variar, me equivoco.

50. Te lo prometo

Encuentro a Mario hundido en papeles con pinta de informes financieros. Descalzo, con un pantalón de algodón negro atado a la cintura con un cordón que le da ese aire tan sexy, y una camiseta ajustada de manga corta, también negra. El pelo desordenado y su eterna sonrisa de canalla colgando en la comisura. Es guapo. Pero guapo, hasta decir ¡para! Mirarlo es no resistirlo, ahogarse por contener el aliento. Uno de esos tíos... que mienten. Barón dormita a su lado y corre a recibirme.

—¿Te llamas Mario Orlandi? —lanzo a bocajarro sin darle tiempo a saludar. Va a incorporarse y se queda a medio camino, súbitamente pálido. El perro percibe mi estado de ánimo y se retira de nuevo a su colchón con las orejas gachas.

—Soy Mario Vallés, ese es mi nombre.

—Pero no tu apellido.

—Es el apellido de mi madre, el que figura en mis documentos.

—Tu padre es siciliano —lo acorralo con el corazón a mil por hora. No quiero llorar, no voy a llorar delante de él pero la angustia es como una boa constrictor alrededor del cuello.

—Lo era. Hace años que murió.

—¿Tienes tratos con la mafia?

Mira un segundo al suelo. Un instante de vacilación que reduce todas mis esperanzas a cenizas.

—Valentina, ¿a qué viene esto?

—Respóndeme. ¿Tienes negocios con ellos? ¿Formas parte de las mafias sicilianas? ¡Joder, es muy sencillo, sí o no!

—¡No!

Cierro los ojos y me concentro en el sonido de esa palabra.

—Me estás mintiendo.

—Valentina —sale de detrás de la mesa, viene a mí y me agarra por los hombros. Trato de zafarme—, Valentina, esto no es tan simple, uno no nace en la familia que desea.

Se me nubla la vista.

—Entonces es cierto...

—¿El qué es cierto?

—¡No me mientas! —exploto— ¡No me sigas mintiendo!

—Nena, no sé de qué va todo este rollo, pero te juro que me gustaría...

—¡No quiero tener nada que ver con un mafioso! ¡Me das asco! —Para rematar la frase, le atizo un manotazo en el brazo, que me libera. Dentro de mi bolsillo, mi móvil truena. Lo dejo sonar hasta agotarse.

—Val, si no te he comentado nada es porque no había nada que comentar.

—Oh, sí, claro, se te olvidó mencionar el pequeño detalle de que eres un Orlandi de los cojones.

—No he matado a nadie, no soy un criminal, no...

—¿Y cómo demonios voy a creerte ahora? ¿Te das cuenta de que no sé nada de ti? ¡Nada!

—No digas eso, cielo, nos conocemos perfectamente —dice con un velo de intensa tristeza que me hiere como un navajazo—, soy el mismo de todos estos días, el del mercado, las palomitas y la nieve en la azotea.

El muy cabrón está tratando de tocarme la fibra sensible cuando lo cierto es que yo he confiado a ciegas. Saco mi mejor armadura y me la coloco a toda prisa.

—Déjalo ya, hoy es uno de esos días en que todas las excusas me huelen a rayos.

—Pero ¿qué ha pasado? ¿Quién...?

Lo miro en un ejercicio de desafío. El móvil vuelve a las andadas con su musiquita de arpa que me está atacando los nervios.

—¿Quién me ha quitado la venda de los ojos? Mi padre. Ese hombre al que odio tanto pero que cuida mis espaldas quiera yo o no, ha descubierto quién eres en realidad.

Mario alza las manos abiertas a lo alto. Parece desesperado.

—¡No hay nadie que yo sea en realidad, hostias! ¡Soy quien soy! ¡Desde el principio!

—Recé porque el de los embustes fuese él. Pero no, al final resulta que tenía razón —sollozo desgarrada.

Por tercera vez, mi teléfono vuelve a sonar. Con un movimiento brusco lo saco y miro la pantalla. Cómo no. Renata, ser inoportuno donde los haya.

—¿Qué quieres? —respondo deseando asesinarla a través de la línea.

Pero en cuanto escucho lo que tiene que decirme, me desmorono. Se me acelera el pulso, empiezo a ver borroso y se me seca la boca.

—¿Cuándo? ¿Es muy grave? —Una pausa, algunas explicaciones aceleradas que no sé si entiendo—. De acuerdo, salgo para allá ahora mismo.

—¿Qué ha pasado?

Corto la comunicación sin mirar dónde aprieta el dedo, respirando a duras penas con los pulmones achicados de repente. Mario me mira con el ceño fruncido y ademán preocupado. Me duele tanto la cabeza... Me froto las sienes.

—A mi padre le ha dado un infarto. Me marchó.

—Espera, te acompaño.

—Debes de estar bromeando. ¿Quieres que mi padre te vea y empeore? ¿Es que no has oído nada de lo que te he dicho hace diez segundos?

—Eso da igual ahora, necesitas apoyo...

—¡No necesito tu apoyo, maldito arrogante! Mi padre no quiere verte y yo tampoco. ¡No me hagas tener que repetirlo!

—Val, no es justo, no me has dado oportunidad de explicarte...

Lo miro con todo el desprecio posible desde la puerta, ya entreabierta.

—Has tenido todas las oportunidades del mundo para sincerarte pero era más fácil ser cobarde y sellar los labios. Es una mierda, conozco bien la sensación, yo misma he pasado por ella muchas veces.

—Val...

—Nunca más, Orlandi, nunca más.

Sé lo que es estar dentro de una nebulosa de estimulantes que alteran la realidad, que deforman el contorno de las cosas y te hacen dudar hasta de si sigues respirando. Lo sé porque lo he vivido, pero nunca imaginé otros torbellinos emocionales causando el mismo efecto. Mi estancia en el hospital es un infierno, nadie logra separarme de la cama de mi padre y las primeras horas son una auténtica prueba a mi cordura. Mientras deciden el traslado a una habitación privada, está en cuidados intensivos, recluido en un box de urgencia rodeado de tubos y máquinas silenciosas. Demasiado silenciosas. Me cuelo y me arrodillo a su lado, cegada por las lágrimas. Cojo su mano

helada entre las mías y la aprieto. En ningún momento ha abierto los ojos. La piel de su cara, amarillenta y mortecina, parece estar ya despidiéndose.

—Papá... papá no te mueras, por favor... no me dejes sola.

Inclino la cabeza y la apoyo en el colchón, sobre las sábanas. No se mueve, ni siquiera lo oigo respirar.

—Siento todo lo que te dije, ese montón de cosas horribles que se me escaparon por la boca... Estaba furiosa. Papá, perdóname, perdóname, pero por favor... no te vayas. No te vayas...

Se escucha un estridente pitido en el cubículo vecino. Se forma alrededor un revuelo de uniformes blancos entrando y saliendo, ordenándose cosas a voces, empujando aparatos mientras la intensidad de la alarma crece y crece hasta dejarme sorda. Una de las enfermeras, a pesar del estrés, repara en mí.

—Señorita, tiene que salir a la sala de espera, no puede quedarse aquí.

Tal y como lo dice, su cabeza desaparece de las cortinas. No le hago el menor caso, claro. Ejercicio más fuerza sobre la mano de mi padre, bien aferrada. Apoyo en ella mi frente.

—Papá, soy una nueva mujer, mírame, estoy limpia, deseando vivir. Oye... dejaré de ver a Mario si eso es lo que quieres, te doy mi palabra, te lo juro, no lo veré más pero no me dejes... papá... te quiero.

¡Dios! Ese pitido espantoso en el box de al lado me taladra el cerebro. Los médicos y los enfermeros hablando todos a un tiempo, el sonido de los cables enchufándose y desenchufándose a la vida. Las lágrimas no me dejan ver la luz. De repente... el pitido se quiebra, deja de ser intermitente, suena continuado. Hay un silencio súbito y macabro.

—Hora de la muerte... 14:37.

Me estremezco con violencia. Alguien acaba de perder a un ser querido. Aprieto los párpados y dejo correr el llanto. Rueda por mi cara abajo. Empiezo a temblar con violencia. Pronto volverá la enfermera concienzuda y me echará de aquí de nuevo.

—Te lo prometo, papá, te lo prometo.

El desenlace no se toma demasiado tiempo. Cuando la muerte ha tomado su sublime decisión, no hay fuerza conocida que la haga desistir. El mundo de los negocios pierde al gran Doménico de la Robbere y yo pierdo a mi padre. Toda una infancia sin curar me cae encima, una lluvia de reproches a mí misma, lo que pude haber hecho, lo que debí haber dicho. Pero sobre todo, pesa mi promesa.

Ahora tengo dos cosas a las que enfrentarme, una palabra dada que me aplasta y mi conciencia.

Voy a cumplir, olvidaré a Mario, es lo único que le importaba a mi padre. Tengo que enterrar bien hondo ese deseo que palpita con vida propia, desterrarlo hasta que deje de perturbarme. Fuera pesadillas, fuera sueños, fuera recordar que una vida sin ellos es una vida sin sentido. En el fondo y en la superficie, sé que me engaño. Da igual cuanto viva, va a ser imposible olvidar ese retazo de voz grave y sedosa que cada madrugada me decía “*ni una idea te haces de cuánto te deseo*”, porque solo pensarlo me mata lentamente. Amo a Mario con desesperación, pero supongo que también él sentía lo mismo cuando por protegerme, se alejó de mí.

Si él lo hizo, yo puedo hacerlo. Mario resistió sin cortarse las venas.

Puede que yo también.

51. Con amor, de Valentina

(Mario)

Me entero de la muerte de Doménico por los periódicos y cómo no, por los comentarios del conserje de mi edificio, al que sugiero una mayor discreción acorde a su cargo. Todos mis intentos por comunicar con Valentina son en vano. No atiende mis llamadas y no contesta mis mensajes. Lo máximo que logro es reunirme en una cafetería con el bueno de Matteo, que no duda en acudir a consolarme.

Solo que yo no tengo consuelo.

—Está muy afectada —explica—. Todos lo estamos, ha sido inesperado y repentino, pero Valentina... Valentina es especialmente sensible.

—Fragil —especifico. Él asiente con un suave cabeceo—. Puede parecer de acero pero es delicado cristal.

—Concédele tiempo.

—Tiempo es justamente lo que no tenemos —gruño con ganas de romper algo—. Estamos a punto de convertirnos en los jodidos Romeo y Julieta... Lo siento, Matteo, tú no tienes la culpa, no voy a descargar aquí mi rabia, bastante fortuna tengo con que hayas venido.

—Lo he hecho muy gustoso. Es solo que...

—No esperabas encontrarte un hombre tan herido, despotricando como un auténtico latino.

Matteo sofoca una risita.

—Me frustra no poder ayudaros con algo más que palabrería amable y palmaditas en la espalda. Pero es que no sé qué hay detrás de todo esto, en serio, Valentina habló con Chiara. Por lo visto le prometió a su padre en su

lecho de muerte que cortaría con esta relación vuestra. Ignoro los motivos.

Me muerdo el labio por dentro. La mirada de Matteo es inocente como la de un crío y más limpia de lo que estará la mía jamás. No sabe nada y a mí me avergüenza el asunto lo bastante como para no mencionarlo. Sigo mintiendo. U ocultando la verdad, que para el caso... Embustes acumulados. Cada negación me hace más daño, cava mi propia fosa y lo sé. Agacho la cabeza, se me escapa un sollozo. Matteo pone su mano sobre mi antebrazo.

—Mario, la quieres ¿verdad?

—Más que a mi propia vida.

—Entonces deja que pasen unos días. Ahora todo está enredado, las emociones, el dolor demasiado intenso, es probable que ni siquiera piense con claridad, compréndelo. En un par de semanas estará mejor y le parecerá una aberración haberte dejado.

—Háblale, Matteo —suplico—, a ti sé que te escucha. Hazla entrar en razón. Si es lo que quiere, voy a respetar sus reglas, lo que me pregunto es si sobreviviré para contártelo.

Gracias al marido de Chiara conozco día y hora del funeral. Avisar a Valentina de que asistiré no se me pasa por la cabeza. ¿Para qué? Va a espetarme que no me moleste y yo necesito verla. Más que al oxígeno para respirar. Durante tres días he vagado como alma en pena por los alrededores de su casa sin ver a nadie de la familia salir o entrar. Sin suerte. Eso va a cambiar aunque sea desde lejos.

El cementerio monumental de Milán, así lo llaman, es un museo al aire libre donde descansan las más ilustres familias milanesas. Un lugar silencioso, cargado de historia, templetes, mausoleos y esculturas, donde podrías perderte bajo el peso de las miradas de los ángeles de piedra. Rodeado de hermosos árboles, próximo a la tumba de Giuseppe Verdi, se encuentra el panteón de La Robbere.

Me mantengo a prudente distancia y observo la comitiva detenerse ante la edificación. Un calco del entierro de mi hermano Antonio. Héroe o villano, a todos los recompensan igual, esta sociedad nuestra tiene muy poca imaginación y aun menos dignidad. Los muertos son todos buenos, para algo ya no respiran. Encabezando el grupo de familiares, Valentina aferrada al brazo de Renata, en una estampa de cercanía que me entenece. Parecen más conectadas, más fundidas, se sostienen la una a la otra. Unidas por la pérdida

pero unidas, eso es lo importante. De cuando en cuando se miran y se secan las lágrimas. Detrás, una cabizbaja y demacrada Chiara arropada por su marido.

Allí, rodeada de salvaje verde y lápidas de piedra, mi amor me recuerda a la Valentina de la exposición. Vestida de riguroso negro, traje de chaqueta ceñido, tacones y un sobrio tocado con velo que le cubre parcialmente las facciones. El pelo, recogido a duras penas en un moño desordenado. Más seria, más madura, más mujer. Solo que hoy, su esperanza no mira hacia la puerta. No la hay, solo un féretro, un mausoleo y oscuridad. Tampoco queda futuro, puedo leerlo en sus ojos de gata. La tristeza que la consume apaga su luz.

¿Qué puedo decirle? Todo va a sonar a frase hueca con nieve por encima. Meto la mano en el bolsillo de mi chaqueta y la punta de mis dedos roza el papel de su carta. Valentina me ha escrito, he recibido su nota de despedida esta misma mañana. Porque eso es, después de todo, un montón de palabras con las que declara el fin tajante de lo nuestro. Puedo entender su dolor, su desesperada confusión, pero no que haya dejado de quererme. Eso no ha ocurrido y mientras no lo lea en sus pupilas, seguiré sin creerlo.

“Caro Mario, no te odio, me has dado en estos meses, más de lo que nadie me dio en toda mi vida. Me has enseñado tanto acerca de mí misma y de lo que puedo llegar a ser, que ahora creo no haberme conocido nunca. Te quiero, eres grande y especial y yo, demasiado pequeña y tirana para merecerte. Pertenece a dos mundos que jamás van a encontrarse. Sigue volando, pero sin mí.

Con amor, de Valentina.”

Pienso quedarme solo con su “*Te quiero*”, lo demás representa la parte del cuadro que no me interesa mirar. A lo largo de mi existencia he amado algunas cosas pero nunca luché por ninguna. Ha llegado el momento de experimentar que lo importante cuesta, pero si te pertenece, no habrá escondite, ni agujero negro que se lo trague. Y Valentina es mía. Mía hasta la médula de los huesos. Mía y yo suyo y de nadie más. Envueltos con la misma piel.

Desciendo de las nubes y concentro mi disipada atención en la actividad del grupo. La gente pasa como en un besamanos, a dar el pésame a los familiares. Valentina no parece ver a nadie, sus movimientos son mecánicos,

su mirada opaca y perdida. Hincho los pulmones. Los pies se me mueven solos en su dirección y aún a sabiendas de que no seré bien recibido, lentamente, me acerco.

Habría podido soportar una escena. Que me chillase, que me echara del cementerio, hasta que llamase a seguridad. Todo menos esta fría indiferencia con la que me obsequia, sin mirarme siquiera. Renata y Matteo sí me abrazan llorando. Y Chiara, tras un levísimo titubeo, se deja estrechar. Pero ella... mi gran necesidad, la causa de mi angustia, alza la barbilla y mira al horizonte sin dibujar en sus labios ni un amago de sonrisa.

Ahí sé lo que es que te hieran profundo.

Me aparto por puro instinto de supervivencia y contemplo cómo el ritual prosigue y luego la muchedumbre se va disolviendo. Matteo rodea a Valentina con un brazo por los hombros y desgrana unas palabras en su oído. Ella niega con la cabeza y él me dirige una mirada de soslayo. Le hago una seña de agradecimiento. Todos se van marchando, y yo me quedo solo un buen rato mirando como un enajenado la puerta cerrada del panteón de la Robbere.

No es hasta que volteo para marcharme, que lo veo. Apoyado con cierta chulería en un árbol cercano, embutido en su elegante traje oscuro, con sombrero y abrigo de entretiempo, fumando una pipa. Aldo Río.

¡¿Aldo Río?!

Sus ojos claros surcados de arrugas me prodigan todas las sonrisas que Valentina me ha negado, de modo que por simple cortesía, me aproximo.

—¿Lo conocía?

—Bueno... —su tono suena distendido—. Eso creo. Si te refieres al que iba en el féretro... era mi hermano menor.

Trato de no acusar la sorpresa. Con tipos como Aldo es preferible pasar por *cyborg*. Pero mis neuronas empiezan a girar enloquecidas. ¿Su tío? No puedo creerlo. ¿Aldo Río, el mayor capo de la droga en la ruta sudamericana es tío carnal de Valentina? Ahí tengo la explicación de sus curvas de brasileña y del odio cerval de su padre por todo lo que huela a mafia. Mario, la casualidad no existe.

—Río era el apellido de nuestra madre —agrega como si entendiera que falta información.

—¿Cómo no estaba entonces con la familia?

—Digamos que nuestras relaciones hace mucho que dejaron de ser cordiales. Mi amantísimo hermano no aprobaba mi manera de vivir ni mis

aficiones. Lo que para Doménico eran vicios perversos para mí son simples negocios. El pobre diablo se pasó la vida alardeando de sus empresas legales y yo, esperando que cometiera el error que lo arruinase. Nunca sucedió, un cabrón listo, hizo una fortuna sin mancharse las manos. —Arruga la frente. Resulta evidente que no acierta a comprender ciertos métodos.

—¿Y ahora?

Suspira ruidoso. Hurga un rato en la cazoleta de su pipa y crea la expectación que quiere crear. Yo casi me retuerzo de inquietud.

—Ahora, *caro* muchacho, la sangre manda, debo ocupar el lugar que me corresponde como único varón de la familia. Lo que significa... —me mira de soslayo y yo levanto las cejas en una ingenua petición de datos— que te quiero bien lejos de mi sobrina.

El maldito acaba de cazar mis pensamientos, ha formado una pelota indigna con ellos y me la restriega por la cara. Por más que me incomode, no puedo dejar de apreciar las muchas similitudes entre Aldo y Doménico, y entre Antonio y yo mismo. Sórdidas historias que se repiten.

—¿Puedo preguntar los motivos?

—Motivos, Mario, solo hay uno pero tan denso que no podría cortarse con un hacha. Sé lo que somos, quiero a mis mujeres protegidas y a salvo.

—Querrá decir lo que es. Yo no...

—¿A quién tratas de engañar? —me interrumpe—. No a un perro viejo como yo, no a un diablo desgastado. Sigue tu vida, chico, si algo sobra en Italia es pizza y mujeres bellas. Te irá mejor si me haces caso.

—No lo entiende.

—Qué afirmación tan rotunda. ¿Vas a mencionar el amor? —Tengo la impresión de que se mofa y unas ganas irreprimibles de retorcerle el cuello—. Venga, venga, no gimotees.

Lo miro desafiante. No pienso gimotear, ni se me ha pasado por la tela del juicio. Delante de Aldo no mostraré mis debilidades, soy consciente de lo que hay en juego.

—Yo también he sido joven, me he enamorado y todas esas ridiculeces. Todo llega, todo pasa. Seguro que ya tienes una buena colección de momentos para recordar. Haz que te baste, porque no tienes idea de cuánta mierda puede caerte encima si no obedeces.

—Aldo, nos conocimos en circunstancias digamos extremas y no flaqueé entonces. Póngale si quiere el mismo nombre. Nunca me rindo por las buenas.

—Veo que te haces el duro, espero por tu bien que sea una pose.

—Quiero a Valentina y ella me corresponde.

—Perdona si no la he visto saltar entusiasmada a tus brazos.

—Está abrumada con la muerte de su padre, se le pasará.

—¿Eso te cuentas para sentirte mejor? —Se encoge de hombros—. Por mí, si te funciona...

—El caso es que no será usted ni otro el que decida nuestro futuro. Seremos nosotros los que marquemos las reglas con arreglo a nuestros sentimientos.

Veo cómo la impaciencia crispa su rostro.

—Has perdido el juicio, esto te viene grande, no actúes como un loco, te lo aconsejo.

—No sé si estoy loco, puede. Por ahora soy el tipo que hará que se trague sus propios dientes si se mete por medio.

—¿Amenazas? ¿A mí? —Lanza una carcajada que me hiela la sangre—. Mario, Mario, no eres consciente de la gravedad...

—Muy consciente, gracias. Será un detalle que se mantenga al margen. Su sobrina es mayor de edad y hasta donde sé, libre como los pájaros.

—Ni que eso fuese un impedimento.

—Un rasgo del carácter, necesario en este áspero mundo nuestro.

A Aldo no le hace mi chiste ni pizca de gracia. Aprieta los labios y convierte su boca en una fina línea cruel.

—Atente a las consecuencias, muchacho.

—Sé que ya ha escrito mi condena. Pues adórnala cuanto pueda. Ha sido un placer volver a verlo.

Me separo del árbol y camino en dirección a la salida, consciente de llevar su mirada de taladro clavada en la nuca. Fingiendo despreocupación y seguridad, controlando el temblor de mis rodillas. Apenas puedo respirar. Y no es miedo, es indignación. Ira. Ya tenemos bastantes problemas sin la aparición de un tío sobreprotector brotado de las profundidades del infierno, dispuesto a hacernos la vida imposible.

52. Vernos de nuevo

Animo a Eleonora a agilizar los trámites de su traslado. Mi instinto me avisa de que se avecina una guerra y cuantos menos puntos vulnerables deje yo al descubierto, mejor. Allegra asiste a uno de esos colegios súper exclusivos que aceptan incluso, sustituir la asistencia del alumno a clases por un tutor particular, en circunstancias especiales. Sibilinamente, lo sugiero. Incluso dejo caer que Barón podría acompañarlas, ya que la niña está tan unida a él. Estamos terminando el almuerzo y mi cuñada me observa suspicaz.

—¿Algo que no me estés aclarando del todo, querido Mario?

Sonrío incómodo y con el mentón, señalo a Allegra que despeina una tarta tatín con la punta de su cuchara, mientras mi Golden Retriever babea con la cabeza apoyada en su regazo.

—Flecos sueltos del pasado.

Eleonora pierde el color de las mejillas. Relaciona al instante mis palabras con el secuestro de su hija y asiente precipitadamente. Sus manos se mueven nerviosas y torpes por todo el mantel.

—Y que el sur de España en primavera es una auténtica delicia —prosigo con aire cotidiano. Mi sobrina alza los enormes ojos sonrientes—. No deberíais perdérselo, porque en cuanto acabe el curso y despunte el verano, tendréis que salir huyendo hacia el mar.

—Cuando acabe el curso vendremos aquí a verte, *zio* —replica la niña—. Para que no te quedes solito.

—Descuida, seré yo el que vaya a veros a vosotras. Y nos bañaremos en la playa y haremos competiciones de castillos de arena. Y recolectaré conchas mucho más rápido que tú, enana.

Mientras Allegra palmorea haciendo honor a su nombre, Eleonora y yo cruzamos una mirada de honda preocupación.

—Yo os procuraré casa, tanto en Sevilla como en Marbella, no tienes que

preocuparte de nada, todo está bajo control.

—Creo que hay piezas de este rompecabezas que jamás volverán a encajar en su lugar. Me gusta esta ciudad, aquí me he criado, me gusta el aire austero del norte que corre por sus calles, su gente distinguida, el ambiente especial de sus cafés pero te juro que estoy planteándome abandonarla para siempre. No quiero mirar atrás cuando camino.

—Supongo que ya no hay motivos para que lo hagas pero sí, debes buscar lo que te haga feliz. A las dos. Y a veces un cambio es muy bienvenido.

—A fin de cuentas, este año, el curso de Allegra ha sido una pesadilla con la enfermedad de Antonio y todo eso.

—El papá de mi amiga Monique también está malito, mamá, está en el hospital. ¿Crees que se morirá como...?

Eleonora atrapa la manita de su hija y la aprieta con afecto. Las miro a las dos, ahí tan vulnerables y al mismo tiempo tan dignas. No permitiré jamás que Eleonora sepa la verdad sobre la muerte de su marido. Se ha hecho justicia, los muertos descansan en paz y levantar ciertas losas solo serviría para remover su triste pasado.

—Esperemos que no, cielo. Esperemos que no.

Mis intentos por contactar con Valentina se triplican y son tan estériles como los primeros. Mi desesperación es ya una efervescencia imposible de controlar. No duermo, como sin paladear lo que me meto en la boca y si salgo por las noches, es para buscarla como un demente en pos de su locura. No sirve de nada.

Por eso, este viernes por la mañana, tras desayunar un fugaz capuchino frente a casa, emprendo el largo paseo que me empuja hasta el cementerio. No es premeditado, me llevan mis pies y una vez estoy ante la verja, me pregunto qué demonios pinto yo en el Camposanto. Atravieso las avenidas y localizo el panteón de la Robbere. En cuanto veo su figura recortada contra la piedra, inmensa y diminuta al tiempo, frágil, poderosa... ella. Vestida con unos pitillos negros con un montón de rotos, bailarinas y una preciosa camisa de seda estampada con amapolas metida descuidadamente en la cinturilla. Mirando hacia la puerta absorta, inmóvil. Jamás en toda mi vida pensé que amar pudiera hacer tanto daño. Creí que lo sufrido cuando perdí a Sofía era un resumen de todo lo sufrible, pero no.

—Márchate, Mario, te lo pido por favor —murmura sin volverse a mirar.

¿Cómo diablos ha sabido que estaba aquí? No le hago caso, al contrario, me acerco más hasta pegarme a su espalda y aspirar el dulce aroma que emana su pelo. Juraría que la siento estremecerse.

—Val, Val, por favor...

—¿Es que tú y yo juntos no hemos causado bastante dolor? —prosigue con amargura.

Me miro las manos. Me aletean los dedos muertos de ganas de volar, ascender y apretar sus brazos. De llevármela lejos, prometerle mil cosas y cumplirlas todas.

—¿Aún necesitas más? —incide.

—Si consiguiera decirte lo que necesito...

—Mi padre ha muerto por mi culpa —añade con desgarradora tristeza. Siento un escalofrío en la nuca.

—No digas eso, nena.

—Es la verdad.

—Tu verdad. Tarde o temprano, si hurgamos, siempre encontramos algo con lo que sentirnos culpables, ¿no?

—Sé lo que pasó, estuve allí, con eso me basta.

Aún no se ha movido. Ni un milímetro para que pueda verle la cara pero sé que llora. En silencio, como lloran los niños cuando no quieren ser descubiertos. Como lloran las muchachitas orgullosas que guardan para sí sus tragedias. Yo no quiero ser parte de una tragedia en la vida de Valentina. Quiero representar solo cosas buenas. Estoy a punto de atrapar la curva sus hombros vencidos pero me contengo y vuelvo a pegar las manos a mis costados.

—Vuelve conmigo, cielo, vuelve conmigo, te lo pido por lo que más quieras —ruego con un jadeo entrecortado de emoción.

—Ni aunque caminaras sobre carbones encendidos y me prometieras la luna.

Sonríó con media boca. Típica de Val esa respuesta ácida.

—La luna no sirve para nada. Te prometeré otras cosas que darán a tu piel más calor y seguramente te harán más feliz. Sabré escucharte, darte cariño y compañía. Tus guerras serán mis guerras y miraremos al destino a la cara, juntos. De frente.

Contra todo pronóstico, gira a enfrentarme. Y me encuentra tan cerca que nuestras narices quedan casi juntas. Recula un paso. Puede alejarse mucho más pero no lo hace. Está pálida y más delgada, con dos círculos violáceos

bajo los ojos que borraría a besos.

En la lejanía, a mi espalda, presiento un bulto que se mueve. No quiero hacerle caso, mataré con mis propias manos antes de permitir que nos interrumpen.

—Déjalo ya —declara—, he cometido muchos errores en la vida, es hora de empezar a sembrar algo útil.

—Dime una cosa, ¿quieres, en algún rincón de tu corazón, seguir conmigo?

Valentina desvía la mirada, incapaz de sostenerla. Eso me da brío.

—La no respuesta también es una contestación —le advierto, ya más suave.

—Aléjate, te lo ruego. —Pero es una súplica endeble, un quiero pero no puedo.

—¿De qué le serviría a tu padre que fueras infeliz?

—Hice una promesa, Mario, había algo en ti que él detestaba.

No me amilano. La sombra a nuestras espaldas vuelve a moverse, rodeándonos.

—Yo te diré qué. La mafia. Pero da la casualidad de que estaba equivocado, yo no pertenezco a ese mundo.

—¡Eres un Orlandi!

—Criado a miles de kilómetros de aquí, sin conocer a mi padre ni a mi difunto hermano. Créeme, sé lo que temía tu padre, yo pensaba igual cuando llegué a Italia y nada como sufrir para sanarse. No estaré en paz con la mafia mientras viva pero al menos lo estoy conmigo mismo.

—Mi padre decía que esos eran lazos de sangre que no se rompen jamás.

—Val, ya te lo dije, uno puede escoger amigos, trabajo, pero no de quién se enamora ni a la familia. Mi madre lo sacrificó todo, por alejarme de este ambiente. Me crié en España, rodeado de normalidad. Vine porque mi hermano se moría, porque su mujer y su hija necesitaban respaldo y compañía. Pero ni por un momento pensé en ponerme al frente de ningún negocio. No los necesito, sabes que tengo mi propia vida al margen de todo esto.

Si pudiera decirle... si solo pudiera alertarla de lo cerca que habitan sus temores y que no son yo... Aldo Río.

El fantasma que nos vigila, se mueve de nuevo. O no es el mejor en su trabajo o quiere que su presencia no pase desapercibida. ¿Una especie de advertencia?

—¿No me estás mintiendo otra vez? ¿Me lo juras? —La voz de Valentina tiembla.

Le retiro un mechón que le cubre la frente. Mis dedos se deslizan por su tersa mejilla helada.

—Nena, esta forma de vida también destrozó la mía. Y la de mi madre antes. Me separó de mi padre e hizo de mi hermano un completo desconocido. Vine aquí solo a poner en orden las cosas. Creo que me arrollaron los acontecimientos, mi sobrina, conocerte, y... —Separo mis ojos de la hierba húmeda del suelo y caigo ahí donde evitaba caer, en sus ojos del color de la plata fundida—. Y tú.

—¿Yo?

—De no haber aparecido tú, de no sentir lo que siento, hace ya mucho que habría desaparecido. Esta no es mi guerra, nada me une a estas calles ni a la cultura de sus gentes. Soy y me siento español. He sobrevivido porque llegué en un momento de desesperación, cuando necesitaba soledad y esta ciudad casi desconocida, me concedió tres deseos.

—¿Te has curado de lo que quiera que ella te hizo?

Ella y yo sabemos que se refiere a Sofía. Sofía, Dios, qué lejana en el tiempo y en el horizonte de mi vida. No sé a qué viene traerla a colación justo ahora. Me imagino que sacamos de la chistera las cosas que quedaron sin atar. Le respondo.

—Lo que hizo fue no quererme. Aprendí que no podemos salirnos siempre con la nuestra. Ciertas cosas puede que nunca se curen pero sí, soy otro, más entero. En parte gracias a ti.

Noto que la altiva Valentina se ruboriza. Un gesto delicioso al que me voy acostumbrando. Y que aguanta la respiración. Otra vez mis dedos hormigean deseando tocarla. Y el ansia contenida se extiende de mis manos a mis brazos hasta abarcarme entero. Tengo que encerrarlas en los bolsillos del gabán y ponerme a salvo de mí mismo. La mirada de Valentina regresa a la puerta cerrada de la cripta. Podría haber pedido que abrieran pero no lo ha hecho. La brisa de una ventisca creciente revolotea a la izquierda y las hojas caídas de los árboles, corren por el suelo como pequeños entes vivos.

—No me digas esas cosas —susurra muy despacio. Tanto como para darme a entender que quiere saber más. Trato de que la bola alojada en mi garganta baje o ceda.

—Val, todo ha sido muy intenso entre nosotros.

Tú eres muy intensa. Yo puedo serlo más todavía. Unidos somos una

bomba de relojería que deja en pañales el adjetivo peligroso.

—Hemos vivido y sentido muchas cosas juntos pero no me veo con fuerzas ni con ánimo de seguir adelante después de lo ocurrido. Me enseñaron que las promesas son para cumplirlas, Mario, y la mía pesa. Pesa tanto...

—Este universo nuestro incluye lazos más auténticos y duraderos que el mero contacto físico. El tiempo y los obstáculos nos han hecho más fuertes, Val. Hemos dicho las palabras mágicas...

—¿Que son? —pregunta, repentinamente sin interés. Me duele de un modo terrible.

—Te quiero.

Valentina se remueve azorada, como si reconocer lo que siente delante de la tumba de su padre fuera una abominación.

—Si él siguiera aquí le habría jurado protegerte con mi propia vida. Habría dado la cara para demostrarle lo mucho que me importas. Y que estoy limpio. Val... —la tomo con delicadeza por los hombros y la obligo a girar. Entramos de lleno en uno de esos instantes en que la mente te acribilla a preguntas—, no es el lugar más indicado para decirte que te quiero. O el perfecto, quién sabe. Me he vuelto un estúpido luchando contra estos sentimientos que me vienen grandes, asumiendo que me equivoqué al ponerles nombre, al no reclamarte.

Es probable que quiera responderme pero es incapaz. Se inclina con los ojos anegados en lágrimas y deja caer la cabeza hasta apoyarla en mi pecho. Me siento rey por un día al rodearla con los brazos y traerla aún más cerca. No es ocasión de seducciones, no va de eso la cosa. El prisma ha girado sobre su propio eje y todo tiene otro color. Seguimos siendo ella y yo, pero distintos, más reales, menos carnales, más auténticos, soltando viejas amarras, entendiendo quizá por primera vez, que el sexo nos ha llevado al amor no premeditado y que en alguna parte de nuestro cosmos común, se mezclan. Se me caen encima todas las ganas de ella.

Nos mantenemos así, en silencio, abrazados, quién sabe el rato. Los minutos, cuando se paran, dejan de importar. Rodeado por su olor y su pena, consciente de que me convierto en apoyo de un difícil momento. Aquí, casi sin centímetros que nos separen, de otro modo, en otra dimensión más pura. Goteando algo vital que hasta ahora se nos ha negado. Paz.

53. Sola toda la vida

(Valentina)

Pacté conmigo misma y con mi conciencia. Por mi padre, comprometí mi palabra de que sacaría a Mario de mi vida y lo que sentía por él, de mis entrañas. Va a ser más sencillo decirlo que hacerlo porque en cada ocasión que dirige hacia mí su mirada impenetrable, esos iris como dos grandes pozos de tierra fértil, el efecto se parece bastante al de las drogas. Detalles diminutos desencadenantes de emociones gigantescas. Sentirme invencible, dejar de importarme las cosas alrededor, relegarlas a categoría de sombra... Ya estaba ciega cuando hice esa descabellada promesa que no podré cumplir. Tengo la esencia de Mario metida en la piel, tan adentro, tan impregnándolo todo de un modo irracional, que no será fácil liberarme.

Tampoco es que quiera.

Permito que me abrace, que los minutos corran como corren las escenas de una animación acelerada, moviéndose todo, estáticos nosotros en el núcleo de esta foto privada recién creada. Mario es, sin duda, la pieza que le falta a mi sórdida vida vacía. Siento su calor y me pregunto por qué no pienso en sexo y diversión. No. Todo cuanto quiero es cobijo, que me proteja de esta tenebrosa oscuridad, que me diga otra vez “*no te dejaré sola, por nada del mundo*”, notar el tenue roce de sus labios húmedos en la comisura de mi boca, nombrándome.

Un nanosegundo en el que soy consciente de lo que significa el amor de Mario: la salvación.

54. Vuelve conmigo

(Mario)

—Vuelve conmigo —repito. Como si no me hubiera oído ya la primera vez. Es negarme a aceptar que no esté lista. O peor aun, que no esté dispuesta. Yo sin ella. ¿Qué voy a hacer? El que se entrega del todo jamás regresa completo, he leído por ahí, en alguna parte. Qué gran verdad.

Valentina hace amago de distanciarse pero no puede. Su temblor me alcanza.

—Cuánta falta me hace tu risa, mi amor.

—No puedo, no puedo. —Se niega a sí misma, se muere de pena, lo palpo.

—Sí puedes, lo que tienes es que querer. ¿Quieres?

—Mario, no me presiones, te lo pido por favor, no me presiones. Ahora no.

Recuerdo los consejos de Matteo. En pleno duelo no es el momento más favorable para exigirle cambios, bastante tiene con amoldarse al revés que acaba de pegarle la vida. Esperaré. Porque la amo y soy incapaz de dibujar mi vida si ella no está. Porque soy serio y paciente, un adulto maduro que apretará los puños y se hará sangre pero no la perderá.

Doy un paso atrás. Es como si la liberara de unas cadenas. Me mira con sangre en las pupilas.

—De acuerdo. No ahora —cedo.

Quiero que diga algo, que se arrepienta y se abalance a mis brazos que estarán listos para recibirla y darle calor. Pero en lugar de eso, baja la mirada hacia el suelo y sin despedirse, se marcha.

55. Carne de cañón

(Valentina)

Me voy de allí destrozada. Vacía de todo, llena de nada. Late algo de razón en las palabras de Mario, ¿habría querido mi padre que yo perdiese la primera felicidad que la vida me regala? Puedo agarrarme con afán a esa idea, puedo viajar al fin del mundo con ella. Quizá si todo no se hubiera precipitado del modo que lo ha hecho, podríamos haber averiguado... ¿Hasta dónde llega la vinculación de Mario con la mafia? Hemos convivido, he dormido en su cama, entre sus sábanas muchos días y amanecido entre sus paredes muchas mañanas. Conozco sus negocios, lo he acompañado a los hoteles y a los restaurantes, almorzado mientras les leía la cartilla a los gerentes o aprobaba los cambios de carta de sus chefs. Mario trabaja en serio y yo no he visto nada raro. ¿Y si no miente?

Se trata de ser brutalmente feliz, Valentina, lo demás llega solo.

Eso me ha dicho mil veces entre caricias húmedas. Con Mario vi la luz. Sentirme amada y protegida, valiosa a ojos de alguien, significa mucho para mí. No supe construir una relación sana con mi padre, ni con mi hermana. Mucho menos con Renata. Pero aún estoy a tiempo si me esfuerzo. Mario jamás trató de aislarme y le habría resultado tan sencillo... Soy carne de cañón, estaba dispuesta a olvidarme de que tenía familia para enterrarme en sus deseos y vivir solo para complacerlo. Todo hombre gozaría con una esclava entregada y sin embargo él, siempre que tuvo oportunidad me habló de ellos, de la importancia de los lazos familiares, del amor inmenso que lo vinculaba a su madre.

Todo ha cambiado y sin embargo, soy más yo misma que en cualquier

otro instante de mi vida. Ya no me siento el fantoche de mirada esquiva que siempre fui, la adolescente enrabiada, como me llama Chiara, un mero bulto bajo las sábanas de alguien desconocido. Es curioso cómo un poco de distancia lo empequeñece todo y los temores que antes te dominaron, ahora son tu motor, te empujan a que avances. Quieras o no, es la hora, te toman el relevo sin preguntar nada más que “¿hasta dónde puedes llegar, nena?”

Debo reflexionar con cuidado y tomar una decisión distinguiendo entre mis deseos y mi conveniencia. La promesa a mi padre amordaza, sí, pero cada vez menos. Quizá no es el mejor momento para calibrar la temperatura de nuestra relación y sin embargo puedo sentir el amor de Mario envolviéndome, su mirada profunda chocando con la mía en busca de respuestas. También nuestros momentos felices tienen su peso. Cada cosa ocupa su lugar y desplaza a las demás.

Un taxi conmigo dentro cruza la ciudad. Visito el panteón cada dos días y en este silencio me siento mejor. Mi tío Aldo, para mí un auténtico desconocido al que apenas vi de niña unas cuantas veces, se ha presentado en casa asumiendo el papel de cabeza de familia, mostrando una exagerada turbación por la situación de presunto desamparo en que nos quedamos tras la muerte de papá. Palabras vacías de alguien a quién no acabamos de entender qué quiere de lo que queda de nuestra familia, aquí lo único huérfano son nuestras almas, los bolsillos siguen bien llenos y entre Matteo y Chiara se bastan para sacar adelante los negocios. Llevan siglos haciéndolo, no creo que el tío Aldo con todo su empaque, sus trajes caros y su pipa de aristócrata, vaya a enseñarles nada nuevo.

Su tonito condescendiente, su arrogancia y el modo compasivo con que mira a la desconsolada Renata, me han tocado mucho la moral. Preveo nubarrones de tormenta en el horizonte de la Robbere y yo seré la torrencial lluvia.

Tanto darle vueltas a la idea me va calentando, por eso no entro en casa en el mejor de los estados de ánimo. Voy alterada, casi furiosa. Y encontrármelo ahí en la biblioteca, instalado en la butaca de mi padre como un rey en su trono, degustando un café, me ataca los nervios.

—Queridísima Valentina —saluda con voz pringosa—. ¿De dónde vienes? Pareces disgustada.

—Del cementerio. Siento no llegar saltando de felicidad —replico sarcástica. No parece acusar el golpe. Remueve dentro de la taza con la cucharilla, muy despacio y sin quitarme ojo. No quiero, pero mis pupilas

vuelven a la butaca. Aprieto los dientes.

—Ese era el sillón de papá.

Aldo arquea sus pobladas cejas.

—¿Te molesta que me siente aquí?

Vaya, al menos no es tonto del todo.

—¿La verdad? Sí.

—Directa y sin pelos en la lengua.

—Genética de familia. —Me mantengo de pie sobre mis talones y lo miro desde arriba—. Tío, exactamente, ¿qué has venido a hacer? Y no me repitas que cuidar de nosotras porque a la vista está que no necesitamos guardianes de la honra a estas alturas.

Me escruta como si contemplara un caso perdido. Suspira hondo y chasquea la lengua inclinándose un poco hacia adelante.

—Hermosa sobrina...

—Con Valentina basta —lo interrumpo. Crispa la cara volviendo a sonreír enseguida.

—Dura negociadora —comenta con admiración.

—Ese es el tema, no hay nada que negociar, tío, no tenías trato con papá, no te he visto en mi vida. Ahora apareces con un montón de buenas intenciones de las que no tengo por qué dudar pero... ¿es que no tienes dónde vivir?

La pregunta debe parecerle parte de una comedia porque por primera vez en muchos días, en esta casa se oye una carcajada realmente sincera.

—Qué cosas tienes... ¿Me tomas por un indigente aprovechado?

—No sé qué pensar. Dímelo tú.

—¿Renata y Chiara piensan igual? ¿O es solo tu retorcida mente que imagina cosas?

Callo. Dejo que me observe por encima de la taza como un depredador estudia a su pobre presa.

—Disculpa la franqueza, sobrina pero estas siendo...

—¿Grosera?

—Algo así. En lo que respecta a mi situación económica puedes respirar tranquila. Mi desahogo solo es comparable al vuestro, no necesito nada, no vengo a mendigar.

—¿Entonces? Apareces aquí, de repente, no pretenderás que nos tratemos como familia cercana, te vi antes de llevar tacones, un par de veces y poco más.

—Pero Doménico era mi hermano menor. Nuestras diferencias no eran irreconciliables pero sí lo suficientemente drásticas como para limitar nuestros encuentros. Eso no significa que no lo quisiera. Ni que no haya sentido su muerte aquí —lleva la mano al corazón—, muy dentro.

De repente todo gira y me siento muy avergonzada. Pudiera ser. Papá y Aldo pudieron tener una de esas extrañas relaciones filiales, tándem amor-odio como Chiara y yo misma. En condiciones normales no la trago y discutimos desde la cuna, pero no deja de ser mi hermana. Me rasco la ceja nerviosa y confusa.

—Tienes razón, me estoy comportando como una anfitriona horrible. Son momentos difíciles, te ruego que lo entiendas y me perdones.

Mi tío estira la boca en una amplia sonrisa. Tiene una dentadura impecable y está muy bronceado. Es un hombre maduro, interesante y atractivo. Yo me dejo caer en una butaca y bufo mirando al techo.

—Pobre papá. No tenía previsto marcharse tan pronto. Se le han quedado en el tintero tantos proyectos. ¿A qué te dedicas tú, Aldo?

—Negocios.

—¿Qué clase de negocios? —No me gustan las respuestas tan escuetas. Con el tiempo y los palos he aprendido que siempre ocultan algo.

—Compra venta de artículos, importación, exportación, sobre todo con países de Latino América —aclara con aburrimiento—. Llevo siglos perfeccionando el método para no tener que desplazarme demasiado. Podría mover la batuta desde mi sofá en el salón.

—Y... ¿casado?

Tengo la sensación de que se ensombrece su mirada. Niega lentamente con la cabeza al tiempo que relega la taza ya vacía.

—No tengo familia, el Altísimo decidió no premiarme con tal alegría. Pero os tengo a vosotras.

Pestañeo. No sé si es el modo en que lo dice, su tono, cálido en apariencia, falta de emoción en la base, pero noto un chorro de agua fría correrme por la espalda. Se ha disipado todo el afecto recién nacido, este hombre semidesconocido habla de nosotras como de objetos que le pertenecen. Me agito en la butaca buscando excusas para largarme.

—Subo a ver a Renata, cómo sigue.

—Está muy afectada.

—Sí, lo está. Lo adoraba. —De repente veo cuánto quería a mi padre y me siento una perra mala.

Me despido precipitadamente hasta la hora de comer y subo la escalera al dormitorio de mi madrastra. Empujo la puerta entreabierta para encontrarla, como de costumbre, sentada junto a la ventana mirando a la calle, pálida, sin maquillar apenas. Me recibe con una sonrisa de honda melancolía.

—Valentina.

Tomo asiento en una butaquita junto a la suya y miro a donde ella mira. Una calle bullendo gente que no entiende de nuestro dolor. Heridas solo nuestras bajo un sol apagado. Milán se ha ensombrecido en una súbita tormenta de primavera. Alargo el brazo y le cojo una mano. Está helada.

—Tienes que comer un poco más. Si papá viese lo flaca que te estás quedando pondría el grito en el cielo.

Trata de sonreír por segunda vez. Una mueca. No le quedan fuerzas.

—No es justo que se haya ido —susurra devolviendo las pupilas opacas al cristal de la ventana—. Era pronto, demasiado pronto.

—No dejo de pensar... Si no hubiésemos discutido. —La voz se me rompe al llegar a la última palabra. Renata gira su cuello con rapidez hacia mi cara y me clava los ojos.

—No, Valentina, eso no. Bastante culpabilidad hemos tenido ya en esta casa. Tu padre tenía delicado el corazón.

—Sí, pero nos estuvimos chillando. Pretendía que dejase a Mario, yo me negué... —Entierro el rostro entre las manos—. Como siempre, tuve que imponerme. No sé escuchar, ni soy flexible. No sirvo para convivir con otro humano.

La mujer que empiezo a mirar como a una madre me acaricia dulcemente la mejilla. Es tan delicada, tan frágil. Por primera vez me doy cuenta.

—Cielo, tu padre se ha llevado disgustos peores al reunirse con su consejo de administración, no sufras.

—El caso es que tenía razón en algunas cosas... pero no en otras. Y yo le hice una promesa que quería cumplir y sin embargo...

—¿Estás enamorada de Mario?

—No lo sé.

—Algo te dirá el corazón.

—Empezó medio en broma como todo lo que yo hacía y fue cogiendo cuerpo, poco a poco. Ahora no puedo vivir sin él, sé que suena a tópico, debería conocer más acerca del amor. —Me muerdo el labio y marco una pausa—. Querría que papá se sintiera orgulloso.

—Entonces lucha por ser feliz. Con o sin él, pero adelante. Antes de

querer a otro debes quererte a ti misma. Nadie dijo que fuese fácil. Fácil es, quererse mal.

—En eso no tengo problema, soy especialista. —Me seco las lágrimas con la punta de los dedos y me preparo para pronunciar la gran palabra—. Mamá, ¿tú crees que me quedaré sola toda la vida?

—Cariño...

A Renata los ojos se le llenan de lágrimas. Y no es mi pregunta tan sentida lo que la emociona, sino el hecho de haber roto de golpe todas nuestras barreras y haberme acercado llamándola “madre”. Pero trato de minimizar las consecuencias centrándome en su breve respuesta. Lo demás vendrá solo. Arrugo la nariz.

—¿Eso es un sí o un no?

—Tú decides cuando llegue el momento. Notarás que estás lista. Que lo miras y te derrites por dentro, que todo cambia a su luz... —Suspira, seguramente recordando a mi padre—. Si eso pasa... entonces no hay duda, es él.

Tengo ganas de abrazarla. Mi consuelo es flaco, estando tan hueca y tan aturdida poco puedo aportar. Sin embargo... Renata es de verdad una madre. No mi madre, pero una madre para mí. Un ser bondadoso al que he disfrutado martirizando. Golpearme la cabeza contra la pared hasta abrirla como un melón estaría bien. Pedazo de cretina.

—¿Sientes eso al lado de Mario?

Curioso. No indaga por qué papá lo detestaba y a mí me pilla despistada, reflexionando acerca de su papel en mi vida. El de ella.

—Siento muchas cosas y todas buenas.

—Entonces, adelante. El resto importa poco o nada. Míranos a Doménico y a mí, parpadeas un segundo y lo pierdes todo.

56. No voy a cambiar el pasado

(Mario)

Hago bastante el tonto hasta que Valentina decide llamarme. Solo en casa, lloro hasta apagar mis ojos mientras Barón me mira malencarado; ya no sabe cómo consolarme. Lo ha intentado a lametones, a ladrido limpio, durmiendo conmigo. Me siento Sansón sin su melena y oigo mil veces el tema de Alan Walker “*Faded*”. Lo escucho hasta desgastarlo. Me trae de vuelta aquella noche en la azotea, sobre la nieve, mirando las estrellas. Me supera, me toca muy dentro, no sabría decir por qué. Frases sueltas abofeteándome con el recuerdo de Valentina impreso en ellas. “*Eres la sombra de mi luz*”. Lo es. “*Otro comienzo. Te desvaneces. Quiero vernos vivos*”. Sí, vivos. “*¿Nos sentiste?*”

Dime, ¿llegaste a sentirnos?

¿Dónde estás ahora, Valentina? ¿Qué sientes? Déjame ayudarte, amarte, por favor dime que existe un nosotros.

No tengo manera de desvelar sus secretos. No he vuelto a verla desde aquella mañana en el cementerio donde apostarí que nos seguían. ¿La estará tratando bien Aldo? Confío en Renata, en la fría fortaleza de Chiara y sobre todo en Matteo. Rezo como solo recé cuando perdí a mi madre, porque Val recapacite. Que gire la atención hacia mi persona, que me eche de menos, que arrincone sus intenciones. Y vuelva.

Sobre todo eso. La necesito en mi vida con auténtica desesperación. Todo el mundo está solo y durante un tiempo, yo la tuve a ella. Chico afortunado.

Entonces, cuando temo haber llegado al límite de lo soportable, marca mi

número.

Y aunque cuelga antes de que pueda contarle cuánto significa, la esperanza me burbujea de abajo arriba. Pulso de nuevo el play. Mientras me fustigo con la canción, recordando lo vivido a su lado como en el bucle mental de un enajenado, suena el timbre. Y el ardor que llevo sintiendo toda la tarde, desde la llamada con arrepentimiento, crece más vivo en la boca de mi estómago.

Conteniendo la respiración, voy a abrir. Aquí está. Una estrafalaria mezcla de chula asustadiza en vaqueros pitillos, camisa militar y bomber acolchada. Lleva el pelo semicorto revuelto y un sombrero fedora. Mi corazón brinca.

—Necesito un café y un beso largo. ¿Algún voluntario?

Tan típico de Valentina...

—Ven aquí. —Tiro de ella y empujo la puerta. Para cuando se estrella contra el marco, mi lengua llena su boca y le pide al cielo no estar soñando. Otra vez.

Le arranco el sombrero y sus mechones vuelan sueltos, desprendiendo ese aroma a vainilla tan alucinante y tan suyo. Deberíamos hablar, aclarar hasta qué punto nos sentimos rotos, pero no lo hacemos. Nos besamos como dos náufragos sedientos. Con pasión, sin pausa, con prisa. Besos cada vez más urgentes, cada vez más profundos. Besos que dicen “*eres mío, me perteneces*”. Nos besamos con todo eso pero también con alivio. Necesitamos este reencuentro, el sosiego de la certeza de estar del mismo lado.

Cuando nos separamos unos centímetros, Val tiene hinchados y rojos los labios. Brillantes los ojos. Me sonrío como me tiene acostumbrado y creo que veo el sol. Señala al aire con un gesto de la boca.

—Bonita canción. En estos días sin verte he debido oírla cien mil veces.

—Es curioso que también en eso coincidamos.

—Somos dos gotas de agua separadas al nacer.

—Por encima de nuestras rarezas.

Frota mi barba rasposa con la punta de la nariz.

—Hey, tus besos pinchan.

—Es mi barba sexy —ronroneo—, toda tuya.

—Me machacaba la cabeza preguntándome si fuiste solo una fantasía. Y esa canción lo repetía una y otra vez, provocaba un vacío tan especial...

Me río por lo bajo y la estrecho aún más contra mi cuerpo.

—Solo tus vacíos pueden ser especiales, Val.

—Por no hablar de mis monstruos salvajes, los que me corren por dentro. Tan perdida, tan desorientada... —tararea con los ojos cerrados.

—¿Dónde estás ahora? —Coincidimos los dos al tiempo. A pesar de lo intenso de la emoción que brota con esta música, nos echamos a reír.

—La anomalía hecha carne, eso somos.

—¿Suena mal?

—No. —Pongo los ojos en blanco.

—Yo tampoco lo creo. Bésame.

—Bésame tú, haz que me lo crea.

Cosa rara en Valentina, obedece. Pega su boca a la mía y me roba el aliento, el ansia y la soledad. No sé ella. Yo tengo demasiado miedo a que lo nuestro se esfume de nuevo, devolviéndonos al punto de partida.

—La tentación no vive arriba pero le gustaría mudarse —susurra pegada a mi cuello. Su respiración me hace cosquillas en la piel.

—Por tentaciones como tú hay pecadores como yo. Vente a vivir conmigo. No quiero separarme de ti ni un solo segundo.

Ella suspira. Enreda sus dedos entre los míos y nos dejamos caer en el sofá. Val con la cabeza sobre mi regazo y el pelo suelto desparramado alrededor. Le acaricio la frente.

—Los acontecimientos están en casa como para anunciar que me independizo.

—¿Ánimos alterados?

—La verdad, es triste decirlo teniendo en cuenta las circunstancias, con Renata y hasta con Chiara, mejor que nunca. Es ese tío Aldo... el hermano mayor de mi padre —finjo no estremecerme cuando pronuncia su nombre—, brotado de las profundidades del infierno, no acabo de entender qué busca.

—¿Tendría que buscar algo? Habrá venido al funeral.

Valentina me observa enarcando una ceja.

—Bueno, hace ya una semana de eso. Es una visita... incómoda. No nos conocemos. Pretende ser cordial pero es autoritario, se nota que está acostumbrado a mandar. Lo que desde luego no necesito —remarca el “no” con brío— es un patético sucedáneo de tutor organizándome los horarios. Si se pone a mandar, y tiene pinta de querer intentarlo, le daré una patada y lo mandaré al infierno.

—No te compliques con nuevos enemigos, nena —trato de sonar despreocupado—, se marchará cuando menos te lo esperes y volverás a ser libre. Aguanta un poco.

—Sí, estamos todos muy tocados. Hasta él, supongo. Paso. He gastado media vida complicándome, créeme, aprendí la lección.

Gira en un solo movimiento, y se abraza a mí, cara a cara, pecho contra pecho. Durante un rato no dice nada. Juguetea con el índice por la fila de botones de mi camisa oscura de andar por casa.

—Es suave —observa con tono provocativo—, y calentita, pero...

—Pero seguro que estaría mejor sin ella. Estoy de acuerdo.

Me ayuda a quitármela. La calefacción hace de la gran sala un lugar agradable donde desnudarse sin problemas. No nos lo pensamos demasiado, las ganas con las que lidiamos hacen el trabajo duro y sin dejar de besarnos y acariciarnos, nos vamos desprendiendo de casi toda la ropa. Sin estorbos que impidan sentir la piel, con el ritmo lento de cuando dispones de todo el tiempo del mundo. Deja caer la mano entre mis piernas y el roce me produce una descarga en la zona baja del vientre. Cierro los ojos extasiado.

—Solo hay algo mejor que pensar en ti y es recorrerte entera, desnuda y mía. No vuelvas a escapar, o te juro que te busco y te encierro.

Como un felino mimoso, se levanta del sofá y se arrodilla delante de mí, empleándose a fondo con los botones de mis vaqueros. Imagino qué va a pasar y la excitación estalla por anticipado. Mi miembro se endurece hasta límites dolorosos.

—Mis monstruos han dado mucha lata. —Lo atrapa con ambas manos y resigue sedosa la longitud del tronco. Aspiro aire con el que sobrevivir.

—Mataré esos monstruos por ti, Valentina. Solo tienes que dejarme.

—Serviría de poco, son míos y se reproducen de noche.

Son sus últimas palabras antes de que mi erección desaparezca entre sus labios. Me abandono al placer extremo con un gemido rasgado que activa su succión. Boca, lengua, humedad y calor. Todo alrededor, apresando mi piel sensible. Entrando, saliendo, mojándome entero, derritiendo mi voluntad, haciéndome suyo por completo. Un puñado de chupetones más y ya estoy al límite.

—No sigas, nena, no sigas o no podré contenerme.

Alza los ojos para mirarme, mientras su lengua descarada dibuja un círculo sobre mi punta.

—¿Y quién ha dicho que quiero que te contengas?

La agarro por debajo de los brazos y tiro hacia mí. Cae sobre mi pecho entre carcajadas.

—Si querías ponerme a tono, lo has conseguido desde que entraste por la

puerta. Ahora lo que quiero es hacerte el amor hasta que se me acabe la vida.

No se deja manipular. Sentada a horcajadas, con las manos apoyadas en mis hombros, deja bien claro quién mandará esta vez. Y la verdad, no me importa. Las luchas de poder entre nosotros empiezan a carecer de importancia, otras cosas mejores afloran. Recorro su espalda con la yema de los dedos, hasta la curva de las nalgas. Allí me anclo clavando dos garras desesperadas por no perderla. Mi lengua se pasea por sus pechos desnudos y mis dientes no resisten la tentación de pellizcar un pezón y luego el otro. A Valentina se le escapa un gruñido desde el fondo de la garganta. Está tan mojada... Frota su sexo contra el mío, me vuelve loco. Desde su posición solo tiene que retorcer la cadera para hundirme en lo más profundo. Me envuelve su delicioso perfume, el sabor de su piel.

Cabalga cuanto quiere, al ritmo que se le antoja, mientras yo me esfuerzo en distraer la mente para aguantar sus envites y hacer que dure. La iluminación tenue y “*Faded*” sonando en bucle combinados, forman la atmósfera perfecta para un orgasmo casi simultáneo que nos catapulta más arriba del cielo.

Nos corremos con un alarido de victoria. Valentina, mi amor, mi pequeño sol.

Poco después, nos hemos mudado a la cama. Cansados pero insatisfechos. Un simple beso que por segunda vez, lo desencadena todo. Un apretado nudo en el que yo paso los brazos por debajo de sus axilas y la sujeto fuerte mientras ella enreda sus dedos en mi pelo y tira exigente. Su lengua invade mi boca para llevarse el sabor de mis rincones con un gemido gutural de lo más erótico. Todo suma y nos empuja al barranco. Luego cambiamos de posición y sus manos resbalan, una hasta mi hombro, otra a mi cuello. Las mías, a su frente, a su pelo, a la piel suave de sus mejillas. El ansia apremia mi potencia sexual, ya estoy armado y listo de nuevo, y ella se deja hacer, sumisa y apetecible. La coloco mirando hacia la pared, apoyada en manos y rodillas. La tomo por las caderas y desde atrás embisto. Qué dulce placer su calor y su humedad alrededor, ciñéndome, apretando mi orgasmo. Me alcanza como un disparo en mitad del pecho. Detonador y potente.

—No sobreviviré a estos asaltos —bromeo. Ella se echa a reír y su aliento rebota en mi costado— ¿Puedo decir que soy feliz?

—¿Sabes lo que es eso?

—Apenas lo sabía antes de encontrarte.

Se acurruca más. Está ardiendo, poco a poco su cuerpo se enfría y el desbocado latido de su corazón encuentra su ritmo. Nuestras desordenadas vidas luchan por encauzarse, unidas por encima de las dificultades. No voy a cambiar el pasado, no puedo. El padre de Valentina ha muerto odiándome y ella en cualquier momento lo recordará desencadenando una crisis. Su carácter explosivo, indomable, se culpa por lo ocurrido. Nadie, ni siquiera yo con toda mi teoría psicológica, es capaz de prever la dirección de sus reacciones. Trabas, obstáculos, impedimentos. Pero ¿quién busca una relación en calma? Yo soy yo, no voy a negarme, amigo de las dificultades, creciendo cuando el camino se llena de piedras. Puedo hacerlo. Guiarla, protegerla hasta de sí misma, mimarla y darle todo ese amor por el que lleva años suplicando.

Mis pensamientos serán muy profundos, pero el rugido del estómago de Val, me arranca una carcajada.

—¿Te mueres de hambre, nena?

—¡Chico listo! ¿Cómo lo has adivinado?

—¡Señor, soy un anfitrión desastroso! Llegas y te arrastro a la cama sin ofrecerte un aperitivo siquiera. —Deposito un último beso en su coronilla y salgo de entre las sábanas, entumecido pero encantado de la vida—. Quédate ahí, a prudencial distancia. Me doy una ducha rápida y prepararé algo de comer mientras te duchas tú.

—Magnífico plan, señor. Me encanta que me organicen la tarde.

Le dirijo una mirada saturada de intención.

—La tarde puede dar aún mucho de sí, señorita.

Se pone de rodillas sobre el colchón. Desnuda y gloriosa, con dos pechos tentadores que me marean.

—Película, manta y palomitas, por favor. —Une las manos como si rezara—. Por favor, por favor.

—De acuerdo —ríe—. Una tonelada de palomitas y un par de películas de acción.

Se deja caer sobre el montón de almohadas.

—Genial. —Suspira—. Mario...

Me vuelvo desde la entrada al baño.

—Dime.

—Prométeme que no desaparecerás como si te hubiese soñado.

—Claro que no, cielo. Aquí estaré mientras quieras aguantarme.

—Puedo aguantarte siglos, la pregunta es, ¿harás lo mismo tú?

Apoyo las dos manos en el marco de la puerta y le dedico una mirada intensa. De repente descendemos a niveles de intimidad realmente preocupantes.

—Val. Eso ya lo hemos hablado. No tienes que temer, huir fue un impulso imprudente, creí que lo hacía por tu bien.

—No quiero quedarme aún más sola. —Veo que se estremece—. Ni perderte a ti también.

—Mi niña... En serio, esas cosas no se prometen, simplemente se viven. ¿No lo sientes? ¿No sientes el vínculo que nos ata desde la primera vez que nos cruzamos?

Ladea la cabeza en un gesto infantil que me pone bastante tonto, y sonrío con nostalgia.

—Esas sandalias doradas que compré por tu culpa... Sigo sin estrenarlas.

—Habrá que remediar esa catástrofe. Mañana nos ponemos las galas y saldremos por ahí a divertirnos.

—¿Y Sevilla, cuándo?

—Preferiría que pasara algo de tiempo, sé que te apetece escapar de todo esto, lo entiendo, pero no dejes sola a Renata en un par de semanas.

Asiente resignada.

—Por lo pronto, esta noche, lluvia de palomitas y mucho sexo. Cada vez que disparen un arma en la película te meteré mano a las vergüenzas. Sin compasión.

Ruedo escandalizado los ojos. La velada promete.

57. Pasar página

(Valentina)

Tres días en el Paraíso. De algún modo encerrados en nuestra burbuja particular, obviando el resto del mundo y el sufrimiento que arrastra el pasado. La imagen de mi padre acude de continuo a mi mente, teñida de arrepentimiento. Todo lo que no tuve tiempo de demostrarle, mi catálogo de buenas intenciones echado por tierra. El olor de sus abrazos de niña, sus cosas en el despacho. Su pluma favorita. Las horas que paso en casa son para su recuerdo, para esa sala atestada de libros donde se enclaustraba, para el invernadero que siempre quiso y al que jamás tuvo tiempo que dedicar. Cedo otros pocos ratos sueltos a mi madre; sí, el mordisco agudo del dolor me ha hecho verla con otros ojos y ya no es compromiso o cortesía, ahora a Renata la llamo madre porque la siento como tal. Y a mi tío lo esquivo con mil excusas endebles que no me importa nada si cree o no. Puede marcharse cuando guste. En los próximos diez minutos estaría bien. Topármelo de frente en los desayunos me llena de desconcierto. Es como un cuadro torcido en la pared, a pesar de su masculina belleza, sería un inmejorable retrato para mi galería de seres macabros.

A eso de las doce y diez, me llama Mario. Telefonarse, mandarse mensajes, decirse cosas moñas... Lo que practica todo humano enamorado pero que para mí es nuevo, nunca antes he mantenido una relación que pueda tildarse de normal con nadie, mucho menos de romántica. Supongo que eso explica por qué cada vez que me mira veo angelitos bailando o la

efervescencia que sube y alcanza mi garganta, cuando aparece su nombre en la pantalla de mi móvil.

—Vente —dice autoritario. Ese tono tan suyo, tan natural pero tan firme, que me pone a cien—, voy a cocinar para ti. ¿Carne o pescado?

—Si me das a elegir te cenaría a ti, sin ninguna duda.

—Es menú impuesto, no carta —ríe. Coreo su carcajada.

—Abusador... ¿Qué llevo?

—Nada. Tan nada, que si te vienes desnuda te llevas el premio.

Engreído presuntuoso... Me encanta cuando se pone en ese plan.

—Ya tengo premio garantizado —me burlo.

—Nunca des nada por seguro, señorita *melomerezco*.

—Lo que quieras, pero apuesto a que estás pensando suprimir los postres para tumbarme encima de la mesa y hacerme un millón de cosas perversas.

—Peor, mucho peor. Tienes poderes telepáticos. Ven corriendo.

Cuelgo después de un poco de tonteo más propio de una adolescente que de una chica de mi edad. Escojo una falda de vuelo a rayas marineras azul y blanca, unos estilettos de poco tacón y una camiseta ceñida al cuerpo. Muy parisino todo, muy chic. Muy femenino. ¿Dónde quedan mis cueros negros y mis cadenas? La princesa gótica que solía salir de noche buscando camorra parece no haber existido nunca.

Mario... debiste llegar antes.

Paso por el dormitorio de Renata, a cerciorarme de que sigue bien. La encuentro leyendo con un servicio de té en la mesita auxiliar y las mejillas ligeramente más sonrosadas.

—Voy a almorzar con Mario —la informo dejando un beso sobre su pelo. Me devuelve el cariño en forma de sonrisa y un apretón en el antebrazo.

—Disfruta. Podrías traerlo algún día a casa...

—Mientras tío Aldo siga aquí, ni lo sueñes. —Bajo el tono hasta hacerlo confidencial—. ¿Ha dicho algo de marcharse?

—Nada de momento.

—Menudo caradura.

—Dice que nos dejará cuando se haya leído el testamento y esté arreglado el papeleo.

Enarco las cejas muy sorprendida.

—¿Qué espera? ¿Su parte de la herencia? Menudo pirata.

Renata no tiene respuestas para mi inquietud y yo me siento culpable de pasar cada vez más tiempo fuera de casa, azuzada por el empeño en no

encontrármelo. Tengo la sensación de que puede leer en mí, algo que me resulta francamente perturbador. Todos, incluida Renata, respetamos las reglas de la educada hospitalidad, pero nada más. No va a surgir el amor familiar de esto. Estamos locas por que salga por la puerta.

Me despido con otro beso y salgo trotando escaleras abajo. No puedo ver a mi tío en el saloncito, ni sus ojos de halcón persiguiéndome. Tampoco la señal que le hace a un tipo extraño con camiseta de unicornio, con el que charla.

Está siendo una primavera larga y algo fría, con escasa intención de permitir el verano y la distancia que separa mi casa de la de Mario es demasiado grande como para recorrerla a pie, de modo que cojo un taxi. Sentada en el asiento trasero, analizo mis nervios. ¡Sigo nerviosa cada vez que voy a su encuentro! Con Mario todo es como volver a empezar, sin rutinas, con emociones nuevas agolpadas bajo la alfombra esperando sorprenderme. Y vaya si lo hacen. Yo me dejo, creo que lo considero parte de mi terapia en esta dura superación del duelo por lo de mi padre. Si no estoy junto a Mario, me desmorono poquito a poco. Él es la medicina que me mantiene en pie.

En un puñado de minutos, estoy acoplada en su sofá de piel mirando cómo distribuye los ingredientes de su receta por la encimera de la cocina. Espárragos, pollo tierno, arándanos, leche de coco...

—¿Vas a mezclar todo eso? —pregunto con una pizca de aprensión. Nunca he sido amiga de las mezclas demasiado estrambóticas. Mario me mira con un paquete de ñoquis en la mano.

—Te callas y lo pruebas cuando esté listo. Es una receta de uno de mis chefs, vas a chuparte los dedos.

—No sé yo, con tanto sabor junto...

—Tenemos dos platos y postre, no empieces a hacer cábalas.

Palmeo el cojín justo a mi lado.

—¿El almuerzo puede esperar, digamos una media hora?

—Depende de cuál sea el motivo del retraso —replica con sorna sin moverse del sitio. Me paso un índice estirado por el escote de la camiseta, siguiendo con mucha intención la línea del canalillo.

—Necesito aperitivos con urgencia. Luego prometo hacerte de sumiso pinche.

No necesita más. En un pestañeo lo tengo de pie, pegado a mí, sus

pupilas abiertas como dos grandes lagos negros. Demasiado para mí, demasiado para cualquiera. Sorprendido por cómo se mueven mis manos sobre su cinturón. Me bajo la falda. Llevo unas bragas negras con una calavera mexicana estampada en el frontal. Detrás, un entrecruzado de tiras de seda rematadas con un lacito de lo más coqueto. La mirada de Mario es elocuente.

—Te pone, ¿verdad, señor chef?

—Como una jodida moto. —Hace bailar un preservativo entre sus dedos antes de colocárselo—. Empiezo a pensar que lo de tomarse la comida con calma no es tan mala idea.

Abro las piernas y él encuentra sin dificultad su sitio. Estamos más que listos, yo empapada y él duro y preparado. Cuestión de química y de deseo. Cosa de dos.

Sin mediar palabra, entra en mí. Mi cuerpo lo recibe como se recibe algo propio muy amado. Mario forma parte de mí tanto como yo de él. Juntos somos capaces de crear placer. En oleadas que arrasan con todo. Mejora mi vida. Yo, que nunca me sentí a gusto en ninguna parte, que siempre fui una niña asustada que se encierra en un rincón del armario mientras fuera tronaba... Hoy soy feliz.

Sus manos incendian mi cuerpo, su boca me busca y su lengua me marca por todas partes. Necesito muchas de estas caricias, muchos de estos besos para el resto de mi vida, que no me falten o dejaré de respirar. Todo el amor del mundo encerrado en sus caricias y no basta.

Grito víctima de un placer insoportable al tenerlo dentro. Saliendo, volviendo a entrar, friccionando, forzando sensaciones que no puedo sujetar crispando los dedos. Termino abandonada a todo, con los ojos cerrados y el cuello arqueado, impregnada del incomparable olor de su piel húmeda sobre la mía.

Nos corremos pero no nos separamos. Ninguno de los dos quiere romper la unión a nivel de sexo, mantenemos el nudo apretado, tocándonos con la yema de los dedos, escuchando a la Royal Philarmonic Orchestra interpretando Los planetas. Neptuno, el místico, nos mira. Durante muchos minutos ninguno de los dos cree necesario quebrar el silencio.

—¿Te digo la verdad? —Despago por fin— No me había enamorado en la vida.

—No hagas que me sienta importante. Yo diría todo lo contrario —refuta con un tono tan tierno que soy incapaz de molestarme—, eres caprichosona,

voluble y todo lo enamoradiza que se puede llegar a ser.

—Pues te equivocas, profesor sexy.

—Hablo del pasado, que quede claro. Ahora estoy encantado con que solo te fijes en mí.

Me besa la punta de la nariz y un calambre me alcanza los pezones.

—Me ilusionaba un par de días —admito—, no duraba más.

—Eso sí que es correr.

—Correr sí que me corría mientras duraba el entusiasmo —me mofo—, todo lo posible, pero nunca conocí las mariposas en el estómago, ni el andar zombi por la calle ni el vivir del amor. Seguro que vengo con una tara genética que me impide querer.

—Puedo asegurarte que te equivocas —insiste impaciente.

—Me refiero a querer de verdad.

—Espero que lo que quiera que sientes por mí sea muy pero que muy de verdad...

Me río con picardía y mantengo el suspense.

—Dime que me quieres o te echo del sofá a patadas.

Suelto una aguda carcajada que se vuelve torbellino de risas cuando a Mario le da por hacerme cosquillas. Río, lloro, grito, le suplico que pare, todo embrollado y al mismo tiempo me retuerzo y pataleo. Al final, un beso dulce y muy húmedo, pone fin al castigo.

—¿En serio no echas de menos...? —Me da así como apuro acabar la frase. Sus fiestas especiales, su vicio.

—Te refieres a mirar.

Mario sin pelos en la lengua, tan directo como siempre. Asiento despacio.

—Sí, a eso. Temo convertirme en un juguetito soso que acabe aburriéndote. Y no, por encima de mi cadáver. —De un salto me acomodo a horcajadas sobre su cadera—. Porque puedo hacerlo, ¿sabes? Puedo hacer muchas cosas, en el terreno sexual no tengo límites, empecé temprano y mi mente es abierta...

Apoyado en un codo sonrío con una chispa de condescendencia que deja clara su superioridad. Coge mi mano y se la lleva a los labios para dejar sobre mis nudillos el beso más tierno.

—¿En serio temes aburrirme? ¿Tú? —suelta irónico, con el tono de quien se refiere a algo imposible.

—Torres más altas han caído. Tu fe en mí supera con mucho la mía.

—Ay, Valentina, solo mírame cuando te tengo cerca, si es que me das la vida. ¿Sabes hasta dónde es capaz de amar un hombre?

—Hasta el final de nuestros destinos.

—Pues ahí llegaremos de la mano. Aquí en Milán, en España, alrededor del mundo, como quieras, dónde quieras, pero juntos.

Se me llena el corazón de cosas hermosas. De repente sueño con una vida sencilla en el sur de España, quién sabe si retomando mis estudios de arte, fotografiando las flores de azahar de las que Mario habla... Mirándolo sonreírme, ansío el momento de compartir una comida casera de las que preparaba mi abuela, un sinfín de detalles que traen calor de hogar. Me envuelve una agradable sensación de confort. Hemos respetado el silencio del otro pero él al final, lo rompe.

—Debería contarte que nunca he sido un *voyeur* al uso. No empecé porque necesitara de ninguna escena subida de tono para excitarme.

—Me consta —asumo con un mohín picante.

—Miraba porque me daba la gana mirar. ¿Me gustaba? Sí. Pero lo que más me ponía era la sensación de estar sin estar, de mantenerme al margen. Cero implicaciones emocionales, la calma que da la distancia, en mi caja cerrada a salvo, sin ruidos. Seguramente, el hombre escondido bajo el amante seguía teniendo muchos reparos.

Envuelve mi cintura y me abre hueco entre sus muslos. Nuestros pubis entran en contacto y su erección tantea sutilmente mi abertura.

—Eso es agua pasada. Nena... nadie contonea las caderas como tú lo haces.

—Estas caderas tienen hambre. Hazme el amor, no puedo más —pido melosa, impaciente por tocar su pelo rebelde y desordenado, un poco largo.

—¿Otra vez? ¿En serio?

—¿Vas a decirme que todavía no puedes? —insinuo malintencionada. Me contesta con un pellizco en el trasero y yo, protesto con un grito— ¿Eso es un sí?

—Eso es un “pues a la cama”. Empiezo a hartarme de sofá.

Me traslada en brazos, como un caballero medieval que regresa al castillo tras las cruzadas. Allí me rindo definitivamente a él, con los dedos crispados sujetándome a las sábanas, jadeando fuerte. Tienen que impedir que vuele, porque todo mi interior grita si me roza. El orgasmo azota mi cuerpo, eriza mi vello y me arranca un alarido. Me deja exhausta, agotada pero feliz. Un gruñido seco, y Mario que se derrumba sobre mí sin llegar a descargar el

peso. Me abrazo a su cuello y le lleno de besos la cara.

—Lo confieso, tengo un agujero en el estómago

Se echa a reír a carcajadas. Qué guapo es. No lo resisto más, lo miro y me ahogo de tanto contener el aliento. Es uno de esos hombres que te matan de amor. Uno de esos. Un nuevo calor invade mi cara y se derrama cuello abajo hasta llenar mis pechos. Juntos hacemos música. Me encanta el jadeo seco que escapa de nuestras gargantas cuando los besos se hacen más profundos.

Mario me ha enseñado una ruta desconocida hasta el momento. Y me encanta el paisaje.

58. La dueña de una voz

(Mario)

Atardece. La recojo cerca del parque. Lleva un vaquero con algún roto, sandalias planas y un top ibicenco de tirantes calados que deja adivinar el ombligo. Ese pelo mal cortado que no ha querido emparejar, la hace realmente especial. Sus ojos de gata, un borsalino verde y la cámara de fotos colgada del cuello. Sube al coche y nos besamos porque día a día construimos algo que nos convierte en un par compenetrado y feliz. No me canso de mirarla, nunca tengo suficiente. En la radio suena “*Breaking the rules*” de Jack Savoretti y se me pasa por la cabeza que los momentos perfectos existen.

—Dios, Mario, qué luz. La hora, la estación, el verde de los árboles. Todo ha decidido visitarme esta tarde, llevo unas fotos increíbles. —Le arden las mejillas, se expresa con el entusiasmo desmedido de la pasión. Meto primera y salimos.

—¿Para cuándo otra exposición?

—Tengo acumulados varios retratos pero no sé si bastan. Y la temática... La otra fue bastante bien... —Se queda dándole vueltas. A la idea y al contenido de su bolso.

—Por eso, no sería mala idea. Tienes que empezar a hacer cosas que te llenen. Y no me refiero a ganar un sueldo...

—Que también —replica cortante. Sonríe.

—Sabes que eso es secundario, puedo cuidar de ti.

—Lo sé. —Me besa la boca con suavidad—. El caso es que no quiero que lo hagas de esa forma. Necesito volar con libertad y ser mi propia dueña.

No objeto nada. Entiendo sus razones, desde luego. Que mi afán de cuidarla no entorpezca su necesidad de crecer. Val lleva retraso, ha sido una adolescente estancada y confusa demasiados años. El momento de pisar el acelerador ha llegado, nuestra historia, el dejarnos después y la muerte de Doménico precipitó el proceso. Basta oírlo para saber que Valentina no es la misma que yo conocí al llegar a Milán.

—¿Dónde te apetece cenar?

—Es miércoles. Me vale cualquier sitio cerca de *Fígaro*.

—¿De *Fígaro*? No querrás trasnochar a mitad de semana...

—Quiero un micrófono. Y cantar para ti. Será muy sexy, ya lo verás. — Se acurruca contra mi hombro, se frota y yo me estremezco de gusto.

—Cielo, tú eres sexy con los rulos puestos, lo llevas de marca. Si me preguntas, preferiría que me cantaras en casa, sentada al piano, con esas braguitas transparentes diminutas y...

—Pero no te he preguntado —repite traviesa. Suspiro entregado a la resignación.

—De acuerdo, pasaremos una grata velada musical, los miércoles no se llena demasiado.

Aplaude con una risa clara e infantil que me roba el corazón. Hay grandes contradicciones en Valentina. Como las hay en mí. Desde cierto punto de vista somos noche y día. Desde otro, siameses separados al nacer.

Me equivoco. Para ser miércoles está abarrotado y de pie en el escenario hay una chica que me recuerda a la modelo Twiggy, el mismo cuerpecito escuálido, el mismo pelo rubio cortado a lo *garçon*, aferrada al micrófono como si fuese a morderlo, desgranando una melodía muy dulce pero sin ninguna fuerza. Tengo la impresión de que más gente espera su turno. Nos sentamos, pedimos agua San Pellegrino con limón y le rodeo la espalda con el brazo.

—¿Piensan cantar? —Apunto al grupo que se aprieta en torno al escenario— ¿Todos esos?

—Sí, *Fígaro* es famoso por su música en vivo y sus espontáneos.

—Entonces, aquella vez, ¿no es que te lo permitieran por favoritismo? Qué modesta...

Me arrea un codazo en las costillas y yo hago como que me doblo por la

mitad.

—Claro que no, esperé mi lugar haciendo cola como una buena chica.
Entorno malicioso los párpados.

—¿Cuándo has sido tú una buena chica?

Va a beber un sorbo pero lo piensa mejor. Se me queda mirando con una intensidad casi dolorosa.

—Ahora —susurra—, estando contigo.

Tal declaración de amor hay que premiarla con una caricia. Inclino la cabeza y rozo sus labios. Son suaves y cálidos. Están húmedos, curvados en una sonrisa que promete la luna. Enamorado de ella hasta lo más hondo, así estoy yo. Y la sensación, que es nueva y hasta arrebatadora, me convierte en alguien mejor, un ser más permeable a las emociones y la ternura, menos sombrío.

La falta de tablas hacen que Twiggy abandone ruborizada su exhibición y después de dos intentonas bastante patéticas por parte de otros aspirantes, hago una seña a Val para que ocupe su sitio. Remolonea.

—Hemos venido por eso, no te hagas de rogar. Sabes que nos volverás locos a todos. Vamos, este local anda necesitado de tu voz mágica.

—Ya, es que...

—¿No querías dedicarme tu canción? Te juro que de lo contrario te tendría debajo y gimiendo, agarrada al cabecero.

—Es una sensación rara en el estómago —confiesa ya en pie. Lanza una mirada temerosa hacia la puerta. No entiendo a qué se refiere.

—¿Miedo escénico a estas alturas?

—A estas alturas. Deséame suerte.

—No la necesitas, pero suerte, *ragazza*. Mátanos de placer.

Mucha gente allí conoce el arte de Valentina y la jalean en su recorrido al escenario. Apoya una mano en el micro y sonrío tímida. Yo la miro y veo un aura blanca rodeándola. Juraría que no es mi imaginación, que de veras la tiene. Y despega los labios. Reconozco la melodía desde sus primeros acordes. *Ex's & Oh's*. Lo que ni loco espero, incluso conociéndola, es que la voz de Val supere a la de Elle King al interpretarla. Su extraordinaria potencia, la manera especial de modular los desgarros. Ya ha ocurrido otras veces, su talento como cantante es inmedible. Val arranca y el mundo deja de girar, joder, es Rihanna, es Sia, es Anastasia. Todas juntas pero mejor. Tiene la voz como una cinta de terciopelo que serpentea y se enreda lo mismo en los agudos que en las notas más graves. Lo hace sin dificultad, sin esforzarse,

y es deliciosa. En *Fígaro* no se oye un alma. Solo ella dominándolo todo sin ninguna intención.

En un momento dado la veo clavar las pupilas al fondo de la sala y mutar su expresión, de la placidez a la crispación y de ahí, a una sonrisa casi envenenada. Enseguida recupera el control y sigue cantando como si nada, con más fuerza si cabe. Muerto de curiosidad, me giro con diplomacia. Aldo Río está de pie, imponente ocupando mucho espacio ahí en la puerta, y el modo en que la juzga no es en ningún caso halagador. Hay reproche y furia, aprieta las mandíbulas y el pequeño músculo bajo el pómulo, palpita excitado. No creo que me haya visto. Val le ha lanzado un desafío en toda regla y él no se queda para madurarlo. Gira sobre sus talones y desaparece.

¿Cómo demonios nos ha encontrado? Recuerdo la sensación inquietante junto al panteón de los de la Robbere, cuando supe que una sombra se movía entre los arbustos con su atención fija en nosotros. Este tipo maldito nos ha convertido en el centro de su diana.

La tromba de aplausos me saca de mi ensimismamiento. Me uno a los que festejan el fin de la actuación y piden más. Pero Valentina no accede esta vez. Regresa a mi lado entre miradas de admiración, me roba la copa de burbujas y la apura de un trago.

—Mario, mi tío. Cuando lo he visto ahí mirando, crucificándome, me han temblado las piernas.

Me hago el loco. Aún tengo que poner las ideas en orden.

—¿Tu tío ha venido? ¿Dónde está?

—Ya se ha marchado, echando fuego por las orejas. Se ve que no le hace ninguna gracia encontrarse a su sobrinita cantando gratis en un club como una indigente. —Hace señas al camarero para que traiga más agua con gas. Resopla—. Bien mirado, si cobrase casi le sentaría peor, maldito machista.

—¿Le dijiste que tenías pensado venir?

—¿Qué demonios...? Habrá sido casualidad, casi no le dirijo la palabra.

—Disculpen... Señorita, quería felicitarla por su interpretación, ¿puedo?

Los dos levantamos la cara para atender al intruso. Un hombre alto, elegante y comedido, con el pelo cano, inclinado sobre la mesa con la mano extendida en dirección a Valentina. Ella sonrío forzada y le entrega la suya. No se siente muy cómoda con los halagos.

—No soy ninguna artista —ríe—, me temo que me toma demasiado en serio.

—Eso no es inconveniente, señorita, solo cuestión de relojes girando. —

Señala una silla libre a nuestra mesa—. ¿Les importa?

Me tenso mientras Val acepta cortés. No tengo ningunas ganas de compartirla con nadie, mi yo posesivo y fantasmal da zarpazos al aire tratando de librarse de este desconocido que saca una tarjeta de visita preciosa y la deposita junto a los vasos.

—Mi nombre es Simón Frangelli, soy productor musical. Me gustaría que considerara la posibilidad de grabar una maqueta con nosotros, es usted dueña de una voz extraordinaria. Su modo de interpretar es... bueno, el calificativo de asombroso no le hace justicia.

Los dedos trémulos de mi chica atrapan la cartulina y sus ojos repasan las líneas impresas. Mi estomago arde de celos y estoy a punto de despedirlo chillando como un energúmeno, pero no. Recuerdo las lamentables escenas con Sofía y su agente literaria y me abochorno. Yo tampoco soy ya esa clase de *cromagnon*, he crecido. Y respetar a mi pareja es fundamental. Me ocupo de mi bebida y de mantener la alerta, por si acaso.

—La verdad, no me lo había planteado en la vida... —balbucea Val sobrepasada. Me pasa la tarjeta para que yo también pueda marearme al comprobar de quien se trata. *Solly Enterpraise*. La productora de Madonna, Rihanna y Adele.

—Me paso por estos locales en busca de diamantes sin pulir. Luego, mi equipo se encarga de hacerlos brillar. Pero usted...

—Por favor, llámeme Valentina y tutéeme.

—De acuerdo. Tú... hay tan poco que hacer con esa voz prodigiosa... Lo tienes todo, todo para triunfar a lo grande.

Evalúo el índice de admiración que flota en sus frases. Alrededor de quince sobre diez. Este tipo cree de verdad lo que dice. Todo acompaña su intención, el brillo de su mirada, sus pupilas dilatadas, el lenguaje no verbal, la inclinación de su cabeza... todo. Es sincero, está ofreciéndole a Valentina la oportunidad de su vida. Me explota algo intenso en el pecho. Emoción.

—Irás, ¿verdad? —La animo sin pensar. Ella me mira bastante sorprendida.

—Sí, se lo ruego, anímela —suplica él—. Creo que está muy visto lo de que le auguro un exitoso futuro pero no sé qué más podría decir en estas circunstancias. Es la pura verdad.

—No tengo educada la voz, nunca he pensado hacer de esto otra cosa que un hobby —objeta Valentina aún dudando, dándole sin parar, vueltas al anillo de su pulgar.

—Eso es cuestión de técnica, no hay que preocuparse, prepararemos lo que haga falta, desde luego.

—Dios. Casi podría decirle que canto aquí y en la ducha. Es... demasiado.

—No, no lo es —intervengo atrayendo su interés—. Solo te ha pillado de improviso y tienes que madurar la idea. Valentina le agradece la oportunidad, Simón.

El caballero se pone en pie de inmediato y nos estrecha la mano. La de Valentina vuela fugaz a sus labios sin llegar a rozarlos.

—La espero. No me olvide, se lo ruego, no me topo con tesoros de este calibre a diario, se lo aseguro.

—¿He oído bien? ¿Valentina le agradece la oportunidad...? —repite mi chica incrédula en cuanto nos quedamos solos. Me reprende con una mirada dura y la boca entreabierta.

—Oh, oh... —bromeo simulando buscar escondite.

—¿Por qué diablos hablas como si yo tuviese dos años? O peor aún, ¿como si no estuviese presente?

El caso es que su tono vibra distendido y amable. Así que le cojo las manos y la beso en la boca sin más ceremonia.

—No estás enfadada.

—No, pero solo porque lo que ha ocurrido es alucinante. ¿*Solly Enterprise*? —Contiene un grito de euforia— ¡Estoy a punto de subirme a taconear en la mesa, si no fuese porque me pondrían de patitas en la calle por demente!

A pesar de mi carácter estable, poco dado al exceso, me contagia el entusiasmo. Cruzamos una mirada y nos echamos a reír como dos críos en un cumpleaños. Luego, nos mudamos a un reservado y pedimos una botella de zumo de uva helado.

—Estás muy callado —observa pasada la alegría del primer momento. Me muerdo el labio inferior.

—No quiero sonar egoísta, de verdad que no quiero, pero no puedo dejar de preguntarme qué sería de nosotros si tú... si tú...

—¿Me convierto en una estrella de la noche a la mañana?

Arqueo las cejas significativamente. A continuación sacudo la cabeza negando, arrepentido de mi impulso inconsciente. Vuelvo a hacerlo. Vuelvo a ser egoísta cuando juré que no pasaría.

—Olvídalo, no tengo ningún derecho...

Val trenza sus dedos con los míos y sonrío hasta que me obliga a encararla. Hay una mueca divertida bailando en su precioso rostro.

—Esto no pasará de ser un entretenimiento, Mario. De verdad que mi vida es otra, quiero profundizar en la fotografía, aprender mucho, exponer. Fantaseo con la luz del sur de España, con nuestra vida juntos. No la pondré en peligro, no quiero ser la nómada de los mil conciertos. Pero es tan maravilloso que de repente confíen en ti, gente tan importante que me puede ayudar a desarrollar ese talento...

—Yo confío en ti —digo mucho más tranquilo.

—Lo sé, mi amor. Y tú llegaste el primero. Por eso.

Los días que siguen a esa noche son espectaculares. No tanto por su contenido como por lo que me bulle dentro. Es la primera vez que comparto la ilusión de alguien especial, desde los cimientos. En serio, me alegro por ella, con todas las letras, no es un aparentar mientras la rabia me devora como en el caso de Sofía. Mi fe en la capacidad artística de Valentina es indestructible y la oferta de Frangelli solo la refuerza. Mi chica sonrío a todas horas, no únicamente entre mis brazos después de hacer el amor. Un regalo inesperado, una pequeña ilusión, lo mejor que pudo pasar tras perder a su padre. La recojo y la llevo a las oficinas de *Solly* todas las veces que hacen falta. La espero tomando capuchinos y leyendo, o charlando con Fabio por teléfono. Él y yo no tocamos temas espinosos, actuamos como dos personas que se aprecian construyendo una amistad, preguntando por la salud y las cosas triviales. Y cuando ella regresa, leo la luz de la magia en su cara. Me cuenta los consejos de la profesora de canto, sus avances...

Son sus méritos pero hace que parezca un proyecto común. Es genial sentirse partícipe, dentro del círculo de su existencia. Sin embargo, de la noche a la mañana, todo da un vuelco. Cambia la dirección del viento y no precisamente a nuestro favor.

59. Se cierra la puerta

(Valentina)

Empiezan a acumularse sucesos extraños. Ocasiones en las que SollY no está disponible para mí, el desmedido entusiasmo de Simón parece haberse desinflado, no responde a mis mensajes, sus asistentes me acribillan con excusas malas, y los ensayos se interrumpen con brusquedad de la noche a la mañana, sin causa que lo justifique. Al principio ni siquiera se me pasa por la cabeza protestar. Soy novata y no tengo ni idea de cómo van estos procesos, puede estar dentro de lo “normal”. Pero sus caras de circunstancias y el modo en que me miran me empujan a sospechar que algo se ha torcido.

Dejo de intentarlo. La Valentina de otros tiempos habría montado un campamento de asedio en la puerta y montado un aquelarre que haría que Simón se escondiera en las cloacas. Pero a la chica un poco deprimida que aún llora por las noches la muerte de su padre, esto le viene grande. Es un enorme y cruento mazazo en el cráneo. Guardo la ilusión en el bolsillo y no vuelvo a aparecer por *Solly*. Entre disparo y disparo de mi cámara, ato cabos y llego a una conclusión.

Entro en casa hecha un basilisco. Puede que me esté tirando de cabeza a una piscina sin agua pero me da lo mismo. En cualquier caso, lograré algo bueno. Seguro. Y toda esta rabia tengo que dejarla salir o reventaré. Abro el cajón para que la Valentina macarra que lleva la contraria solo por joder, asome la nariz.

Encuentro a mi tío, para variar, cómodamente instalado leyendo en la

terrazza. Acaba de colgar el teléfono y me recibe con una sonrisa pegajosa.

—¿Eres tú, verdad? —espeto con voz aguda—. Tú estás detrás de toda esta mierda.

—Tranquilízate, pequeña, te veo muy nerviosa. —Dobla con parsimonia el periódico—. Te calmas y me explicas exactamente de qué me acusas.

—*Solly Enterprise*, ¿te suena?

—Ligeramente —admite sin ganas. Tiene intención de volver a enfrascarse en su lectura.

—¿Qué les has dicho? ¿Los has sobornado o todo lo contrario? ¿Los has amenazado para que se desentiendan de mí?

—¿Qué te lleva a pensar que tengo algo que ver?

—¿Quizá que no lo estés negando?

—Música y corrupción son la misma cosa. Ese negocio está lleno de suciedad, falta de valores. Ni te lo imaginas —sentencia sin mirarme. Aspiro aire por la nariz con mucho ruido. Me seco el sudor de las manos y procuro aplacar la respiración, despacio, que cada oleada suavice las nauseas, que no acaben siendo arcadas. Qué malos son los nervios cuando alcanzan nivel de histeria.

—¿Quién demonios te crees que eres?

—Tu tío Aldo —replica con una calma exasperante. Ganas me entran de tirarle a la cabeza una maceta—. El que cuidará de ti en nombre de su hermano.

—¡No necesito que me cuide nadie! ¡Soy mayor de edad desde hace tiempo, no sé si lo has notado!

—Cuando empieces a comportarte como tal.

Estallo. Empiezo a dar gritos, desquiciada como hace tiempo que no pasaba.

—¡Me comportaré como me dé la real gana! ¡No estoy aquí para complacerte, no eres nadie, no significas nada en nuestras vidas! ¡Estorbas! ¿Lo oyes? Estamos deseando que te largues, tú, tus maletas, tu pose de hombre de mundo y tus manera autoritarias. ¡No somos tu harén de esclavas, no somos tus protegidas...!

Envuelta en mi berrinche no me doy cuenta de que se pone en pie y me calla con una bofetada. Entiendo lo que ha pasado cuando me abrasa la piel y me enfrento a sus crueles iris grises. Me llevo la mano a la mejilla ardiente, con los ojos desorbitados de incredulidad e indignación.

—Ya está bien. Vas a dejar de comportarte como una fulana y a empezar

a ser la buena chica que tu padre habría querido.

Me trago las lágrimas y las ganas de arrancarle el corazón. Me duele el bofetón pero más escuece mi orgullo pisoteado.

—No se puede ser más mezquino ni más miserable —rujo—, meter a mi padre en esto...

—¿Acaso él no te habría dicho lo mismo?

La frase contiene tanta verdad que me encojo sobre mí misma, igual que si hubiese vuelto a abofetearme. Cierto. Mi padre habría puesto el grito en el cielo de encontrarme cantando en un club y habría movido cuantos hilos precisara para abortar mi descabellada travesura. Pero Aldo no es mi padre ni yo la cría idiota que se deja intimidar o reacciona a base de explosiones sin sentido. No.

—Si no te marchas de inmediato de nuestra casa —remarco lo de “nuestra”—, seré yo la que se vaya.

Sonríe malévolamente. Solo con la mitad de la boca. Me parece estremecedor.

—Sabes que lo impediré. Somos una familia que permanecerá unida.

—¡No somos tu familia, joder!

—Por las venas nos corre la misma sangre, mi querida Valentina.

—¡Búscate la tuya propia!

—Lo hago en homenaje a mi hermano, se lo debo. Protejo tus intereses del modo en que él lo habría hecho, ni más ni menos.

Con todo el odio del mundo, nos mantenemos la mirada. Este tipo infame se ha tomado en serio su misión celestial, tiene asumido su papel de templario armado. Y o no tiene nada que hacer, o desde Milán mueve los hilos de sus negocios. El caso es que su posición en nuestro hogar y en nuestras vidas se enraíza con fuerza y no encuentro recursos con los que defenderme. Queremos librarnos de Aldo Río sin saber cómo.

—Te detesto, eres como las jodidas plagas de Egipto. Ojalá no hubieses aparecido nunca, no nos hacías ninguna falta —escupo a modo de despedida.

Le resbalan mis ofensas. En lugar de molestarse, sonríe de nuevo como avisándome de que esto no es todo, despliega el periódico y llama a la doncella para que le prepare un té. Maldito hijo de puta.

Me refugio en los brazos de Mario. Aguantando las ganas de llorar y de contarle lo que ha pasado. No puedo. No quiero desencadenar guerras que lo enfrenten a mi familia una vez más. Pero me conoce demasiado bien para intentar fingir y aunque me pego a él como una lapa y lo abrazo fuerte,

consigue despegarse lo necesario para mirarme. Una gran interrogante late en sus ojos.

—¿Qué ha pasado?

—Nada, ¿qué va a pasar? Que tenía muchas ganas de verte, me tienes embrujada...

—Lo cual me alegra —me corta tajante. Sé que no va bien la cosa, tendré que esforzarme mucho más—, pero ha pasado algo, nena, no disimules.

Decido que recurrir a una verdad a medias me salvará el pellejo.

—Bronca con mi tío.

—Por lo que vio en *Fígaro* —adivina.

—Justo. Anda detrás del portazo en las narices que acaba de darme SollY. —Masco las palabras como si mascase arena.

—¿Lo ha admitido?

—No hace falta, se ve a la legua, el muy cretino. Y no me importa, de verdad que no me importa, mi aventura con la discográfica no iba más allá de pulirme y grabar algo, no se acaba mi mundo aquí, no es eso. Pero si piensa que voy a permitir que me mangonee...—Limpio de un revés las lágrimas que se me han escapado. Mario entorna suspicaz los ojos y con el pulgar, recoge otra.

—¿Eso es todo?

—Lo odio.

—Estás llorando —insiste.

—De rabia —miento. Me entierro de nuevo en su pecho. Siento sus brazos rodearme como un hechizo mágico que me aparta de todo mal.

—Hay algo más. Pienso darte todo el tiempo que necesites hasta que decidas contarlo.

Suspiro y me muerdo los labios para no llorar.

—Temo que su siguiente paso seamos nosotros. Nuestra relación.

Noto que mis palabras lo envaran. Todo el cuerpo de Mario se ha tensado y eso me hace darme cuenta de lo cerca que puedo estar de la verdad.

—Y si las cosas se tuercen por ahí... bueno, no voy a poder soportarlo.

—Empiezo a pensar que retrasar nuestro viaje a España no es la mejor idea —musita muy despacio—, pero detesto que Renata se quede sola.

—Y yo, sobre todo con él en casa.

—¿Y si nos la llevamos?

Lo miro con el ceño arrugado. A ver, quiero mucho a mi madre pero hay cosas que no. No.

—Mujer, tendría su propia habitación —sonríe al ver mi cara descompuesta.

—Solo faltaba. Pero tampoco.

—¿No tiene familia con la que pueda pasar una temporada? Si os marcháis las dos, a él no le quedará más remedio que volver a su nido.

Le tiembla ligeramente la voz al rematar la frase. Creo que le contagio mi honda aversión por Aldo. No querría, bastante daño le ha hecho ya la familia de la Robbere pero la ira se me sale por los ojos, es incontrolable.

—Un par de hermanas pero no sé qué tal se lleva con ellas...

Mario tira de mí y me lleva al sofá. Me fuerza a que me recueste y me tapa las piernas con una suave manta de pelo.

—No te muevas. Voy a preparar un poco de té.

—¿Tienes pastas?

—Supongo que sí, ¿te apetecen? —Regresa a la cocina. Yo me hundo en el sofá bajo la manta.

—Necesito un chute de azúcar para sobrellevar esta situación tan tan... —me desespera no dar siquiera con la palabra que resuma mi absoluta frustración.

—No voy a repetir que mi casa es tu casa.

—Lo sé, cariño —yo misma me sorprendo por lo natural que me sale un apelativo desconocido para mí hasta hace muy poco, como no fuera en tono de broma—, pero ese hombre infame no va a echarme de mi propia casa ni dejaré a Renata en sus manos. Capaz es de embaucarla con sus malas artes y se nos instala en Villa Felicidad para los restos.

—Me cuesta creer que tu madre sea tan inconsciente —me llega desde la cocina, entre un batiburrillo de tetera y tazas.

—Está hundida, cualquier cosa es posible. Esos momentos de debilidad son peligrosos si uno de esos vampiros emocionales te ronda.

Mario acaba de dejar sobre la mesita una bandeja con doble servicio de té y un plato de deliciosas pastas sobre el que me arrojo sin protocolo alguno. Se sienta a mi lado y me arropa con su cuerpo. Termino con la espalda apoyada contra su pecho, dejo caer la cabeza en la esquina que forma su hombro y suspiro.

—Como no soy tonta y lo sabes, te diré que me he dado cuenta de que te pones verde y rechinas los dientes cada vez que menciono a mi tío.

Gruñe pero no articula nada que se parezca a un vocablo humano.

—Venga, desembucha antes de explotar, no sea que salpiques.

Se remueve incómodo pegado a mí. Mordisqueo otra pasta y le echo paciencia.

—Qué quieres que te diga —bufa consumida la pausa—, le retorcería el cuello por lo que os está haciendo pero esto vamos a hacer como que no lo he dicho. Habla mi yo camorrista, que también lo tengo, no creas.

Le sigo la corriente pensando en lo que podría desencadenarse si descubre que Aldo me ha puesto la mano encima. Mario es un hombre temperamental, educado, contenido hasta cierto punto pero con las venas a rebosar de sangre hirviendo. A mi tío apenas lo conozco pero el brillo de sus ojos es frío e insensible. Me da un poco de miedo. Suerte que la postura que tenemos me permite escabullirme y Mario no lee en mi cara lo desesperada y confusa que estoy.

—Me oigo recomendándote paciencia con él, cuando yo ya la he perdido —prosigue palpando mi cuello con la punta de los dedos—. Supongo que de momento es lo que hay.

—Hablaré con Renata. Es genial la idea esa de que se pierda unos días. Nos perdemos todos, la casa de la Robbere se cierra y el huésped indeseado se queda en la calle. Asqueroso...

—Esa lengua...

Me revuelvo y en un santiamén me tiene de frente acechando su honra.

—Esta lengua es la misma que podría devorarte lentamente. Por ser tan comprensivo, tan maravilloso y por hacer tan bueno el té.

—Entonces no dejes que se enfríe. Sería un crimen, lleva canela en rama cocida según una vieja receta de mi abuela materna.

Le hago caso porque pese a mis amenazas, el sexo es lo último en lo que estoy pensando. Mi relación con Mario evoluciona hacia lo desconocido, un bosque enmarañado en el que jamás en el pasado he puesto un pie, el reto de lo cotidiano, del conectar fuera de lo erótico demostrando así que podemos construir juntos una vida redonda, con todas sus facetas. Siento un beso delicado y dulce, ahí donde se unen los labios. Ni hemos hecho el amor, ni lo hemos intentado siquiera, sin embargo, me siento amada como nunca, más que querida, venerada.

Pero después de esta noche especial de auténtica intimidad, Mario empieza a evitarme.

60. Secretos oscuros

Otra vez no. No pienso permitir que esto se enfríe, no ahora que hemos enderezado el camino, que estoy aprendiendo a ser persona. Por fin tengo amor del bueno, del que te arrastra al peligro sin que te importe. Muerta antes que perderlo.

Miro la mitad de cama que queda a mi lado. Si no lleva ya su nombre es porque esta casa no es mía sino de mis padres, no dispongo de espacio propio pero estoy segura de que media cama suya sí me pertenece. Allí hemos sido uno muchas veces. Defender esto con uñas y dientes, empieza por descubrir qué narices está ocurriendo.

Recurro a mi segundo caballero de dorada armadura, mi cuñado. Matteo jamás decepciona y tiene un muy buen *feeling* con Mario. Se caen bien, no han coincidido muchas veces pero pude leerlo en sus ojos en cada una de ellas.

—Algo está pasando —repito, creo que por cuarta vez.

—Pero ¿ha desaparecido?

—Tanto como eso no, hablamos por teléfono y nos mandamos mensajes continuamente, sin embargo...

Tengo que soportar que mi cuñado me dedique una mueca de extrañeza antes de echarse a reír.

—A ver, peque, ¿no te estás poniendo un pelín paranoica?

—¡Hace cinco días que no nos vemos, Matteo! Cinco días en el caso de Mario es toda una eternidad, nos vemos a diario, no me tomes por loca.

—Tiene negocios, entiende que no dispondrá de todo su tiempo...

—Permite que sea yo la que decide qué es o no normal en mi relación con Mario —me enfurruño.

—Supongo que has ido a su apartamento.

—Supones bien. E imagina también que el conserje trató de

convencerme, por activa y por pasiva de que no estaba, porque acertarás.

—Así y todo subiste —aventura. Cómo me conoce, el muy listillo.

—Pues sí, subí y aporreé la puerta hasta fundir el timbre. No me abrió.

Vuelve a contener la risa.

—Porque no estaría, Valentina, ¿quieres relajarte?

Me inclino sobre la mesa que nos separa y apuñalo la madera con el índice extendido.

—Sí que estaba. Todas las veces. Lo sé.

Matteo suspira. Seguramente todas estas historias para no dormir de desencuentros de enamorados le tocan la moral, es un tío ocupado. Pero aún así...

—¿En qué puedo ayudarte exactamente?

—Necesito que seas tú el que va de visita. Una pequeña trampa. A ti te abrirá.

—Eso no lo sabemos —me advierte haciendo bailotear un boli.

—Permite que lo intente. —Aferro su antebrazo con las dos manos, como un náufrago a su madero salvador—. Tengo un terrible presentimiento.

Matteo cabecea y asiente. Eso es lo maravilloso de mi cuñado, si ha decidido ayudarte, lo hace incondicionalmente, sin incordiar y sin preguntas molestas. Nos presentamos en el edificio de Via Palazzo Reale y sin esperar que el conserje nos anuncie, cruzamos el amplio vestíbulo y nos dirigimos al ascensor. Matteo impone, tan alto y tan bien vestido, con ese tono de voz sedoso pero firme, pronunciando el nombre de Mario como si no hubiese muralla lo suficientemente alta como para frenarlo. Una vez dentro, resopla mirando al techo.

—No las tengo todas conmigo, no estoy del todo seguro de que Mario abra la puerta.

—Pienso esconderme —lo sorprendo.

—Valentina, *Santo Dio*...

Pero funciona. Por una vez, mis absurdos planes van sobre raíles. Me oculto de la mirilla en un recodo de la gran escalera y es Matteo quien pulsa el timbre y se enfrenta al rechazo. La puerta se abre y solo oigo el codiciado sonido y una exclamación de Matteo que no entiendo hasta que de un salto me planto en mitad del descansillo y veo el rostro de Mario, inflamado y morado, lleno de magulladuras.

Me mira y cierra los ojos maldiciendo entre dientes.

—Siento la encerrona, Mario —se excusa Matteo—, Valentina estaba

preocupada por ti. Al final logró contagiarme.

—Bueno, ya está hecho —acepta con voz grave y la cara gacha—, pasad.

Soy incapaz de dar un paso, la espantosa visión me ha dejado clavada en el suelo. Desde dentro me llega la suave melodía de un piano. Mario alarga una mano y me la ofrece.

—Podíamos habernos evitado esto.

—No, no podíamos, ¿qué te ha pasado? —Aúllo entumecida.

—He tenido un accidente, no me apetecía que me vieras así, con la cara como un Cristo.

Odio cuando echa mano de sus espresiones andaluzas, no entiendo nada. Bullendo de rabia paso de su gesto conciliador y me cuelo en el apartamento a grandes zancadas. Matteo ya está dentro.

—¿Un accidente dices?

—Sí, la otra tarde.

—¿Con el coche?

—Con unas estanterías. ¿Os apetece café?

Se escabulle hacia la cocina y si bien Matteo toma asiento pacífico en uno de los sofás, yo lo persigo con muy mala leche.

—¿Desde cuando las estanterías atacan a la gente?

—Se me cayó una encima.

—¿Y los golpes han ido todos al mismo sitio?

—También tengo magulladuras por otras partes, no creas.

—Oye, no me creo nada. ¿Quieres hacer el favor de soltar la cafetera y mirarme a la cara?

—Acomódate en el salón y deja que prepare esto. Ahora hablaremos tranquilamente.

—¿Para que puedas disponer de tiempo y fraguar tu mentira?

—Mario, ¿quién ha sido?

61. Planeando salvarnos

(Mario)

En mitad de nuestra acalorada discusión, la pregunta de Matteo, pausada y con su voz tan severa, nos sorprende a todos. Valentina y yo interrumpimos nuestra batalla dialéctica y lo miramos a coro.

—¿Cómo dices? —Trato de ganar tiempo.

—Me has oído muy bien. Que quién ha sido. Te han dado una paliza, eso no ha sido ningún accidente. Yo lo sé, tú lo sabes.

Le pido, más bien le ruego con los ojos que no siga indagando. No con ella presente.

—¿Compartís alguna especie de idioma clave común? —Val nos mira de hito en hito. Matteo y yo estamos colgados de una conversación muda que sí, tiene mucho de eso.

—La única que no entiende nada, por lo visto, soy yo —Enfurrugada, apoya las manos en las caderas—. ¿Os importa explicaros? Mario, ¿en serio te has peleado con alguien? ¿Qué era, una cuadrilla de marines borrachos?

—Será mejor que nos sentemos —cedo. Al carajo la cortesía y el café. Es inútil mantener una fachada que no se sostiene en pie. Estoy cansado y la cara y las costillas me duelen con cada palabra que articulo.

—Será mejor que te expliques. ¿Es por esto que te has pasado huyendo a lo cobarde casi una semana? —se impacienta Valentina. Matteo le sujeta la muñeca y la silencio.

—Val, tu tío...

—¿Ha sido mi tío? —Se levanta de un salto del asiento. Mi mirada

penetrante y un tirón por parte de Matteo la obligan a bajar de nuevo.

—Tu tío es el mayor capo del narcotráfico del sur de Italia —retomo con calma—. No sé con qué intenciones ha reaparecido pero sí que tu padre lo detestaba, precisamente por eso a lo que se dedica.

La veo abrir los ojos alucinada.

—Joder...

—Mario, ¿estás seguro? —pregunta Matteo. Es una simple cobertura de expediente, él y yo sabemos que no ha puesto en duda mi afirmación por un solo instante.

—Ojalá me equivocase. Estos son los métodos de esa gente, advertencias, amenazas y finalmente, palizas u otra cosa peor. Ya en el cementerio, durante el funeral de tu padre, fue explícito: que me alejase de ti cuanto antes. Ahora solo ha cambiado el idioma con que me da la orden.

—Tú... ¿Tú lo conocías? —balbucea Valentina. Es terrible tener que admitirlo, daría lo que no tengo por ahorrarle este trago.

—Superficialmente. Fue un hombre de mi padre que con el tiempo y su desaparición, se independizó —respondo escueto. Rezo porque baste. El bueno de Matteo me dirige una mirada de trágica incomprensión pero domina la curiosidad y no pregunta.

—Dios mío... —Hunde la cara entre las manos. Mis huesos rotos protestan con un latigazo infernal cuando trato de estirarme para tocarla.

—Nena, tendrá que matarme para separarme de ti —le prometo devoto. Ella no consigue reaccionar.

—¡No es eso! ¡No quiero que te mate, joder! —gime con debilidad.

—Mario, no podemos tomarnos esto a la ligera, lo que ha ocurrido es grave y muy peligroso —interviene Matteo pálido como la cal—. Hay que llamar a la policía, ellos sabrán cómo pararlo.

Me inclino hacia adelante. Dejo descansar los antebrazos a un palmo de las rodillas, trenzo los dedos. No sé cómo disimular la desazón que me remueve.

—No funciona así, la policía no nos vale. Los que no están comprados, temen las represalias. Aldo Río es uno de los jefes, no moverán un dedo en su contra, no al menos, siguiendo los cauces oficiales.

—¿Existen los extraoficiales?

—Desde luego. No hay nada que el dinero no pueda comprar y afortunadamente, yo lo tengo en cantidad.

—Y yo. Cuenta con mi ayuda —se ofrece Matteo con emotivo

entusiasmo.

Le dirijo una sonrisa de eterno agradecimiento.

—Céntrate en cuidar de ellas y de ti mismo, Matteo. De momento eres lo único que Renata, Chiara y Valentina tienen. También eres el único obstáculo de Aldo para reinar entre las de la Robbere. Manteneos juntos, interrumpid las rutinas, procurad no salir de noche si no es estrictamente necesario...

En ese momento, Valentina levanta abatida la cara.

—¿En serio estamos hablando de esto?

—Me temo que sí, Mario tiene razón. —Es Matteo quien responde.

—No puedo creerlo, parece una pesadilla macabra.

—Voy a mover unos hilos —los informo sin querer emocionarme demasiado—, no sé si darán resultado ni cuándo, pero es preciso intentarlo.

Val estira una mano y la yema de sus dedos se posa en mis heridas, recorre sus bordes tumefactos. Su llanto es triste y silencioso, nuestra comunicación, intensa. Mis ojos gritan “*lo siento, ojalá hubiese forma de evitarte esto*” y en los suyos brilla un fondo de miedo como no he visto antes.

—Ahora entiendo tantas cosas... Ahora entiendo a mi padre... Yo echándote en cara el tipo de familia al que pertenecías cuando yo misma... — Ahoga una carcajada amarga—Qué broma extraña es la vida a veces. Y pensar que lo tengo en casa, instalado en la biblioteca, usurpando el sillón de mi padre...

—Valentina tienes que ser muy cauta —se me adelanta Matteo. Confirмо su frase con un gesto.

—Por eso intenté que no me vieras en este estado, sé que impresiona... —Trato de bromear.

—¿Duele?

—Apenas —miento. Va a ponérseme la nariz como a Pinocho.

—¿Cuántos eran? ¿Dónde...? ¿Cómo demonios pasó?

—No seas morbosa, Valentina, ahórranos los detalles truculentos.

—Confieso que en todo esto estoy perdido —Matteo se pone en pie sujetándose las rodillas temblorosas—, no me avergüenza pasar por blando pero la mafia... nunca ha formado parte de mi planteamiento de vida.

—De la mía tampoco, Matteo, te lo aseguro —me defiendo con firmeza aun a sabiendas de que no me está atacando. En lo recurrente a mi familia siempre me veo en la necesidad de dar demasiadas explicaciones.

—Al menos veo que sabes por donde moverte, Mario, confío en ti, confiamos. Yo haré lo posible por protegerlas y estoy a tu disposición si

necesitas algo, lo que sea.

Asiento con un golpe de mentón. Se dirige a la puerta y yo me acerco a Valentina a tranquilizarla con un beso. Ella, vehemente como de costumbre, se lanza y me echa los brazos al cuello.

—Tengo mucho miedo...

—No, mi amor, nada de eso. Saldremos de esta, ya lo verás.

—Otra cosa... —Matteo se gira ya cerca de la salida—. No te expongas demasiado. No dudo que seas valiente pero mira lo que ha pasado.

—Tranquilo. Contrata un par de gorilas de confianza y que os sigan de cerca. —Vuelvo a centrar mi interés en Valentina. La separo un poco y la tomo por la barbilla. Está a punto de echarse a llorar de nuevo—. Óyeme, ve con él. Estad juntos y no os separéis.

—Quiero quedarme contigo —gimotea aferrándose al bajo de mi camiseta.

—Tenemos que ser más listos que él, Val, más fríos, más astutos. Mira, tengo algo para ti.

No iba a ser el momento, se trata de algo especial que he conseguido para ella y me imaginaba entregándolo en un acto solemne entre velas y música romántica. Pero me dejo arrastrar por el impulso porque sé que Valentina necesita ahora algo a lo que agarrarse. Le hago una señal con el dedo para que espere y corro a los cajones del bargueño junto a la chimenea. Regreso con un cilindro de papel denso en la mano, cerrado con una cinta azul.

—Entretente. Esto es para que vayas ensayando. Tu canción.

—¿De quién es? —Lo acepta y lo desenrolla con una emoción de repente desbordada.

—Tuya. La he comprado para ti.

Aguardo a que sus ojos desfilen por las líneas impresas, a que llegue al final y no me equivoco. Dilata los ojos, abre la boca y suelta una exclamación alucinada.

—¿A Sí? ¿Le has comprado a Sí... una canción para mí?

—Cantada por ti, será el tema que refleje lo mucho que nos queremos. Para cuando lleguen tiempos mejores. La disfrutaremos, solo ten paciencia.

Se me cuelga en un abrazo alocado que transmite tanto... Terror, esperanza, rebeldía. Sus ojos y su temblor lo dicen todo, son un grito de auxilio, un cabo prestando ayuda, un yugo de hierro uniéndonos. Es un juramento de que por mal que se pongan las cosas seguiremos juntos, más nuestros que nunca.

—Cuéntale lo que ha pasado a Renata, recomiéndale calma, Aldo no debe sospechar que andamos tras él. Y no olvides que lo importante es que no te enfrentes, no hay nada que ganar y sí mucho que perder. Prométemelo.

Todo sucedió cerca de mi casa. Esta gente no conoce el significado de la palabra prudencia. Mucho menos la de escrúpulos. Iba caminando por la acera absorto en mis preocupaciones y antes de que me rodeasen ya sabía que algo terrible se avecinaba. Algo como un puñetazo en el hígado que no me esperaba y me dejó sin respiración. A continuación, una patada en las costillas aprovechando que el dolor me plegó y me impidió devolver los golpes. Eran tres tipos enormes. Y todo en plena calle, joder, no podía creerlo. Entre dos me agarraron por debajo de los brazos y me arrastraron hasta una furgoneta negra, impecable o recién pintada, que el tercero se encargó de abrir. A empujones me metieron dentro. Fui directo al suelo, con la boca contra el metal sucio y el sabor de la sangre en la lengua. Entre nebulosas, muy aturdido, hice un breve repaso de la situación, de mis posibilidades de escape, del hecho de ignorar a dónde me llevaban y con qué intenciones. Dios, puede que no saliera vivo, había pecado de confiado y lo que peor llevaba, Valentina. El miedo de no volver a verla era una tenaza en la garganta. Debería haberme dejado de bobadas sensibleras pero es que ese dolor me retorció el corazón. Ese, no el de las costillas rotas.

Creo que perdí el conocimiento por un rato. Cuando recuperé los sentidos estaba en mitad de un bosque que no había visto en mi vida y tenía a los tres matones formando el círculo del fuego alrededor.

Conseguí reunir chulería suficiente para retarlos.

—Si vais a matarme, no os entretengáis. Ya mismo oscurece y sería una putada que os endiñarais por error, los unos a los otros.

Por replica recibí un patadón en el costado que me dejó sin aire. Un chorro de sangre saltó de mi boca al suelo.

—Esa es la lástima, *caro*, no podemos liquidarte.

—Tenemos órdenes.

—Pero sí divertirnos un rato.

Y eso hicieron. Golpearme sin piedad hasta que me dieron por muerto, o el más listo frenó a los demás. Escupieron sobre la tierra, se frotaron los nudillos, se montaron en la furgoneta y salieron del claro chirriando rueda. Permanecí casi una hora anudado sobre mí mismo, tiritando y viendo puntos de colores. Muy lentamente mi brazo se movió y mis dedos entumecidos

localizaron mi móvil. Milagroso sería que no estuviese roto. Y lo estaba, la pantalla hecha añicos pero el teclado funcionaba y me dio para llamar a emergencias.

Solo recuerdo que desperté en una cama de hospital con un *carabinieri* cabreado al que conté un embuste tremendo sobre un atraco. Me preguntó un par de chorradas, si los reconocería, si recordaba la matrícula del vehículo y con las mismas, se largó. Usé la poca fuerza que me quedaba para cerrar los ojos y suplicarle a las enfermeras que por favor, no llamasen a nadie.

62. Canta tu canción

(Valentina)

Juro todo lo que hay que jurar. A regañadientes y con ganas de recorrer la sala y morder algo, como una leona enjaulada. Doy mi palabra de que no provocaré a mi tío, maldita comadreja asquerosa, ni le arañaré la cara hasta dejarlo irreconocible. Me morderé los puños para no gritar y tampoco volveré a escupirle en plan histérica que no soy una mocosa con necesidad de un despreciable mafioso jugando a ser mi tutor. De repente soy lo suficientemente madura como para entender que antes no lo era.

—Valentina... ¿Vamos? —Matteo me llama desde la puerta. Parece abrumado y muy abatido, no me extraña. Mis ojos húmedos regresan a Mario. Mis dedos crispados sobre sus brazos se resisten a soltarse.

—¿Vas... vas a matarlo?

No puedo creer que yo haya preguntado eso, la escena parece sacada de una película de gánsters. Mario duda sobre si engañarme. Lo leo en sus pupilas brillantes.

—Espero que no sea necesario. Pero debemos asegurarnos de que estáis a salvo. Para siempre.

—Tengo miedo —repite.

—Yo también, nena. Pero ten confianza. Todo saldrá bien.

No sé por qué tengo la oscura sensación de que él mismo no cree sus palabras pero quiero confiar. Quiero aceptar que Mario sabe mejor que ninguno de nosotros, cómo manejarse en semejante situación.

—Haré kilómetros de jogging —planeo empezando la dolorosa despedida—, correré hasta reventarme. Así, al llegar a casa no tendré fuerzas para polémicas. Eso, o darme en la cabeza con un bate de beisbol.

—No estés sola mucho tiempo. Esto durará poco —me besa la sien. Sus labios se quedan ahí, pegados, dulces y cálidos. Entrecierro los ojos—, te lo prometo.

Cierro la puerta a mi espalda e imagino la escena. Conozco a Mario, su talante protector de macho alfa. Tendrá un chico de confianza, un perro guardián, y estará ordenándole que me vigile. Se me escapa una sonrisa de entre los labios. Conociéndome, jamás pensé que me halagaría el control.

63. Empiezan los cambios

(Mario)

—Mario, han detenido a mi tío.

La voz de Valentina suena aguda y acelerada. Recibo la noticia como un soplo de aire primaveral. Aliviado, despojado de un peso horrible que me machacaba los hombros y me hacía caminar mirando al suelo. La primera fase del plan de Fabio acaba de culminar con éxito.

En cuanto Valentina salió por la puerta aquel día, con la certeza de que habíamos apretado un interruptor que no se apagaría hasta tener a Aldo Río fuera de combate, me comuniqué con el único siciliano en el que confiaba por los conductos habituales, líneas seguras no interceptables. Se hizo una idea inmediata del papel del narco en mis problemas y accedió a viajar hasta Siena para entrevistarnos. La increíble catedral con sus paredes y sus bóvedas polícromas, fue nuestro punto de encuentro clandestino. Como en los mejores thrillers, ocupé espacio en un banco mirando al altar mayor y mientras lo esperaba, recé. En serio, no por disimular, por necesidad. Me acordé de mi madre y le pedí ayuda, toda la que pudiera enviarme desde su lugar de retiro. Supuse que habría terminado encontrándose con mi padre y me pregunté qué frases habrían intercambiado dos personas que pese a todo, no dejaron de amarse.

Fabio apareció a mi lado como por encanto. O yo estaba demasiado abstraído para percibir lo que se movía alrededor. Fue el roce de su traje de lino claro lo que llamó mi atención. Seguí mirando al horizonte del altar y le

di las gracias por acudir sin hacer preguntas.

—Tengo tanto que agradecerle a su padre, a su hermano y a usted mismo, que diez vidas que viva no serían suficientes para saldar mis deudas. La caridad no es infinita y sin embargo, cuando parte de mi familia pereció víctima de ajustes de cuentas más o menos justificados, *Il signore* me tomó bajo su tutela. Creo que trataba de llenar el vacío que dejó su hijo menor.

Hizo una pausa que me permitió digerir lo que acababa de escuchar. ¿Era posible que mi adusto padre me echase en falta? Era. Habría sido maravilloso saberlo mientras mi madre aún estaba viva.

Asumí que ya nunca me internaría en los entresijos de su mente para saberlo.

—De algún modo usted pertenecerá siempre a mi familia —concluyó Fabio emocionado. Callé porque no supe responder nada que estuviera a la altura—. ¿Aldo le molesta?

—Ojalá fuera un simple estorbo. Ha decidido asumir en plan tirano, el rol de cabeza de familia en nombre de Doménico de la Robbere. Nadie le ha llamado pero ahí está, dictando órdenes y recortando libertades. ¿Hay algún modo de obligarlo a volver a su vida de siempre?

Lo planteé así porque no quería mancharme las manos ni que Fabio u otro se las manchara por mí. Tenía que existir una fórmula para que Aldo se concentrase en sus negocios y olvidara a las mujeres que hasta hace un suspiro apenas conocía. No eran títeres de su teatro, no eran su esposa e hijas, mucho menos sus siervas. Cuando vi a Fabio menear la cabeza, el alma se me fue a los pies.

—Me temo que no. Es terco como una mula y a pesar del golpe terrible asestado a su organización en la costa, se está recuperando con bastante eficacia. Puede acampar y mover los hilos desde donde le apetezca.

—Valentina podría no perdonarme si Aldo muere —pensé en voz alta—, al fin y al cabo es su tío, lo de menos es que en un momento de rabia reclame a gritos su cabeza. Hablaríamos de asesinato.

—Piense que en el mundo en que nos movemos no es un desenlace tan extraordinario. Tranquilícese. Optaré por otra estrategia, la de la trampa. Extender rumores que pongan en tela de juicio la fiabilidad de un capo es un método que sigue funcionando. —Por primera vez sus ojos amables me miraron de frente—. Usted lo ha comprobado en sus propias carnes.

Y nos sirvió para librarnos de Romano Presco, el malnacido que había envenenado a Antonio en una lucha de poder tan vieja como inconsecuente.

—Déjelo en mis manos —repitió. Enlacé los dedos de las manos y apreté fuerte. El silencio era total y a través de las vidrieras se colaba el sol de mediodía.

—Necesito que vigiles a Valentina, ¿tienes a alguien disponible que vele por su seguridad?

—Desde luego.

—Es joven e impulsiva y la única de la familia que ya se ha enfrentado a su tío. Sospecho que hay partes de la pesadilla que se ha ahorrado contarme pero sus relaciones son desastrosas. Quiero saber en todo momento que está a salvo.

—Cuenta con ello, don Mario. Hoy mismo le asigno a alguien experimentado, discreto y de plena confianza. Y empezaré con algunas llamadas...

Así habíamos dado por finiquitada una reunión secreta donde se cocinaba el fin de un capo que había traspasado las líneas. Es monstruoso y terrible despertar a una realidad en la que la vida de un hombre no vale nada, en la que la fidelidad alrededor es vital para conservar tu corazón latiendo. A través de su guardián, Fabio supo que Valentina quemaba zapatilla durante casi dos horas diarias, atravesando el parque y parte de la ciudad. Luego regresaba a casa de sus padres y no volvía a salir. Yo solía confirmar la información con llamadas que además me traían el inigualable regalo de su voz.

—Te echo de menos —me decía cada tres palabras.

—Y yo, nena, más que a mi vida. No te preocupes, falta poco.

—¿Para qué, Mario? ¿Falta poco para qué? ¡*Madonna Santa*, dime qué va a pasar!

—Ni yo mismo lo sé a ciencia cierta pero Aldo dejará de molestaros, la gente que está en ello, habla su mismo idioma. Tu tío no está lo que se dice en paz con todo el mundo.

—Cada vez que llego a casa y lo veo sentado en su trono usurpado, presidiendo la mesa... Me ha costado inventar una historia convincente para Renata sin mencionar que tú... que tú... ya sabes.

—Valentina, no soy un mafioso —tuve que insistir con firmeza. Ella se disculpó con un torrente de palabras torpes, a punto de echarse a llorar—. Cielo, ten calma. Será por poco tiempo.

Y ahora, dos días más tarde, me llama con la noticia de la detención. Cada fibra de mi ser me grita que se ha hecho justicia. Nos sentimos

absurdamente libres. Valentina corre a casa, se arroja en mis brazos, y saboreamos esa tarde sin presiones, amándonos como dos adolescentes a escondidas. Se queda a dormir sin que se lo pida, y aunque me avergüenza pensar que necesitamos retirar a un tercero de la circulación para vivir nuestras vidas, entiendo y le hago entender, que con la mafia no se juega. Se rige por principios propios, basados en el honor, la reputación y la obediencia. Queda prohibido el desorden. La familia de un capo no puede rebelarse. Mi madre fue quizá la única excepción que vivió para contarlo.

—Maldito dictador —reniega ella con un tenedor en la mano—, ha aprovechado para colarse en nuestra casa y en nuestras vidas cuando menos defensa teníamos. El mazazo de la muerte de mi padre nos dejó vulnerables y perdidas. Las dos perfectas imbéciles desamparadas. Ni siquiera puedo contar con el apoyo de Renata, está devastada.

—Tranquila, lo pagará caro.

—¿Van a meterlo entre rejas hasta que se pudra? Dime que sí.

—Hasta que no sepa qué cargos le imputan no podré hacerme una idea de la envergadura de la acción que han emprendido contra Aldo, pero esa es la idea.

—Debe tener mil y una cosas por las que encerrarlo de por vida.

—Y tampoco puedo ir, preguntar y señalarme.

—Ni se te ocurra —replica perezosamente tumbada sobre mi costado. Ahora su cabeza descansa sobre mi pecho, su cuerpo al abrigo de mis brazos y las yemas de mis dedos pasean por la curva de sus hombros desnudos.

—Espero enterarme en estos días.

Su mirada se llena de curiosidad.

—Esa gente que te está ayudando... ¿son tus amigos?

—No tengo amigos en Sicilia. Son personas a quienes mi padre o mi hermano protegieron en su día. Tienen una moralidad difícil de entender, lo sé, pero algunos son nobles y sinceros. Respetan su palabra cuando la dan y serían fieles hasta la muerte.

—Creo que no podría soportar vivir entre ellos. Tu madre hizo lo correcto marchándose.

—Mi madre se arriesgó a que nos pegaran un tiro —objeto con ácida amargura—. Solo nos salvó que mi padre la quisiera más que a su propia reputación destrozada.

Horas más tarde tengo que dejarla ir con la promesa de nuestra escapada a España. En cuanto me separo de ella, el aire se vuelve espeso, pegajoso e

irrespirable. Es verdad lo que dice Valentina cuando enterrada entre sábanas y con los mechones del pelo desordenado, me mira picarona. Que deberían inventar una palabra nueva para esto que tenemos, porque es tan especial que todavía no existe. Yo la miro, más bien la admiro con cara de derrota y confirmo. Deberían.

64. El beneficio de la duda

(Valentina)

Ha pasado una semana y todo parece ir sobre ruedas. El verano entra con fuerza, en casa de los de la Robbere hacemos maletas. Renata visitará a sus hermanas y luego a sus primas y Mario y yo nos escapamos a España. Dice que no es el mejor momento para Sevilla, no quiere que odie su preciosa tierra por culpa de unos grados de más, así que saltándola, nos dirigiremos a Marbella hasta que las temperaturas arrecien. Lo estoy deseando. Cada mañana que abro los ojos enredada en su cuerpo, cada minuto que paso a su lado, respirando su aire, consolidando esto tan bonito que tenemos, me digo que merece la pena. Valentina nació otra vez el día que Mario le regaló su mirada desde lo más profundo, y vio lo que podría llegar a ser, eso en lo que me he convertido. Ahora soy un ser que respira y goza, en lugar de un alma atormentada y maltrecha que se arrastra de garito en garito, intoxicada para no sentir.

Voy a sentirlo, a vivirlo todo. Todo. Todo.

Pero cuando más felices nos las prometemos, ponen en libertad a Aldo y se presenta en casa sin dar explicaciones, como si su ausencia se debiera a simples reuniones de negocios o él estuviese por encima del bien y del mal, exento de excusas. Me lo encuentro de improviso en el comedor y es como si se me cayese el techo encima. Está perfumado y elegante, igual que siempre, solo su rostro y sus ojeras acusan la mala racha.

—Tío... —No puedo fingir que me alegro de verlo, creo que la cara se

me acaba de desencajar en una mueca feísima.

—Mi querida y problemática sobrina, qué alegría volver a verte.

Ese tono cortante, esa mirada torcida... Ni que me estuviera acusando de algo. Desde donde está debe oler mi nerviosismo. Abro la boca envalentonada a soltar algo de mi repertorio más ofensivo, pero lo intimidante de su mirada, me deja a medias.

—Pensábamos que habías vuelto a casa —balbuceo buscando jirones de una conversación que no suene artificial.

—¿Volver a casa? —Arquea una ceja sorprendido— ¿Y quién iba a cuidar de vosotras?

Paso de puntillas por encima de esa pregunta tan estúpida y fuera de lugar.

—Como desapareciste de la noche a la mañana, sin avisar y sin dar señales de vida... —Consigo que parezca lo que es, un reproche.

—Bueno, recuerda a tu padre, ya sabes como es el mundo de los negocios, has vivido inmersa en él toda tu vida. Surgen problemas que no admiten demora y toda tu masa gris se concentra en resolverlos, te olvidas hasta de alertar a la familia, os ruego que disculpéis mi falta de consideración. Ya estoy aquí de nuevo.

—En realidad... —tanteo el terreno. Aldo parece relajado y de buen humor pese a los círculos violáceos bajo sus ojos—, no sé si Renata te habrá puesto al tanto. Estábamos pensando en viajar, tiene interés en pasar una temporada con su familia, yo la acompañaría y...

—Nadie va a abandonar Milán de momento —me corta con brusquedad—. Estamos de luto, no lo olvides, no es tiempo de hacer turismo.

—¿No te parece que...? —Me muerdo la lengua en mitad de mi sonoro improperio. Iba a destrozarlo con un millón de frases hirientes. Pero me vienen a la memoria las advertencias de Mario y el peligro de cabrearlo y decido que me encerraré en mi cuarto hasta que la boca deje de estar seca y el corazón de galopar a lo loco. Aprieto los puños y la mandíbula tan fuerte que me rechinan los dientes.

—¿El qué me parece, *cara mía*?

Me mira con una desfachatez insultante. Dueño del sillón de papá, dueño de la casa, de nuestro destino, de todo. Hago lo imposible por curvar los labios en un amago de sonrisa ácida.

—Que va siendo hora de ordenar el almuerzo. Luego te veo.

65. Intercambios

(Mario)

Antes de que Valentina me llamase con la voz entrecortada por el enfado y las lágrimas, yo ya sabía que algo había fallado. Aldo estaba en libertad. Lo vi bajarse parsimonioso de un taxi frente al portal de las de la Robbere, con una pequeña bolsa de mano de cuero y el gesto adusto y helado. Yo estaba a punto de cruzar la calle con un ramo de violetas para mi chica y reculé para ponerme a salvo de su ojo de halcón, parapetado tras la esquina de una fachada. Perseguí sus movimientos, el trayecto desde la acera al interior del edificio, su actitud arrogante frente al conserje al que no miró siquiera. Sus aires de amo. Y el fuego que se me encendió en las entrañas me quemó por dentro, desde el vientre a la garganta.

Cojo el teléfono y marco la larga serie de dígitos que me comunican con Fabio a través de una línea encriptada.

—Río ha vuelto —rujo.

—Sí, lo han soltado —replica él con una exasperante calma—, estaba previsto.

—¿Cómo que estaba previsto? No me jodas, Fabio, lo único previsto es que se le apolillaran las costillas entre rejas penando sus pecados. Esto no se parece nada a lo que acordamos...

—¿Podemos vernos?

—No, basta de reuniones. Estamos tentando a la suerte. Demasiadas conversaciones, demasiados encuentros.

—De acuerdo, esta es una línea segura. —Parece que se rinde. No tengo muy clara la percepción de lo que oigo, medio ahogado como estoy, por la

decepción y la rabia—. Escuche, dejemos que su propia gente se encargue. Río ha estado detenido y ha logrado que lo pongan en libertad, ¿no le dice eso nada?

—Perdona si parezco idiota. No entiendo a dónde quieres ir a parar.

—Pues nadie que entra sale, si no es a cambio de algo, un precio alto: nombres, enlaces, localizaciones, alianzas... Información suculenta que traerá consigo una riada de detenciones. Aldo está sentenciado, se lo digo yo.

Me meso el pelo con nerviosismo. Ordenando los datos en mi mente, colocándolos en hilera para poder entenderlos.

—Quieres decir... ¿que se ha ido de la lengua?

—Probablemente no, ese viejo tiene el caparazón de un dragón medieval.

—Entonces, lo han soltado gracias a tus contactos.

—Por el mismo camino por donde lo detuvieron. Y unos cuantos nombres soltados al azar, un par de operaciones de familias rivales que se irán al garete por intervención de la policía.... —Chasquea la lengua—. Es un buen plan. Ahora está señalado. Ellos no saben si los ha traicionado, esa es la verdad, pero aún siendo jefe, la duda pesa. Pesa lo suficiente para sentenciarlo. Ya sabe que aquí se cumplen las condenas antes de investigar siquiera.

Suspiro. Me llevo a los pulmones todo el aire disponible.

—¿Funcionará?

—Esperemos a verlo —determina con esa serenidad que me convence de que Fabio será, mientras dure, el mejor y más equilibrado jefe que podría desear la organización—. Y si las cosas no se movieran a nuestra conveniencia... Bien, dispongo de información sabrosa que podría alumbrar alguna que otra operación policial, un par de redadas a lo grande, unas cuantas detenciones contra capos, y el rumor correrá como la pólvora. Río ha negociado su libertad vendiéndolos, eso dirán. No durará mucho.

—¿Y cómo ha accedido la autoridad a desprenderse de una presa tan jugosa? Disculpa, no es que dude de tu capacidad de persuasión pero Aldo Río debe estar buscado en cuatro continentes. Cuando al fin encuentran algo con qué detenerlo...

—La policía no renuncia a él para siempre, solo lo posponen. Ese es el trato.

—Si otros no lo matan antes.

—Si no lo matan antes —ratifica—. Pero si las cosas salen medio bien, no solo caerá Río, caerá el grueso de su organización, el entramado de la

droga en el sur de Italia y la zona de las islas. Don Mario, solo le recomiendo un poco más de paciencia.

—No quiero que escape, Valentina y su familia no estarían jamás a salvo si ese monstruo continúa vivo.

—Confíe en mí, se lo debo. Usted hizo lo que había que hacer cuando a los demás nos faltaron agallas para dar el paso. Lo hizo sin siquiera estar dentro. Y vengó a su hermano y también la afrenta a su sobrina. Habría sido un buen capo, don Mario, yo le seguiría hasta la tumba.

Pongo las manos sobre la mesa y acaricio la madera.

—Ni lo menciones.

—Tampoco podemos olvidarnos de Ciro y Tadeo. Saben con certeza que Aldo Río anda detrás del asesinato de Romano, no perdonan. Anticipo que colaborarán activa y entusiastamente en su destrucción. Hasta dejaré que la orquesten si quieren.

Aspiro hondo. Tanto que parece que voy a ahogarme por la bocanada retenida en los pulmones. La espera de Fabio continúa fija en mí.

—Qué duro contenerse, esperar y no hacerlo uno mismo, ¿verdad?

Doy un taconazo en el suelo que rebota y forma ecos ascendentes en espiral hasta las claraboyas de mi apartamento.

—¿A quién quiero engañar? Me estoy comportando como un sucio hipócrita, un cobarde que no quiere mancharse las manos para que ella no lo odie pero a fin de cuentas... ¿qué hago si no es eso pero de otra manera?

—La única forma de luchar contra tanto escrúpulo es mirar la barca desde la popa. Véalo así, usted no ha matado a nadie, solo ha colocado en orden las fichas del tablero. El que ha desaparecido es porque sobraba, aunque a veces desde dentro sea difícil tomar perspectiva o decidirse a actuar. No lo hace por capricho, ni por avaricia, ni siquiera por salirse con la suya. Lo hace para preservar el orden natural de las cosas. Es usted el que ordena, el elegido.

Bufo atravesado.

—Deja de tomarme el pelo, joder.

No responde, la línea enmudece. Pero sé que los ojos limpios de Fabio estarán sonriendo como otras veces. Entiendo que habla totalmente en serio, que suena poético, impropio de un tío con pistola en la sobaquera, pero cree lo que dice. Cree en mí. Ese pensamiento me deja un vacío inestable en el estómago, porque no es el único. Valentina también espera que haga magia y que me aspen si sé cómo.

—Fabio... Suenas arrogante, exigente —le digo con afecto—, pero sincero. Voy a concederle a tu plan el beneficio de la duda, por más que me cueste aguardar.

—La organización contrajo un enorme compromiso con usted y siempre pagamos nuestras deudas. Incluso si la organización se negase, quedo yo. Antes me mataría que faltar a mi deber.

Ha llegado el momento de cortar, no puedo pedirle nada más a este hombre. Intercambiamos un par de fórmulas de cortesía y desconecto la llamada sintiéndome un hijo de puta que recurre a soluciones extremas, porque desconoce de qué otro modo podría liberar su vida. Un cabrón que pese a todo, se perdona a sí mismo y camina en paz.

66. Amenazas cristalizando

(Valentina)

—Mario me pide que esperemos un poco más —explico a Renata. Y me oigo y me parece mentira mi serena sensatez. Yo jamás en la vida he sido paciente y ahora predico con el ejemplo delante de la reina de la corrección.

—La situación es desagradable, sabiendo lo que sabemos ya dudo cómo comportarme, qué decirle cuando me lo encuentro en la escalera —comenta llevándose la porcelana a la boca. Tomamos el té en su habitación, con los ventanales del suelo al techo abiertos a la calle, disfrutando de la brisa de la tarde que empieza a mitigar las temperaturas del medio día.

Estamos prisioneras en nuestra propia casa.

—La presión es insoportable. Él es insoportable —gruño mordisqueando un macaron de frambuesa—. Pero dice que volverán a encarcerarlo —cuchicheo con prudencia— y que será para siempre.

—Ojalá —suspira—. Nunca imaginé que me encontraría deseando algo así.

—Deja de ser tan civilizada, mamá, no vas a ir al infierno por desear que ese malnacido pague todo lo que haya hecho. Es un criminal, ¿lo entiendes?

—Entiendo que tu padre cortara radicalmente todo contacto con él y que ni lo nombrase siquiera.

—Y ahora viene y se adueña de lo suyo. Cada vez que lo veo sentado en la biblioteca ocupando el lugar de papá... te juro que lo mataría con mis propias manos si pudiera.

—Valentina... No pienso preguntarte el motivo por el que tu padre tachó a Mario...

Muevo el cuello e interrumpo el hilo de sus pensamientos antes de que se le vayan de las manos.

—Papá estaba equivocado respecto de muchas cosas.

—Es posible, somos humanos, al fin y al cabo. Él solo quería lo mejor para ti.

Se me humedecen los ojos. Algo que me pasa siempre que recuerdo el rostro curtido de mi padre. Algo que me seguirá pasando hasta que me muera.

—Se precipitó en sus juicios.

La mano de Renata se posa sobre la mía. Pequeña y fría, con las uñas perfectamente cuidadas, ligeramente temblorosa.

—Lo sé, cariño. Mario es un buen hombre, cuida de ti y se preocupa. Tiene toda mi admiración y mi apoyo.

—Él nos sacará de esta, me lo ha prometido y siempre cumple su palabra.

Desvío la mirada hacia la calle, a los rayos del sol reflejándose en el edificio de enfrente. Es verano, todo bulle vida, deberíamos estar pensando en el mar de Capri y sin embargo vivimos una pesadilla aterradora de alguien que ni siquiera conocemos demasiado. Noto que mi angustia crece y se dispara, no sé cómo solucionar esto, salvar a Renata de la situación espantosa en la que estamos metidas, me siento impotente. Y entonces... la puerta del dormitorio de mi madre se abre y aparece el objeto de nuestras desdichas.

Vestido de lino crudo, con un sombrero panamá y un foulard de seda estampada al cuello, su perfecta barba canosa recortada y un bastón en la mano derecha. Renata y yo nos encogemos en nuestras sillas, incapaces de movernos.

—Mis queridas damas, alegrad esas caras, traigo buenas noticias.

Me pregunto si viene a anunciar que se marcha de una maldita vez. Que desaparecerá del radio de nuestra existencia permitiéndonos sufrir en paz nuestro duelo. Mientras siga aquí, incordiando, obstaculizando, creando monstruos a los que debemos enfrentarnos, aceptar que papá nos ha dejado será cada vez más inasequible.

Seguramente lo ofendemos al no interesarnos por sus supuestas alegrías, tengo demasiado en qué pensar, el hilo de mis miedos se descontrola cada vez que aparece. Camina en nuestra dirección y me tenso. Para colmo, mi móvil empieza a vibrar como un auténtico desquiciado. Alargo la mano para

cogerlo. Es Chiara. Pero con un movimiento rapidísimo que jamás habría esperado en alguien como mi tío, descarga un bastonazo contra la mesa y barre el teléfono arrojándolo al suelo. El timbre se detiene de inmediato.

—¡Estoy hablando! —aúlla. Lo miro con los ojos desorbitados.

—¿Esto a qué viene?

—Viene a que me estáis haciendo sentir como un huésped molesto, a que intrigáis a mis espaldas y a que no acierto a distinguir en vuestra actitud, el respeto que se me debe.

Hasta aquí hemos llegado. En contra de la voluntad de Renata, que me agarra del bajo de la camiseta y tira con bastante desesperación, me pongo de pie y lo enfrento.

—No te debemos nada en absoluto. Y por si no lo sabes, el respeto no se exige, se gana.

—Soy el cabeza y guía de esta familia.

Su voz suena más aguda de lo normal y en sus pupilas detecto un brillo insano de loco que se hace pasar por cuerdo, que me pone la carne de gallina. En ese momento, Marcela, nuestra doncella, se recorta en la puerta. Estamos en silencio, mirándonos con odio y ella se atreve a hablar.

—La señorita Chiara al teléfono. Dice que es urgente.

Doy un paso adelante pero de nuevo el bastón se interpone en mi camino y me paraliza.

—No es necesario, Marcela, puedes irte —ordena Aldo sin girarse siquiera. La veo desaparecer a toda prisa.

—Quiero hablar con mi hermana y no vas a impedírmelo —masco entre dientes.

—Sería molestarse en vano, ya te lo digo yo. Seguramente llama desde el hospital donde su flamante maridito agoniza tras un terrible accidente de tráfico.

Renata salta con un gemido desde su asiento. La amenaza que late en el tono de Aldo es explícita y terrible.

¡¡Matteo!!

—¿Qué estás diciendo? —La mujer de mi padre se ahoga en su hilo de voz. Yo ni siquiera soy capaz de sacar las piedras que llevo alojadas en la garganta. Mi cerebro trata de computar a toda velocidad, agotado de aguantar las lágrimas bien dentro. Que no escapen, que mi tío no perciba debilidad o estaremos perdidas.

—El sistema de frenos en los coches modernos es tan traicionero...

Fallan cuando menos te lo esperas —pronuncia firme, marcado y áspero. Seguro de sí mismo y del dolor indescriptible que está causando. Lentamente, retira el bastón pero ya no me muevo. Estoy entumecida, helados mis huesos. Tiemblo y jadeo sacudida por la monstruosidad que acabo de escuchar.

—¿Qué has hecho, asesino hijo de puta? ¿Qué has hecho?

Es mi propia voz gritando la que tira de unas fuerzas que no creo tener. Me lanzo a ciegas contra mi tío, dispuesta a lo que sea. Quiero matarlo, percibir cómo se apaga su vida bajo mis dedos, llevarme esa satisfacción a la tumba a costa de lo que sea. Hiervo en mi propia rabia. La frustración y la ira vuelan por toda la habitación.

O calculo mal, o Aldo está muy acostumbrado a la lucha. Sin apenas dificultad me esquivo y descarga un golpe terrible con su bastón en un lateral de mi cuello, que me aturde y me deja momentáneamente fuera de combate. Mi visión se ennegrece y a continuación solo veo bultos deformes y lucecitas blancas. Respiro con dificultad y las punzadas me alcanzan el cráneo. Solo soy capaz de oír los gemidos de Renata.

—Estás colmando mi paciencia, Valentina. Si hubiese tenido que vérmelas con un adolescente rebelde de bíceps abultado, entendería tantos quebraderos de cabeza pero una mujer...

—¿Qué le has hecho a Matteo? —Lo miro desde abajo obviando el desprecio con que ha marcado a mi género. Suspira desdeñoso.

—Matteo no pertenece a nuestra familia. Ahora, demos aplicación a esos equipajes que tan sigilosas habéis estado preparando a mis espaldas. Nos marchamos a Sicilia y de ahí a Brasil. Esta casa se cierra y se vende, no volveremos a Italia.

—Tendrás que matarnos para que te sigamos. —Vuelvo a marearme pero consigo erguirme. No voy a pelear esta guerra agachada.

—Podemos hablarlo. Si no somos cuatro lloraré la pérdida, pero los planes no pienso cambiarlos. Haré de vosotras las compañeras dóciles y sumisas que todo varón desea. En esta casa faltó la mano dura de mi hermano. Doménico el blando...

—¡No lo nombres! ¡No te atrevas a referirte a mi padre! Hasta su nombre te viene grande.

Cómo me gustaría ser un tío fuerte y enorme, del estilo de Mario, y poder reventarle la cabeza de un puñetazo. Me cuesta respirar, empiezo a verlo todo rojo.

—No era más que mi hermano pequeño, con mucho por aprender y un

largo listado de errores en su propia familia, ya lo estáis viendo.

Mis neuronas atan cabos a toda prisa. De repente hago algo que debí hacer mucho antes. Corro hacia la puerta.

—¡Marcela! ¡Marcela, llama a la policía!

Otro golpe con el maldito bastón, esta vez acierta de pleno en la nuca y caigo de rodillas aturdida, envuelta en un agudo dolor. Renata grita y trata de acercarse. Aldo se lo impide. Mantengo viva la esperanza de que Marcela no tenga puestos los auriculares con música atronadora ni nada por el estilo. Rezo para que pida ayuda.

Lo último que veo antes de recibir un tercer golpe y perder el conocimiento es el rostro pálido y demudado de nuestra espantada doncella, y a una especie de gorila calvo con una camiseta de unicornio bajo su traje negro, que la arrastra con una pistola apoyada en la sien.

67. El último giro de tuerca

(Mario)

Presentimientos negros o la desazón o el ser un agonías insoportable, me han traído hasta su calle. Y no es el único día. La razón me aconseja no intervenir, permitiendo que el mecanismo que Fabio y los suyos han desencadenado, actúe. Pero me siento inútil, frustrado y torpe, como si alguien me hubiese atado las jodidas manos a la espalda y me obligara a contemplar el sufrimiento de lo que más quiero, tragándome a borbotones los sentimientos y la rabia. El pacífico profesor de universidad que nunca ha sido un héroe, no vale para esperar. No sirve. Me cuento historias para no dormir, me digo que un paso en falso animado por mi ignorancia podría tirarlo todo por la borda, que lo que he tenido hasta ahora ha sido mucha suerte, mil cosas me grabo en la frente pero tal cual las escribo, resbalan y se estrellan contra el suelo. Son pensamientos volátiles que no llegan a cristalizar en mi sentido común, maldita sea.

Así que conduzco hasta casa de Valentina para apostarme dentro del coche en esa esquina que me permite vigilar su portal. Aquí paso horas cada día.

Cuando veo llegar la ambulancia, me golpea la certeza de que algo terrible ha ocurrido. Paralizado, reteniendo la respiración, veo salir a los camilleros, trasladan un bulto tapado con sábanas blancas. A continuación, Renata desconsolada y tras ella, muy pegado a su espalda, el bruto guardaespaldas de Río, el calvo de la camiseta de unicornio. Eso me basta.

Me lanzo a la carrera en su dirección y la mirada de angustia que me dedican los ojos de Renata al divisarme son el presagio de una tragedia anunciada.

—¿Qué ha pasado? —aúllo— ¿Es Valentina? ¿Qué ha pasado?

Renata alarga hacia mí sus brazos en un desesperado intento por tocarme. El animal que la controla, se interpone y su expresión facial de máquina de matar, es toda una declaración de intenciones.

—Ni te atrevas —le advierto.

—¿Quieres más, profesor? ¿No tuviste bastante?

—¿Qué le ha pasado a Valentina? —Llevo las pupilas al interior de la ambulancia. Joder, no veo nada, ya están cerrando la puerta y el enfermero me pide que me aparte—. Voy con vosotros.

—Por favor, señor, llevamos prisa, háganse a un lado.

—Renata, ¿qué ha pasado? ¿Está bien?

Pregunta estúpida donde las haya. Si estuviera bien no la habría recogido una ambulancia.

—Ven al hospital —me pide ella en un susurro agónico. Está más delgada, mortalmente pálida y hasta su precioso cabello rubio luce mate y sin vida.

—No te molestes, profesor —vuelve a intervenir el gorila. Agarra a Renata del brazo y la aparta —, ya cuido yo de las señoras.

Intento concentrar bajo mis cejas todo el odio del universo. Aprieto los puños hasta que las uñas se clavan en mi carne y le deseo la muerte. Lenta y dolorosa. A él y al maldito Río, diabólico desde la primera vez que se atravesó en mi vida. Doy media vuelta y ante la mirada estupefacta de Renata, salgo de allí.

Tengo el coche muy cerca, no necesito más que seguir la ambulancia. Ese matón indeseable no va a frenarme. Prefiero que me arranquen la cabeza a desconocer el estado de Val. El pulso me late rotundo a nivel de las sienes, me escuecen los ojos y respirar me cuesta. La adrenalina bombea impetuosa preparándome para la lucha. No tengo un plan, no sé bien qué ficha mover, como buen novato tendré que improvisar.

Desde el asiento del copiloto, retumba mi móvil con un número encriptado asomando en la pantalla. Sé de quién se trata.

—Don Mario...

—Fabio...

—Veo que ya sabe lo de la ambulancia...

—Voy detrás de ellos camino del hospital —resoplo—. ¿Sabes qué ha

pasado?

—Dentro del apartamento no —me aclara—, pero Río sigue arriba, con su gente.

—Sí, él no ha bajado, por lo visto le importa poco el desenlace. Gracias, Fabio, buena vigilancia, te llamaré si necesito algo.

Perder los papeles en el hospital, rodeados de personal sanitario, resulta más difícil, de modo que el mastodonte controla sus ganas de retorcerme el cuello, aunque continua pegado a Renata coartando su libertad de movimientos y de expresión. Tiene las manos cruzadas delante de la bragueta y un feroz mensaje de muerte en su cara cuadrada.

—Ha sufrido un golpe en la cabeza —me informa Renata a toda velocidad—. Cayó al suelo y se golpeó la cabeza. Dios... Si le pasa algo, yo, yo...

El llanto la ahoga y no le permite continuar. La abrazo, ella deja caer la cabeza sobre mi hombro y por encima del suyo, el guardaespaldas de Río y yo nos retamos rechinando los dientes. Él sonrío torcido, provocándome. Me acuerdo una y mil veces de la pistola que en su día rechacé. En cuanto se nos cruza un médico, le pregunto por mi chica.

—¿Es usted de la familia? —pregunta a la vez que lanza una mirada desconfiada al matón.

—Soy su novio.

—Presenta un traumatismo craneoencefálico de pronóstico reservado. Vamos a hacerle unas pruebas.

—¿Es grave?

—No le miento, puede serlo. Pero no lo sabremos hasta dentro de unas horas. Les recomiendo paciencia.

Paciencia. Justo lo que no tengo, justo lo que debería llover del cielo para impedir que cometa una tontería. El desgarró y la desesperación son malas consejeras. Turbado e iracundo pero esperanzado, consigo mantener una relativa calma con las manos de Renata entre las mías. Sentados uno junto al otro, sintiéndonos responsables de muchas cosas. Sé que ha sido Río, ha sido él, algo ha pasado que Renata no puede contarme pero es causa directa de que mi amor esté ahí dentro, conectada a un ciento de máquinas infernales, luchando porque su corazón no deje de latir. Si le ocurre algo... ¡No, qué demonios! ¡Ya ha hecho suficiente! Voy a arrancarle la vida a ese grandísimo hijo de puta con mis propias manos. La toma de esa decisión suicida me

reconforta. Al menos sé que mi yo vengativo descansará en paz cuando llegue el momento. Ciertos humanos que no son tal sino basura, no merecen existir. Me encargaré de que Aldo Río vaya directo al panteón de sus antepasados.

Pasan tres horas, lentas y temibles hasta que el médico sale a informarnos.

—Está fuera de peligro, no creemos que sea necesario operar pero es vital observar la evolución. Las próximas cuarenta y ocho horas serán determinantes.

Renata y yo nos hemos puesto en pie de un salto y abordamos al sanitario con ansiedad.

—¿Está consciente?

—Bastante desorientada, pero sí. Le duele la cabeza, todo entra en los parámetros de lo que cabe esperar, la mantendremos en observación. Deberíamos hablar acerca de unos hematomas que hemos descubierto...

—Doctor —interviene Renata devastada—, cuando estemos solos, por favor.

—Señora, si existen indicios de lesiones nuestra obligación es ponerlo en conocimiento de la policía.

Lesiones. Ahí tengo la confirmación a mis temores. Ese animal se ha atrevido a ponerle una mano encima y va a pagarlo con su vida. Mis ojos y los del médico taladran a Renata que desvía los suyos hacia el guardaespaldas y traga saliva con dificultad.

—No servirá de nada. Más tarde, por favor... ¿Podemos verla?

—Deberían descansar, tomar un café...

—¿Podemos verla? —repito yo sin que la ansiedad abandone el tono cortante de mi frase. El doctor asiente con un cabeceo.

—Solo un par de minutos, se lo ruego, no la fatiguen.

El guardaespaldas se cuela en la habitación pisándonos los talones. Desde la cama, una Valentina demacrada con el pelo revuelto, levanta agotada unos ojos de plata, capaces de enloquecer a cualquiera. Hace un esfuerzo y sonrío, hasta que divisa al matón de Río pegado a su madre.

—¿Qué haces aquí, cabrón? ¿Te manda tu jefe a que nos vigiles?

—Bingo —suelta él entre dientes. Valentina lo repasa con odio. Renata y yo ya nos hemos acoplado a ambos lados de la cama y constatamos con ansiedad su estado.

—Pasa de él —le cuchicheo tomándole la mano—, no se atreverá a

intentar nada aquí, con tanta gente.

Noto que le tiemblan los párpados, los entrecierra y se lleva la mano libre a las sienes.

—¿Te duele? —pregunta Renata.

—Sí, pero no la cabeza, el orgullo. ¿Qué ha pasado?

—Caíste al suelo y te golpeaste. Fue terrible.

—Solo recuerdo haberme mareado después de... después...

Intercambia una mirada de cautela con su madre y no acaba la frase. El detalle me pone a mil.

—¿Después de qué? —presiono.

—Da lo mismo, estábamos discutiendo, para variar y supongo que me ofusqué demasiado. Esa casa está maldita, lleva años oyendo gritos y amenazas, debe de tenerlas incrustadas en las paredes.

A mí Valentina no me engaña. Sé a ciencia cierta que me oculta lo más grave.

—¿Después de qué? Estás poniéndome muy nervioso —le advierto.

Sus pupilas vuelan inquietas al tipo enorme y entiendo su temor. No es lugar ni momento con él ahí apoyado contra la puerta, divirtiéndose a nuestra costa. Mi chica tiene miedo, puedo olerlo. Lo malo es que él también.

—Van a dejarme ingresada —adivina con un mohín de disgusto. Asiento.

—No pienso separarme de tu almohada —promete Renata con debilidad —, aunque ese monstruo pretenda impedirlo.

Las miro alternativamente. Detectar un vínculo entre ellas es lo único que me apacigua.

—No vais a contarme lo que pasó en realidad —mascullo malhumorado conmigo mismo, con Aldo el criminal, con el puto destino que se empeña en complicarnos la vida.

—Estoy bien, Mario, no hay nada de qué preocuparse.

No. No hay nada que esté bien. Me incorporo y lleno de aire mis pulmones. Odio que me mienta pero de momento es lo que hay. No volveré a pecar de ingenuo, ni de cobarde. No pienso repetir paso por paso mis otros errores. Me inclino y le beso los labios.

—No te vayas —me pide con una nota de angustia en la voz.

—Volveré en un rato. El médico ha dicho que debes descansar.

—De hecho, vengo a rogarles amablemente que despejen la habitación —me asalta una voz por la espalda. Atisbo por encima de mi hombro y veo la bata blanca. Entendido. Hora de irse—. Nos llevamos a la *signorina* para

hacerle unas pruebas.

Desvió mi atención a Renata.

—¿Estarás bien?

Sabe que me refiero al matón. Ella sacude la cabeza con la suave elegancia que la caracteriza.

—¿Habéis avisado a Chiara?

Observo cómo el color abandona la piel del rostro de Renata. Se tapa la cara con las manos.

—¡Dios, Chiara! ¡Matteo! Tengo que llamar...

Salimos precipitadamente al pasillo mientras un enjambre de avispas vestidas de verde rodean la cama de Valentina. Renata saca el móvil y sus dedos temblorosos apenas atinan apretando teclas.

—Matteo ha tenido... ha tenido un accidente de coche —informa sobre la marcha. No me mira.

—Pero ¿está bien?

—No lo sé. Chiara trató de contactar con nosotras pero entonces pasó lo de Valentina y... ¡Dios mío, Dios mío!

—¿Fue él? Renata, mírame a la cara, ¿fue él?

Levanta un segundo los ojos para retirarlos a continuación. Toma aire por la nariz, veo cómo se hinchan sus aletas. Todo en su gesto es artificial y forzado. El macarra de la camiseta del unicornio ha vuelto a apostarse contra la pared y no nos quita ojo.

—¿Chiara? Chiara, cariño, lo siento, ha ocurrido... ¿cómo está Matteo? ¿Sí? ¿De verdad? ¿Confirmado? —Suspira aliviada y casi sonrío—. Tu hermana se cayó y se golpeó la cabeza, la han traído al hospital con un traumatismo, hasta hace un rato no sabía si tenían o no que operar. Sí. De acuerdo. De acuerdo. Te vuelvo a llamar en un rato, a ver si ya ha salido de recuperación. Te veo en cuanto me sea posible.

Cuelga y guarda el móvil en el bolso. La forma en que traga saliva es perfectamente visible a través de su delgado cuello. Esta mujer está sufriendo lo indecible.

—Lo han operado de varias fracturas —me cuenta— pero está fuera de peligro.

Miro hacia lo alto y doy gracias al cielo en todos los idiomas que conozco.

—La próxima vez puede que no tenga tanta suerte —farfulla el orangután. Renata y yo nos contenemos a duras penas.

—Tengo que marcharme —la aviso—. Si hay novedades, en cualquiera de los dos frentes, llámame, te lo ruego. Cuanto antes.

—Mario... —me agarra como puede del antebrazo—. Eres muy importante para Valentina, mucho. Para esta familia en general. No cometas ninguna tontería.

—No te preocupes —la tranquilizo con un deje bastante falso.

—Cuídate, Mario, te lo ruego. Cuídate de él.

Lo último me lo susurra por ver si pasa desapercibido a nuestro carcelero. Si tiene el cerebro que le aventuro, este no ve más que bultos moverse y solo entiende los monosílabos. Así y todo, cuando paso por su lado se me queda mirando con una concentración de intenso desagrado que suena a amenaza. Respondo a sus encantos con un siseo maligno.

Querría decirle que veré sus tripas sobre una mesa, que yo también tengo amigos, pero no quiero delatarme. El caso es que tiemblo de frustración e impotencia. De indignación y de muchas cosas más. Espero que ese sentimiento desgarrador me baste para lo que debo hacer.

68. La justicia por mi mano

Cuando alcanzo la via Montenapoleone, ya es noche cerrada. Decir que no siento ningún deseo de estar aquí es un eufemismo de mierda. Quiero estar en el hospital junto a Valentina, con su mano entre las mías, trenzando las miradas, garantizándole seguridad y paz, pero mucho me temo que el único modo de conseguirla sea enfrentando al monstruo ruin y despiadado que se esconde ahí arriba. Hiervo de odio, me asfixia mi propia cólera. No es noble pero me empuja. El portal continúa abierto y desde la acera, levantando la cara, distingo luces en el apartamento de los de la Robbere. Ese perturbado mental, ese hijo de puta ególatra y soberbio, ha mandado a dos inocentes al hospital y está ahí, tan campante, sin remordimientos, sintiéndose sultán de una casa que no le pertenece. Maldito basurero usurpador, son la familia y la vida de su hermano. Ignoro qué puedo encontrarme si subo a ese apartamento, si Aldo estará solo o si me coserán a tiros. Seguro que su sicario ya ha avisado de que abandoné el hospital. Puede que esta sea mi última noche vivo y mi sensatez me grita que me quede donde estoy, pero la sangre del tranquilo profesor universitario que fui se ha calentado, ya no soy capaz de frenarme. Pese al miedo, mi afán de venganza continúa intacto. Por eso los pies me alejan del coche y cruzo el portal haciéndole una seña a Conrado que ya se sabe de memoria mi cara.

—Señor... —me aborda—, disculpe... ¿Sabe si la señorita de la Robbere se encuentra bien?

—Sí, solo ha sido un susto, no se preocupe.

—Todo el jaleo que se formó, la ambulancia, los camilleros... Y la señora Renata llorando desconsolada. Fue... fue muy impactante.

Miro de refilón la cara del hombre y por primera vez, lo veo. Voy demasiado hundido en mi angustia como para prestarle atención a fórmulas de cortesía pero leo sin dificultad, que su preocupación es sincera. Sacudo la

cabeza y lo tranquilizo con una sonrisa a medias.

—Va todo bien, Conrado, ya mismo la tenemos de vuelta dando guerra.

—Ha subido mucha gente, señor —añade en tono confidencial—. Dicen que son amigos de la familia, recién llegados. Por lo del pésame de don Doménico y todo eso, ya sabe.

—Sí, ya sé. —Su rostro circunspecto me cuenta que la pinta de los visitantes no es digna del edificio y le inquieta.

O sea, que el cuartel general del capo se nos ha colapsado y este apartamento literalmente acaba de convertirse en una trampa mortal. ¿Qué debo hacer? Muerto sirvo de poco, me digo.

Lo último consciente que hago es escribir a través de la línea segura de Fabio, “*Voy a por él*”. A continuación desconecto y me meto el móvil en el bolsillo.

Me abre la puerta un tipo larguirucho con cicatrices en la cara y mueca de asco terminal. Arquea las cejas y se acomoda en mitad del vano para impedirme el paso.

—¿Qué se te ha perdido?

—Mario Orlandi —respondo con fiereza—. Deberías conocerme, cambia esa cara de imbécil, vengo a ver a tu jefe.

—¿Orlandi? —repite en plan autómatas mientras su otra neurona rebusca a mi espalda. No puede creer que sea tan necio como para presentarme allí solo. Lo sé, yo tampoco acierto a entenderlo. Y eso que aún ignora que voy desarmado.

—No tengo mucha paciencia a estas horas. —Apoyo una mano abierta en su pecho huesudo y lo empujo con violencia— ¡Aldo! ¿Dónde demonios te escondes, maldito cabrón? —Avanzo como un pánzer por el corredor, me adentro en el salón— ¡Voy a arrancarte la jodida cabeza con mis propias manos! ¡Te advertí que no le hicieras daño...!

Lo que veo no es lo que me esperaba ver. Aldo está serio y mudo, sentado en una butaca, rodeado de tipos malcarados. Tiene las manos crispadas sobre los brazos del sillón. Lo que quiera que he interrumpido no era, desde luego, una conversación amable. Todos los rostros se giran a mirarme.

Mis pupilas obvian a los demás y van directas al caballero objeto de mi odio.

—¿Qué le has hecho? ¿Qué coño le has hecho a Valentina?

—Don Mario, lamento comunicarle que este no es momento propicio para gestas románticas por muy honorables que resulten ser. Usted y su damisela tendrán que esperar a que se diluciden otro par de cuestiones.

Esa voz cascada me resulta familiar. Avanzo un paso y la nube de gorilas se hace a un lado, de modo que el hombrecillo de pie junto al butacón de Aldo se hace visible. Es Ciro. Amarillento y antiguo, como siempre, ojos fríos, dedos sarmentosos. Es la muerte si la muerte tuviera cara.

—Quiero a Aldo —le ordeno—, me temo que las que tendrán que esperar son tus trifulcas.

Me mira con insolencia.

—Y eso, ¿quién lo dice?

—Mario Orlandi.

Ciro deja escapar una carcajada que me hiela la sangre.

—Don Mario, disculpe que le diga... Se ha acostumbrado en exceso a entrar y salir de su apellido a conveniencia. Rechazó al Consejo, plantó a la organización y aún así ha sabido servirse de ella en beneficio de sus planes. Ha tenido mucha suerte, ¿no le parece?

Lo sé bien. No me amilano.

—También tienes un jefe, si es lo que quieres oír. Fabio es la cabeza del Consejo porque yo así lo he decidido.

—Oh, no me recuerde lo mucho que todos le debemos a su familia. O debería decir debíamos. Ya no están, don Mario, empezó otra era y fue usted quien puso la primera piedra. Ahora no se queje.

Aprieto las mandíbulas. Me jode soberanamente que tenga razón. Parpadeo y regreso de mi realidad paralela. Aldo no ha despegado los labios y me mira con los ojos desencajados, ¿por el miedo? ¿Qué diablos he interrumpido? ¿Un ajuste de cuentas? Soy incapaz de discernir si esta gente son o no hombres de Aldo, no me suenan sus caras, todos me parecen cortados por el mismo patrón. Retrocedo un paso.

—¿Estáis aclarando puntos oscuros?

—Algo así —farfulla Ciro escueto, sin explicarme nada. Supongo que quiere hacerle pagar la despiadada muerte de su amigo e impedirá que yo disfrute de mi propia venganza.

—¿Con el nombre de Romano Presco? —aventuro.

Ciro, que ya me da la espalda casi como si no estuviera, gira otra vez muy lentamente.

—¿Quién se acuerda ya de ese? Con el nombre del dinero que este listo

—apunta a Aldo con desprecio— me está sisando en el negocio de la coca. Hasta anteayer éramos socios y a los socios se les respeta, verdad, Río?

¿Ciro y Aldo jugando juntos? He debido entender mal. Me petrifica con esa información inesperada y de pronto soy muy consciente de la energía destructiva que late en cada uno de estos cuerpos. De que me he metido en una ratonera, que Giro es infiel a la organización Orlandi, que sabe Dios el tiempo que lleva aliado con Río a espaldas de su propia gente y que si me lo cuenta es porque no saldré de aquí vivo.

Ese no era el plan, joder. No me importaba morir matando si se trataba de Valentina, si la cosa era entre Aldo y yo, pero esto... Esto ni me va ni me viene, no es mi guerra y estoy en medio.

—También tengo cuentas pendientes con este bastardo. —Trato de sonar firme y convencido—. Ha mandado a mi novia al hospital.

Giro compone un mohín afectado.

—Lo cual no dejo de sentir, don Mario, pero me veo en la obligación de informarle que tendrán que dirimir sus diferencias más tarde, en la antesala del infierno. —Mira a sus hombres que de inmediato forman un amenazador círculo a mi alrededor—. Registradlo y desarmadle.

—No llevo armas —me adelanto. La boca de Giro se retuerce en una mueca cruel.

—Es usted más temerario de lo que imaginé. O un verdadero descerebrado.

—O simplemente quería darle su merecido con mis propias manos, de hombre a hombre. No todo se salda a balazos.

—Podría ser divertido. ¿Te apetece, Río? Una pelea de gladiadores, sudor y sangre. Ya sé que mandaste apalea al muchacho —apunta a mi cara aún magullada—, joder, por poco lo matan, así que juegas con ventaja, viejo, a Orlandi aún le duelen las costillas. Despejad el centro del salón.

Dicho y hecho. La cuadrilla de matones retiran sillas, veladores y sofás. Queda un espacio vacío con Aldo inmóvil, pegado a su asiento, en el centro. No se ha dignado a articular palabra y a pesar de su parálisis, está tenso, hasta aquí llega el desagradable maremoto de su energía revuelta. Giro nos observa con perversa complacencia. Parece que antes de asesinarme va a concederme el dulce placer de la revancha. Como premio puede parecer patético, pero lo acepto. Alguien tira de Aldo y lo obliga a ponerse en pie. Nos miramos bullendo de odio. Cierro los puños, los aprieto, noto cómo se me va calentando la sangre, cómo inyecta adrenalina en cada rincón de mi

organismo y me convierte en una catapulta. La imagen de Valentina en la cama del hospital, sus ojos grises suplicando ayuda, me ciegan. Me abalanzo contra mi oponente antes de lo que se espera y de un empujón violento lo tiro al suelo.

El club de la lucha frente a la chimenea de un apartamento residencial, en el centro de Milán. A medida que descargo mi furia en una lluvia de puñetazos contra la cara de Aldo, la pandilla de criminales se caldea y nos jalean. En cuestión de minutos empezarán a apostar. Yo solo sé clavar los nudillos en los huesos de Río y farfullar “*hijo de mala madre*” y otras lindeces. No pienso, no sé pensar mientras lucho. El odio me reduce a puro instinto de supervivencia.

—Arreglad vuestros asuntillos ahora —nos anima Ciro con voz de carámbano—. El que quede vivo... Bueno, yo también tengo derecho a divertirme.

Aldo recibe su tanda sin abrir el pico, sin quejarse, esquivando lo que puede, replicando apenas. Sus pocos golpes son crueles, los estudia con cuidado. Sabe dónde me han herido, sus codos, sus puños, sus patadas, apuntan a mi hígado castigado, a mis costillas rotas y a mi entrepierna. Cuando acierta no hay forma humana de mitigar el calambrazo del dolor, así que me incorporo y me lo traigo conmigo.

Por Valentina. Por Matteo.

—Necio —gime entre dientes—. Vas a matarme y será peor. Te joderán vivo. Van a hacerte tanto daño que desearás no haber sobrevivido.

Mientras ataco y me defiendo, calculo mis posibilidades. No soy imbécil del todo, Aldo tiene razón. Estamos metidos en un buen lío.

—Moriremos los dos —insiste.

—Eso ya lo sabe —masculla Ciro mirándose las uñas, con un deje de impaciencia—. Acabad de una vez, empiezo a aburrirme.

Con un estertor que le brota del fondo de la garganta, Aldo arremete. Hasta ahora, sus intentos de lesionarme eran de risa, parecía no tomarse en serio una pelea a vida o muerte. De pronto sí. Despierta y ruga. Corto de cuajo su entusiasmo con un derechazo a la boca del estómago que lo dobla por la mitad. Aprovecho la ventaja y la refuerzo con un trío de golpes bajos de lo más sucio. Lo fuerzo a retroceder, lo empujo contra los hombres de Ciro hundidos en su enfermizo disfrute, y mirando sus facciones bastas, caigo en la cuenta de que es probable que no hace mucho acataran órdenes de mi hermano. Qué paradojas reparte la vida. Mido mentalmente distancias. Dónde

estoy yo, dónde pisan ellos, en qué recodo se cobija Ciro el cobarde. El mayor hijo de puta de esta habitación. El que piensa matarme lenta y dolorosamente cuando yo remate mi faena con Aldo.

Es ahora o nunca.

Combino un par de golpes bastante espectaculares con un salto y un giro. De un patadón despacho a Aldo hacia un rincón. El cambio de posición me coloca al costado del guardaespaldas que no dispone de tiempo para apartarse, aunque lo intenta. Le meto mano a la sobaquera, le robo la pistola y le quito el seguro, empalmando otro traspiés que me lleva junto a Ciro. Lo agarro del cuello y le pongo el cañón en la sien.

—¡Diles que tiren las armas o empapelo con tus sesos la puta pared! ¡Vamos! No tengo todo el día.

Casi oigo crujir las muelas del siciliano. Hundo un poco más el acero en su piel y a regañadientes, da la orden. Sus perros ponen cara de cortocircuitados, pero obedecen. Aldo ha debido de perder el conocimiento al estrellarse contra un aparador. Lo abandono a su suerte. Ni respira, aunque no creo que esté muerto. Tengo las pistolas de los matones junto a los pies. Me cuido de pisarlas y ponerlas a buen recaudo.

—¡Al suelo! ¡Al suelo y con las manos bien cruzadas sobre la nuca, donde yo las vea! Al primero que se mueva me lo cargo. —Dios, estoy empapado en sudor y el corazón me bombea a mil—. Saca el móvil y llama a Fabio —le grito a Ciro. El tipo no se inmuta. Entierro el puño en un lateral de su cabeza y lo oigo gemir—. He dicho que cojas el puto móvil. Dile que se dé prisa, lo estamos esperando.

El microsegundo que Ciro dedica a moverse, lo aprovechan sus esbirros para contraatacar. Con rudeza, como suelen hacerlo todo. Uno se incorpora de un salto y se lanza en mi dirección mientras el otro, embozado por la distracción, pretende recuperar las pistolas.

Solo lo pretende, pobre diablo.

No me tiembla el pulso. Son dos disparos certeros en mitad de la frente. Se desploman como fardos, uno a cada lado. Al tercero, que en cuclillas alza las manos pidiendo paz, le agujereo el pecho. Ya estamos solos, Aldo, Ciro y yo. El siciliano respinga y gimotea.

—Olvidé mencionar, que además de perfecto italiano, mi madre me enseñó a manejar armas —me jacto. Ya pensaré más tarde en que acabo de cargarme a tres hombres. Ya escocerá la conciencia de este pacífico

ciudadano con el que a veces batallo y ya inventaré mil excusas para justificarme—. Llama a Fabio de una jodida vez.

—No hace falta, don Mario. Siento haber llegado tarde.

Antes siquiera de identificar la voz del joven que aparece a la carrera, Aldo, desde su rincón de la vergüenza, hace amago de moverse y recibe tres tiros por parte de un arma que no es la mía. Queda inmóvil, con las piernas estiradas y los pies volcados hacia fuera. Adiós, tirano. Hasta nunca.

Fabio se acerca, clava en Ciro unos ojos impenetrables y sin titubear, lo abofetea. Duro. A lo salvaje. Su anillo abre una brecha sangrienta en la curtida mejilla del siciliano.

—Traidor hijo de perra.

Fabio no añade nada más pero yo, que aún sujeto a Ciro y le apunto, siento cómo se echa a temblar con violencia. Sabe que su momento ha llegado y que no será agradable. Con un gesto imperceptible, Fabio indica a su gente que se hagan cargo del prisionero y a mí me tiende una mano. La estrecho en cuanto consigo sacudirme de encima el estupor.

—Por poco no llego —vuelve a excusarse—, no sabe cómo lo siento.

La bajada drástica de adrenalina me deja lacio y me permite hasta bromear.

—Eres como la poli en las películas americanas, joder, apareces cuando el héroe lo tiene todo bajo control.

—Me avergüenzo, se lo juro. Confié en una pronta reacción por parte de la gente de Río, que cuando se corriese la voz de que los había vendido a la policía, ellos mismos lo ajusticiarán. Y cuando los que tengo de vigilancia me informaron de que Ciro acababa de llegar... Bueno, supuse que por fin alguien venía a quitar a Aldo de en medio aunque fuese en nombre de algo tan repugnante como “vengar a Romano Presco”. Nunca imaginé todo lo que se escondía debajo. De algún modo le prometí mi ayuda y le he fallado, don Mario.

—En nombre del cielo, me has salvado la vida, Fabio, no te tortures. —Dejo caer mi mano sobre su hombro y la aprieto con afecto—. Ya ha terminado. Lo que queda de mi familia y yo nos iremos lejos, es posible que no volvamos a vernos, no me debes nada.

El joven alza los ojos y me dirige una mirada significativa.

—Es usted hijo del *Signore*. Le deberé todo siempre. De por vida.

Nos abrazamos como dos hermanos. Y de repente, con todo lo que he pasado hace un rato, se me seca la boca.

—¿Era... era a pesar de todo un... buen hombre?

No necesito añadir nada más, sabe bien que me refiero a mi padre.

—Nació en esto, tampoco pudo elegir, no tuvo una madre valiente que lo arriesgara todo por salvarlo. Ninguno la tuvimos. Pero dentro de la misión que tenía encomendada, fue un hombre justo y caritativo que jamás dejó de adorar a su esposa y a su hijo favorito. Hablaba de usted continuamente, de cómo iba creciendo, de lo orgulloso que estaba...

Arrugo el ceño. Mentiras y fantasías a estas alturas, no, por favor.

—Jamás vino a vernos —sentencio con voz de ultratumba. Fabio esboza una sonrisa dulce.

—Mi padre era el encargado de protegerlos a ustedes. Informaba puntual cada semana. Entregaba fotos al *Signore* y contaba que él se perdía en ellas, durante horas. Contemplando a su familia.

Algo se me rompe por dentro. El chasquido es brutal, me deja sordo. Creo que es el avance de un perdón diminuto abriéndose paso. Tal vez, solo tal vez, pueda gestar una suerte de paces con mi padre antes de abandonar Italia.

De momento vuelvo con lo que más quiero, con Valentina.

69. Un mes más tarde, en Sevilla

(Valentina)

He cavado una fosa profunda y en ella he sepultado los malos recuerdos. Nadie logra aniquilarlos del todo, de eso soy consciente pero los mantengo a raya. De tanto en tanto la voz de mi padre regresa, acariciadora, y tengo la sensación de que vive en paz, de que allá donde esté nos espera y nos concede su bendición. No volveremos nunca a Milán, hemos puesto en venta el apartamento de Montenapoleone y cuando Mario organizó la recogida de nuestros enseres personales, Renata y yo apenas si nos trajimos lo mínimo. Ella ha alquilado un precioso apartamento en el centro de Málaga, de cuyas ventanas nunca desaparece el sol. Matteo acabó recuperándose y hoy solo le queda el susto, una cicatriz que según Chiara lo hace más interesante, y una leve cojera. Juntos viajamos al balneario de Schweizerhof en Berna y cerramos nuestras heridas al sol y al arrullo de las aguas termales. Aunque ellos permanecerán en Milán al frente de las empresas, volvemos a ser una familia, un grupo de personas a las que el horror y un destino desalmado ha unido, gente que un puñado de semanas atrás se preguntaba si en realidad tenía algo en común.

Tras la muerte de mi tío, la policía no hizo demasiadas preguntas. Hay todo un submundo alrededor de la mafia y tiene sus propias reglas. Los ajustes de cuentas están al orden del día y para los servidores de la ley, la desaparición de uno de ellos a manos de su propia gente, significa un peligro menos en las calles, les alivia. Días más tarde, Sicilia enterró a Ciro con

inquietante normalidad. La vida sigue y en palabras de Mario, Fabio es un buen capo. Centrado, justo, decente dentro de lo que cabe, fiel y muy inteligente. Le irán bien las cosas. Pero nosotros preferimos no verlo.

Nos mantendremos al margen, como si no existieran.

Después de cerrar todos los círculos, Mario y yo hemos cumplido el sueño de mudarnos definitivamente a España.

La vida a veces, es extraña, pienso. Tiene una manera rara y a veces cruel, de darte lecciones. No regala información gratuita, no da nada porque sí. Tenemos a Barón dormitando bajo la mesa, de vez en cuando se le escapan ruiditos parecidos a los gorjeos de un bebé. Me seco el sudor de la frente con un puñado de servilletas. Nos hemos detenido en un barecito encantador en el barrio de los Remedios tras un paseo a orillas del Guadalquivir, a tomar algo que nos refresque por dentro. Me encanta Sevilla pero este calor me está matando.

—¿Por qué no usas el abanico que te he comprado? —pregunta Mario. De malas ganas abro el bolso, rebusco y lo saco. Lo repaso como si fuera el mando a distancia de una nave espacial.

—No sé moverlo con... ¿salero? —cuchicheo para que nadie me oiga—. ¿Así lo decís por aquí? No se puede hacer bailar un abanico andaluz sin gracia, es pecado mortal.

Se ríe y me mira mordiéndose el labio inferior. No sé si voy a poder contenerme o saltaré de esta silla para devorarlo en público.

—Aquí lo único pecaminoso es tu escote. —Me dirige una mirada picante que se cuela entre mis pechos. Vaya, parece que andamos rondando la misma idea. El vientre se me sacude con un latigazo de deseo—. Podríamos dar por terminada la aventura turística por hoy, te recuerdo que tengo una casa fabulosa con un aire acondicionado excelente y una bañera antigua que podemos llenar de espuma a rebosar...

—¿Y?

—No te hagas la interesante, *bambina*. —Agarra una pata de mi silla y tira de ella hasta colocarme muy cerca. Mis rodillas se acoplan en el hueco de sus piernas abiertas. Llega la camarera y ni la vemos, perdidos como estamos, uno en los ojos del otro. La chica nos da un minuto de cancha y como no reaccionamos, carraspea incómoda.

Sin prisa la atendemos. Pero al soltarse nuestras pupilas, se buscan los dedos. Y el resto de las manos. Todo se enreda. Él me coge por las muñecas y dibuja circulitos con el pulgar ahí donde la piel es más sensible, mientras

habla distraído con la camarera.

—Limonada natural con hierbabuena. Una jarra —ordena sin perder su seductora sonrisa. Creo que a la chica le queda un asalto para caerse redonda y no precisamente, por efecto del calor. Nos dedica un cabeceo y desaparece.

Volvemos a lo nuestro, al limbo particular en el que desaparecen todos los enamorados.

—Cuando entrecierras los labios —me dice—, se te forma un hueco con forma de corazón. Aquí —se señala el centro de la boca—. Me perdería en él, no puedo dejar de mirarlo.

—Hazlo, estás tardando... Puedes perderte las veces que quieras, te aseguro que te encontraré siempre.

—¿Qué me dirías si te confieso que ya no sé vivir sin ti? ¿Que si no te tengo no encuentro aire con que respirar?

—Te diría que es una cursilada y que en ti, tan serio y tan misterioso, me extraña. Pero que me encanta oírlo, *caro mío*. Que escucho esas cosas y hasta la guerrera rebelde que duerme en mí, se derrite.

—Pues te diré muchas de esas, todas las noches.

Volvemos a besarnos. Estamos de un empalagoso que asusta. Nunca se me pasó por la mente que quererse pudiera ser así, mirar alrededor y verlo todo brillante y rosa.

—Organicemos la marcha a Marbella, pasamos allí el resto del verano y regresamos a Sevilla cuando el otoño esté avanzado —propone—. Tienes mucho que hacer, señorita, dos casas por decorar, esta y aquella.

—¿Vas a darme libertad absoluta?

—Por descontado. Solo pensar en comprar lámparas se me pone la carne de gallina. Pero no pondré reparos a pagarlas.

—No sabes lo que has hecho, pienso llenarte el salón con un piano de cola.

—Si vas a tocarlo desnuda de madrugada, bienvenido sea.

—Y gigantescos sofás rinconera donde meternos mano y dormir la siesta.

—Adjudicado —aplaude justo cuando la camarera regresa y coloca la jarra helada en la mesa. Se me hace la boca agua nada más verla, de repente, el calor que me agota se acrecienta. Busco el centro de sus pupilas.

—¿Fue bien? ¿Sirvió de algo? —indago. Acabamos de quedarnos solos y Mario colma dos copas de balón hasta el borde con la refrescante bebida. El cristal se empaña de inmediato.

—¿A qué te refieres?

—Tu último viaje a Sicilia. El reencuentro con la tumba de tu padre, ¿fue bien? No me contaste nada al volver y tampoco quise atosigarte.

—No te conté porque ni yo mismo sabía lo que sentía. Supongo que alivio. Mis padres están ahora juntos, de algún modo su amor superó la distancia, las dificultades. ¿Sabes que mi padre murió sin amar a otra mujer? Igual que ella. —Suspira. Me gustaría meterme dentro y arrancarle de las entrañas ese pesar—. He conseguido elaborar una especie de... ¿perdón? que me hace sentir mejor. Por fin he entendido que no todo el mundo es dueño de su destino.

—¿Nosotros sí? —Sonrío con curiosidad.

—Desde luego. Hasta donde podamos. Oye...

Alzo las cejas para que entienda que escucho lo que quiera que diga con ese tono suyo, indiferente y calmado.

—Tú... ¿tú te casarías conmigo o es una de esas ideas jodidamente anticuadas para una moderna como Valentina de la Robbere?

Aguanto la respiración, lo observo incrédula. Sus ojos son negros como nunca, una perversa combinación de amor, confianza y entrega. Me bloqueo atravesada por un millar de sensaciones inexplicables.

—Estás de broma, ¿no? ¿Me estás tomando el pelo?

—Va completamente en serio.

Y en este momento, esas palabras tan simples son suficiente solo por ir selladas con el peso de su mirada que arde.

—Tú y yo... ¿casándonos? A Renata va a darle un infarto.

—Espero que sea de alegría.

—Verás cuando se entere mi hermana... ¡Y Matteo! ¡A Matteo va a hacerle muy feliz...!! —Me quedo colgada de mi confusión. Mario es un hombre hermoso en toda la extensión del término. Sombrío y perfecto. Te mira y sin apenas sonreír te arrastra a su terreno. Sin esfuerzo, sin provocar, pero seduciendo.

¡Y va a ser mi marido!

Me llevo una mano al corazón que galopa a todo ritmo. Parece que estoy tardando demasiado en responder. Cuando Mario vuelve a hablar late un matiz de decepción en su voz.

—Apuesto a que jamás en la vida te lo habías planteado.

—Aciertas. Antes muerta —admito toda sinceridad—. Recuerda que nunca supe lo que era ni quererme a mí misma, ¿cómo iba a querer a nadie y mucho menos hasta ese punto?

—De acuerdo, olvídalo, podemos hacer como que no ha ocurrido — musita explorando el suelo. Tiro de su mano para que me mire de frente otra vez.

—¡No! ¡Claro que sí, mi amor! ¡Me hace ilusión, *Madonna Santa!* ¡Me hace mucha ilusión!

—¿Es un sí?

Me río. Somos únicos. Qué manera tan atípica de proponer lo más romántico de nuestras vidas y qué áspera yo aceptando. No. Al menos esto lo haremos como es debido.

—Eso es un “*pídemelo otra vez durante una cena inolvidable en un sitio precioso. Y yo te diré que sí. Sí, sí, un millón de veces*”. Lo del anillo es prescindible. ¿Qué? ¿No dices nada?

Creo que va a darle un ataque. Tiene prisioneras mis manos y por el modo en que las aprieta deduzco que no es consciente de su fuerza. Me recuerda a los papás durante los partos de sus mujeres, emoción, entusiasmo y parálisis nerviosa a partes iguales.

—¡Mario, reacciona!

—Yo presumía de nervios de acero —replica. Se aparta el pelo de los ojos. Dios, no se puede ser más guapo, no se puede. Puede que no haya sido el sumun del romanticismo pero soñaré con este momento el resto de mi vida.

Se inclina hacia mí y con un rápido movimiento que desde luego no me espero, casi me tumba sobre su brazo, igual que si bailásemos un tango y me besa hasta hacerme perder el conocimiento. Barón ladra feliz y todo el mundo en las mesas vecinas rompe a aplaudir y nos cubren de “*oles*”.

Qué agradecidos son los andaluces.

—Vamos a ser muy felices aquí —digo con los ojos húmedos por la emoción.

—Vamos a ser muy felices donde quiera que estemos. Porque estaremos juntos, nena. Hasta el último minuto de nuestro último día.

Juntos. Y Sevilla nos mira y como nuestros padres, nos regala sus bendiciones. Sí. Vamos a agarrar esta felicidad nuestra tan esquiva con los dedos bien fuerte, para no soltarla nunca.

FIN

Agradecimientos

Vuelvo a estar, una vez más, delante de este papel en blanco, probablemente el más complicado de todos. Después de tantas novelas y tantas formas de decir “gracias”, tratar de ser breve y no repetirme, se me hace harto difícil.

Gracias a todas vosotras que os dejasteis seducir por Mario, un personaje al cual en su día no hicimos justicia. Por daros cuenta de que a pesar de no ver de él más que las sombras, guardaba escondida tanta luz como un día de verano. Gracias por exigirme una historia que ya estaba ahí, esperando ser escrita.

Mi eterno agradecimiento a Marien, autora de esta maravillosa portada y responsable de una maquetación que hace hermoso el libro como objeto, algo que considero fundamental. Por su complicidad y por leerme la mente con tanta claridad. Jugaremos juntas, si tú quieres, muchas ligas.

A mis cotorras madrileñas por su pasión sobre todo lo mío que leen, por sus ánimos y sus sonrisas siempre dispuestas, por nuestros almuerzos de sobremesas interminables. Por nuestros viajes juntas y nuestras charlas sobre pelos, tintes y todo lo que se tercié. Somos grandes y encajamos.

A mis lectoras cero, a Puri, Nuria, Mónica y especialmente a Mar, por enamorarse de Mario y hacerlo completamente suyo de principio a fin.

Finalmente a Elena Fuentes, esa suerte de ángel caído del cielo con quien tuve química desde el primer día que nos conocimos, y sin cuya insistencia jamás me habría decidido a participar en el Concurso Amazon 2018. Gracias, Elena. Por ser y por estar.

Y gracias a ti, que hs confiando lo suficiente como para adquirir esta novela y ahora me estás leyendo. Porque sin vosotras/os lectoras y lectores al otro lado del hilo, esta conversación de tú a tú tendría muy poco sentido.

Hasta la próxima. Os sigo llevando en el corazón.